

RELACIONES INTERNACIONALES

Número 20 - Junio de 2012

POLISEMIA DEL TIEMPO HISTÓRICO DESDE LAS RELACIONES INTERNACIONALES: UNA MIRADA TEÓRICA DESDE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

ARTÍCULOS

José María Hernández
Francisco J. Peñas
Christian Reus-Smit
Hugo Fazio
Pablo Alejandro Nacht

FRAGMENTOS

Herbert Butterfield
M.G.S. Hodgson

DOCUMENTOS

Angelus / Walter
Benjamin

REVIEW-ESSAY

Rodolfo Masías Núñez
Andreas Hacker

VENTANA SOCIAL

Madrilonia

RESEÑAS

Juan Sebastián Barreto
Paulo Cosarini



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950

RELACIONES INTERNACIONALES

CONSEJO EDITOR

ESTHER BARBÉ
MARK DUFFIELD
CELESTINO DEL ARENAL
PALOMA GARCÍA PICAZO
CATERINA GARCÍA SEGURA
JOAO TITTERINGTON GOMES CRAVINHO
STEFANO GUZZINI
PEDRO MARTÍNEZ LILLO
FRANCISCO JAVIER PEÑAS ESTEBAN
KARLOS PÉREZ DE ARMIÑO
SANTIAGO PETCHEN VERDAGUER
ITZIAR RUIZ-GIMÉNEZ ARRIETA
DANILO ZOLO

REDACCIÓN

Directora: ELSA GONZÁLEZ AIMÉ
VÍCTOR ALONSO ROCAFORT
IRAXIS BELLO
SERGIO CABALLERO SANTOS
AGUSTINA DAGUERRE GARCÍA
JOSÉ LUIS DE LA FLOR
RAQUEL FERRAO
MELODY FONSECA
ÁNGELA IRANZO DOSDAD
ARI JERREMS
JAVIER MATEO GIRÓN
ANDRÉS MENDIOROZ PEÑA
FRANCISCO JAVIER PEÑAS ESTEBAN
VIRGINIA RODRÍGUEZ BARTOLOMÉ
ERIKA RODRÍGUEZ PINZÓN
ITZIAR RUIZ-GIMÉNEZ ARRIETA
JUAN TOVAR

La revista *Relaciones Internacionales* no tiene ánimo de lucro, por lo que los contenidos publicados se hallan bajo una licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España de Creative Commons. Así pues, se permite la copia, distribución y comunicación

pública siempre y cuando se cite el autor del texto y la fuente, tal y como consta en la citación recomendada que aparece en cada artículo. No se pueden hacer usos comerciales ni obras derivadas. Los derechos de los artículos publicados pertenecen a sus autores o editoriales.



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica, Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)

Universidad Autónoma de Madrid, España

www.relacionesinternacionales.info | ISSN 1699 - 3950

RELACIONES INTERNACIONALES

POLISEMIA DEL TIEMPO HISTÓRICO DESDE LAS RELACIONES INTERNACIONALES: UNA MIRADA TEÓRICA DESDE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Coordinadores: *Francisco Javier PEÑAS* y *Ángela IRANZO*

ÍNDICE

I. EDITORIAL

II. ARTÍCULOS

→ *Las razones emocionales de nuestra seguridad. Hobbes ante el reto de las relaciones internacionales*, por José María HERNÁNDEZ LOSADA.

Páginas 13 a 30

→ *Camino de perfección. El imaginario social liberal de las relaciones internacionales*, por Francisco J. PEÑAS.

Páginas 31 a 61

→ *Leyendo la historia con una mirada constructivista*, por Christian REUS-SMIT.

Páginas 63 a 84

→ *La internacionalidad contemporánea a la luz de la historia global*, por Hugo FAZIO VENGOA.

Páginas 85 a 105

→ *China y Argentina: "Oportunidades y desafíos" o cristalización de una asociación dependiente*, por Pablo Alejandro NACHT.

Páginas 107 a 127

III. FRAGMENTOS

→ *Interpretación whig de la Historia*, por Herbert BUTTERFIELD.

Páginas 129 a 149

→ *Historia mundial y perspectiva mundial*, por Marshall G. S. HODGSON.

Páginas 151 a 160

IV. DOCUMENTOS

→ *La modernidad, la promesa del progreso y sus desesperanzas*.

Páginas 161 a 168

V. VENTANA SOCIAL

→ *La construcción de un espacio de resistencia urbano. Crear y re-crear formas de contestar al poder, Entrevista con Madrilonia*.

Páginas 169 a 174

VI. REVIEW-ESSAY

→ *El libro, el ensayismo y las ciencias sociales en un mundo global y poscolonial*, por Rodolfo MASÍAS NÚÑEZ.

Páginas 175 a 182

RELACIONES INTERNACIONALES

→¹ *Modernidad, búsqueda de sentido y resistencias: más allá de la hermenéutica del poder*, por Andreas HACKER LOZAR.

Páginas 183 a 193

VII. RESEÑAS

→¹ FAZIO VENGOA, Hugo, *¿Qué es la globalización? Contenido, explicación y representación*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2011, por Juan Sebastián BARRETO BARRETO.

Páginas 195 a 200

→¹ GALLI, Carlo, *Political Spaces and Global War*, Minnesota University Press, Minneapolis, 2010, pp. 279, por Paolo COSSARINI.

Páginas 201 a 205

POLISEMIA DEL TIEMPO HISTÓRICO DESDE LAS RELACIONES INTERNACIONALES: UNA MIRADA TEÓRICA DESDE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Decía el difunto Ferenc Feher que todas las llamadas Ciencias Sociales podían reducirse a dos: la Historia y la Filosofía. Pero a pesar de la profunda sabiduría del comentario, no parece posible afirmar la existencia de un acuerdo al respecto entre los científicos políticos y los internacionalistas, tan aferrados a sus modelos, paradigmas, estadísticas, conocimiento acumulado y ciencia mitificada.

Justamente, de Relaciones Internacionales, Historia y Filosofía versa este número; dicho en otras palabras, de Relaciones Internacionales y Filosofía de la Historia. A nuestro juicio, habría cuatro aspectos a destacar en las relaciones de esta última pareja. El primero, es la consideración canónica de la Historia por parte de muchos internacionalistas como, literalmente, agua pasada; por no hablar, de la poca consideración —e incluso, en ocasiones, desprecio— hacia la Filosofía como conocimiento especulativo. El segundo, es que las Relaciones Internacionales recurren a la Historia y la Filosofía pero de forma algo reduccionista e instrumentalista, la mayoría de las veces. El tercero es que, a pesar de todo, a cualquier teoría, autor o escuela de Relaciones Internacionales subyace, deliberadamente o no, una filosofía de la historia. Y, en cuarto y último lugar, que las Relaciones Internacionales son ineludiblemente parte de la Historia y de la Filosofía. Tratemos brevemente estos cuatro aspectos.

El desprecio de gran parte de las llamadas Ciencias Sociales por la Filosofía —por lo menos hasta tiempos relativamente recientes— resulta no solo llamativa sino lamentable. La ignorancia o la infame búsqueda de la relevancia empírica llevan al desprecio de lo especulativo, sin advertir, salvo honrosas excepciones, que el positivismo implica en sí mismo una filosofía del conocimiento tras la que se esconde una filosofía de la historia. Asimismo, la dominación del racionalismo positivista en el pensamiento de Relaciones Internacionales ha enaltecido, como si de un principio metafísico se tratase, la idea de que las cosas, son como son; los hechos son el objeto de estudio, independientemente de dónde vengan o de qué procesos hayan llevado a un tipo de comportamientos y no a otros en la arena internacional.

El segundo aspecto se refiere al uso instrumental de la Historia, y la casi ignorancia de la Filosofía, por parte de la Relaciones Internacionales; así, la Historia casi parece reducirse a ser el cajón de los ejemplos y sin ejemplos no hay teoría o, por lo menos, resulta difícil justificarla. Es más, el presente es historia, no hay fotos fijas, hay fotogramas que han pasado, partículas que cuando describimos su tiempo ya están en otro lado. Ninguna hipótesis, ninguna intuición puede falsearse o aceptarse si no va acompañada de ejemplos. Este uso de la Historia, aunque algo es algo, es claramente insuficiente, pues los ejemplos raramente son unívocos, y siempre hay contra ejemplos. Por no hablar de una lectura metafísica o mítica de

la Historia.

En tercer lugar, siendo este aspecto el más relevante para el propósito del número que aquí presentamos, cualquier teórico o analista de política internacional tiene una visión de la historia o de las historias, elige las variables que le parecen pertinentes, construye su relato; en palabras de Edward H. Carr, interpreta los datos que no son nada antes de ser elegidos e interpretados por el científico social. Esta historia o historias del relator son imprescindibles, pues sin ella o ellas las coyunturas carecen de significado. Del mismo modo, todo teórico o analista tiene una filosofía —una razón pura y una razón práctica— sea explícita o implícita; piensa el mundo de una determinada manera y concibe su tarea según unos determinados principios ético-normativos. En definitiva todos tenemos una filosofía de la historia, si la tomamos en sentido laxo.

Odo Marquard¹ sostiene que sólo hay una filosofía de la historia: aquella teleológica, ilustrada, secularización de principios teológicos cristianos, que puede ser representada por Kant o Marx. Pero esta concepción lineal y progresiva de la historia, ejemplificada en las ideologías modernas liberal y marxista, todavía hoy se contraponen a quienes conciben la historia como un “eterno retorno”, como un decurso temporal sin principio ni fin alguno y sujeto, por el contrario, a la recurrencia y contingencia del mundo —idea presente tanto en la tragedia clásica como en el escepticismo del realismo clásico de Relaciones Internacionales—. El hecho de que las reflexiones sobre la filosofía de la historia subyacente a las teorías y prácticas políticas del mundo presente oscilen, como un péndulo, entre estas dos concepciones evidencia, una vez más, el eurocentrismo de esta disciplina e, intuimos, el relativo o nulo impacto en la labor teórica de otras epistemologías geoculturales —de haberlas— que pudiesen contestar a estas visiones de la historia típicamente occidentales.

En cuarto y último lugar, podemos concluir con Jenkins que “vivir en una cultura es vivir de forma significativa y a través de un código, de un lenguaje; es estar constituido literalmente dentro de imaginarios que producen lo que se entiende por realidad, de modo que esta residencia en un lenguaje es simplemente la residencia en la realidad”². Es decir, las relaciones internacionales están en la Historia y en la Filosofía. No hay saber que no esté contextualizado histórica y culturalmente, que prescinda de unos marcos de sentido. De este modo, las Relaciones Internacionales como ideas, teorías, producciones materiales en forma de artículos, libros o discursos nacen de una historia o de unas historias y contribuyen a crearla o crearlas. Son palabras que hacen cosas³ y predisponen a trazar los horizontes imaginativos y normativos de lo posible e imposible, del ser y del deber ser, de lo legítimo e ilegítimo. Sin embargo, pese al importante alcance de esta cuestión, los teóricos de Relaciones Internacionales rara vez han abordado abiertamente el interrogante sobre la filosofía especulativa de la historia como un paso previo a sus formulaciones teóricas.

1 MARQUARD, Odo, *Las dificultades de la filosofía de la historia*, Pre-textos, Valencia, 2007, p. 2.

2 JENKINS, K., *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*, FCE, México, 2006, p. 32.

3 Para parafrasear el famoso libro de J. L. AUSTIN, *How to do things with words?*, Oxford University Press, Oxford, 1962 y 1976.

En definitiva, la realidad no se nos presenta inmediatamente, sino a través del lenguaje, de los imaginarios sociales, de la filosofía de la historia, y de nuestros esquemas de razón pura y razón práctica. No hablamos aquí de los “a priori” kantianos, sino que “de facto, es patente que nuestra experiencia está siempre saturada de creencias de partida, de lenguajes históricos, de conceptos transmitidos y heredados, de formaciones de sentido en las que ya siempre estamos, de perspectivas particulares, etc.”⁴. Y la Teoría de Relaciones Internacionales no sólo está inmersa en esos marcos de sentido —tantas veces obviados en la tarea explicativa— sino que, además, contribuye a crearlos— tantas veces de forma clandestina.

El debate sobre la crisis de la modernidad que despertase ya en los años ochenta del pasado siglo —el agotamiento de la razón abstracta como fuente de liberación y el desvanecimiento de las narrativas unitarias, objetivas y universales— tiene un impacto evidente en relación al tema que aquí nos ocupa. Sobre él, han surgido una serie de interrogantes que ponen indudablemente en crisis la idea moderna-ilustrada de progreso pero sin haber llegado, para algunos autores, a una visión alternativa de la historia que nos permita situarnos en un marco ontológico y epistemológico diferente. Por el contrario, otros autores han sentenciado su versión del fin de la historia al negar su existencia como tal, para proponer el abandono de la racionalidad abstracta moderno-ilustrada y dar paso a una *situated rationality* y a un giro lingüístico que advierte, en sintonía con Jenkins, sobre la construcción de narrativas históricas, sin por ello caer en el relativismo moral.

Por todo ello, el propósito de este número es contribuir modestamente a profundizar en la reflexión sobre la filosofía de la historia en las Relaciones Internacionales llamando, a su vez, la atención sobre el llamativo desfase de esta disciplina, en comparación con la Filosofía, la Sociología o la Historia, en el tratamiento de esta cuestión.

La sección Artículos presenta cuatro trabajos que proponen, en términos generales, un interesante diálogo crítico entre las concepciones de la historia tradicionalmente asociadas al realismo político, el liberalismo y el constructivismo en Relaciones Internacionales. Jose María Hernández, en “Las razones emocionales de nuestra seguridad”, invita a repensar los retos de la seguridad global del llamado “nuevo orden mundial post-hobbesiano”, justamente a través del pensamiento de Thomas Hobbes. De acuerdo con su herencia platónica y aristotélica, para Hobbes la política es inseparable de las emociones. Por lo tanto, para el considerado como uno de los padres del realismo político, una de las claves para una paz sostenida es la conquista de nuestras propias emociones; el miedo no es, entonces, una pasión natural incontrolable y la seguridad se funda no tanto en la capacidad de agresión como en la de fortalecer al estado para que pueda enfrentarse a los diferentes tipos de amenazas —hoy, militares, ecológicas, económicas, de salud... — reforzando la habilidad de la sociedad para volver a la vida después de padecer sus efectos —la recientemente llamada *national resilience*—. Pero junto a esta idea, cabe señalar

4 . El autor se refiere a que “idealmente, la fenomenología debería fundamentarse en la experiencia originaria (...) todas nuestras creencias (...) y la articulación y el orden entre las mismas y remitir a dicha experiencia todo nuestros conceptos y el orden de los mismos”, pero tal experiencia originaria se encuentra con... (sigue la cita). PEREÑA, F., “Experiencia originaria y fundamentación” en *Investigaciones fenomenológicas*, nº 6, 2008, ps. 48 y 47.

que las causas de la guerra para Hobbes —principalmente, la rivalidad, el temor y la gloria— no implican violencia en sí mismas sino que sólo en su dimensión temporal éstas se materializan en violencia. Por lo tanto, el tiempo no sería una variable externa de la política sino su propio objeto; pues la seguridad es una batalla contra el tiempo y la política un continuo enfrentamiento con lo imprevisto. Comprender la política internacional no implica, por tanto, partir de una mera constante arquetípica de miedo y violencia, sino de un tiempo de violencia —al igual que un tiempo de paz—.

Desde el flanco teórico opuesto, Francisco Javier Peñas sostiene que la disciplina de Relaciones Internacionales, como heredera de la Ilustración, ha estado y está fuertemente caracterizada en sus planteamientos liberales por una idea de perfeccionamiento espiritual, moral y social que es la *doxa* social de la modernidad, su imaginario social constitutivo. En su artículo “Camino de perfección. El imaginario social liberal de las relaciones internacionales”, el autor defiende que una mejor comprensión de las relaciones internacionales requiere atender a la naturaleza, procesos de transformación, y efectos de los imaginarios sociales, vocabularios o culturas. De este modo, reconstruye históricamente la formación del imaginario social moderno de progreso o perfeccionamiento, desde la Europa Ilustrada hasta nuestros días, recurriendo a ejemplos y contra-ejemplos históricos que muestran las continuidades y cambios de este imaginario subyacente al discurso liberal como su filosofía de la historia característica, y heredero, en versión secularizada, de la concepción de la historia de la teología cristiana.

La traducción al español del artículo de Christian Reus-Smit, “Leyendo la historia desde una mirada constructivista”, hace un interesante aporte al debate sobre la filosofía de la historia, tan encorsetado entre teleología y recurrencia, al proponer el siguiente interrogante: el interés de los constructivistas en la historia desde el fin de la Guerra Fría, ¿está motivado, consciente o inconscientemente, por una filosofía de la historia distinta? ¿Leen los constructivistas la historia de una manera particular? Reus-Smit concluye que los constructivistas rara vez articulan una filosofía de la historia particular; más bien, podríamos decir que carecen de ella porque casi nunca abordan, y mucho menos responden, a cuestiones como qué es la historia, cuál es su naturaleza y el propósito de la investigación histórica; cuál es el estatus epistemológico del conocimiento histórico y qué tipos de métodos históricos son los apropiados para las cuestiones planteadas por los propios constructivistas. Por el contrario, el autor sostiene que en el constructivismo se destila una historia *skinneriana* que la alejaría tanto de la historia realista-materialista, por su ontología ideacional, como de la historia de las ideas, por inclinarse más bien a explorar las ideas *en* la historia.

Finalmente, el historiador Hugo Fazio aporta a este número una reflexión de filosofía de la historia propiamente dicha, que permea el conjunto de los artículos y contenidos de este monográfico. “La internacionalidad contemporánea a la luz de la historia global” es una muy sugerente reflexión en la que Fazio sostiene que la deshistorización del presente —con la tendencia a considerar 1989 como el fin de un periodo histórico— es uno de los factores que permite entender las dificultades para comprender los inicios del siglo XXI o la tendencia a definir el mundo contemporáneo como caótico, desordenado o carente de sentido.

Sin embargo, para el autor, el problema no radica tanto en el desorden o en la anomia que experimenta nuestro mundo, sino en que las Ciencias Sociales, y particularmente la Historia, no han dilucidado las claves que permitan dar cuenta de la naturaleza de nuestro presente, no han podido esclarecer la historicidad que reviste nuestra contemporaneidad, el sentido que comporta, así como las principales coordenadas en las que se forja nuestra existencia. Por ello, desarrolla la tesis de que el presente dispone de una extensión de tiempo y que puede representarse como un presente histórico que surge desde finales de la década de los sesenta y que se fundamenta en una serie de elementos que han transformado la fisonomía del mundo contemporáneo: una fase excepcional de globalización, un régimen de historicidad compartido y una representación de la modernidad siempre acompañada de adjetivos (múltiples, segunda, global, *entagled*, etc.). Todo ello hace que la historia universal de corte tradicional ceda el paso a la llamada historia global que, según el autor, constituye la forma más sutil y rica para la comprensión de lo internacional en el mundo contemporáneo; un propósito que exige reconocer en las transformaciones espaciales y temporales de las últimas cuatro décadas vectores explicativos del acontecer actual y no simples contextos donde se desenvuelven los asuntos sociales.

Además de estos artículos que se articulan en torno a la temática principal que da el título de este número de la revista, contamos con un texto de Pablo Nacht, *China y Argentina: ¿«Oportunidades y desafíos» o cristalización de una asociación dependiente?*, en el que el autor analiza las relaciones entre estos dos países, prestando especial atención a su dimensión económica en relación con el mercado de la soja. Si bien el artículo se aleja del tema central en torno al que giran los demás artículos, centrados en la historia y las relaciones internacionales, y el encuentro entre estos dos ámbitos de análisis, se detiene en un asunto que ilustra la pertinencia de superar cierto sesgo eurocéntrico que persiste en algunos estudios tanto de política exterior como históricos; un sesgo que ha sido cuestionado, entre otros, por Marshall Hodgson como bien se refleja en el texto que hemos traducido en este número y recogido en la sección de Fragmentos, y que presentamos un poco más abajo.

La sección Fragmentos de en este número presenta, en primer lugar, la traducción al español de parte de la obra del historiador y filósofo de la historia británico Herbert Butterfield, *The Whig Interpretation of History*, publicada por primera vez en 1931. La Introducción y los capítulos dos y seis —“La premisa subyacente” y “Los juicios morales en la historia”, respectivamente— ofrecen al lector unos primeros pasos consistentes para adentrarse en la comprensión de la llamada interpretación *whig* de la historia. En clara continuidad y sintonía con el artículo de F. J. Peñas, Butterfield se aproxima de forma crítica a la concepción teleológica, lineal y universal de la historia profesada por los liberales protestantes y progresistas británicos, calificados como *whig* desde el siglo XVII hasta el XIX cuando se aplicaba la denominación Partido Liberal.

El segundo fragmento es la traducción de una breve reflexión de un clásico de la historiografía como Marshall G. S. Hodgson. En “World history and world outlook”, parte de una recopilación de trabajos publicados por Cambridge University Press en *Rethinking World History* (1993), el autor desarrolla un análisis

crítico sobre el eurocentrismo que ha dominado el quehacer de los historiadores en la construcción de la llamada historia mundial. De este modo, propone una breve reflexión que resulta sugestiva desde su primera página, donde plantea si la obsesión por Europa podría justificarse porque sólo el continente europeo ha cambiado en los últimos siglos, o porque la mayoría de la humanidad vive en una cultura europea y, por ejemplo, los patrones culturales chinos se han desvanecido. En definitiva, aborda el, paradójicamente, desafío de elaborar una historia mundial no eurocéntrica.

En la sección de Documentos, que hemos titulado “La modernidad, sus promesas de progreso y sus desesperanzas”, con las imágenes recopiladas por Urko Lerchundi, Mariana Leone y Francisco J. Peñas, hemos querido ilustrar cómo la historia, la filosofía y la política se encuentran con el arte de la pintura tratando de provocar el pensamiento del lector desde algo así como el pasillo de una pinacoteca. El *Angelus Novus* de Paul Klee, la *Alegoría de la Verdad, el Tiempo y la Historia*, de Goya, *American Progress* de John Gast, *Desesperanza* de Munch, o *Rain, Steam and Speed* de Turner, son algunas de la obras que invitan a reflexionar sobre la filosofía de la historia propia de la modernidad.

La movilización social del 15M, iniciada en Madrid el 15 de mayo de 2011, es el tema protagonista de la Ventana Social. La revista *Relaciones Internacionales* ha entrevistado al portal de información alternativo Madrilonia, con el objetivo de aportar la perspectiva de un actor de la sociedad civil —esta vez de naturaleza mediática— y local que se propone difundir información para conectar opiniones y esbozar nuevos horizontes de imaginación y acción política más allá de los, ahora en crisis, marcos políticos y económicos del neoliberalismo o propuestas institucionales clásicas. Tanto la irrupción de las revoluciones populares en el Norte de África y Oriente Medio, sin líder ni proyecto ideológico aparente, como las protestas sociales masivas, replicadas en los países occidentales, contra las respuestas gubernamentales a la crisis económica y política, han puesto sobre la mesa el debate en torno al cambio histórico. ¿Qué revelan estos hechos sobre nuestra forma de imaginar el tiempo presente, pasado y futuro? ¿Son hechos sintomáticos de una ruptura, una reformulación en la forma de hacer y comprender la política en un mundo *glocalizado*, donde la clásica territorialidad moderna convive con formas de organización social y política desterritorializadas?

Y como cierre a esta sucinta exposición de contenidos, se ofrecen dos *review-essays* y dos reseñas sobre obras de actualidad que no sólo contribuyen al tratamiento del tema aquí planteado sino que lo enriquecen con la aportación de otras matrices o vectores que podrían resultar, a simple vista, secundarios. El sociólogo Rodolfo Masías, en “El libro, el ensayismo y las ciencias sociales en un mundo global y postcolonial” lleva sutilmente la filosofía de la historia al terreno de la producción académica; una muy original aproximación a la comprensión del lugar del libro y el ensayo, del leer y el escribir, en las Ciencias Sociales como resultado, según el autor, de un cambio paulatino de mentalidad entre los científicos sociales patentado en la figura de lo que llama “el investigador social eficiente”. Este cambio de mentalidad es también un cambio ético que exige la urgente atención del investigador, ya que su saber-hacer tiene un papel decisivo. *El libro científico en la República de las letras*, de José Pardo, y *Humana Ciencia. Del ensayo a la*

investigación en la edad moderna, de Alfredo Fierro, con las obras que entrecruza el autor para el desarrollo de su reflexión.

Por su parte, el trabajo Andreas Hacker es el resultado de la lectura cruzada de tres obras: Karatzogianni, A. y Robinson, A., *Power, Resistance and Conflict in the Contemporary World: Social movements, networks and hierarchies* (2010); Laidi, Z., *Un monde privé de sens* (1994); y, Shilliam, R. como editor de *International Relations and Non-Western Thought: Imperialism, colonialism and investigations of global modernity* (2011). Bajo el título “Modernidad, búsqueda de sentido y resistencias más allá de la hermenéutica de poder”, Hacker llama la atención sobre el provincianismo de la disciplina de Relaciones Internacionales que durante tanto tiempo ha aceptado con complacencia el eurocentrismo de sus fundamentos ontológicos y epistemológicos, disfrazados de pretendida universalidad. La miopía de la disciplina no sólo se denuncia y explica en este trabajo, sino que se apela a la necesidad de otras miradas desprovincializadas cuando se advierten las gritas del discurso hegemónico y la deslegitimización de sus estructuras en lo que muchos autores han dado en llamar, como advertía y criticaba H. Fazio, la crisis de un “mundo sin sentido”.

Y por último, las reseñas de las recientes obras de Carlo Galli, *Political Spaces and Global War* (2010) y Hugo Fazio, *¿Qué es la globalización? Contenido, explicación y representación* (2011) cierran los contenidos de este número sobre Relaciones Internacionales, Filosofía e Historia. Dos obras relevante no sólo por sus respectivos desarrollos teóricos y su actualidad, sino por la capacidad de diálogo, complementariedad y debate entre ellas mismas. Galli aborda el desafío de explicitar la relación que se instaura entre espacio y política en la edad global contemporánea a través de un ejercicio de análisis genealógico que le lleva a dilucidar dinámicas de “espacialización de la política” y “politización del espacio”. Por su parte, Fazio ofrecer un marco de aproximación al concepto de la globalización, defendiendo su relevancia como herramienta heurística para entender las rápidas transformaciones de la realidad social contemporánea. Como parte de esta tarea, aborda qué se entiende por “tiempo histórico” y “espacio social” en correlación con la globalización, para así brindar una propuesta conceptual del fenómeno —para lo que rescata los conceptos de R. Koselleck de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa” como especialmente idóneos para la comprensión del tiempo y espacio histórico a lo largo de la historia—.

Esperemos que nuestra modesta contribución facilite un pequeño paso más en una escalinata de vertiginosa altura.

R E L A C I O N E S I N T E R N A C I O N A L E S



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950

LAS RAZONES EMOCIONALES DE NUESTRA SEGURIDAD. HOBBS ANTE EL RETO DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ LOSADA*

RESUMEN:

Hobbes es el padre del argumento según el cual los seres humanos en estado de naturaleza, en tanto que individuos racionales y emocionalmente motivados, siempre elegirán abandonar la guerra para formar un Estado en el cual la libertad individual quede subordinada para siempre al poder del soberano. ¿Acaso no significa esto que las naciones deberían seguir el mismo ejemplo? En verdad, Hobbes no fue partidario de un Leviatán global. Algunos escritores han visto aquí una inconsistencia en su lógica. Olvidan que para Hobbes las razones de seguridad del Estado se hacen reales para los individuos que lo componen a través de sus emociones (la competencia y la cooperación, el miedo y el orgullo, la gloria y la vanagloria) y que solo en la medida en que las comunidades humanas se van transformando en estados, en sujetos con voluntad e identidad propias, es posible hablar de los auténticos sujetos racionales y emocionales del Derecho de gentes. Estos sujetos artificiales son los únicos sujetos que pueden dotar de contenido a la Ley natural. Ahora bien, estos mismos estados, intérpretes exclusivos del Derecho natural de las naciones, pueden desarrollar políticas internacionales de muy distinto signo, en el tiempo de Hobbes y en el nuestro.

PALABRAS CLAVE:

Hobbes, relaciones internacionales, seguridad, realismo, nuevo imperialismo, Derecho de gentes, emociones, resiliencia, Estado.

TITLE:

The emotional reasons of our security. Hobbes faced with International Relations challenge.

ABSTRACT:

Hobbes is well known for arguing that self-centered, rational and emotional individuals, in a state of nature would chose to leave the state of war in order to form a commonwealth in which the liberty of each individual is subordinated to the power of the sovereign. Should we follow the same claim among the nations that are in the same state of nature relative to each other? Hobbes did not advocate a global Leviathan, and some critics have seen in this particular point a logical inconsistency of his general position. They forget that state security reasons, in Hobbes's view, only became real for the individuals that form the commonwealth because they are felt through their emotions (competition and cooperation, fear and pride, glory and vain-glory), and only when human associations have grown into states, with a will and an identity of their own, we are allowed to talk about the rational and emotional subjects of the Law of Nations. These artificial subjects are the only subjects that can bring meaning to the Natural Law. Now, these very states as the exclusive interpreters of the Natural Law of Nations develop quite different international policies, both in Hobbes's times and in our times.

KEYWORDS:

Hobbes, international relations, security, realism, new imperialism, Law of Nations, emotions, resilience, state.

*José María HERNÁNDEZ LOSADA es Profesor Titular de Filosofía Política. UNED.

El mismo día en que daba comienzo la Cumbre Internacional sobre Democracia, Terrorismo y Seguridad, celebrada en Madrid el 8 de marzo de 2005, coincidiendo con el primer aniversario de la matanza del 11-M, el mayor atentado terrorista en la historia de España, Ana Palacio, ex ministra de Asuntos Exteriores del último gobierno de José María Aznar (PP), se hacía la siguiente pregunta en un artículo de opinión publicado en el diario El País: «Nuestra seguridad: ¿con qué asociamos el concepto de seguridad?». Una pregunta que ella misma respondía utilizando estas dos imágenes metafóricas.

“Durante buena parte del siglo XX –durante toda la era de la guerra fría– la seguridad de Occidente la compendia una imagen. Lo que nos venía al espíritu a los ciudadanos del mundo occidental, del mundo libre, al pensar en nuestra seguridad era el mapa del Viejo Continente, de Europa, recorrido de norte a sur por una línea de puntos en torno a la que se ordenaban de una lado los iconos representativos de las fuerzas del Pacto de Varsovia –aviones, carros de combate, fusiles, barcos y submarinos rojos–, mientras del otro lado de la línea, en azul, aparecían los correspondientes a la OTAN percibidos –gracias esencialmente al compromiso de los Estados Unidos– como reflejo de la superioridad de nuestro campo frente al comunismo. Hoy, dramáticamente, la imagen que asociamos a la amenaza de nuestra seguridad es la de las Torres Gemelas hundiéndose en la mañana neoyorquina, los trenes reventados de Atocha, el último panorama de hierros retorcidos y cuerpos despedazados en cualquier lugar del planeta: Estambul, Jerusalén, Beslán, Bali, Bagdad”¹.

A partir de aquí, la representante de España en la histórica sesión del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el 5 de febrero de 2003, en donde se presentaron los argumentos que justificaron después la invasión de Irak, desarrolla una comparación entre la primera imagen, que según sus palabras traslada “conceptos claros y certezas asumidas”, es decir, la imagen de un enemigo exterior, simétrico, conocido por todos y capaz de respetar ciertas reglas de juego a pesar de la amenaza de una total destrucción mutua, y la segunda imagen, en la que desaparecen los anclajes conceptuales que nos habían proporcionado otrora una “sensación de seguridad y control relativo”. En esta segunda imagen, el enemigo está dentro y fuera, no hay forma de situarlo en el mapa geoestratégico, y tampoco parece dispuesto a respetar las tradicionales reglas del decoro en la guerra.

Lo primero que llama la atención es que la seguridad invocada a través de estas dos imágenes descansa en la percepción de un peligro constante, peligro que en un caso puede ser contenido y en el otro no. Lo segundo es que esta sensación de peligro y seguridad relativa tiene un carácter temporal, del mismo modo en que Hobbes define la paz como una emoción vinculada a la suspensión temporal de la guerra. “Pues la GUERRA”, escribe Hobbes, “no consiste solamente en batallas o en

¹ PALACIO, Ana, “Nuestra seguridad”, El País, martes 8 de marzo de 2005.

el acto de luchar, sino en un período en el que la voluntad de confrontación violenta es suficientemente declarada. Por tanto la noción de *tiempo* debe considerarse como parte de la naturaleza de la guerra... [La] guerra no está en una batalla que de hecho tiene lugar, sino en una disposición a batallar durante todo el tiempo en que no haya garantías de que debe hacerse lo contrario. Todo otro tiempo es tiempo de Paz”².

Hobbes será siempre recordado por su argumento según el cual los seres humanos, seres egoístas, sin duda, pero también individuos racionales y emocionalmente motivados, elegirán en todo caso abandonar la guerra para formar un Estado en el cual la libertad individual quede subordinada de forma permanente al poder del soberano; como también lo será por el uso de las dos imágenes metafóricas asociadas con este mismo argumento: la imagen de un hipotético estado de naturaleza, donde la vida del hombre es “solitaria, pobre, repugnante, brutal y corta”, y la imagen de la confrontación entre los estados, que puede ser considerada, en verdad, como el auténtico estado de naturaleza. Pues, como escribe en el capítulo 13 del *Leviatán*, “aunque no hubiese habido ninguna época en la que los individuos estaban en una situación de guerra de todos contra todos, es un hecho que, en todas las épocas, los reyes y las personas que poseen una autoridad soberana están, a causa de su independencia, en una situación de perenne desconfianza mutua, en un estado y disposición de gladiadores, apuntándose con sus armas, mirándose fijamente, es decir, con sus fortalezas, guarniciones y cañones instalados en las fronteras de sus reinos, espionando a sus vecinos constantemente, en una actitud belicosa”³.

Volviendo sobre la dimensión emocional de nuestra seguridad, sobre el quién y dónde se encuentra ahora nuestro enemigo –las imágenes a las que aludíamos hace un instante de las Torres Gemelas desmoronándose en Nueva York, los trenes de Atocha reventados, o los atentados de Londres, Egipto o Jordania, que se produjeron después de la Cumbre de Madrid–, no sería difícil concluir que la irrupción del terrorismo islamista brindó en la primera década de este siglo una inestimable ocasión para postular la emergencia de un nuevo estado de naturaleza hobbesiano creado por aquellos estados que, influidos por grupos terroristas y otras organizaciones criminales, son incapaces de satisfacer las necesidades básicas de seguridad de sus propios ciudadanos y, por extensión, de la comunidad internacional, situación que puede llegar a exigir plantearse reducir o hasta eliminar la soberanía cuando un Estado no cumpla con su parte del trato, es decir, cuando sea sorprendido patrocinando o simplemente permitiendo que grupos terroristas y redes criminales echen raíces en su territorio⁴.

En realidad, desde la caída del Muro de Berlín y la disolución del antiguo

² HOBBS, Thomas, *Leviatán*, ed. Carlos MELLIZO, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 107.

³ *Ibidem*, p. 108.

⁴ VÉASE, NAASS, Richard N., *The Opportunity: America's Moment to Alter History's Course*, Public Affairs, Nueva York, 2006.

bloque soviético se ha venido especulando de forma creciente con la idea de un nuevo orden mundial post-hobbesiano⁵. La soberanía, según este planteamiento, la idea de que los estados son los actores principales en la arena internacional y pueden hacer o deshacer a su antojo en sus propios territorios, si bien sirvió para gestionar las relaciones internacionales en los últimos tres siglos y medio y sigue siendo una herramienta eficaz para limitar la violencia entre los estados, debería adaptarse a la nueva situación enmarcada en el concepto de "globalización". Los retos de la seguridad global exigen un nuevo paradigma de defensa. El nuevo paradigma se basa, en palabras de Palacio, en "la creación de la Fuerza de Respuesta, las estructuras de réplica a ataques biológicos, radiológicos y nucleares, la superación del concepto de "fuera de área", así como la evolución desde las funciones y las estructuras tradicionales militares para abordar una combinación de funciones y estructuras de policía, de administración provisional o de departamento de protección civil"⁶.

En paralelo con este mismo análisis, la derrota del terrorismo demandaría una completa reeducación sentimental de las mentes y los corazones de los ciudadanos para hacer frente a los desafíos de un mundo donde el peligro no procede tanto de las tradicionales guerras entre estados como de las nuevas formas de violencia que ciertos actores globales, grupos terroristas y organizaciones internacionales del crimen, pueden crear dentro y fuera de estos estados. El desacuerdo principal parece estar entre quienes se inclinan por las formas de poder duro para ganar la batalla de las percepciones y quienes prefieren las del poder blando que permite llegar dónde uno quiere mediante la atracción y la persuasión en lugar del miedo y la coacción. En medio estarían quienes confían en la capacidad de los Estados Unidos para combinar ambas de una forma eficaz e inteligente⁷.

En todos los casos, existe una extendida suspicacia hacia el análisis de las "causas" de la violencia que implique la búsqueda de "razones" que pueden servir después para justificar la existencia misma de la violencia terrorista —*Tout comprendre, c'est tout pardonner*. Lo cual no deja de entrar en contradicción, en cierto modo, con la propia tradición realista a la que apelan estos mismos análisis. Pues en la tradición realista no se escatima el análisis de las causas del miedo y la violencia, como enseguida vamos a ver, ni se cae en la tentación de reducir el conflicto a la lucha entre el bien y el mal, dejando siempre a la propia comunidad del lado bueno (es decir, convirtiendo el egoísmo hobbesiano en mera autocomplacencia). En esta tradición, al menos, el auténtico reto no consiste en ganar la batalla de las percepciones sino en la conquista de nuestras propias

⁵ SCHMITTER, Philippe C., "La Comunidad Europea como forma emergente de dominación política", en BENEDICTO, Jorge y REINARES, Fernando (eds.), *Las transformaciones de lo político*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, ps. 175 y ss. Una panorámica de la situación internacional descrita en términos hobbesianos durante el período de la Guerra Fría puede hallarse en MALNES, Raino, *The Hobbesian Theory of International Conflict*, Scandinavian University Press, Oslo, 1993, ps. 49-77.

⁶ PALACIO, Ana, *loc. cit.*

⁷ La formulación de este debate puede verse en el libro de NYE, Joseph S., *La paradoja del poder norteamericano*, Taurus, Madrid, 2003.

emociones. Nadie puede vivir seguro si no empieza por sentirse seguro.

Suele afirmarse que el primer realismo o “realismo clásico”⁸ se halla en la obra de Tucídides, en su análisis de la Guerra del Peloponeso; en Maquiavelo, cuando describe las duras condiciones de supervivencia de las ciudades del Renacimiento en Italia; y en Hobbes, por supuesto, durante la Guerra de los Treinta Años⁹.

¿Cuál fue la causa principal de la guerra?, se preguntaba Tucídides en su *Historia de la guerra del Peloponeso*. Y la respuesta no es otra que el “miedo” de los espartanos a la fuerza del Imperio ateniense (I, 23). Es decir, “la razón más verdadera, aunque siempre se ocultó”, fue un cambio de percepción sobre la amenaza de su seguridad¹⁰. Los espartanos empezaron la guerra movidos por este temor; y los atenienses, después de reírse en Melos de quienes apelan a la justicia para eludir la ley del más fuerte, pierden finalmente la guerra porque el miedo acaba por minar su propia cohesión interna. El miedo y la violencia permanentes son incompatibles con las exigencias de la vida moral de las democracias (VIII, 48).

Maquiavelo también comenzó *El Príncipe* denunciando la miopía de no querer enfrentar la fuerza con la fuerza, la astucia con la astucia. Para Maquiavelo el poder se debe ante todo a la necesidad, y la virtud del Príncipe es vicio cuando le da la espalda. Si la fuerza se ejerce con determinación y de una vez no habrá de qué lamentarse. En verdad, escribe Maquiavelo, “es algo muy natural y ordinario el deseo de adquirir y cuando lo hacen hombres que pueden, siempre serán alabados y nunca censurados; pero cuando no pueden y quieren hacerlo de cualquier manera, aquí está el error y las justas razones de censura”¹¹.

Hobbes no sólo siguió los pasos de Tucídides y Maquiavelo al eliminar la distinción entre guerras justas e injustas, agresión y defensa, conquista e institución social, también se propuso levantar el complejo edificio de su filosofía política a partir de un esquema emocional basado en la idea de cohesión interior y equilibrio exterior de profunda raigambre platónica. Con frecuencia olvidamos lo mucho que los modernos, con Hobbes a la cabeza, deben a los antiguos, para quienes la política es inseparable de las emociones, emociones no menos reales, todo hay que

⁸ FORDE, Steven, “Classical realism”, en NARDIN, Terry y MAPEL, David R. (eds.), *Traditions of International Ethics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, ps. 62 y ss.

⁹ Noel Malcolm ha atribuido a Hobbes la traducción inglesa de uno de los panfletos más conocidos del bando católico durante la Guerra de los Treinta Años, *Altera secretissima instructio*, «una cínica, ingeniosa y extremadamente bien informada» pieza de la propaganda política de los Habsburgo, nos dice Malcolm, que nos alerta sobre la gran familiaridad de Hobbes con los asuntos internacionales de su propia época. Ver, MALCOLM, Noel, *Reason of State, Propaganda, and the Thirty Years' War. An Unknown Translation by Thomas Hobbes*, Oxford University Press, Oxford, 2007.

¹⁰ TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, ed. Luis M. MACÍA APARICIO, Akal, Madrid, 1989, p. 62.

¹¹ MAQUIAVELO, Nicolás, *El Príncipe*, ed. Miguel Á. GRANADA, Alianza Editorial, Madrid, 1985, p. 41.

decirlo, por el hecho de ser emociones, que las acciones –buenas o malas– que pueden llegar a desencadenar. El tipo de reflexión política que iniciaron los griegos estuvo fuertemente condicionada por este problema.

Es más, creo que es oportuno recordar aquí que tanto *La Política* de Aristóteles como *Las Leyes* de Platón están construidas desde la reflexión en torno a la protección del individuo y la comunidad con respecto a todo lo que puede dañarles. La guerra civil era la forma de violencia más frecuente y peligrosa, especialmente cuando se complicaba con las guerras imperiales, como había señalado Tucídides. Sin embargo, contra la opinión de este último, quien decía que la guerra llevaba a los hombres a mostrar sus pasiones más irracionales, hasta el punto de retratarse como seres incapaces de controlarlas, Platón y Aristóteles construyeron una psicología a partir de ciertos «tipos» en los cuales la razón sí podía controlar las pasiones. Este control de la razón sobre las pasiones podía y debía ser apuntalado con un buen diseño constitucional. Platón defiende una solución al problema constitucional que consiste en garantizar la cohesión interna y el aislamiento externo¹². Aristóteles, dando por buena la parte relativa a la cohesión, considera que el aislamiento no es la solución y que las democracias no pueden renunciar a ejercer el imperio¹³. La solución, en su caso, no pasa por suprimir toda diversidad, pues el conflicto está en la esencia misma de la *polis*, en la pasión por la igualdad, que proporciona la piedra fundacional y la semilla de su propia destrucción¹⁴. La misión que se propuso Aristóteles fue pensar la forma política dentro de la cual pudiesen coexistir las distintas percepciones de la igualdad sin que ninguna de las partes percibiese el *statu quo* como un orden injusto.

Como sabemos, Hobbes centró igualmente todas sus energías en el problema de la guerra civil y en el diseño de un nuevo modelo de Estado. Sin embargo, él nos dice, contra los seguidores de Aristóteles, que son los errores de la filosofía los que ofrecen suelo y sustento a las semillas de la sedición. Dicho con otras palabras: la destrucción del organismo civil se produce a medida que la pasión por la igualdad se confunde con la vanagloria. Por eso, si los hombres hubiesen desarrollado una ciencia civil a la altura sus propias circunstancias, insiste Hobbes, hace tiempo que habrían resuelto este problema de la mayor importancia. «No puedo concebir», escribe en el prefacio al *De Cive* (1642), “otro tipo de enseñanza que sea más beneficioso que éste”¹⁵.

En cierto modo, podríamos decir que Hobbes empieza politizándolo todo, con esa visión de la naturaleza humana basada en la lucha por el poder, y termina, igualmente, por no ver otra salida que la supresión de todo lo que signifique

¹² PLATÓN, *Las leyes*, 629d y 829a, ed. José Manuel PABÓN y Manuel FERNÁNDEZ-GALIANO, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1989, ps. 8 y 63.

¹³ ARISTÓTELES, *Política*, II: 1265a-1267a y IV: 1291a, ed. Javier MARÍAS y María ARAUJO, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999, ps. 39-44 y 173.

¹⁴ ARISTÓTELES, *Política*, V: 1301b, *op.cit.*, p. 205.

¹⁵ HOBBS, Thomas, *De Cive*, ed. Carlos MELLIZO, Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 43.

política: sólo un Leviatán que reine sobre los hijos del orgullo será capaz de salvar a los hombres de sí mismos.

La línea divisoria entre política y guerra civil no era una línea fácil de trazar, ni en el siglo de Pericles ni en el de Cromwell. Para salvar al hombre de la destrucción, Hobbes nos ofrece una versión radical, aunque convenientemente invertida, de la moral de Epicuro, para quien la única forma de constituir una sociedad donde reine el orden y la justicia es empezar por desprenderse del miedo. Hobbes, por el contrario, afirma que cada uno debe aprender a vivir con el miedo y dejar que el Leviatán se ocupe de la felicidad de todos.

Quizá por esta misma razón, al comienzo de su autobiografía nos dice que el día de su nacimiento, el 5 de abril de 1588, se difundió la noticia por todas las plazas de su país de que la Armada española se acercaba a las costas inglesas, y, como consecuencia de este rumor, su madre concibió tanto temor que, finalmente, parió gemelos.

En realidad, según Hobbes, todos hemos nacido con ese hermano gemelo: el miedo. El miedo en general y el miedo a la muerte violenta en particular cumplen una función esencial no solo en la vida sino también en la obra de Hobbes, en la medida en que el miedo «irracional» se convierte en miedo «racional», en fuente primera de todo contrato o cálculo de reciprocidad, llegando a formar después un binomio inseparable: la razón es pasiva sin el miedo, y, a su vez, el miedo ciego sin la razón¹⁶. Por eso, Hobbes objeta frente a quienes confunden el miedo con el espanto, quienes confunden el miedo con la pérdida completa del control de sí mismos, con la desaparición de todo comportamiento dirigido a la conservación a través del cálculo racional, bien sea individual o cooperativo¹⁷.

Este tipo de lenguaje convirtió a Hobbes en todo un icono del pensamiento político internacional durante el período de la Guerra Fría¹⁸. En los últimos años, sin embargo, Hobbes ha sido presentado junto a Maquiavelo y Tucídides no sólo como un maestro más del realismo, sino también como un caso paradigmático de las limitaciones de este mismo enfoque. Dos referentes actuales de la teoría política internacional, Michael Walzer¹⁹ y Stanley Hoffmann²⁰, han detectado en la identificación entre “estado de naturaleza” y “desconfianza entre las naciones” no solo un dudoso punto de partida sino también un infructuoso punto final de la

¹⁶ BODEI, Remo, *Una geometría de la pasiones. Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político*, Muchnik Editores, Barcelona, 1995, ps. 117-131.

¹⁷ HOBBS, Thomas, *De Cive*, op. cit., ps. 57-58.

¹⁸ VINCENT, R. John, “The Hobbesian Tradition in Twentieth Century International Thought”, en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 10, nº 2, 1981, ps. 91-101. Cfr. NAVARI, Cornelia, “Hobbes and ‘Hobbesian Tradition’ in International Thought”, en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 11, nº 3, 1982, ps. 203-222.

¹⁹ WALZER, Michael, *Just and Unjust Wars*, Basic Books, Nueva York, 1977, ps. 4 y 55.

²⁰ HOFFMANN, Stanley, *Duties Beyond Borders. On the Limits and Possibilities of Ethical International Politics*, Syracuse University Press, Nueva York, 1981, ps. 11 y 14.

reflexión hobbesiana en torno a estos asuntos. Todo un síntoma de la incapacidad misma del realismo para sacarnos de esa genérica situación de guerra de todos contra todos. La misma que ya Platón ponía en boca de Clinias, uno de los personajes de las *Leyes*, cuando decía que la humanidad se halla en una condición permanente de guerra exterior de todos contra todos y de cada hombre consigo mismo²¹.

La doctrina realista podría resumirse en una frase diciendo que se caracteriza por describir las relaciones entre los estados como una permanente lucha por el poder y el uso de la guerra como instrumento de la política exterior en un contexto de anarquía internacional, es decir, en ausencia de un poder central por encima de las unidades estatales. Es cierto que, desde el libro clásico de Edward H. Carr, *The Twenty Years' Crisis* (1942), todo análisis realista ha ido acompañado de un capítulo sobre "las limitaciones del realismo", reconduciendo el credo realista a un reconocimiento de que hay intereses y fuerzas operando en el mundo y que el analista debe contar siempre con ello a la hora de construir sus análisis, que los estados soberanos siguen siendo los actores principales porque retienen la parte esencial del monopolio de la violencia, que el derecho internacional y las organizaciones internacionales no consiguen despegar, que la desconfianza sigue reinando entre las naciones (desconfianza que ahora podemos ver, y no solo oler, cuando alguno de los nuevos actores globales, encarnados en organizaciones como Wikileaks, levantan las alfombras con la inestimable ayuda de otros medios de comunicación) y, finalmente, que junto con esa natural desconfianza los estados siguen guiándose por la lógica de los beneficios materiales y el prestigio nacional. Todo lo cual, en conjunto, viene a ser una paráfrasis de los tres motivos principales para la guerra según Hobbes: la rivalidad, la desconfianza y la gloria²².

Desde luego, esto no es todo, pero es lo que afecta más al todo de las relaciones internacionales, y, en este sentido, resulta difícil afirmar, como nos recuerdan los más severos críticos del realismo, que hayamos avanzado en la dirección de la necesaria cooperación internacional, o que podamos hacerlo algún día sin distanciarnos previamente del paradigma realista, revisándolo críticamente, o superándolo, tanto desde el punto de vista de su supuesta fidelidad empírica como de su todavía más cuestionable dimensión normativa²³.

²¹ PLATÓN, *Las leyes*, 625e-626a y 626d, *op.cit.*, ps. 2-4.

²² HOBBS, Thomas, *Leviatán*, *op. cit.*, p. 107. La clasificación que ofrece Hobbes de los tres motivos principales de la guerra entre estados —«competition, deffidence, and glory»— es una variación de las razones que Tucídides pone en boca de los embajadores atenienses en Esparta, justo antes del comienzo de la guerra, para explicar cómo habían llegado a hacerse con su Imperio: «chiefly for fear, next for honour, and lastly for profit». THUCYDIDES, *History of the Peloponesian War*, en *The English Works of Thomas Hobbes of Malmesbury*, edición de William MOLESWORTH, Scientia Verlag Aalen, Darmstadt, 1966, vol. 8, p. 81. Ver, TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, *op. cit.*, I: 75, p. 89. Sobre la persistente asociación entre Tucídides y Hobbes en cuanto al tratamiento de las relaciones internacionales se refiere, véase BROWN, Clifford W Jr., "Thucydides, Hobbes, and the Derivation of Anarchy", en *History of Political Thought*, vol. 8, nº 1, 1987, ps. 33-62.

²³ BEITZ, Charles R., *Political Theory and International Relations*, Princeton University Press, Princeton, 1979, comienza su influyente estudio con la siguiente frase: «Los teóricos de la política

Es obvio que Hobbes no pareció interesarse en la posibilidad de un Leviatán global, en un nuevo contrato entre el conjunto de los estados soberanos. Entre otras razones porque la situación de “incertidumbre” dentro del estado de naturaleza (la percepción de una igualdad de inseguridad que empuja a cada hombre al pacto de sumisión) no se daba de igual modo entre las naciones de su tiempo. Mientras que en el primer caso el más fuerte puede ser abatido por el más débil (sea por “secreta” maquinación o “asociación” con otros), en el segundo, entre los estados soberanos, la percepción de una igualdad de inseguridad no era ni por asomo tan evidente como exigía el argumento del contrato. La exigencia de una auténtica percepción de igualdad de inseguridad entre las naciones, como señalaron Hedley Bull²⁴ y Crawford B. Macpherson²⁵, no adquiere todo su peso hasta el comienzo de la era nuclear, con la creación de las primeras armas de destrucción masiva y la percepción de una igualdad de inseguridad a nivel planetario²⁶.

Sin embargo, se lamentaba Bull por estas mismas fechas, “[el] miedo hobbesiano a la muerte que subyace al sistema de disuasión mutua ha servido antes para congelar a las potencias nucleares en su postura de gladiadores que para obligarlas a intentar salir del estado de anarquía internacional”²⁷. La disuasión nuclear confirmaba la imagen del capítulo 13 del Leviatán. El problema, según nos dicen ahora los nuevos teóricos de la seguridad internacional, es que la situación no ha hecho más que empeorar con el fin de la Guerra Fría y la emergencia de una situación post-hobbesiana en la que los estados nacionales no son los únicos actores con acceso a las armas de destrucción masiva²⁸. En este momento, cualquier Estado débil (o fracasado) puede crear una situación de peligro global. Este parece ser el argumento estrella del “nuevo imperialismo”²⁹, incluso con las dudas que suscita después de los errores cometidos en Irak³⁰.

Esto es también lo que podía percibirse en el discurso de clausura de la Cumbre de Madrid que había inaugurado Ana Palacio y que fue leído por el entonces

han descuidado una cantidad significativa de interesantes cuestiones filosóficas e importantes problemas normativos en torno a las relaciones internacionales al haber aceptado de forma acrítica la concepción del mundo desarrollada por Hobbes y reproducida después por otros escritores más recientes» (p. vii).

²⁴ BULL, Hedley, “Hobbes and the International Anarchy”, en *Social Research*, vol. 48, nº 4, 1981, ps. 717-738.

²⁵ MACPHERSON, Crawford B., *La teoría política del individualismo posesivo: de Hobbes a Locke*, Fontanella, Barcelona, 1970, p. 236.

²⁶ Ver GAUTHIER, David, *The Logic of Leviathan*, Clarendon Press, Oxford, 1969, p. 228, que inicia una nueva saga entre quienes recogen después este mismo argumento.

²⁷ BULL, Hedley, *op.cit.*, p. 735.

²⁸ COOPER, Robert, *The Breaking of Nations: Order and Chaos in the Twenty-first Century*, Atlantic Monthly Press, Londres, 2003.

²⁹ ELAND, Ivan, “The Empire Strikes Out. The ‘New Imperialism’ and Its Fatal Flaws”, en *Policy Analysis*, nº 459, 2002, ps. 1-27, ofrece un buen repaso a las posiciones de autores como Robert Kagan, Robert D. Kaplan, Max Boot, Robert Cooper, *et. al.*

³⁰ FUKUYAMA, Francis, *La construcción del Estado*, Ediciones B, Barcelona, 2004, p. 172.

secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, quien propuso establecer una agenda de prioridades en materia de seguridad global. Annan dijo que para vencer al terrorismo necesitamos contar primero con una buena definición del término. Según Annan, el terrorista es ante todo un enemigo de la población civil. Con esta definición en la cabeza, siguió afirmando que existen peligros que ponen a diario en riesgo la seguridad de la población civil en todo el planeta. "Es cuestión de días que, intencionadamente o no, pueda propagarse por todo el mundo cualquier enfermedad infecciosa de carácter mortal"³¹. Esta clase de peligro tiene bastante en común con esa nueva sensación de inseguridad que transmitía Palacio, y que, en cierto modo, hizo suya la Organización Mundial de la Salud (OMS) ante los primeros síntomas del virus de la gripe aviar (H5N1) y de la gripe porcina (H1N1). De nuevo, la imagen del estado de naturaleza donde la vida puede convertirse en algo solitario, brutal y corto. Pero la diferencia fundamental está en que la respuesta, en este caso, no se basa en la puesta a punto de "estructuras de réplica" o en la evolución desde las acciones militares a las funciones de "policía" y "administración provisional". Para el ex secretario de Naciones Unidas, la mejor defensa "es reforzar los sistemas de la Sanidad pública, especialmente en los países pobres, en los que suelen ser deficientes"³².

La extensión del riesgo hasta abarcar peligros como las pandemias, las sequías, la destrucción medioambiental, la exposición al cambio climático y los efectos de una nueva escalada demográfica nos recuerda que definir la seguridad en términos exclusiva o prioritariamente militares produce una falsa imagen de la realidad. "Esta falsa imagen", decía Richard H. Ullman en un artículo que señaló un importante cambio de rumbo en los estudios de seguridad, "es doblemente errónea y, por tanto, doblemente peligrosa: primero porque hace que los estados se concentren en las amenazas militares, ignorando otros peligros que son quizá mucho más letales... [y] segundo porque contribuye a una permanente militarización de las relaciones internacionales que, a la larga, solo sirve para incrementar la inseguridad global"³³. En definitiva, significa inquietar a la población mundial con una exigencia de seguridad que no puede resolverse simplemente con dinero, puesto que, en realidad, aumenta con la propia inversión. Dicho con otras palabras, la inversión constante en armamentos implica una mala gestión de la seguridad por parte del Estado, desde el punto de vista de eso que Victoria Camps llama el "gobierno de las emociones"³⁴.

Lo cual nos viene a recordar que en la filosofía política de Hobbes hay bastantes más cosas que la hipótesis del estado de naturaleza y la imagen de los estados que se desafían mutuamente, empezando por ese catálogo de hasta diecinueve leyes naturales a las que Hobbes llama, siguiendo probablemente en

³¹ ANNAN, Kofi, "Algunas recetas para evitar otro 11-M", *El Mundo*, sábado 12 de marzo de 2005.

³² *Loc. cit.*

³³ ULLMAN, Richard H., "Redefining Security", en *International Security*, vol. 8, nº1, 1983, p. 129.

³⁴ CAMPS, Victoria, *El gobierno de las emociones*, Herder, Barcelona, 2011.

su caso a Gentile, “las leyes de la naturaleza y de las naciones”³⁵ (*Ius naturae et gentium*), catálogo que nos proporciona una imagen bastante más ajustada de cómo debería abordarse, a su juicio, el reto de las relaciones internacionales³⁶. Por supuesto, esto no significa que su contribución más decisiva se produjese en este campo. Hobbes nos invita a pensar la política desde un nuevo concepto: la unidad del representante o soberano. Es posible que su contribución más importante sea esta última idea, transformando el viejo argumento de la unidad en una nueva teoría de la representación³⁷. Pero, con todo, todavía hay cosas que podemos decir de su proyecto de una paz sostenida a través de la conquista de nuestras propias emociones, de la seguridad que ha de fundarse no tanto en la capacidad de agresión como en la capacidad de fortalecer al Estado para que pueda enfrentarse, de forma rápida y eficaz, a las distintas calamidades –militares, ecológicas o económicas–, reforzando la habilidad de la sociedad para volver a la vida después de un ataque, un desastre natural o un trauma económico y social.

En realidad, esto es lo que algunos expertos contemporáneos, tras la presentación de la Estrategia Internacional de Naciones Unidas para la Reducción de los Desastres en la Cumbre Mundial de Johannesburgo, el 26 de agosto de 2002, empezaron a llamar “*national resilience*”, tomando prestado el término (“resiliencia”) de los estudios sobre los materiales que son capaces de recuperar su forma original tras un impacto violento y convirtiendo esta expresión en una nueva metáfora política y psicológica. “El concepto de resiliencia puede adquirir un sentido moral además de físico si pensamos en la habilidad de la sociedad para hacer frente a los peligros con entereza y seguir viviendo con normalidad, manteniéndose con firmeza en la defensa de sus valores, hábitos constitucionales y principios de legalidad”, escribe Sir David Omand, quien fuera coordinador estatal de la seguridad británica entre los años 2002 y 2005. Reiterando un poco después: “Una habilidad colectiva para seguir adelante con la vida, sobreponiéndose a las dificultades, es una cualidad nacional de un valor incalculable”³⁸.

Desde esta perspectiva, desde luego, el interés de Hobbes por la seguridad adquiere nueva luz. La seguridad en la era de la “unidad del mundo”, por recordar ahora a Carl Schmitt, una unidad que se caracteriza por la conclusión del proceso de medición, representación y apropiación de la Tierra³⁹, no sería propiamente la cima del realismo, tantas veces caracterizado como apoteosis de la lucha por el

³⁵ HOBBS, Thomas, *De Cive*, op. cit., p. 39.

³⁶ Una examen reciente sobre las leyes naturales en Hobbes puede encontrarse en ZAGORIN, Perez, *Hobbes and the Law of Nature*, Princeton University Press, Princeton, 2009, y sobre la relación de éstas con el derecho internacional o derecho de gentes, en MALCOLM, Noel, “Hobbes’s Theory of International Relations”, en MALCOLM, Noel, *Aspects on Hobbes*, Oxford University Press, Oxford, 2002, ps. 432-456.

³⁷ HERNÁNDEZ, José María, *El retrato de un dios mortal. Estudio sobre la filosofía política de Thomas Hobbes*, Anthropos, Barcelona, 2002, p. 129.

³⁸ OMAND, David, *Securing the State*, Hurst & Company, Londres, 2010, ps. 73-74.

³⁹ SCHMITT, Carl, *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del “Jus publicum europaeum”*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1979, p. 24.

poder y el uso de la guerra como instrumento de la política exterior, sino el inicio de un nuevo modelo basado en la vieja aspiración de los clásicos al control de nuestras emociones con objeto de fortalecer la finalidad última del Estado nacional: la búsqueda del bienestar y la seguridad de sus miembros.

En este sentido, como ha visto con acierto Donald Hanson, "el esfuerzo de Hobbes por mostrarnos el "camino" hacia la paz discurre por dos avenidas que podrían caracterizarse, de forma complementaria, como un primer intento de suprimir las causas, motivos y tentaciones de la guerra, civil y exterior, operando para ello en una doble dimensión, de dentro a fuera y de fuera a dentro, por así decir"⁴⁰. Esto es, Hobbes se plantea en primer lugar eliminar cualquier posible tentación de invasión que pueda albergar una potencia sobre nuestro territorio, mostrando, de un lado, capacidad y preparación para responder ante un ataque exterior, y del otro, la solidaridad estatal que se resume en la palabra "unión", la categoría central de su filosofía política desde el punto de vista de la naturaleza del Estado y su representación⁴¹.

Para reforzar esta segunda perspectiva, la perspectiva interna, Hobbes piensa igualmente en una reforma institucional y educativa que tendría por objeto eliminar las ambiciones que suelen conducir, en su opinión, al imperialismo, caracterizado por el expolio y el pillaje universal, artes en que fueron maestros los antiguos, griegos y romanos, principalmente, como viene a recordarnos en su análisis de la gloria como tercer eje del conflicto entre los hombres⁴².

Llegados a este punto, me gustaría hacer un pequeño inciso y volver brevemente sobre los tres motivos generales de la guerra en Hobbes (es decir, la rivalidad, la desconfianza que genera "miedo" y la gloria) para recordar el papel esencial del tiempo en la gestión de estas emociones. El *tiempo* que debe considerarse, nos decía Hobbes, como una parte esencial de la naturaleza de la guerra. La rivalidad, el temor y la gloria, en sí mismas, como causas genéricas de la guerra, no implican violencia. Solo en su dimensión temporal estas emociones se materializan en violencia. No se puede hablar, por tanto, de violencia sin más, sino de un tiempo de violencia. Un tiempo que Hobbes identifica arquetípicamente con "un *constante* miedo y un *constante* peligro de perecer con muerte violenta".⁴³ Y tampoco se puede hablar de paz, sino de un tiempo de paz. Dicho de otra forma,

⁴⁰ HANSON, Donald W., "Thomas Hobbes's 'highway to peace'", en *International Organization*, vol. 38, nº 2, 1984, p. 350.

⁴¹ HERNÁNDEZ, José María, *El retrato de un dios mortal*, op. cit. p. 202.

⁴² El tema de la gloria desde el punto de vista de las relaciones internacionales es tratado por HAMPTON, Jean, "Hobbesian Reflections on Glory as a Cause of Conflict", en CAWS, Peter (ed.), *The Causes of Quarrel. Essays on Peace, War, and Thomas Hobbes*, Beacon Press, Boston, 1989, ps. 78-96. (Pueden verse también, en este mismo volumen colectivo, las colaboraciones de William Sacksteder y Andrew Altman sobre el mismo tema). Un análisis más completo de la gloria en Hobbes puede encontrarse en SLOMP, Gabriella, *Thomas Hobbes and the Political Philosophy of Glory*, Macmillan, Londres, 2000.

⁴³ HOBBS, Thomas, *Leviatán*, op. cit., p. 108. Las cursivas son mías.

el tiempo no es una variante externa sino el objeto mismo de la política.

Norbert Lechner nos ofreció hace años una definición del realismo basada precisamente en la noción de tiempo. “Ser realista”, decía, “significa tomarse tiempo para no ser atropellado por el apremio de los eventos, o bien acotar el tiempo para poder cristalizar las energías emocionales dentro de un horizonte simbólicamente significativo”⁴⁴. Si todo estuviera bajo control, concluía, no existiría la política. La seguridad es una batalla contra el tiempo y la política un continuo enfrentamiento con lo imprevisto.

Pues bien, y con esto cierro el inciso, la metáfora del contrato es el intento hobbesiano de construir las reglas de juego necesarias para que puedan participar, como agentes de paz, todos aquellos que de otro modo, *en otro tiempo*, estarían dominados por las pasiones de la guerra.

Para lograrlo, Hobbes piensa que la clave está en la psicología platónica, como hemos dicho. Hobbes comienza *Leviatán* con la distinción entre el objeto y la imagen (esto es, la representación del objeto) porque quiere llamar la atención sobre la infinidad de variaciones posibles en nuestra constitución corporal y en nuestra experiencia del mundo exterior. Es difícil hallar dos personas que llamen bueno y malo a la misma cosa, nos había advertido desde la primera formulación de su filosofía política en los *Elementos de Derecho Natural y Político*⁴⁵. La perspectiva hobbesiana en torno a la percepción y la comunicación humanas implica la incertidumbre y el equívoco constantes. Gracias al dominio del lenguaje, somos además la única especie capaz de mentir y de engañar a nuestros semejantes. Una vez más, se trata de una exposición del problema de la percepción y del lenguaje que cumple una función propedéutica. Es la hipótesis del estado de naturaleza en el plano epistemológico, la guerra de todos contra todos y de cada uno consigo mismo de la que hablaba Clinias. La naturaleza se manifiesta por todas partes a través del deseo incontenible y diverso. En este estado de cosas, no es que podamos disfrutar de todo; es que no podemos disfrutar de nada. Somos esclavos del tiempo.

A partir de aquí, Hobbes argumenta que el problema principal de la filosofía civil que hemos heredado es que insiste en presentar la sabiduría moral como algo natural al hombre, como un saber de naturaleza intemporal. Por el contrario, Hobbes defiende que el contenido específico de nuestros deseos, y de nuestra razón, es algo adquirido. La idea de que la gente se abstiene de ciertas acciones porque violentan su conciencia resulta totalmente discordante con su teoría de la motivación. Pero, entendámonos, esto no significa que no debamos cambiar lo que

⁴⁴ LECHNER, Norbert, “El realismo político es una cuestión de tiempo”, en LECHNER, Norbert, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política*, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 1990, p. 68.

⁴⁵ HOBBS, Thomas, *Elementos de derecho natural y político*, ed. Dalmacio NEGRO PAVÓN, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

está mal. Lo que Hobbes nos dice es que aquello que dificulta alcanzar el modo de vida civil (*commonwealth*) no es la miserable condición en que a menudo nos encontramos, como parecería desprenderse de la socorrida imagen metafórica del estado de naturaleza como un estado de guerra, sino la fatal combinación entre las falsas percepciones o ideas de un lado y el extraordinario valor práctico que estas mismas ideas tienen del otro.

Aunque las consecuencias de esta asociación entre las falsas ideas y su uso político no están del todo claras en relación a un posible final del conflicto ideológico, que suele ser siempre más violento, insiste Hobbes, entre aquellos miembros de una misma religión o república, sí lo están, por el contrario, en relación al papel central que para Hobbes debe adoptar el Estado como agente histórico dentro de este mismo conflicto. En una primera versión, en la versión doméstica, el Leviatán sería el encargado de acabar de una vez por todas con el conflicto ideológico, proporcionando la paz y seguridad que todo hombre anhela, mientras que en una segunda versión, en la versión internacional, el Leviatán sería un actor más dentro de un conflicto ideológico global que ni este hombre artificial, más fuerte, grande y robusto puede eludir a su pesar.

Pues bien, es esta segunda versión la que forma el telón de fondo de ese giro post-hobbesiano en las relaciones internacionales y de libros como el que Robert Kagan dedicó al análisis del nuevo orden mundial coincidiendo con la invasión de Irak. A pesar de las críticas recibidas entonces, este pequeño libro ha servido para explicar una buena parte de las tensiones transatlánticas en estos últimos años y su planteamiento ha sido reproducido por analistas de muy diversas tendencias.

Desde la primera página, Kagan insiste en que Europa es kantiana, porque «comienza a alejarse del poder o, dicho de otro modo, se está trasladando más allá del poder a un mundo autosuficiente regido por normas de negociación y cooperación transnacionales, al tiempo que se adentra en un paraíso poshistórico de paz y relativa prosperidad», mientras que Estados Unidos «sigue enfangado en su propia historia, ejerciendo su poder en un mundo anárquico y hobbesiano en el que el derecho y los usos internacionales han dejado de merecer confianza y donde la verdadera seguridad, la defensa y el fomento de un orden liberal siguen dependiendo de la posesión y el uso del poderío militar»⁴⁶.

Esto tiene como efecto que, en términos estratégicos, “los estadounidenses parezcan de Marte y los europeos de Venus”. Una frase que se repitió entonces hasta el abuso, pero que sirvió para poner de manifiesto cómo, para Kagan, la diferencia fundamental entre americanos y europeos era una diferencia o, más propiamente dicho, un desencuentro “emocional”. Desencuentro que conformaría, según Kagan, la llamada “paradoja” del nuevo orden mundial: el hecho de que el

⁴⁶ KAGAN, Robert, *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, Taurus, Madrid, 2003, ps. 9-10.

paraíso europeo esté sostenido por el poder americano⁴⁷.

Como decía Ana Palacio en el artículo que hemos citado al comienzo mismo de estas páginas, los países de la Unión Europea y los Estados Unidos tienen percepciones distintas acerca de su seguridad: "Los americanos están en guerra contra el terrorismo, mientras los europeos abordan mayoritariamente la cuestión desde la perspectiva de una lacra que hay que combatir"⁴⁸. En el primer caso el problema se aborda desde una perspectiva existencial: las democracias liberales se sienten amenazadas y, por ello, y tras ello, deciden actuar en consecuencia para garantizar su supervivencia; en el segundo, en cambio, los europeos lo hacemos desde una perspectiva intelectual, es decir, tratando el problema de la inseguridad frente al terrorismo internacional como una más de las formas de intolerancia a las que debemos enfrentarnos en la era de la globalización.

Volviendo sobre el esquema de Kagan. El problema principal del libro es que no resulta muy correcto en términos de una historia algo más seria de las ideas políticas. Decir que Hobbes es un realista y Kant un idealista significa pasar alegremente por alto no solo la importante deuda del segundo con el primero (Kant no era tan idealista como pretenden algunos)⁴⁹, sino algo que es todavía mucho más importante aquí: el hecho indudable de que el mundo de las relaciones internacionales para Hobbes no es un mundo anárquico sino un mundo en el que las leyes naturales y las leyes de las naciones son la misma cosa. Es esta una afirmación clave para entender que las leyes naturales no son las de la jungla, como también se le atribuye erróneamente a Hobbes bastante a menudo, sino algo bien distinto. El argumento clave en Hobbes es que no es posible dotar de contenido al derecho natural si no es a través del derecho de gentes. Esta es una idea alejada de la intemporal naturaleza humana –buena o mala– tan familiar en la filosofía política de su tiempo. Hobbes señala, por el contrario, que únicamente cuando las comunidades humanas se convierten en estados civiles, en *personas* artificiales con voluntad propia, aparece un sujeto del Derecho natural de las naciones que nos puede dar a conocer el contenido de la Ley natural⁵⁰.

Así pues, como señaló David Runciman, de un lado, es posible que los europeos sean, al fin y al cabo, los auténticos hobbesianos, con su insistencia en identificar los sujetos del derecho de gentes, los viejos y nuevos sujetos del orden jurídico internacional fruto de los acuerdos alcanzados entre las grandes

⁴⁷ El título original del libro es precisamente *Of Paradise and Power*.

⁴⁸ PALACIO, Ana, *loc. cit.*

⁴⁹ Para deshacerse de este prejuicio es muy recomendable consultar el libro de TUCK, Richard, *The Rights of War and Peace. Political Thought and the International Order from Grotius to Kant*, Oxford University Press, Nueva York, 1999, ps. 207-225.

⁵⁰ Lo cual no significa tanto que en Hobbes existe un proto-federalismo en términos de relaciones internacionales, como sostiene Murray Forsyth, como que su visión del mundo puede entenderse bastante mejor desde la línea que une a Gentile con Pufendorf sin volver a Maquiavelo. Ver FORSYTH, Murray, "Thomas Hobbes and the external relations of states", en *British Journal of International Studies*, vol. 5, 1979, ps. 196-209.

potencias después de la Segunda Guerra Mundial; mientras que, de otro lado, los americanos aparecen, en este mismo esquema intelectual, más inclinados a adherirse "kantianamente" a ciertas condiciones ideales y peligros sobre los que solo podemos especular⁵¹.

Por mi parte, la verdad es que no creo que el esquema de Kagan funcione bien ni en términos intelectuales ni tampoco emocionales, como él pretende. Primero, porque desde el punto de vista intelectual, son muy pocos los americanos que aceptarían describir su República como un imperio hobbesiano. En realidad, la principal paradoja del poder norteamericano no está, precisamente, en que sirva para sostener el paraíso europeo, sino en la imposibilidad misma de los Estados Unidos, la última gran potencia militar sobre el planeta, para reconocer su propia condición de Imperio. Y, segundo, porque desde el punto de vista emocional, la resiliencia de los Estados Unidos como nación empieza, desde su misma Constitución, por limitar y poner coto a las decisiones políticas tomadas desde una posición excesivamente manipuladora de la opinión pública, ya que éstas resultan, a la postre, muy peligrosas desde el punto de vista de la necesaria regeneración de la confianza en los poderes públicos. Por más que le pese a Kagan, la filosofía pública en los Estados Unidos se ha sentido tradicionalmente más atraída por la generación de los llamados «padres fundadores», quienes escribieron extensamente y con grandes dosis de escepticismo acerca de lo que entonces se llamaba «la relación entre la metrópoli y sus colonias», y no por las doctrinas de los nuevos imperialistas, tanto liberales como neoconservadores. No es extraño, pues, que estos se vean obligados a reclutar a sus más fervientes partidarios en otras partes del mundo. Con su uso magistral de la ironía, seguro que Hobbes habría dicho algo al respecto.

Bibliografía:

- ANNAN, Kofi, "Algunas recetas para evitar otro 11-M", *El Mundo*, sábado 12 de marzo de 2005.
- ARISTÓTELES, *Política*, ed. Javier MARÍAS y María ARAUJO, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999.
- BEITZ, Charles R., *Political Theory and International Relations*, Princeton University Press, Princeton, 1979.
- BENEDICTO, Jorge y REINARES, Fernando (eds.), *Las transformaciones de lo político*, Alianza Editorial, Madrid.
- BODEI, Remo, *Una geometría de la pasiones. Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político*, Muchnik Editores, Barcelona, 1995.
- BROWN, Clifford W Jr., «Thucydides, Hobbes, and the Derivation of Anarchy», en *History of Political Thought*, vol. 8, nº 1, 1987, ps. 33-62.
- BULL, Hedley, "Hobbes and the International Anarchy", en *Social Research*, vol. 48, nº 4, 1981, ps. 717-738.
- CAMPS, Victoria, *El gobierno de las emociones*, Herder, Barcelona, 2011.
- CAWS, Peter (ed.), *The Causes of Quarrel. Essays on Peace, War, and Thomas Hobbes*, Beacon Press, Boston, 1989.

⁵¹ RUNCIMAN, David, "A Bear Armed with a Gun", *London Review of Books*, jueves 3 de abril de 2003.

- COOPER, Robert, *The Breaking of Nations: Order and Chaos in the Twenty-first Century*, Atlantic Monthly Press, Londres, 2003.
- ELAND, Ivan, "The Empire Strikes Out. The 'New Imperialism' and Its Fatal Flaws", en *Policy Analysis*, nº 459, 2002, ps. 1-27.
- FORDE, Steven, "Classical realism", en NARDIN, Terry y MAPEL, David R. (eds.), *Traditions of International Ethics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, ps. 62-84.
- FORSYTH, Murray, "Thomas Hobbes and the external relations of states", en *British Journal of International Studies*, vol. 5, 1979, ps. 196-209.
- FUKUYAMA, Francis, *La construcción del Estado*, Ediciones B, Barcelona, 2004.
- GAUTHIER, David, *The Logic of Leviathan*, Clarendon Press, Oxford, 1969.
- HAMPTON, Jean, "Hobbesian Reflections on Glory as a Cause of Conflict", en CAWS, Peter (ed.), *The Causes of Quarrel. Essays on Peace, War, and Thomas Hobbes*, Beacon Press, Boston, 1989, ps. 78-96.
- HANSON, Donald W., "Thomas Hobbes's 'highway to peace'", en *International Organization*, vol. 38, nº 2, 1984, p. 329-354.
- HERNÁNDEZ, José María, *El retrato de un dios mortal. Estudio sobre la filosofía política de Thomas Hobbes*, Anthropos, Barcelona, 2002.
- HOBBS, Thomas, *The English Works of Thomas Hobbes of Malmesbury*, edición de William MOLESWORTH, Scientia Verlag Aalen, Darmstadt, 1966, 11 vols. [1ª ed. Londres, 1841].
- HOBBS, Thomas, *Leviatán*, ed. Carlos MELLIZO, Alianza Editorial, Madrid, 1989.
- HOBBS, Thomas, *De Cive*, ed. Carlos MELLIZO, Alianza Editorial, Madrid, 2000.
- HOBBS, Thomas, *Elementos de derecho natural y político*, ed. Dalmacio NEGRO PAVÓN, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- HOFFMANN, Stanley, *Duties Beyond Borders. On the Limits and Possibilities of Ethical International Politics*, Syracuse University Press, Nueva York, 1981.
- KAGAN, Robert, *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, Taurus, Madrid, 2003.
- LECHNER, Norbert, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política*, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 1990.
- MACPHERSON, Crawford B., *La teoría política del individualismo posesivo: de Hobbes a Locke*, Fontanella, Barcelona, 1970.
- MALCOLM, Noel, *Aspects on Hobbes*, Oxford University Press, Oxford, 2002.
- MALCOLM, Noel, *Reason of State, Propaganda, and the Thirty Years' War. An Unknow Translation by Thomas Hobbes*, Oxford University Press, Oxford, 2007.
- MALNES, Raino, *The Hobbesian Theory of International Conflict*, Scandinavian University Press, Oslo, 1993.
- MAQUIAVELO, Nicolás, *El Príncipe*, ed. Miguel Á. GRANADA, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- NAASS, Richard N., *The Opportunity: America's Moment to Alter History's Course*, PublicAffairs, Nueva York, 2006.
- NARDIN, Terry y MAPEL, David R. (eds.), *Traditions of International Ethics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
- NAVARI, Cornelia, "Hobbes and 'Hobbesian Tradition' in International Thought", en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 11, nº 3, 1982, ps. 203-222.
- NYE, Joseph S., *La paradoja del poder norteamericano*, Taurus, Madrid, 2003.
- OMAND, David, *Securing the State*, Hurst & Company, Londres, 2010.
- PALACIO, Ana, "Nuestra seguridad", *El País*, martes 8 de marzo de 2005.
- PLATÓN, *Las leyes*, ed. José Manuel PABÓN y Manuel FERNÁNDEZ-GALIANO, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1989.
- RUNCIMAN, David, "A Bear Armed with a Gun", *London Review of Books*, jueves 3 de abril

de 2003.

SCHMITT, Carl, *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del «Jus publicum europaeum»*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1979.

SCHMITTER, Philippe C., «La Comunidad Europea como forma emergente de dominación política», en BENEDICTO, Jorge y REINARES, Fernando (eds.), *Las transformaciones de lo político*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, ps. 158- 200.

SLOMP, Gabriella, *Thomas Hobbes and the Political Philosophy of Glory*, Macmillan, Londres, 2000.

TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, ed. Luis M. MACÍA APARICIO, Akal, Madrid, 1989.

TUCK, Richard, *The Rights of War and Peace. Political Thought and the International Order from Grotius to Kant*, Oxford University Press, Nueva York, 1999.

ULLMAN, Richard H., "Redefining Security", en *International Security*, vol. 8, nº1, 1983, p. 129-153.

VINCENT, R. John, "The Hobbesian Tradition in Twentieth Century International Thought", en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 10, nº 2, 1981, ps. 91-101.

WALZER, Michael, *Just and Unjust Wars*, Basic Books, Nueva York, 1977.

ZAGORIN, Perez, *Hobbes and the Law of Nature*, Princeton University Press, Princeton, 2009.

CAMINO DE PERFECCIÓN. EL IMAGINARIO SOCIAL LIBERAL DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

FRANCISCO J. PEÑAS*

RESUMEN:

Camino de perfección es un título de una cierta raigambre en la literatura en castellano. Aquí se utiliza como figura que puede representar la idea ilustrada y teleológica de un avance de la humanidad hacia la perfección, el Bien, la Felicidad, etc. que es la columna vertebral del imaginario social de la modernidad liberal. Esta fe en el progreso y en el perfeccionamiento moral se mantiene a pesar de sucesivas catástrofes que jalonan, en este caso, la historia europea: desastres naturales, los menos, y desencadenados por los hombres, los más. Las relaciones internacionales son un ámbito donde este progreso puede ser puesto más en cuestión.

PALABRAS CLAVE:

Teoría de las relaciones internacionales, historia como progreso, liberalismo, universalismo, imaginarios sociales.

TITLE:

Path to perfection: the liberal social imaginary of International Relations.

ABSTRACT:

Camino de perfección –Path to perfection– is a title with some tradition within Spanish literature. Here it is used as a literary figure that conveys the enlightened and teleological idea of a way forward of Humanity towards perfection. Such idea is the main pillar of the modern liberal social imaginary. This faith in progress and in moral improvement stands firm in spite of the catastrophes –manmade most of them- that mark European history. International Relations work as a domain where this progress is easily questioned.

KEYWORDS:

International Relations Theory, History as progress, liberalism, universalism, modern social imaginaries.

*Francisco J. PEÑAS es Profesor de Relaciones Internacionales, director del Máster en Relaciones Internacionales y Estudios Africanos y del área del mismo nombre del Programa de Doctorado en Derecho y Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado diversos libros y un cierto número de artículos. Su interés fundamental gira en torno a la filosofía política y teoría del conocimiento de las Relaciones Internacionales

Hay un debate, no siempre explícito, dentro de los clásicos de la disciplina –cuando los teóricos de Relaciones Internacionales –R.I.– se preocupaban de filosofías, que no en el canon estadounidense- sobre si las relaciones internacionales, es decir, las relaciones entre comunidades políticas discretas, eran susceptibles de progreso, de mejora o eran el reino de la “repetición y la recurrencia”. El debate no discute el cambio en las circunstancias históricas concretas, siempre variables –dejo de lado a los neorrealistas ahistóricos-, sino en los dilemas fundamentales que se afrontan fruto de la interacción de dichas comunidades. La idea de progreso en R.I. entronca con el imaginario del “perfeccionamiento” espiritual, moral, social –según las épocas- que está en la base de la cultura de la *res publica* cristiana, y de forma –parcialmente– secularizada de los proyectos de paz y los fundamentos metafísicos de la Ilustración –plan oculto de la naturaleza, mano invisible, despliegue del espíritu, etc. – y *científicos* del siglo XIX –Compte, por ejemplo, y en general, el perfeccionamiento por la ciencia–. Como heredera de la Ilustración la disciplina de R.I. –a pesar del esfuerzo de sus fundadores, como Carr o Morgenthau, a pesar del indeterminismo de la física de finales del XIX, a pesar de Nietzsche, Weber, Schmitt, etc.- asume ese ideario de perfeccionamiento que, por otra parte, es la *doxa* social de la modernidad, su *imaginario social constitutivo*.

En estas líneas, necesariamente esquemáticas y de trazo grueso, se intenta trazar la trayectoria de ese *camino de perfección*, ese imaginario social liberal -en un principio europeo- del sistema de estados, de la modernidad.

Partiendo de la Ilustración del siglo XVIII y del positivismo cientifista del XIX hasta nuestros días intentaré en esta *larga duración*¹ esbozar las continuidades y las transformaciones en ese *camino*. El relato central narrará las continuidades de ese pensamiento teleológico –**idea de progreso**- y los contraejemplos: los hechos históricos que hicieron temblar y transformaron nuestro relato central. Nos fijaremos en el relato liberal –lo que, desde luego, no quiere decir que neguemos el carácter *ilustrado, teleológico y perfeccionista del marxismo*- por ser el entramado conceptual dominante en la teorización y en la práctica de las relaciones internacionales.

1. ¿Por qué camino de perfección?

“A partir del siglo XVIII y de la Ilustración, los enfoques racionalistas sobre la evolución parecieron brindar, a su turno, a la historia, un claro carácter *teleológico*, un designio universal que tuviera *la meta de un orden regido por la razón y la libertad*, lo que sería el mejor argumento para aseverar que la evolución humana tiene un sentido racional y evidente”²

¹ Situar la larga duración de este camino en la Ilustración es una elección arbitraria desde el punto de vista histórico; arbitraria pero conveniente para un artículo. Podríamos situar sus inicios en el estoicismo y el cristianismo paulino, pero quizás sería excesivo.

² MANSILLA, H. C. F., “Reflexiones sobre el sentido de la historia: entre el optimismo doctrinario y el pesimismo relativista”, *Revista de Filosofía*, núm. 59, 2008, p. 24.

La doctrina de la Iglesia está llena de bonitas metáforas: valle de lágrimas, barca de S. Pedro, ciudad de Dios, e individualmente para las órdenes religiosas contemplativas muy especialmente *camino de perfección*. Quizá porque sólo a través de metáforas, y aun así, se puede explicar lo ilógico, por ejemplo un Dios que es uno y trino.

La existencia humana podía ser un “valle de lágrimas” pero el Hombre liberado de la tutela de la superstición, armado con la razón omnipotente, podía avanzar por un *camino de perfección* hasta lograr la armonía universal que es, al fin y al cabo, como luego veremos, *el plan oculto de la Naturaleza*.

Toda nueva visión del mundo no puede por menos de partir del imaginario social existente, detectando y denunciando sus contradicciones lógicas, dando nuevos sentidos a las palabras y utilizando el arsenal a su disposición para transformar, en este caso secularizar, las metáforas heredadas de la teología. Así es como hay que interpretar, en mi opinión, la críptica frase de C. Schmitt al principio de su *Teología Política*: todos los conceptos políticos modernos son conceptos teológicos secularizados³. Löwith por su parte sostiene que la historia del mundo *es imaginada como una historia de salvación*⁴.

La mayoría, no me atrevo a decir todas, de las metáforas del XVIII tienen, en realidad, un origen teológico⁵. Dios es sustituido por la mano invisible, el plan oculto de la naturaleza, o las leyes del desarrollo histórico. El paso del hombre por la *Ciudad del hombre* de Agustín de Hipona, el valle de lágrimas, son para los ilustrados –utilizando palabras muy semejantes– el mundo donde la razón está subyugada por la superstición cristiana. La *Salvación* será el logro de la armonía de intereses que se logrará removiendo los obstáculos del irracionalismo y el despotismo mediante la todopoderosa razón humana.

Como sostenía Kant “Se puede considerar la historia de la especie humana en su conjunto como la ejecución de un plan oculto de la Naturaleza para llevar a cabo una constitución interior y –a tal fin– exteriormente perfecta, como el único estado en que puede desarrollar plenamente todas sus disposiciones en la

³ SCHMITT, Carl, *Teología política*, Trotta, Madrid, 2009, p. 7.

⁴ LÖWITH, Karl, *Historia del mundo y salvación*, Katz Editores, Buenos Aires, 2007.

⁵ Gracias al comentario de un evaluador anónimo matizo esta afirmación. El origen es teológico, pero hay otra teología que no cree en la acción de la mano de Dios en los asuntos humanos y, mucho menos, que Dios, sea el caballo que tira del carricoche del progreso. Me refiero a la teología agónica y existencialista de origen agustiniano y luterano que tuvo grandes exponentes en los años 20 y 30 del siglo XX –no me atrevo a afirmar si existe todavía, soy ateo militante y no me intereso por ningún tipo de teología–. Karl Barth y Dietrich Bonhoeffer en Alemania y Reinhold Nieburh en Estados Unidos son, creo, sus grandes nombres. Sobre Barth ver su *Kirchliche Dogmatik* –en su versión inglesa *Church Dogmatics*, Westminster John Knox Press, Louisville, Kentucky, edición de 1994–; sobre Bonhoeffer existe una buena biografía centrada en su oposición a Hitler que le llevo al cadalso –Schlingensiepen, F., *Dietrich Bonhoeffer. 1906-1945*, New York, T & T Clark International, 2010–. Las obras de R. Nieburh son suficientemente conocidas entre los especialistas en Relaciones Internacionales.

humanidad”⁶.

Cierto es que esta idea ilustrada no queda sólo en manos del liberalismo. Marx en la *Crítica al programa de Gotha* –1875– sostiene “En la fase superior de la sociedad comunista cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y con ella la oposición entre trabajo manual y trabajo intelectual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡de cada cual según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!”⁷.

El siglo XIX añade al optimismo racionalista el asentamiento de la idea de la ciencia para los asuntos humanos de la mano de positivismo. “Condorcet puso sobre la mesa la pregunta ‘si el hombre puede, casi con total seguridad, predecir fenómenos cuando conoce sus leyes... ¿por qué delinear con una cierta certeza un bosquejo del futuro destino del hombre en base a su historia debe entenderse como una tarea fantástica?’”⁸.

Así, el siglo XIX fue un siglo tan lleno de fe como fue el siglo XII. Cada pensador europeo de la época se nos aparece hoy como un visionario comprometido con un programa de salvación o alguna vía hacia ella. Es como si las necesidades y las esperanzas que habían encontrado satisfacción en la religión perduraran en una era donde ya la religión no tenía ningún crédito y algo debía ocupar su lugar... –ciencia, revolución,...–⁹

⁶ KANT, Immanuel, *Ideas para historia universal en clave cosmopolita y otros escrito sobre filosofía de la historia*, Tecnos, Madrid, 1987, p. 17

⁷ MARX, Karl, *Crítica al Progrma de Gotha*, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1968 (la traducción es del Instituto de marxismo-Leninismo de Moscú, 1953), p. 24.

⁸ Ver NISBET, Robert, *Social change and history*, Oxford University Press, Nueva York, 1969 e *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona, 1996 (edición inglesa de 1980).

⁹ NISBET, Robert, *op. cit. Social Change...*, p. 15.



Imagen 1. *American Progress*, John Gast, 1872

La disciplina de la historia cobra nuevos bríos como justificación de la nueva doctrina en lo que H. Butterfield llama *La interpretación whig de la historia*: una interpretación teológica –secularizada– y teleológica que sostiene una visión *liberal* –*whig*– en la que el presente explica el pasado, pues es su culminación¹⁰.

Así pues, el *camino de perfección* no mira sólo hacia el futuro sino que se justifica por esa interpretación del pasado como el antecedente necesario del presente. “A partir del siglo XVIII y de la Ilustración, los enfoques racionalistas sobre la evolución parecieron brindar su oportunidad a la historia, una historia de claro carácter *teleológico*, un designio universal que tuviera *la meta de un orden regido por la razón y la libertad*, lo que sería el mejor argumento para aseverar que la evolución humana tiene un sentido racional y evidente”¹¹.

Nace así también la Filosofía de la Historia: “Filosofía de la historia: he ahí el mito de la ilustración. Así pues ¿se trata de un mito o de una forma de ilustración? Ahí reside la ambigüedad, ahí estriba la aporía”¹².

¹⁰

BUTTERFIELD, Herbert, *The Whig Interpretation of History*, G. Bell and Sons, Londres, 1931.

¹¹ *Ibid.*, p. 24.

¹² MARQUARD, Odo, *Las dificultades de la filosofía de la historia*, Pre-Textos, Valencia, 2007, p. 2

Para Marquard, la historia es, definida en términos de la filosofía de la historia, emancipación: producción de autonomía humana. Junto a la realización de los teoremas concomitantes –perfectibilidad del ser humano como posibilidad de la historia; futuro como espacio de juego de la historia; progreso como forma de movimiento de la historia; el reino de la libertad en este mundo como fin de la historia; el derecho natural a la dignidad y felicidad del ser humano como instancia moral de la historia¹³.

El último punto que quisiera tratar en este epígrafe es el movimiento pendular que sufre la aceptación e ilusión por la idea de una continua perfección. Varios desastres de carácter natural, los menos, y desencadenados por el Hombre, lo más, crearon y crean dudas sobre este progreso, de tal manera que como veremos en el último epígrafe, los defensores del progreso en relaciones internacionales postulan una versión cada vez más minimalista de éste. En el texto se expresarán en *contraejemplos*, como contragolpes de los dioses –terremoto de Lisboa de 1755; guerras devastadoras como la de 1914; crisis espirituales como la acaecida al final de esa Gran Guerra; y, finalmente, la duda sobre la civilización misma después de la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto. Sin embargo, la idea de que los hombres armados de la razón y de la ciencia, salvados de la superstición y el despotismo podrían conocer las leyes de la humanidad y crear un futuro mejor, se mantiene hasta nuestros días, atemperada y quizá sin explicitar su contenido teleológico pues ¿acaso las catástrofes naturales no podrán ser dominadas por un mayor conocimiento de la Naturaleza por la ciencia y acaso no se podrán evitar esas catástrofes humanas si se descubren sus causas?

2. Camino de perfección como imaginario social, cultura o vocabulario

Este camino de perfección, esta filosofía teleológica de la historia no deja de ser un imaginario social, una visión, una idea regulativa, una esperanza devenida en certeza, y una forma de dar significado al mundo.

La tesis subyacente en este trabajo es que el concepto de imaginario social –Castoriadis¹⁴– como estructura ideacional cambiante pero de *larga duración* es necesario para entender el mundo de la política mundial, pues dichos imaginarios dan significado a las acciones de los actores y a los constreñimientos de las estructuras. Los imaginarios sociales o sus contentos equivalentes *vocabulario* –Skinner¹⁵–, *cultura* –Archer¹⁶– y otros similares, que no puedo recoger por una evidente falta de espacio y de conocimientos, son estructuras ideacionales de larga duración, relacionales, es decir intersubjetivos o enfrentadas entre sí, cambiantes en una *historia de media duración o eventual*, históricamente contingentes e

¹³ *Ibid.*, p. 77.

¹⁴ CASTORIADIS, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Buenos Aires, 2007.

¹⁵ SKINNER, Quentin, *Visions of Politics*, vol. 1, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

¹⁶ ARCHER, Margaret, *Culture and agency. The place of culture in social theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

instrumentales en las luchas entre grupos humanos.

Los imaginarios sociales, las culturas o los vocabularios son esenciales porque dan significado –propósito, valor, relevancia, etc.– a los datos de la “realidad” y a la acción. Nuestra relación con el entorno social y natural es siempre interpretativa. Dato y acción son interpretados, incluidos y almacenados en huecos de nuestro imaginario. Es más, no hay ser social sin ese contexto cognitivo. No hay ser social sin una *visión del mundo*, un *esquema de cómo funciona la “realidad”*, un vocabulario que construye y define la “cosas”. Sin lenguaje no hay vida social, no hay vida humana, no hay seres humanos, diga esto lo que quiera decir.

Partimos aquí de un planteamiento epistemológico del lenguaje como base de la reflexión, la acción, la construcción de instituciones y la creación de *mecanismos*, *dispositivos*, etc. o del significado de éstos si fueran pura materialidad. En este sentido la lucha política es siempre una lucha por el significado de las palabras y, como tal, la política contempla siempre el uso de la violencia coercitiva como medio en esa lucha.

Hagamos explícita mi posición en una esquemática enumeración de puntos:

1. La ontología, las relaciones sociales que estudiamos, no pueden entenderse si no se las sitúa en su contexto histórico; son relacionales, pues son relaciones, no robinsones crusoos, y cambian en la acción, es decir, en breve, son relaciones históricas.
2. Estas relaciones se expresan, se autoreflexionan, se modifican a través del lenguaje, que a su vez es una relación social con lo que todo el punto 1 es aplicable al vocabulario mismo.
3. El contexto ideacional de los actores es el imaginario social, la cultura, o el lenguaje y el vocabulario entendido en sentido amplio, como una forma de pensar, de ver el mundo, de presupuestos conceptuales, implícitos y explícitos.
4. Para estudiar las relaciones internacionales nos viene bien el concepto de imaginario social, pues sin él –o su equivalente, cultura, lenguaje–, no comprenderemos –en sentido distinto de explicar- la acción de los actores.
5. Cada intercambio lingüístico se produce entre agentes que tienen capacidades y competencias estructuradas socialmente... de tal manera que cada intercambio lingüístico lleva la marca de la estructura social que a su vez ayuda a reproducir¹⁷. Bourdieu demuestra que el poder de cualquier *speech act* es un poder que

¹⁷ THOMPSON, J. B., “Introduction” a BOURDIEU, Pierre, *Language and symbolic power*, Polity Press, Cambridge, 1992, p. 2.

se le adscribe por una institución de la cual esa locución es parte. En este sentido cualquier idea de una *ideal speech situation* olvida las instituciones y las relaciones de poder que estas encarnan¹⁸. En término de Foucault no hay poder sin discurso, ni discurso sin poder o, incluso, poder y discurso son equivalentes. Léase aquí imaginarios sociales, vocabularios o culturas.

Además está la Historia. Si el proceso del que hablan los autores lo equiparamos a la duración eventual de Braudel, nos queda enmarcarlo en la larga duración, etc... Y la Historia es contingencia y correlación de fuerzas ideacionales y materiales al servicio de las primeras.

Entre los rasgos que pueden caracterizar la perspectiva de una afirmación, y los criterios que nos permiten atribuirle a determinada época o situación, citaremos sólo unos cuantos ejemplos: el análisis del sentido de los conceptos que se usan; el fenómeno del contra concepto; la falta de ciertos conceptos; la estructura del aparato categorial; los modelos dominantes del pensamiento; el nivel de la abstracción, y la ontología que se presupone¹⁹.

Esta tesis de ser cierta, tiene a su vez, importantes consecuencias epistemológicas: *ya no puede aspirar a la verdad absoluta sino que debe asumir su situación histórica –es decir, las respuestas siempre cambiantes a preguntas que, como corresponde, también cambian- y limitarse a la ‘reflexión’, la ‘compresión’ y la ‘interpretación’ históricas”* –Karl Löwith–; ontológicas: *“La historia es obra de los hombres no de los dioses; ya que la preponderancia de los injustos sobre los justos testimonia el desinterés de estos últimos por las vicisitudes humanas y por el hecho de que otras lógicas les gobiernen”* –M. Understeiner–²⁰; y para las tareas investigadoras: *“Quizás reflexionar es una forma de investigar”* –H. Bull–²¹.

Provisionalmente, definiremos los imaginarios sociales como “las formas en las que la gente imagina su existencia social, cómo ésta se acopla con la de los otros, cómo se relacionan con sus pares, las expectativas que normalmente se realizan y las profundas nociones normativas e imágenes que subyacen a dichas expectativas”²².

Los imaginarios sociales, y la imaginación política, constituyen y delimitan lo pensable y lo impensable, lo justo y lo injusto, lo beneficioso y lo perjudicial, el orden y el caos, el bienestar y el malestar, lo tranquilizador y lo aterrador,

¹⁸ *Ibid.*, p. 10.

¹⁹ MANNHEIM, Karl, *Ideología y utopía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 238.

²⁰ UNDERSTEINER, Mario, *I sophistic*, Mondadori, Milan, 1996, p. 497.

²¹ BULL, Hedley, *La sociedad anárquica*, La Catarata, Madrid, 2005, p. 46.

²² TAYLOR, Charles, *Modern Social Imaginaries*, Duke University Press, Durham y Londres, 2004. *Ibid.*, p. 23.

la interpretación y el uso de las *lecciones del pasado* y su pertinencia para el presente²³, lo posible y lo deseable o, finalmente, en palabras de E. H. Carr, la realidad y la utopía.

Los imaginarios sociales no son totalidades coherentes ni estáticas sino que son campos de lucha, compuestos por visiones, sabidurías y conceptos *esencialmente contestados* que afectan a la esencial conflictividad de las relaciones y que, a su vez, son transformados por éstas. Esta red de relaciones dialécticas, es decir, de luchas dentro y entre los imaginarios sociales, y de éstos con las transformaciones materiales, es el motor del cambio histórico.

La tesis explícita de estas páginas ya está en el título: el *camino de perfección* es un elemento esencial del imaginario social liberal en relaciones internacionales.

3. Los estados y la guerra como obstáculos

En lo que se refiere a las relaciones sociales, a la vida del Hombre en sociedad, y a las relaciones entre las comunidades políticas *naturales*, el gran obstáculo en el *camino de perfección* -inevitable pero tortuoso-, en el progreso liberador y en la civilización -emancipadora pero necesitada de ser propagada incluso en territorios tan ignorantes como hostiles- han sido, son y serán las conflictivas relaciones entre los estados en los que los hombres habitan y donde quisieran realizarse. Esta división en estados, que heredamos de un pasado arcano e idólatra, y que parcelan a la humanidad una, tiene, o ha tenido y puede tener, la trágica consecuencia de la guerra.²⁴

En relaciones internacionales los imaginarios sociales occidentales modernos se sitúan en dos ejes que se cruzan y, a veces, se distancian: un primer eje estaría constituido por el arco que se extiende desde la visión de la unidad esencial de la humanidad, del valor único de cada ser humano, de la comunidad humana como algo existente y potencialmente realizable políticamente en una *cosmopolis* -una democracia cosmopolita global, si seguimos a D. Held²⁵-, hasta la terca realidad de la parcelación históricamente constante de esa *humanidad una* en comunidades, etnias, *polis*, etc. que se diferencian y se esfuerzan en diferenciarse las unas de las otras, compitiendo o luchando por el prestigio, el honor, su visión del mundo, la riqueza o el poder. En nuestros días, esta parcelación de la *humanidad una* tendría la forma de sedicentes estados-naciones, conformadores de las individualidades y

²³ El uso que se hizo de la política de *apaciguamiento* que desembocó en el Pacto de Múnich de 1938, en los debates previos a la invasión estadounidense de Irak en el 2003 e incluso en la crisis del Golfo de 1990, serían un buen ejemplo.

²⁴ Estas líneas están basadas en el capítulo 2 de PEÑAS, Francisco Javier, *Hermanos y enemigos. Liberalismo y relaciones internacionales*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2003.

²⁵ HELD, David, *La Democracia y el Orden Global. Del Estado Moderno al Gobierno Cosmopolita*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona y Buenos Aires, 1997.

separados por fronteras.

La parcelación de la humanidad en comunidades separadas puede constarse desde que tenemos constancia de la existencia de los hombres sobre el planeta. En su forma moderna, está ligada al surgimiento de los estados en ese largo proceso de centralización y unificación patrimonial del poder y de la autoridad que se detecta en los siglos XV, XVI y XVII en Europa y que, a mediados del siglo pasado, se difunde a todo el globo en la forma del imaginario del estado-nación²⁶.

Estas dos *comunidades imaginadas*, no por tales menos reales en el sentido que les da B. Anderson²⁷, son imaginarios que funcionan como *elementos reguladores*²⁸ que delimitan derechos y deberes, horizontes de expectativas, y están en la base de procesos políticos, sociales y económicos de todo tipo que marcan los extremos entre los que se mueven los imaginarios modernos occidentales sobre cómo organizar la comunidad política.

Ambas comunidades, la humana y la estatal, son esencialmente imaginadas, complejos de ideas regulativas e inconclusas. Son piezas esenciales de ese imaginario social. Pero tales discursos son contradictorios y, de alguna manera, excluyentes entre sí: "La idea de *national-popularhood* es el talón de Aquiles de las modernas sociedades liberales".²⁹ La trampa, la solución de hoy, germen de los problemas del mañana, estaba activada.

Es decir, el imaginario social político moderno vive en una contradicción constitutiva.

Esta contradicción se manifiesta de forma aguda en el discurso y en la práctica del liberalismo entendido éste en un sentido laxo -como una tradición en palabras de A. MacIntyre³⁰- entre las ideas universalistas creyentes en la igualdad esencial de los seres humanos y en la existencia de una comunidad de la humanidad y el hecho de que esa misma humanidad esté dividida en estados -estados naciones a partir de la segunda mitad del siglo XIX- que se hacen la guerra o que simplemente buscan sus intereses usando la *razón de estado* como justificación y caminando en palabras de R. Del Águila *por la senda del mal*³¹ en

²⁶ BURBANK, Jane y COOPER, Frederick, *Empires in world history*, Princeton University Press, Princeton, 2010. En el caso de los *imperios*, estaremos hablando de aquellos jerárquicos y homogeneizadores de las diferencias.

²⁷ ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the origins and spread of nationalism*, Londres, Verso, Londres, 1983, edición revisada 1991.

²⁸ WALKER, R. D. J., "Relaciones internacionales y política mundial" en NASI, C. (comp.), *Postmodernismo y relaciones internacionales*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1989, p. 69.

²⁹ ARENDT, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, citado por APPADURAI, Appadurai, *Fears of small numbers. An essay in the geography of anger*, Duke University Press, Durham y Londres, 2006, p. 4.

³⁰ MCINTYRE, Alasdair, *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona, 1983.

³¹ DEL ÁGUILA, Rafael, *La Senda del Mal. Política y Razón de Estado*, Taurus, Madrid, 2000.

contra de sus hermanos organizados, así mismos en entidades cerradas y *egoístas*. He aquí el gran obstáculo de nuestro *camino de perfección*.

Esta contradicción se manifiesta en el seno del sistema europeo -luego occidental y a partir de los años 60, internacional- de estados, lo que comporta un alto grado de homogeneidad en la organización de lo que C. Tilly llamaría las redes de coerción y distribución³². Pero ésta no es toda la historia, pues hasta la descolonización y, como veremos, incluso mucho después, el liberalismo ha mostrado una vena imperialista por la cual si los seres humanos eran iguales no lo eran así las civilizaciones, las culturas o los *pueblos sin historia*. Esta *vena imperialista* va a encontrar su justificación en la llamada *sagrada misión de civilización* que aparecerá en textos de prohombres liberales como John S. Mill o Jules Ferry o en las Instituciones de Bretton Woods o en las *comunidades de donantes* en nuestros días.

El liberalismo sólo pudo triunfar como tradición, como discurso y como ideología en la medida en que asumió y encabezó la parcelación estatal. Así la ideología que hacía bandera del progreso asumía como propio uno de sus mayores obstáculos.

Pero, la cuestión no es, solamente, que el liberalismo tenga que hacerse cargo de la parcelación estatal ni que tenga que asumirla para triunfar y gobernar, sino que el liberalismo, para poder funcionar en la teoría y en la práctica, tiene que encarnarse en una comunidad más o menos cerrada y con profundos vínculos que la unan. En palabras de M. Canovan "es el caso que el liberalismo, a pesar de todo su aparente universalismo, es parásito de una comunidad política preexistente que se fundamenta en confianzas y lealtades que son una herencia inapreciable..."³³.

Sin embargo, la parcelación estatal y su consagración con la idea nacional no tardaron en pasar factura al liberalismo, que vio cómo sus ideales de pacífica sociedad de naciones, unidas por el comercio y los sentimientos cosmopolitas, cedían ante las realidades del poder y de, eventual pero frecuentemente, la guerra³⁴. El camino de perfección, el progreso de la humanidad, estaba trabado o, acaso, cortado.

En el siglo XIX se pasa del *ius gentium* al derecho internacional: del derecho de la humanidad que se deriva de los derechos de los seres humanos a un derecho

³² TILLY, Charles, *Grandes Estructuras, Procesos Amplios, Comparaciones Enormes*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

³³ CANOVAN, Margaret, *Nationhood and Political Theory*, Edward Elgar, EEUU, 1996, p. 41.

³⁴ "[...] el liberalismo aunque siempre pretendió insistir en su carácter universal, siempre se reflejó en instituciones de beneficios demasiado estrechos o limitados para el grupo social al que se pretendía conducir las circunstancias históricas en que ha funcionado lo constreñían a limitaciones involuntarias" LASKI, Harold Joseph, *El Liberalismo Europeo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 16.

de cada estado del que dependen los derechos de sus ciudadanos³⁵. Ya en 1860 estaba claro que las instituciones representativas no modificaban sustancialmente la política exterior de los estados y que, en este ámbito, seguían prevaleciendo las viejas ideas de la razón de estado y del estado de guerra hobbesiano. Para los liberales, la libertad interior sólo podía lograrse sobre la base de la seguridad exterior y para una potencia de segunda clase era necesario un cálculo atinado y sin escrúpulos. Y si querían ser consideradas de primer orden y respetadas, las potencias europeas debían entrar en la carrera imperialista y asegurarse, como se decía entonces, un lugar entre los grandes.

Ejemplo 1.- la Ilustración dieciochesca y el positivismo del XIX y la guerra.

La Ilustración del siglo XVIII reacciona contra las continuas guerras europeas. Para ellos, como para Kant y, en el siglo XX para Schumpeter, las guerras eran una vocación, una profesión, un *deporte* de déspotas y aristócratas. Sostenía Kant en su *Paz perpetua*³⁶ que el ciudadano común no quería la guerra en la que nada ganaba, ponía su vida o la de sus hijos en peligro y era malo para el negocio. Este argumento es la base de la afirmación schumpeteriana posterior del carácter intrínsecamente pacífico del capitalismo³⁷. Pasando por alto la dificultad de sostener este argumento a luz de las guerras del siglo XX –las largas colas en las oficinas de alistamiento en el 14, la movilización y guerra total del 39–, no deja de señalar que las guerras europeas, salvo el paréntesis de las guerras de la Revolución francesa y de Napoleón, eran limitadas: en sus objetivos –nunca se negaba el respeto al adversario y se buscaban *ganancias relativas* no su liquidación–; en la movilización de la población y los recursos del territorio –sólo la Revolución francesa establece la *leve en masse*–; había estaciones de guerra y estaciones de paz; se aplicaba y/o se invocaba el *ius publicum europeum*. Y tres matices más, primero los príncipes europeos consideran a los otros príncipes con los que entraban en guerra más como adversarios –foes– –difícilmente podían odiarse a muerte Eduardo de Inglaterra, Guillermo de Prusia pues todos eran nietos de la reina Victoria y se dirigían a unos a otros como Nikki, Eddy, etc.– que como enemigos –enemies– y desde luego no como enemigos en el sentido schmittiano³⁸, que aparece por primera vez y explícitamente en las reflexiones de Burke sobre la Revolución francesa.³⁹ En segundo lugar, el concepto de *patria*, de nación política aparece por primera vez con la Revolución francesa. En tercer y último lugar, fuera del área de aplicación del *ius publicum europeum*, “*beyond the line*”, “los otros” eran enemigos, sino como

³⁵ CLAVERO, Bartolomé, *Derecho de la sociedad internacional*, Mimeo, 1995, p. 7.

³⁶ KANT, Immanuel, *Sobre la paz perpetua*, Tecnos, Madrid, 2005.

³⁷ SCHUMPETER, Joseph, “*Sociología del imperialismo*”, en *Imperialismo. Clases Sociales*, Tecnos, Madrid, 1986.

³⁸ Para Carl Schmitt, como es conocido el enemigo la negación de la propia identidad –cfr. SCHMITT, Carl, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 1991.

³⁹ BURKE, Edmund, *Reflexiones sobre la revolución francesa*, Alianza, Madrid, 2003.

seres humanos⁴⁰, si por ser paganos, bárbaros, no civilizados, etc.



Imagen 2. Ambrogio Lorenzetti, *Alegoría del buen Gobierno*, 1321. La paz es la figura vestida de blanco y yacente con cara de abulia.

Siendo así, la guerra como un deporte atávico y cruel, la razón podía desterrarla de la faz de la tierra: sólo era necesario someter a esa casta guerrera a un estado de derecho, a una *república*.

Contraejemplo 1: El terremoto de Lisboa de 1755

A primera hora de la mañana del día del *Señor* 1 de noviembre de 1755 se produjo en Lisboa un virulento terremoto de larga duración, que fue seguido por un maremoto y un incendio que, casi en su totalidad, destruyeron Lisboa y que costaron entre 10.000 y 20.000 vidas⁴¹.

La conclusión de un sismógrafo moderno como Udías Viñas es que el sur de la península se encuentra en el margen de las placas de Eurasia y África por lo que es previsible –no se sabe cuándo– que haya nuevos seísmos en esta zona y que la única solución es un riguroso control de la normas de construcción⁴². Semejante reconocimiento de los límites predictivos de la sismografía hecho en el siglo XXI ya, de por sí, nos dan una idea de la incapacidad del hombre para dominar y domesticar la Naturaleza. ¿Si esto es así hoy, que se pensaría en el llamado *Siglo de las Luces*?

⁴⁰

Discusión de la corona de Castilla recogida en PAGDEN, Anthony, *El imperialismo español y la imaginación política*, Planeta, Barcelona, 1991.

⁴¹ VV.AA., *El terremoto de Lisboa. Testimonios inéditos*, "Estudio preliminar" a cargo de UDÍAS VALLINA, Agutín, Brenes, Muñoz Moya editores, 2010.

⁴² "Estudio preliminar en *ibid.*, p. 25.



Imagen 3. Grabado de 1755 mostrando las ruinas de Lisboa.

El terremoto de Lisboa, según algunos autores, marca el inicio de la sismografía. Pero tuvo repercusiones entre los pensadores y en el pensamiento de la Ilustración. Voltaire escribió un poema -*Peone sur la desastre de Lisbonés*- y fue la catálisis que la llevó a escribir *Candide, ou l'Optimisme*⁴³. Este último acaba con una descarada puya a Pope y a Leibniz sobre que éste *es el mejor de los mundos posibles*.

El interés que despertó fue tan grande que prácticamente todo escritor de la época lo mencionó con más o menos rigurosidad y en mayor o menor extensión. Kant, mente inquieta y enciclopédica, escribió en su juventud tres ensayos sobre lo que hoy llamaríamos sismografía. La certeza fundacional de la filosofía de Descartes sufrió un duro golpe. Lo inesperado, inexplicable para la razón no planteó problemas para los creyentes, más allá del clásico y eterno de la teodicea de que por qué Dios permite el mal sobre la Tierra. Pero el optimismo de la Ilustración sufrió un severo golpe. Se estaba muy lejos todavía de poder entender y, por tanto domesticar, a la Naturaleza.

Los newtonianos, es decir, todo los hombres cultos de la época, empezaron sus divagaciones y en algunos casos, años más tarde, se llegó bastante cerca de las moderna teoría de las fallas tectónicas⁴⁴.

⁴³ PAICE, Edward, *Wrath of God. The Great Lisbon Earthquake of 1755*, Quercus, Londres, 2008, p. 212.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 220.

Sin embargo como reza un capítulo de un libro sobre el tema, la conclusión de los *sabios* fue “La Ilustración a cualquier precio”⁴⁵.

Contraejemplo 2.- El darwinismo social: la guerra como perfeccionamiento. Treitschke

El darwinismo social fue un discurso, relativamente popular, que se extendió por Europa en el último tercio del siglo XIX. Se trataba de la aplicación de una versión, simplificada y vulgarizada, de las teorías de Darwin a las relaciones sociales y a las relaciones entre estados. Hacia uso extenso, y abusivo, de la “selección natural” y la “supervivencia de los más aptos”.

Para ilustrar este discurso podemos detenernos en las ideas del hombre “al que el extranjero considera casi como aquél que ha llevado a Alemania al culto de poder: Heinrich von Treitschke”⁴⁶. La exposición que Meinecke hace de las ideas de Treitschke apuntan una contradicción entre el fundamento ético que se atribuye al autor y lo descarnado de sus afirmaciones. Relaciona, asimismo, estas ideas de formulación contundente con las peculiares condiciones de la nación, no todavía del estado alemán, y lamenta que Treitschke acabara siendo leído como el padre del darwinismo social de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Para Treitschke no se podía ver en el estado la realización de una idea ética, tal como lo planteara Hegel: el Estado era una necesidad natural superior “su naturaleza era tosca, áspera y pertenecía total y plenamente al orden externo de la vida humana”⁴⁷. El estado era, en primer término, poder -formulación por la que Treitschke adquirió fama-, poder para afirmarse. El terrible dicho «la fuerza con la fuerza se domina» penetra la historia entera de los estados... y como el ser del estado equivale a poder hay que concluir que el deber ético supremo del estado es fomentar su poder: “afirmarse así mismo, he aquí lo absolutamente ético para el estado”⁴⁸. La justicia de una guerra, por tanto, descansa simplemente en la conciencia de una necesidad ética.

Para el Treitschke juvenil, sólo los batallones prusianos podían unificar Alemania. Y una vez lograda la unificación “[...] el estado de poder y la política de poder habían sido, sin duda, indispensables para la erección del estado nacional alemán, pero la nueva construcción política exigió enseguida, para hacer frente a las transformaciones sociales y económicas, una reorganización y desarrollo internos de sus instituciones, y esto último se vio impedido por la cada vez más ciega creencia -debida en gran medida al influjo de Treitschke- en las virtudes de

⁴⁵ SHRADY, Nicholas, *The last day. Wrath, Ruin and Reason in the Great Lisbon Earthquake of 1755*, Viking, Nueva York, 2008, cap. 8.

⁴⁶ EINECKE, Friedrich, *La idea de la razón de estado en la edad moderna*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1952, reimpresión de 1983, p. 404.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 416.

⁴⁸ Citado por *ibid.*, p. 418.

la monarquía militar prusiana. La fe en estas virtudes se transpuso al campo de lo general, convirtiéndose así en fe en las virtudes del poder en la vida del estado».



Imagen 4. Molke el Viejo en campaña, 1870

Es en este contexto alemán y europeo de finales del XIX y principios del XX cuando se afianza la idea de la amoralidad de la acción del estado. No hay moralidad, porque sólo hay *naturaleza*, y la naturaleza es o se desarrolla por el poder.

Contraejemplo 3: La Gran Guerra

El desencadenamiento de la Gran Guerra fue la némesis del progreso y de la civilización europea –salvo para los darwinistas sociales, que la vieron como una oportunidad de sanear a los pueblos–. Fue una guerra que nadie, ningún estadista deseaba; que se previó como corta y duró cuatro años; que se pensó de movimiento y fue una guerra de desgaste, de trincheras –los militares siempre planifican según la última guerra anterior, en este caso la guerra franco-prusiana de 1870–; que encendió un patriotismo desmadrado y criminalizante, que olvidó toda idea de *humanidad*; que incluso los partidos socialistas aceptaron, cuando no se unieron a la ola patrioterista; y a la que sólo algunos – muy pocos- liberales progresistas se opusieron –como por ejemplo, Bertrand Russell, que acabó en la cárcel– y una minoría de los socialistas europeos –la fracción bolchevique del POSD ruso y elementos aislados de otros partidos de la Segunda Internacional–.



Imagen 5. Colas ante las oficinas de reclutamiento, Londres, 1914

Las tres crisis que los estudios sitúan en el origen del desencadenamiento de la Gran Guerra podrían haberse tratado separadamente e incluso dando lugar a enfrentamiento bélicos localizados: la carrera de armamentos anglo-germana en las fuerzas navales; la reivindicación francesa de Alsacia y Lorena; y la pugna entre Rusia y el Imperio Austro-húngaro por llenar el vacío dejado por la retirada del imperio otomano en los Balcanes.

El anquilosamiento de las alianzas, que ya no respondían al modelo flexible del equilibrio de poder europeo; la subordinación de los políticos a los militares; y la potencia industrial de los contendientes son factores explicativos obvios.

Pero no suficientes. M. Mann sostiene que “...la Primera Guerra Mundial estalló por las consecuencias involuntarias de cuatro de las cinco redes de poder que se superponen entre sí influyendo en la política exterior... las clases, los ejércitos, los ‘estadistas’ y los partidos nacionalistas”⁴⁹. Su conclusión es la elaboración de una *teoría del embrollo* que subraya la incoherencia y fiabilidad del estado⁵⁰.

El desgaste humano, la pérdida de toda una generación en las trincheras que en cuatro años apenas se movieron unos metros, etc. dará lugar a la conciencia del “fin de la civilización europea”, al hastío y la desilusión. La novela de Robert

⁴⁹ MANN, Michael, *Las Fuentes del poder social*, vol. II, Alianza, Madrid, 1997, p. 963

⁵⁰ *Ibid.*, p. 962.

Graves *Good-bye to all that* da buena cuenta de ello. Tampoco la tesis del Ángel de la historia de Benjamin, aunque escrita en 1940, se puede considerar ajena a la tragedia de la Gran Guerra.

4. El imperialismo como *camino de perfección de los bárbaros*. La vena imperialista del liberalismo

Empecemos con una duda: “Me pregunto cómo tantos resultados tan aparentemente iliberales y violentos pueden estar tan profundamente inscritos en el tejido de la que parece la más liberal de las sociedades”.⁵¹

Como escribía Sir Edward Mollet en 1891: “Estamos llevando de la mano una política imperial y una política democrática; en parte de nuestros dominios están triunfando el autogobierno, las instituciones libres y el más amplio sufragio universal; en otra, mantenemos sujetos a una vasta población sólo gracias a un poderoso despotismo administrativo apoyado por la fuerza militar”⁵². Claro que Sir Edward se refería a dos tipos de dominios diferentes: unos poblados por descendientes de europeos y otros por pueblos que, en aquella época, se consideraban bárbaros o no civilizados.

En su creencia y *avance* por el *camino de perfección* el discurso liberal – por no hablar de su práctica- era en sí mismo contradictorio: creía en la igualdad natural de todos los hombres, es decir, en su potencialidad de *avance*, pero sujetaba a “vastas poblaciones gracias al despotismo administrativo y a la fuerza militar”, es decir, era una necesaria práctica *no liberal*, para hacer transitar a los bárbaros por ese camino de perfección. Pero mientras que la discusión entre universalismo liberal y la realidad de esa parcelación estatal no está resuelta en el discurso liberal, en el caso que nos ocupa lo que justifica el despotismo, la conquista, los trabajos forzados, etc. es, en palabras de J. Conrad, *la idea*. Tal idea no es otra que la *sagrada misión de civilización* que es y sigue siendo, o en palabras de R. Kipling, *the white man's burden*.

Los liberales al llegar al poder no sólo heredaron las razones de estado y sus consecuencias, sino la razón de imperio con sus *cargas* y beneficios⁵³.

Los europeos, los occidentales, en su expansión siempre tuvieron claro que el poder, como diría D. Beetham, sólo se justifica si es capaz de esgrimir el derecho a ejercer como tal y que ese poder es beneficioso para sus súbditos en su camino

⁵¹ LATHAM, Robert, *The Liberal Moment. Modernity, Security, and the Making of Postwar International Order*, Columbia University, Nueva York, 1997, p. 2.

⁵² MOWAT, R.C., “From Liberalism to Imperialism: the case of Egypt 1875-1887”, *The Historical Journal*, XVI, I, 1973, p. 111.

⁵³ No nos estamos refiriendo al Adam Smith, a Cobben o a la llamada Escuela de Manchester. Pero sí a Gladstone, que siendo un ferviente seguidor de esta escuela y estar, en principio, en contra de la expansión imperial, hizo más que cualquier otro primer ministro británico por ampliar el imperio. Eso sí a regañadientes. No en vano fue conocido como el *reluctant imperialist*.

de perfección⁵⁴.

Nos encontramos aquí con un doble movimiento de conciencia: la idea del más alto perfeccionamiento europeo, por un lado, y la necesidad de justificarlo, por otro.

La necesidad de justificación trae consigo que los europeos en el contacto con los otros vayan poniendo nombre a las cosas. En el *liberal* siglo XIX dos nombres designan las relaciones de los europeos con lo no europeos: no civilización e inferioridad. Los legitimadores de la conquista procuraban obviar las justificaciones en términos de interés y, según T. Todorov, optarán entre dos actitudes: o invocaban valores humanitarios y formulaban el objetivo de la conquista como la propagación de la civilización, del progreso y del desarrollo material y espiritual, o bien rechazaban los valores humanitarios y se remitían a la desigualdad natural de las razas humanas y al derecho de los más fuertes a dominar a los más débiles⁵⁵. Sin embargo, esta segunda actitud, que los historiadores califican de darwinismo social -que tanta importancia tuvo en el espíritu que llevó a la Primera Guerra Mundial⁵⁶ y que todavía en 1919 imposibilitó que en el convenio de la Sociedad de Naciones figurara un cláusula sobre la igualdad de las razas-, aparece en el transcurso de los siglos XIX y XX como poco presentable y liberal y, desde luego, no está en los escritos de los pensadores cuyos obras tienen hoy alguna trascendencia, aunque sí en la práctica sobre el terreno de los funcionarios coloniales menos ilustrados, más avariciosos o más dominados por la crueldad o la desidia.

La tradición liberal ha explicado esta *vena imperialista* de dos maneras que son interesantes mencionar: la de Schumpeter y la de Doyle. El primero afirma que el capitalismo no es imperialista y que, por tanto, el discurso liberal no tendría que serlo. Pero si el liberalismo es imperialista en la práctica nuestro autor lo achaca a los restos del *antiguo régimen* incrustados en los aparatos del estado de los países capitalistas y liberales⁵⁷, tesis no muy alejadas de las defendidas por el Presidente estadounidense Wilson en sus famosos catorce puntos. Doyle, por su parte, habla de la herencia maquiaveliana y republicana del liberalismo que le hace buscar la gloria y el prestigio internacional⁵⁸, o siguiendo a Hume, la vehemencia imprudente y la complacencia supina y descuidada⁵⁹.

⁵⁴ BEETHAM, David, *The legitimation of power*, Macmillan, Londres, 1991.

⁵⁵ TODOROV, Tzvetan, *Las morales de la historia*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 76.

⁵⁶ MEYER, Arno, "Visión del mundo: socialdarwinismo, Nietzsche, la guerra", en *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza, Madrid, 1986.

⁵⁷ SCHUMPETER, Joseph, "Sociología del imperialismo", en *Imperialismo. Clases Sociales*, Tecnos, Madrid, 1986. Tesis no muy alejadas de las defendidas por el Presidente estadounidense Wilson en sus famosos catorce puntos.

⁵⁸ DOYLE, Michael W. "Liberalism and World Politics", *American Political Science Journal*, vol. 80, núm. 4 1986.

⁵⁹ DOYLE, Michael W. "Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs. Parts I & II", *Philosophy and Public Affairs*, vol. 12, núm. 3, y núm. 4 verano y otoño de 1983 DOYLE, Michael W. "Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs. Parts I & II", *Philosophy and Public Affairs*, vol. 12, núm. 3, y núm.

Pero, sin negar la capacidad explicativa de ambas aportaciones, creo que se puede encontrar la raíz de esta *vena imperialista* en los fundamentos del propio discurso liberal. El cosmopolitismo liberal tiene un componente sincrónico donde la teoría predomina sobre la historia, lo universal intelectualmente construido sofoca la singularidad del desarrollo histórico, la idea universal del bien es superior moralmente a las ideas del bien concretas⁶⁰, la autonomía -la capacidad abstracta de decir- tiene prioridad sobre las decisiones concretas tomadas por hombres y mujeres concretos "de tal manera que la única vida que merece la pena ser vivida es la vida liberal y que la autonomía personal debe ser respetada siempre que el abanico de posibles elecciones incluyan sólo curso de acciones liberales"⁶¹. El cosmopolitismo liberal es universalista: la Verdad es verdad para todos, lo Bueno y lo Justo lo son aunque los otros se nieguen a reconocerlo o aceptarlo, por maldad o por incapacidad, por los prejuicios o por los falsos ídolos de la razón. El camino de perfección, el progreso ya tiene sus vías trazadas.

Pero el cosmopolitismo liberal tiene también el componente diacrónico, con el comenzaba este epígrafe: es un pensamiento teleológico. "El progreso es la tendencia normal y natural de la humanidad"⁶², y este progreso avanzará en una dirección que logrará armonizar los deseos y las elecciones vitales de los individuos⁶³ y de los pueblos, y si no se lograba esta armonía, eso era debido a la existencia de obstáculos que deberían ser removidos. La idea de progreso no niega la igualdad de los hombres, pero si establece una jerarquía clara entre las culturas, las civilizaciones o las formas de vida. La cultura de los europeos que llegaron a las costas de América o de África era por definición superior, lo que no dejaba de ser reafirmado por la rapidez de la conquista militar, y la antropología se desarrolló como disciplina precisamente para encontrar en esas culturas atrasadas la imagen y los rastros de nuestro propio y remoto pasado.

Universalidad y teleología –hay un camino y sólo uno hacia la perfección, Bondad, Felicidad, etc., del género humano- son los hilos con los que se trenza la ideología imperialista. El soldado, el misionero y el comerciante son los agentes de una civilización que trae el bien, independientemente de que los otros se nieguen a reconocerlo. Los errores, maldades y crímenes de traficantes de esclavos o administradores coloniales podían ser disculpados si se inscribían en el justo avance de la historia. Porque por más rapaces que a corto plazo fueran sus actos a los ojos de la conciencia humanitaria, escribe R. A. Nisbet, estos mismos actos en

4 verano y otoño de 1983, p. 323.

⁶⁰ DONELAN, M., "Historicism: Nation and State", en *Elements of International Political Theory*, Clarendon, Oxford, 1990.

⁶¹ TAMIR, Yael, *Liberal Nationalism*, Princeton University Press, Princeton, 1993, p. 31.

⁶² NISBET, Robert, *op. cit.*, *Social Change and History...*, p. 117.

⁶³ BELLAMY, Richard Paul, *Liberalism and Modern Society*, Polity Press, Cambridge, 1992, p. 3.

el largo plazo, podían ser los medios para acelerar el desarrollo de estos pueblos hacia la modernidad⁶⁴...

Hoy el imperialismo liberal, la herencia imperialista de la que habla Doyle, no se manifiesta en la conquista y en la cristianización forzosa. Ciertamente, ha desaparecido en gran parte el *ethos* guerrero. La guerra como deporte de caballeros quedó enterrada en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Tampoco hoy se propugna la cristianización forzosa y la tolerancia se extiende a otras formas no cristianas de relacionarse con la divinidad o con la naturaleza. Tampoco hoy el imperialismo se manifiesta en la rapiña y el saqueo en el intercambio de productos valioso por abalorios. El imperialismo liberal hoy se manifiesta en políticas de homogeneización: no en la conquista sino en la injerencia; no en la rapiña sino en la apertura a la lógica del mercado; y, finalmente, no en la cristianización forzosa sino en la exportación de los modelos liberales que son, en el pensamiento liberal, filosóficamente universales, aunque no lo sean sociológicamente.

Ejemplo 2.- *Grandes expectativas*. Un mundo perfeccionado por la guerra que acabaría con todas las guerras.

El período de la historia europea de 1918 hasta 1930 es un período ambiguo: la guerra dejó profundas heridas, lo que podríamos denominar una crisis espiritual en Europa y la conciencia del fin del predominio europeo en los asuntos mundiales; pero por otro lado levantó *grandes expectativas*, esperanzas e ilusiones pues la Gran Guerra era la guerra que iba a acabar con todas las guerras, habría un predominio del derecho internacional sobre los caprichos de los estados; una opinión pública liberal que censuraría hasta disuadir a aquéllos que quisieran violar las *normas de convivencia*; se había establecido un sistema de seguridad colectiva en el que participaban todas *las naciones* –salvo EE.UU: que se retiró a pesar de ser el autor del invento-. Y Europa se había librado de los *imperios*.

Para los países de liberales, las potencias vencedoras hicieron de la paz su bandera: “todo por la paz” hubiera sido la consigna”. Pero Carr señaló acertadamente que la *paz* fue de 1919 a 1939 *la ideología de los vencedores*⁶⁵.

Para los países de la periferia que eran independientes, las expectativas eran mayores e hicieron *lobby* en París intentado convencer a los grandes de la justicia de su causa; kurdos que quería un estado nacional, árabes que creían en las promesas británicas de un reino unificado en Oriente Medio; etíopes que buscaban ser reconocidos internacionalmente como una nación civilizada, etc. Para otros países con reivindicaciones territoriales, como Grecia, fue el momento de ponerlas sobre la mesa, con cierto éxito gracias a la personalidad de su líder Venizelos –y al helenismo descarado de Lloyd George–.

⁶⁴ NISBET, Robert, *op. cit.*, *Social Change and History...*, p. 201.

⁶⁵ CARR, E. H., *La crisis de los veinte años (1919-1939). Una Introducción al estudio de las Relaciones Internacionales*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2004.

Así, la crisis espiritual provocada por la Gran Guerra contrasta con las grandes ilusiones en la posibilidad de que esa guerra hubiera acabado con todas las guerras y que se manifiesta en la proliferación de acuerdos, tratados, declaraciones de desarme universal, etc. que proliferan en los años 20 en Europa⁶⁶.

El mundo, tras el paréntesis de los años de agresión por parte de los imperios centrales, autocráticos o atrasados como el Imperio Otomano, el mundo volvía a transitar por la senda del *camino de perfección*.

Los derrotados o menospreciados sentían la Paz de París de manera diferente. Alemania, el Imperio Otomano, la Rusia revolucionaria e Italia sufrieron, más que construyeron la paz. Alemania la gran derrotada firmó un *diktat* humillante y económica y territorialmente muy costoso. La República de Weimar tuvo que vivir con ese peso y éste contribuyó a su caída; la Rusia revolucionaria, enfrascada en la guerra contra los "blancos", apoyados por los países liberales, había sufrido en su paz separada con Alemania grandes pérdidas territoriales; el Imperio Otomano quedó reducido a algo menos de lo que hoy es la República turca; e Italia, vencedora nominal en la guerra fue menospreciada por Gran Bretaña, Francia y EE.UU, que no la consideraron nunca *uno de los grandes* y cuyas reivindicaciones no se atendieron dando argumentos a la posterior propaganda del *Fascio*. Por último, los que intentaron hablar en nombre de los territorios colonizados no fueron escuchados: la autodeterminación de los pueblos propugnada por Wilson se quedaba sólo para aquellos que los grandes consideraban *civilizados*.

⁶⁶ CARR, Edward Hallett, *International relations between the two world wars, 1919-1939*, MacMillan Academic and Professional, Londres, 1990 –1º ed. 1947–.

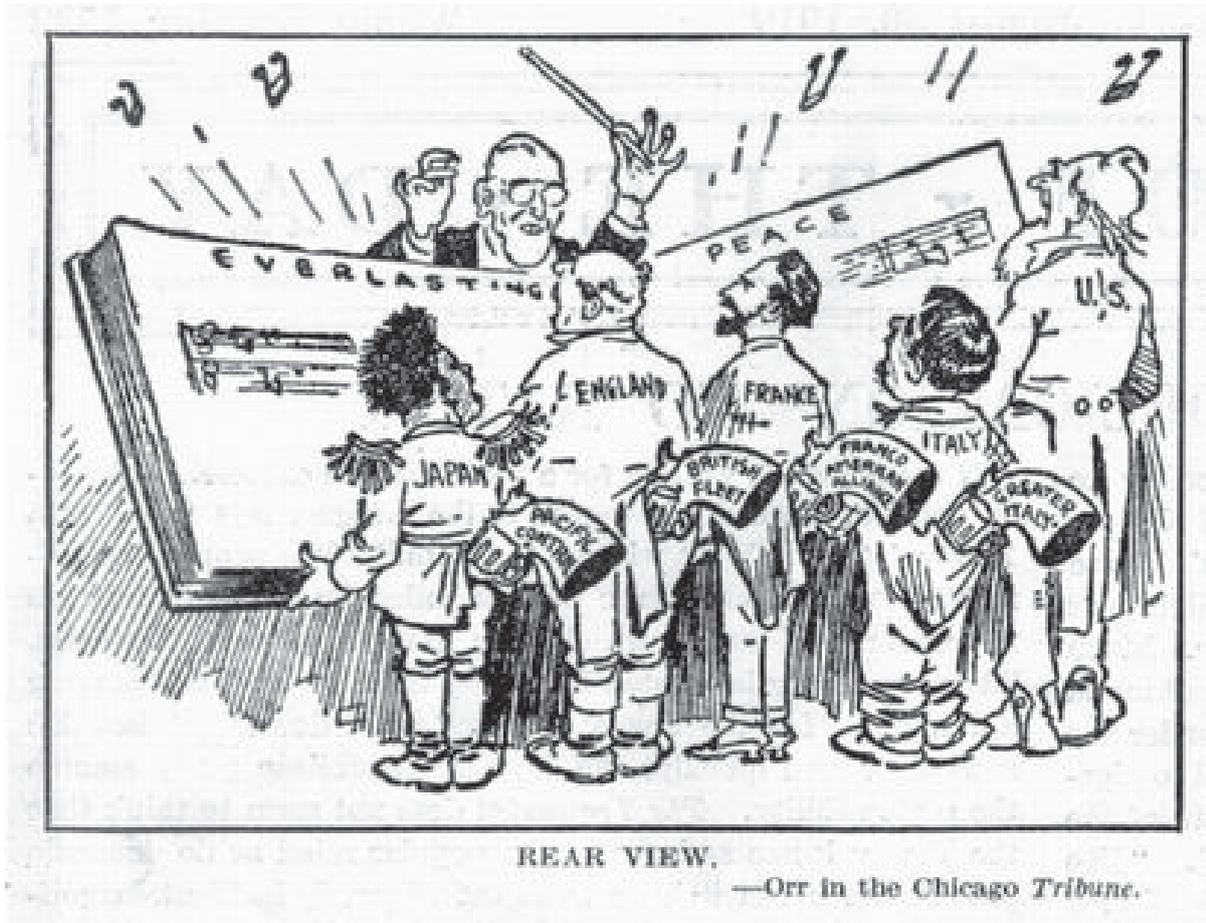


Imagen 6. Caricatura norteamericana criticando la Sociedad de Naciones. Wilson dirige la canción de la "Paz Perpetua", pero cada potencia, excepto EE.UU. por supuesto, esconde aspiraciones ocultas

Quizá convenga distinguir entre los combatientes en la guerra y el resto de la sociedad. Los combatientes no olvidaban, para bien o para mal, en un sentido o en otro. Muchos excombatientes alemanes formaron el grueso de las *Freikorps*, que fue el instrumento con el que el gobierno socialdemócrata alemán acabó con la insurrección *roja*. En otros casos, como el de Robert Graves, supuso la ruptura con todo su pasado del que se despidió con ira. Otro combatiente, el famoso Lawrence desapareció de la vida militar y académica, encontró trabajo en una fábrica y murió anónimamente en un accidente de motocicleta. Algunos excombatientes se radicalizaron y se enrolaron en lo que más tarde fueron los partidos comunistas. En fin, toda una generación desaparecida en combate o marcada para siempre por la guerra de trincheras.

Los políticos y los académicos afrontaron el futuro con más optimismo. Creían que las medidas tomadas en el Tratado de Versalles garantizaban casi completamente el no estallido de otra guerra paneuropea. Y es aquí cuando nace la disciplina de las Relaciones Internacionales, cuyo objetivo era estudiar las condiciones, mecanismos y métodos para garantizar la paz. Como sabemos, ivano intento!

Contraejemplo 4.- ¿Qué poesía se puede escribir después del Holocausto?

La frase de Adorno que tiene muchas versiones –“escribir poesía después de Auschwitz es un canto a la barbarie”, por ejemplo- nos sirve como introducción de nuestro último contraejemplo⁶⁷. Podríamos formularlo así: ¿se puede seguir creyendo en un *camino de perfección* después del Holocausto y la Segunda Guerra Mundial –Hiroshima y Nagasaki incluidas–?.

Dos conjuntos de factores ponen en duda la convicción que el decurso de la historia universal posee un sentido positivo: –1– las “catástrofes del siglo XX” que hacen que “...[fuera] irracional atribuir a la evolución histórica un sentido universal que justifique este sufrimiento...”; y –2-- “la expansión de la razón instrumental” posibilita, mediante la investigación científica y la aplicación técnica el exterminio masivo de seres humanos en los campos nazis o el uso de armas de *destrucción masiva* como las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Lo problemática para la cultura ilustrada no es que Auschwitz sea un retroceso a la barbarie premoderna o antediluviana, sino la misma modernidad de la *solución final* y de los medios para llevarla a cabo. Fue una barbaridad pero no en el sentido clásico que los europeos daban al concepto barbarie según el *estándar de civilización* -un pueblo en un estado inferior de civilización- sino que fue llevado a cabo en una de las naciones más civilizadas de Europa, con universidades punteras, cuasi patria de la música y de la filosofía, la tierra de Beethoven, Kant, Thomas Mann, Benjamin, Einstein, Heidegger, Schmitt y Heisenberg. Pero además después de unos años de explosión cultural como fue la república de Weimar, de cuyo pensamiento todavía somos, desde luego soy, extremadamente deudores. Y además, el gran filósofo de siglo XX, Heidegger, un influyente jurista y politólogo, Schmitt, y el, posiblemente, físico más rompedor Heisenberg, colaboraron activamente con el régimen del Holocausto.



Imagen 7. Entrada principal de Auschwitz

⁶⁷ .- *Kulturkritik und Gesellschaft* [Crítica cultura y sociedad] –1951–; esta cita es también conocida en la forma “No se puede escribir poesía después de Auschwitz”. El propio Adorno formuló variantes similares como “Imposible escribir bien, literariamente hablando, sobre Auschwitz” –Consignas, pág. 7 reproducido por José Pablo Feinmann. Citado por Fernando Durán Ayaneguien, *Poesía después de Auschwitz*, en *Nación*, Costa Rica, 27 de marzo de 2008

Zygmunt Bauman que antes de lanzarse al estudio que desembocó en su *Modernidad y holocausto*⁶⁸ creía “más por exclusión que por reflexión” que el holocausto había sido una interrupción de la historia, “un tumor canceroso en el cuerpo de la sociedad civilizada, una demencia momentánea en medio de la cordura”⁶⁹ acabó llegando a la conclusión de que el genocidio fue algo esencialmente moderno: “el holocausto se gestó y puso en práctica en nuestra sociedad moderna y racional, en una fase avanzada de nuestra civilización y en un momento álgido de nuestra cultura por esa razón es un problema de esa sociedad, de esa civilización y de esa cultura”⁷⁰, es decir es un problema de nuestra modernidad, del *avance* de la Historia, de nuestro camino de perfección.

Y además su instrumento y déspota es la razón moderna, pues una vez aceptado el marco político, la racionalidad dominada por el principio “de la neutralidad moral de la razón y a la búsqueda de la racionalidad que no tolera compromisos con factores que no tengan relación con el éxito técnico de la empresa”⁷¹, todo lo demás viene encadenado inexorablemente. Los elementos que liberarían y estaban liberando a la humanidad de sus cadenas atávicas sirvieron también para el más eficaz ejercicio del mal.

Y para más escarnio esta maldad moderna es banal⁷², puesta en práctica por burócratas mediocres y cumplidores, no por héroes trágicos o por demonios, por seres cuyas funciones, si hacemos caso a Max Weber sobre la burocracia, sólo tiene cabida en la sociedad moderna.

5. El Camino de perfección y los relatos de las Relaciones Internacionales

Comparemos estas dos citas, ambas de la misma escuela *de aprendizaje* de Haas, ambas de la misma década –de hecho la primera se publicó con posterioridad a la segunda–:

“Quiero explorar la hipótesis de que ha habido progreso en la política internacional, pero también quiero argumentar que el progreso se ha producido porque nuestra concepción de lo que son los problemas políticos y sus soluciones han sido crecientemente influenciadas por una forma de razonar que denominamos científica... [puede haber un corolario: que] la difusión de esta forma de pensar desde su hogar en la Europa del siglo XVIII a las más alejadas esquinas del planeta, está creando una técnica universal de resolución de problemas –

⁶⁸ BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad y holocausto*, Sequitur, Toledo, 1997.

⁶⁹ *Ibid.*, p. X.

⁷⁰ *Ibid.*, p. XIII.

⁷¹ *Ibid.*, p. 164.

⁷² ARENDT, Hannah, *Eichmann en Jerusalén*, Lumen, Barcelona, 1999.

problem-solving technique—. El cosmopolitanismo puede, por tanto, ser asociado con el progreso humano y así transformar la política internacional... Mi hipótesis es que el progreso es global porque la racionalidad científica está siendo globalizada por el cosmopolitanismo secular..."⁷³

"...se puede considerar que hay progreso cuando los actores o solventan los problemas de la seguridad, el bienestar y los derechos humanos colaborando con otros para conseguir objetivos comunes o, conscientes de que los respectivos objetivos están en conflicto, ponen en práctica soluciones unilaterales de forma mutuamente aceptable"⁷⁴.

La diferencia es una generación académica. La primera cita es de E. Haas y la segunda de un libro de homenaje colectivo de sus antiguos alumnos. Sin embargo, los matices son importantes. Haas es mucho más optimista sobre el progreso que sus discípulos. La fe en el progreso en relaciones internacionales, entre los académicos al menos, parece debilitarse. Esto no es óbice para que siga siendo un tópico extensamente usado tanto en los discursos políticos⁷⁵, como en la prensa, como en conversaciones privadas. El *camino de perfección*, el progreso sigue formando parte de nuestro imaginario social.

Ari Jerrems sostiene que "... la explicación *lineal científica* tiene particular importancia en la edad moderna en Europa, pero antes de su emergencia la religión cristiana dotaba de una explicación mitológica⁷⁶ a ciertas definiciones sobre la existencia. ... Como resultado de esta mutación, la figura universal de Dios, empezó a ir acompañada por dos nuevas y universales explicaciones sobre *el hombre en el mundo*, que, a grandes rasgos, podríamos identificar como una mitología lineal científica y otra como una mitología no religiosa. La teoría lineal busca definir los rasgos constantes de la naturaleza mientras que la explicación mitológica intenta dar cuenta de la acción social con una verdad metafísica oculta sobre el mundo"⁷⁷.

⁷³ HAAS, Ernest B., *Nationalism, liberalism and progress. The rise and decline of nationalism*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1997, pp. 1 y 5

⁷⁴ ADLER, Emanuel, CRAWFORD, Beverly y DONNELLY, Jack, "Defining and conceptualizing progress in international relations" en ADLER, Emanuel y CRAWFORD, Beverly (eds), *Progress in Postwar International Relations*, Columbia University Press, Nueva York, 1991, pp. 24 y 25

⁷⁵ Para su uso político, en especial por Blair y Bush, ver GRAY, John, *Black mass. Apocalyptic religion and the end of utopia*, Farrar, Straus y Giroux, Nueva York, 2007.

⁷⁶ .- Un evaluador anónimo me indica, con mucha razón, que el mito podría recuperar un valor, después del desprecio que connota en nuestra lengua, "como narración intersubjetiva y contingente que dota de significación a aquellos aspectos de la existencia que... requieren de un sentido". El retroceso de la razón ilustrada deja hueco para, a mi entender, amigos *no recomendables*, como la religión, por ejemplo. Ver ROBBINS, Jeffrey W., *After the Death of God*, Columbia University Press, Nueva York, 2007.

⁷⁷ JERREMS, Ari, *Terra nullius, Conversion, Containment: Civilizing Global Space*, ponencia presentada en el Seminario para Investigadores en formación, Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Autónoma de Madrid, 20 de abril de 2012, sin paginar. Hay una tercera explicación *critical theory* que no trataré.

Obviamente nuestro camino de perfección corresponde con la explicación lineal-científica, en versiones más o menos optimistas, según autores y épocas. Es a ésta al que se han dedicado estas páginas.

Pero para concluir, me gustaría, no tanto insistir en la puesta en cuestión de la teoría lineal, teleológica y perfeccionista –si no ha quedado claro todavía mi desacuerdo con semejante visión–, sino romper una lanza a favor de esa explicación *mitológica*, metafísica en palabras de Jerrems, secular y/o pagana.

Esta explicación, evidente en Morgenthau y no tanto en Carr, es la última ratio filosófica del realismo político. Y más allá de su carácter mitológico es profundamente escéptica. Morgenthau sugirió que el progreso, al menos en el sentido de progreso moral, era imposible en los asuntos humanos. Esto era, y es, una tragedia fundacional. Esto no significaba para Morgenthau que no hubiera sentido del bien en política... más bien quería decir “que no hay progreso hacia el bien, aparente de año en año, sino un conflicto permanente que hoy alumbró el bien y mañana hace que prevalezca el mal”⁷⁸. Para el maestro alemán devenido estadounidense: “political ethics is indeed the politics of doing evil”⁷⁹.

Esta filosofía tiene ya una larga tradición en Europa y unos *grandes nombres*: podemos hacerla empezar con Nietzsche, seguido por Weber y Burckhardt, Schmitt, quizá Heidegger, Camus, Sartre, Morgenthau, Foucault y algunos de los antifundacionalistas contemporáneos: el mitológico forzando en su indagación a encontrar un fundamento último acaba en la voluntad de poder y/o la voluntad de saber, en el combate contra la incertidumbre, es decir en la domesticación del miedo.

La *muerte de Dios*, la descomposición de la doctrina cristiana, han tenido efectos desestabilizadores para la condición de los hombres modernos, no hay duda. Los teóricos políticos hablan de la necesidad de un *punto arquimédico* para sustentar la filosofía política, la ética. Yo no lo calificaría de nostalgia del absoluto⁸⁰, pero sí es cierto que la *muerte de Dios*, deja un vacío, una ausencia de fundamentación última, un vértigo del pensamiento, un *último porqué sin contestar*, una explicación universal, general, simple –y esto es lo más importante– cierta más allá de toda duda, donde no cabe cuestionamiento ulterior. Nietzsche mismo, después de destrozarse todo pensamiento metafísico, acaba por encontrar algo predicable de todo ser humano: la voluntad de poder.

Nuestro mundo es un mundo sin sentido, sólo es. Nuestra condición es la de

⁷⁸ COX, Michael y RENGGER, Nicholas, “Fred Halliday, John Vincent and the idea of progress in International Relations”, *International Affairs*, vol. 87, núm. 5, 2011, p. 1045.

⁷⁹ MORGENTHAU, Hans, *Scientific man vs. power politics*, Lartimer House, Londres, 1947, p. 202

⁸⁰ STEINER, George, *Nostalgia del absoluto*, Siruela, Madrid, 2007.

ser en el mundo. Punto y final, no hay más historias. Es una radical incertidumbre ontológica o una ontología de la incertidumbre radical. Pero como sostiene Steiner citando a Heidegger “las preguntas son la oración, la devoción, del pensamiento humano”⁸¹. Yo añadiría que es una devoción, un vicio, una droga, un impulso irrefrenable, quizá estoy sosteniendo parafraseando a Nietzsche y Foucault que en última instancia es la voluntad de saber. En cualquier caso ¡sabios fueron quienes crearon el mito de Sísifo!

La voluntad de saber⁸² –o la voluntad de poder- es la voluntad –ilusa- de control sobre nuestras vidas y sobre nuestras circunstancias. Es el control, el dominio, la previsión como antídoto del miedo. Y aquí se nos aparece Hobbes, el teórico del miedo como razón de la organización de la comunidad política.

Parece algo innato al conocimiento que o se rinde o que analiza, desconstruye y destruye ya acaba siempre con una afirmación predicable del ser humano, atemporal y universal, ya sea ésta la de ser creaciones divinas, voluntad de poder, o miedo... y si no, la conversación cesa, el pensamiento dimite al borde del abismo, ya no hay más que hablar... o, sobre todo, ya no hay de qué hablar y, parafraseando a Wittgenstein en el *Tractatus*, de lo que no se puede hablar, más vale callar.

El miedo como la pasión que mueve al mundo, o como fundamento último de la humanidad de los humanos es sin embargo, como diría Ari Jerrems, un fundamento último *mitológico*, o vale decir metafísico. El miedo debe ser historizado y contextualizado. Por ahora, sólo soy capaz de vincular el miedo como pasión al nacimiento de la modernidad: con desarrollo de la modernidad científica –Galileo-, filosófica –Descartes-, política –Hobbes- el individuo se desvincula del *orden natural de los antiguos* y de una identidad dada por su posición en ese orden natural y se enfrenta a la necesidad de reconstruir su identidad, su pensamiento política y su ética sin Dios, sin Cosmos y sin tradición.

No hay camino de perfección pues no hay de dónde partir y no hay a dónde llegar, de la misma manera no tiene sentido la teleología en un mundo donde la teología es un ejercicio banal, con sentido individual, no hay duda pues hay creyentes. La agonía –mítica y metafísica- parece ser, sin embargo, el destino de nuestro *ser en el mundo*.

⁸¹ STEINER, George, *Nostalgia del absoluto... op. cit.*, p. 130.

⁸² Sostiene George Steiner: “En otras palabras, la persecución de la verdad es desde el principio una verdadera persecución. Tiene elementos de caz y de conquista: hay un momento característico en los diálogos de Platón, cuando, al final de una muy difícil demostración lógica, los discípulos la multitud, en pie, lanzan un auténtico grito, el grito del cazador, <i>¡Auuuh!>, cuando ha acorralado a su presa”, *op. cit.*, p. 115.

Bibliografía

- ADLER, Emanuel, CRAWFORD, Beverly y DONNELLY, Jack, "Defining and conceptualizing progress in international relations" en ADLER, Emanuel y CRAWFORD, Beverly –eds–, *Progress in Postwar International Relations*, Columbia University Press, Nueva York, 1991.
- ADORNO, Theodor, *Kulturkritik und Gesellschaft [Crítica cultura y sociedad]* 1951, citado por DURÁN AYANEGUIEN, Fernando, *Poesía después de Auschwitz*, en *Nación*, Costa Rica, 27 de marzo de 2008.
- ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the origins and spread of nationalism*, Londres, Verso, Londres, 1983, edición revisada 1991.
- ARCHER, Margaret, *Culture and agency. The place of culture in social theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
- ARENDT, Hannah, *Eichmann en Jerusalén*, Lumen, Barcelona, 1999.
- ARENDT, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, citado por APPADURAI, Appadurai, *Fears of small numbers. An essay in the geography of anger*, Duke University Press, Durham y Londres, 2006.
- BARTH, Karl, *Kirchliche Dogmatik* –en su versión inglesa *Church Dogmatics*, Westminster John Knox Press, Louisville, Kentucky, edición de 1994–.
- BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad y holocausto*, Sequitur, Toledo, 1997.
- BEETHAM, David, *The legitimation of power*, Macmillan, Londres, 1991.
- BELLAMY, Richard Paul, *Liberalism and Modern Society*, Polity Press, Cambridge, 1992.
- BULL, Hedley, *La sociedad anárquica*, La Catarata, Madrid, 2005.
- BURBANK, Jane y COOPER, Frederick, *Empires in world history*, Princeton University Press, Princeton, 2010.
- BURKE, Edmund, *Reflexiones sobre la revolución francesa*, Alianza, Madrid, 2003.
- BUTTERFIELD, Herbert, *The Whig Interpretation of History*, G. Bell and Sons, Londres, 1931.
- CANOVAN, Margaret, *Nationhood and Political Theory*, Edward Elgar, EEUU, 1996.
- CARR, Edward Hallett, *International relations between the two world wars, 1919-1939*, MacMillan Academic and Professional, Londres, 1990 –1º ed. 1947–.
- CARR, E. H., *La crisis de los veinte años –1919-1939–. Una Introducción al estudio de las Relaciones Internacionales*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2004.
- CASTORIADIS, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Buenos Aires, 2007.
- CLAVERO, Bartolomé, *Derecho de la sociedad internacional*, Mimeo, 1995.
- COX, Michael y RENGGER, Nicholas, "Fred Halliday, John Vincent and the idea of progress in International Relations", *International Affairs*, vol. 87, núm. 5, 2011.
- DEL ÁGUILA, Rafael, *La Senda del Mal. Política y Razón de Estado*, Taurus, Madrid, 2000.
- DONELAN, M., "Historicism: Nation and State", en *Elements of International Political Theory*, Clarendon, Oxford, 1990.
- DOYLE, Michael W. "Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs. Parts I & II", *Philosophy and Public Affairs*, vol. 12, núm. 3, y núm. 4 verano y otoño de 1983.
- DOYLE, Michael W., "Liberalism and World Politics", *American Political Science Journal*, vol. 80, núm. 4 1986.
- GRAY, John, *Black mass. Apocalyptic religión and the end of utopia*, Farrar, Straus y Giroux, Nueva York, 2007.
- HAAS, Ernest B., *Nationalism, liberalism and progress. The rise and decline of nationalism*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1997.
- HELD, David, *La Democracia y el Orden Global. Del Estado Moderno al Gobierno Cosmopolita*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona y Buenos Aires, 1997.
- JERREMS, Ari, *Terra nullius, Conversion, Containment; Civilizing Global Space*, ponencia

- presentada en el Seminario para Investigadores en formación, Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Autónoma de Madrid, 20 de abril de 2012, sin paginar.
- KANT, Inmanuel, *Ideas para historia universal en clave cosmopolita y otros escrito sobre filosofía de la historia*, Tecnos, Madrid, 1987.
- KANT, Inmanuel, *Sobre la paz perpetua*, Tecnos, Madrid, 2005.
- LASKI, Harold Joseph, *El Liberalismo Europeo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- LATHAM, Robert, *The Liberal Moment. Modernity, Security, and the Making of Postwar International Order*, Columbia University, Nueva York, 1997.
- LÖWITH, Karl, *Historia del mundo y salvación*, Katz Editores, Buenos Aires, 2007.
- MANN, Michael, *Las Fuentes del poder social, vol. II*, Alianza, Madrid, 1997.
- MANNHEIM, Karl, *Ideología y utopía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- MANSILLA, H. C. F., "Reflexiones obre el sentido de la historia: entre el optimismo doctrinario y el pesimismo relativista", *Revista de Filosofía*, núm. 59, 2008.
- MARQUARD, Odo, *Las dificultades de la filosofía de la historia*, Pre-Textos, Valencia, 2007.
- MARX, Karl, *Crítica al Progrma de Gotha*, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1968 –la traducción es del Instituto de marxismo-Leninismo de Moscú, 1953–.
- MCINTYRE, Alasdair, *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona, 1983.
- MEINECKE, Friedrich, *La idea de la razón de estado en la edad moderna*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1952, reimpresión de 1983.
- MEYER, Arno, "Visión del mundo: socialdarwinismo, Nietzsche, la guerra", en *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza, Madrid, 1986.
- MORGENTHAU, Hans, *Scientific man vs. power politics*, Lartimer House, Londres, 1947.
- MOWAT, R.C., "From Liberalism to Imperialism: the case of Egypt 1875-1887", *The Historical Journal*, XVI, I, 1973.
- NISBET, Robert, *Social change and history*, Oxford University Press, Nueva York, 1969.
- NISBET, Robert, *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona, 1996 –edición inglesa de 1980–.
- PAGDEN, Anthony, *El imperialismo español y la imaginación política*, Planeta, Barcelona, 1991.
- PAICE, Edward, *Wrath of God. The Great Lisbon Earthquake of 1755*, Quercus, Londres, 2008.
- PEÑAS, Francisco Javier, *Hermanos y enemigos. Liberalismo y relaciones internacionales*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2003.
- ROBBINS, Jeffrey W., *After the Death of God*, Columbia University Press, Nueva York, 2007.
- SCHLINGENSIEPEN, Ferdinand, *Dietrich Bonhoeffer. 1906-1945*, T & T Clark International, New York, 2010.
- SCHMITT, Carl, *El concepto de los político*, Alianza, Madrid, 1991.
- SCHMITT, Carl, *Teología política*, Trotta, Madrid, 2009.
- SCHUMPETER, Joseph, "Sociología del imperialismo", en *Imperialismo. Clases Sociales*, Tecnos, Madrid, 1986.
- SHRADY, Nicholas, *The last day. Wrath, Ruin and Reason in the Great Lisbon Earthquake of 1755*, Viking, Nueva York, 2008.
- SKINNER, Quentin, *Visions of Politics, vol. 1*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- STEINER, George, *Nostalgia del absoluto*, Siruela, Madrid, 2007.
- TAMIR, Yael, *Liberal Nationalism*, Princeton University Press, Princeton, 1993.
- TAYLOR, Charles, *Modern Social Imaginaries*, Duke University Press, Durham y Londres, 2004.
- THOMPSON, J. B., "Introduction" a BOURDIEU, Pierre, *Language and symbolic power*, Polity Press, Cambridge, 1992.

- TILLY, Charles, *Grandes Estructuras, Procesos Amplios, Comparaciones Enormes*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.
- TODOROV, Tzvetan, *Las morales de la historia*, Paidós, Barcelona, 1993.
- UNDERSTEINER, Mario, *I sophistic*, Mondadori, Milan, 1996.
- VV.AA., *El terremoto de Lisboa. Testimonios inéditos*, "Estudio preliminar" a cargo de UDÍAS VALLINA, Agutín, Brenes, Muñoz Moya editores, 2010.
- WALKER, R. D. J., "Relaciones internacionales y política mundial" en NASI, C. –comp.–, *Postmodernismo y relaciones internacionales*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1989.

LEYENDO LA HISTORIA CON UNA MIRADA CONSTRUCTIVISTA*

CHRISTIAN REUS-SMIT**

RESUMEN:

Desde el final de la Guerra Fría, se ha producido un resurgir del interés por la historia por parte de los estudiosos de Relaciones Internacionales. Los constructivistas han estado a la cabeza de este redescubrimiento, recurriendo a la investigación histórica para destacar el significado contingente y la evolución de una miríada de prácticas internacionales, procesos y estructuras sociales. Sin embargo, ¿en qué medida está este trabajo guiado por una filosofía de la historia distinta, sea explícita o implícita?, ¿leen los constructivistas la historia de una manera particular? Y si así fuera, ¿cuáles son los contornos de su enfoque? Este artículo aborda estas cuestiones, argumentando que la historia constructivista es esencialmente "skinneriana" en naturaleza, excluyéndola por una parte de la historia realista-materialista y, por otra, de la historia de las ideas. Para ilustrar este enfoque, terminaré con una breve lectura constructivista de la crisis constitucional que asoló al Imperio español tras la invasión napoleónica de 1808.

PALABRAS CLAVE:

Constructivismo, historia, Q. Skinner.

TITLE:

Reading History through Constructivist Eyes.

ABSTRACT:

Since the end of the Cold War there has been a renaissance in the study of history by International Relations scholars. Constructivists have been at the forefront of this rediscovery, turning to historical inquiry to highlight the contingent meaning and evolution of a myriad of international practices, processes, and social structures. To what extent, however, is this work informed by a distinctive philosophy of history, explicit or implicit? Do constructivists read history in a particular way? If so, what are the contours of their approach? This article takes up these questions, arguing that constructivist history is essentially 'Skinnerian' in nature, marking it off from realist-materialist histories, on the one hand, and histories of ideas, on the other. To illustrate this approach I end with a brief constructivist reading of the constitutional crisis that beset the Spanish Empire in the aftermath of the Napoleonic invasion and usurpation in 1808.

KEYWORDS:

Constructivism, history, W. Skinner.

**Christian REUS-SMIT es Profesor de Relaciones Internacionales en el European University Institute en Florencia.

* Versión original: REUS-SMIT, Christian, "Reading History through Constructivist Eyes" en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 37, n° 2, 2088, ps. 395-414. Permiso de traducción concedido por Copyright Clearance Center, para SAGE Publications.

1. El constructivismo y el redescubrimiento de la Historia

A finales de los años 1980, el estudio de la historia en las Relaciones Internacionales se encontraba atrofiado. La preponderancia del realismo y el positivismo en el seno de la corriente mayoritaria estadounidense conspiró para marginalizar la investigación histórica. Si uno ve a todos los seres humanos como agentes racionales egoístas (atomistas, autointeresados y estratégicos) y si, además, uno imagina a esos agentes como seres animados por una racionalidad universal basada en medios y fines, entonces todo lo relacionado con la historia carece de importancia. Los contextos materiales pueden cambiar, pero todo lo que tiene que ver con variaciones y particularidades culturales se esfuma, al igual que sucede con todas las contingencias surgidas de la imaginación y la creatividad humana. Del mismo modo, si uno piensa que el propósito de las teorías de relaciones internacionales es generar una ley con afirmaciones sobre las relaciones entre estados soberanos, entonces se privilegiarán la continuidad y la repetición en detrimento del cambio y la variación. Así pues, la historia se ve reducida a un único y monótono relato que tiene muy poco que enseñarnos una vez extraídas las lecciones para enunciar esa ley.

Curiosamente, la historia también se encontraba atrofiada en sectores de la disciplina que se jactaban de remitirse a ella. Al delimitar un “enfoque clásico” para el estudio de las relaciones internacionales, Hedley Bull identificó la investigación histórica, junto con la filosofía y el derecho, como un ingrediente esencial. Pero, incluso en sus primeras manifestaciones, la Escuela Inglesa, para la que este enfoque es una señal de identidad, practicaba en esos momentos un acercamiento insatisfactorio a la historia. El reputado trabajo de Martin Wight “Sistemas de estados” es tan inconsistente como intuitivo. El objetivo de Wight es especificar las características institucionales de las sociedades internacionales, a las que denomina “sistemas de estados”, y preguntarse cuándo se puede decir que dichas sociedades han existido en la historia internacional. Sin embargo, su método consiste en usar características institucionales de la sociedad internacional moderna como si fuera un listado en el que identificar cuándo y dónde han existido previamente los “sistemas de estados”; esto es, si los paralelismos institucionales son claros, entonces hubo sociedad internacional, y si no hay esos paralelismos, no se produjo realmente una sociedad entre estados soberanos. Una inconsistencia parecida presenta la obra de Bull considerada como su mayor contribución al estudio de la historia internacional, *La expansión de la sociedad internacional*, editado con Adam Watson. En ella se relata la historia de la subyugación por parte europea de otras áreas del planeta y se presentaba la incorporación de los pueblos y las organizaciones políticas no europeas como una asimilación gradual de éstos a una asociación de estados soberanos regidos por el imperio de la ley. La historia de violencia y dominación que llevó aparejada la “expansión”, y que otros han relatado en términos de imperialismo, está oculta entre líneas.

Afortunadamente, el final de la Guerra Fría animó a los estudiosos (de diversas tendencias) de Relaciones Internacionales a redescubrir la historia. ¿A qué se debió este efecto? La primera razón es que el final dramático de la bipolaridad

volvió a situar el cambio en la agenda de Relaciones Internacionales. Mientras los académicos se habían centrado en cuestiones de continuidad o cambio incremental, de repente se hace hincapié en entender cómo todo lo que era sólido podía esfumarse en el aire. Una segunda razón es que este cambio se produjo, aparentemente, por vías novedosas. No sólo se había producido un cambio en la polaridad sin que hubiera una gran guerra, sino que además habían estado presentes una gran cantidad de factores normalmente ignorados por los académicos de Relaciones Internacionales, desde las redes de sociedad civil transnacionales hasta el cambio generacional en la Unión Soviética, pasando por la asimilación de nuevas ideas sobre seguridad. Finalmente, la tercera razón era la coincidencia del fin de la Guerra Fría con el aparente auge de la globalización que enmarcó las discusiones sobre el cambio sistémico –cambio en el seno de un sistema de estados soberanos- en una especulación más amplia sobre cambios en los sistemas –cambio de un tipo de orden político global a otro-. Para muchos académicos de Relaciones Internacionales, el cambio histórico era lo que estaban viviendo y, en parte, viraron hacia la historia para dar sentido a lo que estaban experimentando¹.

Frecuentemente se ha dicho que el fin de la Guerra Fría también impulsó el auge del constructivismo². Lo que aquí me interesa es la centralidad de la investigación histórica para esta nueva corriente académica. La obra de John Ruggie ha ostentado este sello desde hace tiempo, centrándose en entender los orígenes del sistema de estados soberanos, una de las grandes lagunas en el pensamiento neorealistas y neoliberal preponderante³. Pero también fue un rasgo recurrente de los trabajos constructivistas que proliferaron a partir de 1989. Como ejemplos prominentes podemos citar *Legitimacy and Power Politics* (2002) de Mlada Bukovansky; *Argument and Change in World Politics* (2001) de Neta Crawford; *National Interests in International Society* (1996) y *The Purpose of Intervention* (2003) de Martha Finnemore; *Imagining War: French and British Military Doctrine between the Wars* (1999) de Elizabeth Kier; *Cooperation under Fire: Anglo-German Restraint during World War II* (1995) y *Rethinking the World: Great Power Strategies and International Order* (2007) de Jeffrey Legro; *Revolutions in Sovereignty* (2001) de Daniel Philpott; *The Chemical Weapons Taboo* (1997) de Richard Price; *State Identity and the Homogenisation of Peoples* (2002) de Heather Rae; *The Moral Purpose of the State* (1999) de Christian Reus-Smit; *The Nuclear Taboo* (2007) de Nina Tannenwald; y *Mercenaries, Pirates, and Sovereigns* (1996) de Janice Thomson.

¿Por qué los constructivistas abrazaron la historia con tanta determinación?

¹ Michael Barnett hace algo parecido en "Historical Sociology and Constructivism: An Estranged Past, A Federated Future?" en *Historical Sociology of International Relations*, editado por Stephen Hobden y John M. Hobson, Cambridge University Press, 2002, p.100.

² Ver, por ejemplo, Christian Reus-Smit, "Constructivism" en *Theories of International Relations*, de Scott Burchill, Andrew Linklater, Jacqui True, Jack Donnelly, Christian Reus-Smit, Matthew Patterson y Richard Devetak. Ed. Palgrave, Basingstoke, 2005, ps.194-201.

³ Ver, por ejemplo, uno de sus primeros artículos "Continuity and Transformation in the World Polity: Toward a Neorealist Synthesis" en *Neorealism and Its Critics*, editado por Robert O. Keohane, Columbia University Press, Nueva York, 1986, ps.131-157.

Al igual que otros, estuvieron motivados por la sensación de que asistían a un cambio que necesitaba ser explicado y esta inquietud se convirtió en una inquietud por la historia. Sin embargo, también hubo razones teóricas de por qué los constructivistas adoptaron este giro histórico. Es un sello constructivista la afirmación de que las identidades y los intereses de los actores son constituidas por las estructuras sociales, particularmente los sistemas de valores, creencias e ideas intersubjetivas. No obstante, ellos insisten que esas estructuras son producidas y reproducidas por las prácticas informadas de los agentes sociales y políticos. En la terminología poco elegante de Anthony Giddens, los constructivistas son “estructuracionistas”⁴. La única forma de estudiar la estructuración es diacrónicamente: hay que diseccionar un orden social en un momento determinado, identificar los agentes y las estructuras sociales y después descubrir cómo se condicionan entre sí a lo largo del tiempo. El estudio de la historia está, por tanto, vinculado irremediamente al estudio de la estructuración. Además de esto, los constructivistas frecuentemente aducen que el constructivismo no es una teoría, sino un enfoque, un marco, un aparato conceptual. Su razonamiento es que los factores causales/constitutivos que ellos especifican (identidades, creencias, normas, valores, etc.) están en un contexto específico, y no constituyen el tipo de regularidades transhistóricas y transculturales, que podrían servir de sustento para hacer generalizaciones del tipo de una ley sobre las relaciones internacionales. Este hecho hace que la historia tenga aún un mayor interés, que se convierte en una esfera de diferencia, de variación, de entendimiento del presente extraído de contrastes y conexiones contingentes; una esfera de agentes sociales y políticos actuando en sus mundos para construir los nuestros. Finalmente, la exhortación de Marx de que el propósito de la teoría no es sólo entender el mundo, sino cambiarlo, pervive en el constructivismo, al igual que en las teorías críticas. La muestra de que las normas morales han tenido relevancia a la hora de diseñar históricamente las prácticas políticas está relacionado con el proyecto normativo de mostrar que los argumentos morales y las elecciones morales aquí y ahora diseñarán el mundo que vendrá. Así, el estudio de la historia está vinculado con el proyecto constructivista de reintroducir en las Relaciones Internacionales la idea de que los humanos, como agentes morales, tienen importantes capacidades políticamente y que el futuro no es una “jaula de hierro”.

Naturalmente, los constructivistas no fueron los únicos estudiosos de Relaciones Internacionales en redescubrir la historia después del fin de la Guerra Fría, sino que dicho redescubrimiento fue un fenómeno extendido en la disciplina. Sin embargo, el auge del constructivismo no está desvinculado de este movimiento por parte de otros enfoques. En al menos tres ocasiones destacables, rebatir el constructivismo ha sido uno de los mucho impulsos para dirigir la investigación orientada históricamente. El desafío desde la variante realista de Stephen Krasner a los argumentos constructivistas sobre la soberanía está basado en una relectura de la historia que se remonta hasta Westfalia, de los derechos de las

⁴ GIDDENS, Anthony, *A Contemporary Critique of Historical Materialism, Volume One*. University of California Press, Berkeley, 1981, capítulo 1.

minorías, los derechos humanos, la cesión de soberanía y la autodeterminación⁵. El reciente rejuvenecimiento de la Escuela Inglesa es, en parte, una respuesta a la aparente colonización constructivista del pensamiento sobre "lo social" en las relaciones internacionales; y otra muestra de dicho rejuvenecimiento ha sido su compromiso serio, sistemático y crítico con la historia, independientemente de las iniciales limitaciones del corpus de investigación histórica de la Escuela Inglesa⁶. Finalmente, *The Myth of 1648*, de Benno Teschke, probablemente la contribución neomarxista más significativa para la disciplina de Relaciones Internacionales con posterioridad a la Guerra Fría, apunta explícitamente a los argumentos de Ruggie sobre el ascenso del moderno orden soberano, sosteniendo que "no es suficiente con concebir los derechos de propiedad o la soberanía exclusivamente en términos de intersubjetividad y, por tanto, en términos de reglas constitutivas ni de convenciones no coercitivas y basadas en el consenso, dado que están basadas en relaciones sociales asimétricas que implican fuerza y coerción; esto es, conflicto e imposición"⁷.

2. Destilando una filosofía constructivistas de la historia

Los constructivistas, aunque marcados por su compromiso con la historia, rara vez articulan una filosofía particular de ésta. Preguntas como qué es la historia, cuál es la naturaleza y el propósito de la investigación histórica, cuál es el estatus epistemológico del conocimiento histórico y qué tipos de métodos históricos son los apropiados para las cuestiones planteadas por los constructivistas, son preguntas que casi nunca abordan y aún menos responden. Esto se debe, en parte, a que los constructivistas son a menudo culpables de los mismos pecados que la mayoría de académicos de Relaciones Internacionales: cuando abordan una investigación histórica, lo hacen en gran medida irreflexivamente. En un campo en el que abundan las distracciones por disputas metodológicas, las reflexiones prolongadas sobre lo que significa "hacer" historia raramente preceden al acto de "estar haciendo". Una razón más es que los constructivistas eluden las discusiones metateóricas de epistemología y metodología, para concentrarse en su lugar en asuntos de ontología. Por el contrario, estas áreas que han descuidado son donde residen las cuestiones claves de qué es la historia y cómo estudiarla. Dado que los constructivistas evitan explícitamente las investigaciones epistemológicas y metodológicas, este tipo de cuestiones se encuentran fuera del alcance de sus radares.

Una vez dicho esto, algunos académicos han abordado la relación entre constructivismo e historia, y en particular, la sociología histórica. Sin embargo,

⁵ KRASNER, Stephen D., *Sovereignty: Organized Hypocrisy*, Princeton University Press, Princeton, 1999.

⁶ Ver, en particular, BUZAN, Barry y LITTLE, Richard, *International Systems in World History*, Oxford University Press, 2000; KEAL, Paul, *European Conquest and the Rights of Indigenous People*, Cambridge University Press, 2003; KEENE, Edward, *Beyond the Anarchical Society*, Cambridge University Press, 2002; y SUZUKI, Shogo, "Japan's Socialization into a Janus-Faced International Society" en *European Journal of International Relations* 11, vol.1, 2005, ps.137-164.

⁷ TESCHKE, Benno, *The Myth of 1648: Class, Geopolitics, and the Making of Modern International Relations*, Ed.Verso, Londres, 2003, p. 31.

este trabajo se centra en el contenido sustantivo de la historia constructivista, de las cosas en la historia que los constructivistas consideran importantes y merecen ser estudiadas. Michael Barnett apunta que los constructivistas “han estado menos atentos a los asuntos historiográficos de lo que probablemente debieran”⁸. Pero, en vez de subsanar ese descuido, se concentra en los beneficios que los constructivistas pueden obtener al utilizar literatura histórico-sociológica sobre la formación del estado y la burocracia para ponerlo en relación con “las causas y consecuencias de la construcción de la organización internacional [*international-organisation-building*]”⁹. Mi propio ensayo sobre constructivismo y sociología histórica revela las mismas limitaciones. Critico a los sociólogos históricos racionalistas-materialistas por ignorar el papel de las ideas en la historia y articulo lo que llamo “una filosofía idealista de la historia”. Pero, al igual que Barnett, tengo muy poco que decir sobre cuestiones de historiografía. Argumento que una filosofía constructivista de la historia está regida por cuatro asunciones teóricas interrelacionadas: en la medida en que las estructuras sociales diseñan la acción humana individual y colectiva, las estructuras ideacionales son más importantes que las estructuras materiales; las identidades de los actores informan sobre sus intereses; las estructuras y los agentes están mutuamente constituidos; y mediante la comunicación (lingüística y ritual), las estructuras ideacionales condicionan a los actores y la acción y, a la inversa, los actores producen y reproducen estructuras¹⁰. Pero ésta es una filosofía de la historia que sólo funciona en el nivel ontológico, dejando de lado las jugosas cuestiones epistemológicas y metodológicas. Sin embargo, no es lo mismo decir que los constructivistas han fracasado en articular una filosofía de la historia que decir que carecen de dicha filosofía. Los constructivistas se comprometen con la historia de diversos modos y sus prácticas implican respuestas a las preguntas claves de la naturaleza de la historia y de cómo debe ser estudiada. El desafío es diferenciar entre el significado de lo que “hacen” y el de su “hacer”. Mi argumento principal es que la filosofía constructivista de la historia es “skinneriana” en esencia; esto es, en la forma en la que los constructivistas se comprometen con la historia resuenan con potencia los argumentos de Quentin Skinner sobre la historia como un dominio conocible de la experiencia humana, sobre el papel de las ideas a la hora de constituir esa experiencia y sobre los métodos apropiados para interpretar el papel constitutivo de las ideas. Sin embargo, su “skinnerianismo” está impregnado por una gran afición por los casos de estudios comparativos y la macro-historia, ambas significativas desviaciones respecto del *ethos* de la historia skinneriana.

2.1. Más allá de la historia singular

Los académicos de Relaciones Internacionales han tratado tradicionalmente la historia como un todo singular, un dominio objetivo de la experiencia humana pasada que revela un conjunto de verdades, a menudo formando un único relato solemne, sobre la naturaleza inherente de las relaciones entre estados. Esta tendencia es

⁸ BARNETT, Michael, “Historical Sociology and Constructivism ...”, *op. cit.*, p. 101.

⁹ *Ibidem*, p. 110.

¹⁰ REUS-SMIT, Christian, “The Idea of History and History with Ideas” en HOBDEN, Stephen y HOBSON, John M. (eds.), *Historical Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, 2002, ps.130-132.

más pronunciada entre los “grandes teóricos”, cuyo proyecto es la formulación de proposiciones generales sobre la vida internacional, basada en regularidades empíricamente verificables del comportamiento interestatal. El propósito de la gran teoría, adujo Morgenthau, era “reducir los hechos de la experiencia a la mera instancia específica de las proposiciones generales”¹¹. Esta proposición contiene tres ideas: que la historia internacional es un dominio fáctico limitado, distinto de otros dominios sociales; que este dominio limitado consiste en una selección objetiva de hechos que son susceptibles de “ser reducidos”; y que este proceso de reducción puede arrojar un conjunto coherente de proposiciones generales sobre las dinámicas esenciales de las relaciones internacionales. Los grandes teóricos de Relaciones Internacionales discrepan sobre cuáles son los límites de la historia internacional, cuál es la selección de hechos relevantes y qué tipo de proposiciones generales revelan tales hechos. Sin embargo, la lógica general es la misma: hay una historia internacional, que “nos dice”, “nos enseña”, “nos revela” ciertas verdades eternas sobre la política en un mundo de estados soberanos. Estas ideas están reflejadas en el ensayo de Stephen Haber, David Kennedy y Stephen Krasner sobre los puntos en común entre las Relaciones Internacionales y la Historia diplomática. Su afirmación principal es que los académicos en “estas dos disciplinas siguen siendo hermanos, a pesar de las diferencias”; es decir, ambos estudian las relaciones entre estados soberanos y ambos creen que “sus afirmaciones deben ser justificadas por evidencias objetivas”¹². No obstante, se lamentan de que la Historia diplomática se ha alejado de la disciplina amplia de la Historia, lo cual atribuyen al auge de la “historia social” y el desprecio por la evidencia empírica de los que la practican. La “disciplina histórica como un todo ha desconectado, de alguna manera, de su tradicional compromiso con la evidencia empírica y está haciendo hueco para rumiar argumentos en los que las lagunas encontradas se llenen con artificios interpretativos unas veces audaces y otras ridículos”¹³. No mucho más allá de este argumento encontramos los principales ingredientes de la noción de que la historia internacional constituye un todo singular. Para empezar, en primer lugar, Haber, Kennedy y Krasner son explícitos al tratar la historia internacional como un dominio limitado de hechos, separado de otros dominios sociales. Lo que los académicos de Relaciones Internacionales y los de Historia diplomática estudian es historia o relaciones “internacionales”, y esto puede ser distinguido de un dominio más amplio de la “historia social”, integrada por “hasta el momento, individuos y grupos que históricamente han carecido de voz y cuya característica común es su alejamiento del poder”¹⁴. En segundo lugar, Haber, Kennedy y Krasner sostienen que este ámbito diferenciado consiste en hechos objetivos que son conocibles para todos aquellos que hagan una investigación empírica rigurosa. Además, afirman que estos hechos revelan “verdades” sobre las relaciones internacionales: “La

¹¹ MORGENTHAU, Hans J., “The Nature and Limits of a Theory of International Relations” en FOX, William T. (ed.), *Theoretical Aspects of International Relations*, University of Notre Dame, 1959, p.20.

¹² HABER, Stephen H., KENNEDY, David M. y KRASNER, Stephen D., “Brothers under the Skin” en *International Security*, vol. 22, nº 1, 1997, p. 43.

¹³ *Ibidem*, p. 39.

¹⁴ *Ibid.*, p. 38.

verdad reside, en última instancia, en los hechos (aunque estuviesen imbuidos de teoría), no en el ojo del espectador”¹⁵.

Concepciones singulares de la historia como ésta van a contracorriente de la historia constructivista. Para los constructivistas, no hay “historia” internacional, sino “historias”. Al contrastar su historia de los cambios revolucionarios en el concepto y práctica de la soberanía con las historias realistas convencionales del ascenso y caída de los grandes poderes, Daniel Philpott escribe que “la relevancia de estas historias [realistas] es indiscutible. Pero las constituciones internacionales sugieren una historia internacional complementaria”¹⁶. Este compromiso con una pluralidad de historias es parcialmente epistemológico. Como veremos más abajo, los constructivistas se unen a Quentin Skinner y a las preferencias de E. H. Carr al insistir que es el historiador el que construye la historia y, por tanto, por definición hay tantas historias como historiadores haya. No obstante, es también ontológico. Los constructivistas no aceptan, ni pueden aceptar, que la historia internacional es un ámbito diferenciado de la experiencia humana pasada, una base esencial para las historias singulares. Los constructivistas no pueden desgajar la historia internacional de la historia social debido a que están interesados en cómo las relaciones internacionales son diseñadas por las ideas, las prácticas y las instituciones, las cuales impregnan y estructuran órdenes sociales más amplios. Un rasgo prominente de la escuela constructivista ha sido el interés por cómo los actores no estatales, tradicionalmente entendidos como sin poder en las relaciones internacionales, pueden diseñar las políticas de legitimidad para alterar la naturaleza y la conducta de los estados soberanos¹⁷. Esto les conecta directamente con los que Haber, Kennedy y Krasner catalogaban como “individuos y grupos que históricamente han carecido de voz”.

2.2. “Un hecho es como un saco”

La visión tradicional del oficio del historiador es la de un observador objetivo, que se sitúa fuera de la historia, identificando los hechos y extrayendo de ellos verdades sobre los eventos y las prácticas históricas. Hacer historia es encontrar los hechos y permitirles que nos digan la verdad. Sin embargo, no es demasiado radical ser escéptico sobre esto. En *¿Qué es la Historia?*, Carr rechazaba que hubiera una esfera de hechos históricos listos para decirnos la verdad a los académicos objetivos. Frente a la escuela de la historia de Otto Rank, que aconsejaba a los historiadores a simplemente “mostrarla como era”, Carr insistía que la “creencia en un núcleo duro de hechos históricos que existen de manera objetiva e independiente a la interpretación del historiador es una falacia ridícula”¹⁸. De entre la miríada de hechos que podrían posiblemente constituir la historia, es el historiador quien

¹⁵ *Ibid.*, p. 37.

¹⁶ PHILPOTT, Daniel, *Revolutions in Sovereignty: How Ideas Shaped Modern International Relations*, Princeton University Press, Princeton, 2001, p. 28.

¹⁷ KECK, Margaret y SIKKINK, Kathryn, *Activists beyond Borders*, Cornell University Press, Ithaca, 2000; y RISSE, Thomas, ROPP, Stephen C. y SIKKINK, Kathryn (eds.), *The Power of Human Rights*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

¹⁸ CARR, Edward H., *What Is History?*, Penguin Books, Londres, 1961, p. 12.

elige cuáles adquieren protagonismo, esto es, cuáles se convierten en hechos históricos. Para Carr, el estatus de algo como un “hecho histórico se convertirá en una cuestión de interpretación. Este elemento de interpretación tiene lugar en todo hecho histórico”¹⁹.

Un hecho, escribió, “es como un saco: no se mantendrá de pie hasta que pongas algo dentro de él”²⁰. Es llamativa la diferencia que hay entre esta posición y la avanzada por Haber, Kennedy y Krasner. Éstos sostenían que “las formas tradicionales de historia buscan plantear cuestiones, cuyas respuestas pudieran determinarse recurriendo a un conjunto de evidencias documentales que disminuyeran la incertidumbre, hasta llegar idealmente a eliminarla”. Así, el recurrir a los hechos reduce la interpretación al mínimo. Sin embargo, con la historia social “la presencia de la ambigüedad y el virtuosismo en el acto interpretativo están muy solicitados”²¹.

Skinner ofrece la articulación reciente más consistente de la visión de que los historiadores construyen la historia. En “*La práctica de la Historia y el culto al hecho*”, Skinner se enfrenta a Sir Geoffrey Elton, un destacado exponente de la visión de que “el método histórico no es más que un medio reconocido y probado de, partiendo de lo que el pasado ha dejado, extraer hechos y eventos ciertos del pasado”²². Elton aduce que los tipos de hechos que las verdades históricas arrojan son cosas como un informe financiero, o la transcripción de un juicio o un vestigio material del pasado como pueda ser una casa”²³. Su consejo para un historiador es permitir que dichos hechos hablen por sí mismos: “no debe preguntarse cuestiones específicas hasta que haya absorbido qué dice el hecho”²⁴. El sinsentido de esta posición es demasiado evidente, tal y como Skinner remarca. En el caso de la casa, se pregunta cómo vamos a sacar algún conocimiento de este hecho, o conjunto de hechos, sin que nuestra investigación esté guiada por unas cuestiones ni propósitos. Tomando como ejemplo el caso de Chatsworth House, Skinner escribe:

Un estudio exhaustivo de todos los datos de Chatsworth House sería literalmente infinito. Llevaría toda una vida para un aprendiz [de historiador] el acumular algo similar a una descripción total (independientemente de lo que esto quisiera decir) de la propia casa. (¿Cuántas ventanas tiene?, ¿cuántos cristales?, ¿cómo de grande es cada uno?, ¿cuánto pesan?, ¿de dónde vienen?, ¿cuánto costaron?) Hasta ahora, el aprendiz ni siquiera ha entrado a los archivos y registros para mirar detenidamente las entradas de los volúmenes

¹⁹ *Ibidem*, ps. 12-13.

²⁰ *Ibid.*, p. 11.

²¹ HABER, Stephen H., KENNEDY, David M. y KRASNER, Stephen D., “Brothers under ...”, *op. cit.*, ps. 39-40.

²² Citado en SKINNER, Quentin, “The Practice of History and the Cult of the Fact” en *Visions of Politics, Volume One: Regarding Method*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, p. 14.

²³ *Ibidem*, p. 13.

²⁴ Citado en *Ibid.*, p. 15.

manuscritos consagrados a las vidas de los propietarios de Chatsworth y el proceso de su construcción. (¿Cuántos volúmenes?, ¿cuántas páginas en cada volumen?, ¿cuántas palabras en cada página?, ¿qué tipo de tinta fue usada?).

Incluso, aunque la tarea se limitara a identificar sólo un número de hechos (no todos) y las verdades correspondientes sobre Chatsworth House, los problemas continuarían. ¿Qué hechos debería uno destacar? Y si uno eligiera una clase o categoría determinada de hechos, ¿cómo hacerlo de manera objetiva? “Supongamos, por ejemplo, que [el historiador] decide catalogar las obras de arte que se encuentran en Chatsworth. Quiere saber si debería incluir el mobiliario. Obviamente, la respuesta correcta es que debe incluir solamente aquellos elementos del mobiliario que sean obras de arte. Pero, ¿qué se requiere para que algo sea una obra de arte?”²⁵. Skinner concluye que la realidad es que son los historiadores los que dan vida y valor a los hechos de la historia: “Igual que el valor de la información de los hechos depende de lo que el historiador quiere comprender ..., así el intento de descubrir nuevos hechos necesita ser guiado por un sentido de lo que parece que merece la pena ser comprendido”²⁶.

La idea de que los historiadores construyen la historia subyace al núcleo del compromiso constructivista con la historia. En cada uno de los trabajos mencionados arriba, cada autor dice, a veces explícitamente y a veces implícitamente, que hay más en la historia que la típica letanía de hechos evocados por los realistas para extraer verdades particulares sobre las relaciones internacionales. En mi propio trabajo, temas como la práctica del arbitraje entre las ciudades-estados de la Antigua Grecia, largamente ignoradas por los académicos de Relaciones Internacionales son exploradas para situar las relaciones internacionales bajo una luz diferente²⁷. El reconocimiento de que la selección e interpretación, convencional o no, de los hechos no es un proceso objetivo es aun más importante que la práctica de leer la historia como un amplio fresco de la experiencia humana. Quizás el ejemplo más explícito de dicho reconocimiento es el que nos presenta Mlada Bukovansky. Al tratar de entender la relación entre legitimidad y políticas de poder en las revoluciones americana y francesa, la autora se centra en lo que denomina complementariedades “concomitantes” y “contingentes” en los sistemas culturales. La primera es una complementariedad entre ideas basadas en la lógica: invocar la idea A necesariamente significa invocar la idea B y, debido a su interconexión lógica, la idea B refuerza la idea A. La segunda es la complementariedad que sucede cuando una idea de otro sistema social es traída por los actores políticos a su propia órbita cultural para facilitar unas formas particulares de cambio social. Por tanto, los “hechos” de Bukovansky son la existencia o inexistencia de esas complementariedades en los sistemas sociales. Sin embargo, reconoce de buena gana que ella es un agente que construye activamente estas complementariedades:

²⁵ *Ibid.*, p. 19.

²⁶ *Ibid.*, p. 20.

²⁷ REUS-SMIT, Christian, *The Moral Purpose of the State*, Princeton University Press, Princeton, 1999.

No importa el ahínco con el que intente determinar cómo los actores estratégicos del momento estaban pensando sobre esas ideas, negar la existencia de complementariedades concomitantes conlleva admitir que el investigador es también un actor estratégico que está plenamente implicado en la construcción de complementariedades contingentes para su propio propósito y que su entendimiento no está condicionado por ninguna regla objetiva de la lógica²⁸.

Tal y como esta sección y la precedente han mostrado, la posición constructivista sobre la “conoscibilidad” de la historia no es sólo ontológica –la historia consiste en una infinita selección de hecho, los cuales pueden ser entrelazados entre sí en multitud de maneras-, sino que también es epistemológica –los hechos de la historia “dependen de la interpretación”: se convierten en hechos y cosechan cierto sentido sólo en virtud de las decisiones clasificatorias y las estrategias prioritarias del historiador. La cuestión clave es si la naturaleza interpretada de la historia significa que ésta es incognoscible o no. Una vez más, creo que la posición constructivista no es distinta de la de Skinner. Al rechazar la afirmación de Derrida de que la falibilidad de todas las interpretaciones significa que nunca podremos conocer lo que un actor quiere decir cuando habla o escribe algo, Skinner aduce que esto sólo se sostiene si la prueba de una interpretación plausible es cierta e infalible:

Si insistimos, como hace Derrida, en dicha ecuación entre establecer que algo es tal y ser capaces de demostrarlo “sin duda”, entonces la verdad es que se desprende que nunca podemos esperar establecer las intenciones con las que un texto puede haber sido escrito ni, por tanto, qué quería decir el autor. Pero igualmente, se desprende que nunca podremos establecer que la vida no es un sueño. No obstante, la moraleja de esto no es que no tengamos ninguna razón para pensar que la vida no es un sueño; sino que la moraleja es que el escéptico insiste sobre una explicación demasiado estricta de lo que significa tener razones para nuestras creencias²⁹.

Para los constructivistas, por tanto, el hecho de que la historia sea “dependiente de la interpretación” no quiere decir que sea incognoscible, sino que la prueba del conocimiento histórico debe ser la plausibilidad y no la infalibilidad.

2.3. La historia con ideas

Uno de los prismas a través de los que los constructivistas ven y construyen la historia es su particular ontología social de la política mundial. Como se dijo más arriba, éste es el único de los aspectos de su filosofía de la historia que ha recibido atención. Por “ontología social” hago referencia a las asunciones más básicas que un académico tiene sobre la naturaleza del universo social: ¿quiénes son los principales

²⁸ BUKOVANSKY, Mlada, *Legitimacy and Power Politics: The American and French Revolutions in International Political Culture*, Princeton University Press, Princeton, 2002, p. 57.

²⁹ SKINNER, Quentin, “Interpretation and the Understanding of Speech Acts” en *Visions of Politics, Volume One: Regarding Method*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, p. 122.

agentes sociales?, ¿cómo se constituyen como agentes y si esto importa?, ¿cuáles son las estructuras sociales más importantes?, ¿cómo se relacionan las estructuras y los agentes?, ¿cuál es la relación entre los fenómenos materiales e ideacionales?, ¿cómo es entendida la racionalidad y qué papel juega a la hora de moldear el comportamiento humano?, ¿es la esfera política distinta de la económica, la legal, la moral y la cultural? Diferentes académicos de Relaciones Internacionales aportan diferentes ontologías a sus lecturas de la historia: los realistas privilegian los estados constituidos exógenamente, las estructuras políticas materiales y los "intereses definidos en términos de poder"; los marxistas imaginan un mundo compuesto por conflicto y jerarquía que generan estructuras económicas, agentes constituidos por sus intereses de clase y la política como un epifenómeno de la economía; y los liberales ven el universo social como compuesto por individuos egoístas exógenamente construidos, las instituciones políticas como el producto de la negociación competitiva entre dichos individuos y la persecución racional de los intereses comunes que producen, en algunas circunstancias, resultados socialmente óptimos.

La ontología social constructivista integra cuatro ideas principales. La primera sostiene que, en la medida en que las estructuras moldean el comportamiento político, las estructuras ideacionales son políticamente más importantes que las materiales. Ciertamente, las estructuras materiales definen lo que Alexander Wendt llama "los límites externos de la factibilidad", constriñendo algunas formas de acción y posibilitando otras. Pero son las ideas, creencias y valores intersubjetivos los que hacen la mayor parte del trabajo más allá de esto. Esto se debe, por una parte, a que estos fenómenos constituyen las identidades sociales y los intereses de los agentes políticos y, por otra, a que es a través de ideas, creencias y valores que los actores dotan de sentido a las estructuras materiales. La segunda idea apunta que los intereses de los actores son construidos por sus identidades sociales. A diferencia de los racionalistas que ponen entre paréntesis la formación de intereses, los constructivistas señalan que entender cómo los actores han llegado a tener esos intereses forma parte de entender por qué se comportan del modo en que lo hacen. Pero, a diferencia de los marxistas que atribuyen los intereses de los actores al lugar que ocupan en relación en el modo de producción, los constructivistas ven los intereses de los actores como moldeados por sus identidades sociales, las cuales son constituidas a través del compromiso de los actores con las normas intersubjetivas de la sociedad. La tercera idea sostiene que los agentes y las estructuras se constituyen mutuamente: las estructuras sociales construyen las identidades y los intereses de los agentes, pero dichas estructuras sólo existen por las rutinarias prácticas conocibles de los agentes. El componente final de la ontología constructivista es la idea de que es a través de la comunicación (sobre todo lingüística, pero también ritual) como las estructuras ideacionales condicionan las identidades de los actores y sus intereses y, a la inversa, cómo los actores producen y reproducen las estructuras ideacionales. Los constructivistas enfatizan frecuentemente la importancia de las prácticas para mediar en la relación entre agentes y estructuras, y se privilegian especialmente las prácticas comunicativas.

Esta ontología está perfectamente clara en las explicaciones que ofrecen los constructivistas sobre diversos aspectos de la historia internacional. Quizás está más marcada en sus escritos sobre la naturaleza y evolución de la soberanía. Para los constructivistas, la identidad del estado moderno reposa en su soberanía. Su afirmación de autoridad política centralizada y territorialmente demarcada es lo que le hace inconfundible como institución política. No obstante, esta identidad soberana no se constituye internamente, sino que se construye por las prácticas y normas institucionales de la sociedad internacional. La soberanía es una institución, tal y como los constructivistas remarcan frecuentemente. Sin embargo, los significados aparejados a esta institución no son siempre los mismos. Lo que signifique la soberanía variará de un contexto histórico-cultural a otro: la soberanía en la Europa del absolutismo está estrechamente ligada a las ideas del reinado sacro, que le proveía de significados y consecuencias que desentonan con lo que se entiende actualmente³⁰.

En línea con la ontología constructivista, la identidad soberana del estado también determina un particular conjunto de intereses, siendo los más reseñables la no intervención, la autodeterminación y la igualdad legal. Pero los constructivistas insisten en que estos intereses son variables, que su significado varía en función de lo que mayoritariamente se entiende socialmente por soberanía: en la Europa absolutista el principio de no intervención podía verse comprometido si las grandes potencias deseaban aplastar las revoluciones liberales. Hoy podría verse comprometido para promoverlas. Recientemente, mucha historia constructivista se ha consagrado a explicar cómo la institución de la soberanía cambia a lo largo del tiempo, centrándose en la compleja interacción entre las acciones revolucionarias de los individuos y los contextos y estructuras sociales en los que actuaron. La explicación de Philpott de los cambios en la estructura constitucional de la sociedad internacional es un hito, al igual que el análisis de Bukovansky de las revoluciones americana y francesa, y el examen de Thomson de cómo los estados adquirieron el monopolio del uso legítimo de la violencia³¹.

2.4. Ideas como causas

El estudio de cómo las ideas moldean la política internacional es un rasgo característico de los constructivistas, y la exploración de esta relación estimula y da consistencia a sus escritos históricos. No obstante, hay más de una manera de estudiar las ideas y la historia. Un enfoque común en Relaciones Internacionales es estudiar la historia *de* las ideas, un enfoque que presenta distintas variantes. Para algunos, la tarea es simplemente explicar las ideas de los grandes filósofos políticos, como Maquiavelo, Grocio, Hobbes, Locke, Kant, etc., cuyos escritos abordan cuestiones sobre el estado y las relaciones internacionales. El objetivo de este proyecto esencialmente straussiano es, ante todo, la exégesis, normalmente con el propósito de entender el pedigrí de las ideas contemporáneas más destacadas. Sin

³⁰ REUS-SMIT, Christian, *Moral Purpose of the State ...*, *op. cit.*, capítulo 5.

³¹ *Ibidem*; PHILPOTT, Daniel, *Revolutions in Sovereignty ...*, *op. cit.*; y THOMSON, Janice, *Mercenaries, Pirates, and Sovereigns*, Princeton University Press, Princeton, 1996.

embargo, un enfoque más común examina las ideas de los pensadores históricos con la intención de dotarse de elementos críticos sobre los debates contemporáneos de relaciones internacionales. Un buen ejemplo de este enfoque es el reciente ensayo de Richard Devetak sobre Kant, Pufendorf y la intervención humanitaria³².

La preocupación de Devetak se centra en los debates contemporáneos sobre intervención humanitaria, entendiéndolos correctamente como dominados por las posiciones polarizadas del cosmopolitismo y del antic cosmopolitismo estatista. Su miedo es que la teoría crítica internacional, un proyecto cosmopolita en sus orígenes, está en peligro de ser “contaminado” por el imperialismo liberal, que sanciona la violencia supuestamente por razones humanitarias. Su respuesta es la vuelta a los escritos de Pufendorf, esto es, a un exponente de la visión de que “la autoridad civil de la soberanía estatal no se somete a ninguna autoridad superior”, y de Kant, famoso por su argumento de que “la moralidad dota de normas de mayor autoridad que la autoridad de un estado soberano”³³. El hecho de volver a estos textos tiene un gran número de virtudes: revela la gran complejidad de las posiciones cosmopolitas y antic cosmopolitas estatistas, que a veces se ensombrecen por interpretaciones contemporáneas simplistas, y además pone de manifiesto recursos intelectuales que pueden ser utilizados fructíferamente para crear una teoría crítica que pueda satisfactoriamente “distanciarse de la promoción acrítica de la intervención humanitaria tanto como ..., distanciarse de la aceptación acrítica del estado soberano”³⁴. Así pues, examinar la historia de las ideas es un medio para un mejor entendimiento de la manifestación contemporánea de las ideas, abriendo potencialidades críticas que estaban ocultas en los actuales debates políticos aparentemente intratables.

El enfoque constructivista hacia las ideas y la historia difiere claramente del que acabamos de reseñar. En vez de estudiar la historia *de* las ideas, los constructivistas exploran las ideas *en* la historia. En lugar de estudiar las ideas históricas por la luz que puedan arrojar en los debates contemporáneos, los constructivistas las estudian por el impacto que tuvieron en la política de su tiempo. Los constructivistas están interesados en las ideas como causas históricas. No quiero decir con esto que los constructivistas piensen que las ideas causan los resultados históricos de la misma manera que una variable diferenciada condiciona a otra; sino me refiero a que los constructivistas están interesados en las ideas como fuerzas constitutivas en la historia, fuerzas que dan sentido a los procesos históricos, fuerzas que garantizan, justifican y autorizan ciertas formas de acción³⁵.

³² DEVETAK, Richard, “Between Kant and Pufendorf: Humanitarian Intervention, Statist Anti-Cosmopolitanism and Critical International Theory” en *Review of International Studies*, vol. 33, número especial, 2007, ps. 151-174.

³³ *Ibidem*, p. 151-2.

³⁴ *Ibid.*, p. 153.

³⁵ Al igual que otros constructivistas, utilizo el término causalidad en sentido amplio para incluir las relaciones de constitución social. Para una excelente explicación de las numerosas nociones de causalidad, ver KURKI, Milja, *Causation in International Relations: Reclaiming Causal Analysis*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008.

Es, en este punto, donde el enfoque constructivista de la historia es más cercano al de Skinner. Muchos historiadores de las ideas se centran sólo en recuperar el significado de los textos. Pero Skinner, siguiendo a Austin, Searle y a otros, argumenta que entender un texto implica más que bucear en el significado de las palabras; en verdad, implica bucear en lo que el autor estaba haciendo al usar esas palabras. Skinner insiste que es un innegable “hecho del lenguaje que cualquier persona que emita una aseveración sería estar siempre haciendo algo al mismo tiempo que diciendo algo, y que estará haciéndolo en virtud lo que dice”³⁶. Utiliza el ejemplo de un policía avisando a un patinador en un estanque apenas congelado: “El hielo allí es muy fino”. El significado de las palabras en sí es claro: el hielo allí es muy fino. Pero esto sólo nos da un entendimiento parcial de lo que ha sido dicho. Para un entendimiento completo necesitamos saber lo que el policía estaba haciendo al proferir esas palabras: ¿estaba haciendo una simple observación empírica, lanzándole una advertencia o animando a que patinara de forma temeraria? Sólo si entendemos las intenciones del policía podemos bucear en la fuerza no pronunciada [*illocutionary*] de sus palabras. El significado no pronunciado de un texto o discurso debe ser distinguido de su fuerza no pronunciada (que se deriva de las intenciones del autor) y para un entendimiento completo se requiere abordar ambos. Aunque Skinner es claro en que antes de que comprendamos lo que alguien pretendía al escribir o decir algo, debemos ver sus palabras como actos de comunicación, colocadas en el marco de prácticas sociales de argumentar más amplias: las aseveraciones “nunca pueden ser vistas simplemente como una serie de proposiciones, sino que deben ser siempre vistas al mismo tiempo como argumentos”³⁷. Esto lleva a Skinner al corazón de su alegato metodológico:

Mi punto de vista, en esencia, es que deberíamos empezar por dilucidar el significado, y de ahí el contenido, de las aseveraciones en las que estamos interesados y después abordar el contexto argumentativo en el que sucede para determinar de qué forma están exactamente conectadas o relacionadas con otras aseveraciones que tienen que ver con el mismo contenido. Si logramos identificar este contexto con suficiente precisión, podemos finalmente esperar desentrañar qué era lo que el orador o el escritor en quien estábamos interesados estaba haciendo al decir lo que dijo³⁸.

Para Skinner, leer textos o discursos de esta manera no es sólo una forma más completa de interpretarlos, sino que es esencial para entender los contornos de la acción política. Al igual que para otros estudiosos de la política, para Skinner, “cualquier curso de acción será inhibido hasta el punto de que no pueda ser legitimado”³⁹. La manera en que el lenguaje sea usado por los actores políticos y cómo esto posibilita o constriñe la acción es un aspecto central para

³⁶ SKINNER, Quentin, “Interpretation and the Understanding of Speech Acts ...”, *op. cit.*, p. 106.

³⁷ *Ibidem*, p. 115.

³⁸ *Ibid.*, p. 116.

³⁹ SKINNER, Quentin, “Moral Principles and Social Change” en *Visions of Politics ...*, *op. cit.*, p. 156.

dicha legitimación. Para ilustrar cómo funciona esto, Skinner utiliza el ejemplo de un actor que tiene motivos socialmente reprobables y quiere hacer algo que es probable que sea visto como cuestionable pero, sin embargo, necesita persuadir a otros actores de que lo que quiere hacer es legítimo. Skinner se centra en cómo los actores emplean retóricamente términos “valorativo-descriptivos” para justificar sus acciones, términos que describen la acción y, simultáneamente, la elogian o la condenan. Lo primero a reseñar es que el actor del caso de Skinner debe trabajar con “los términos favorables existentes”: “Todos los revolucionarios están, en este sentido, obligados a volver atrás y dar batalla”⁴⁰.

No obstante, una parte del arte de la retórica es la manipulación de los significados asociados a esos términos y Skinner detalla un gran número de las más prominentes estrategias utilizadas por los actores. Aunque lo que es crucial, y a menudo olvidan los que rechazan la retórica como políticamente inconsecuente, es que el significado de los términos valorativo-descriptivos no es infinitamente elástico: las prácticas de legitimación de los actores están constreñidas por “la moralidad dominante en sus sociedades”⁴¹. Además, el lenguaje que usan los actores para justificar sus acciones limita lo que pueden hacer: “incluso aunque no estuvieran motivados por ningún principio, se encontrarían obligados a comportarse de tal manera que sus acciones *siguieran siendo compatibles* con la afirmación de que lo que de verdad las motivan son los principios que aseguran profesar”⁴². La invocación satisfactoria de unos principios puede permitir ciertas formas de comportamiento, pero simultáneamente arma a potenciales críticos.

Es ésta la manera como las ideas están implicadas en las políticas de legitimidad que reposan en el corazón del enfoque constructivista de las ideas en la historia. Dos ejemplos ilustran esto: en *Purpose of Intervention*, Finnemore, a través de un proyecto que la remonta cuatro siglos atrás, propone explicar cómo y por qué las creencias sobre el legítimo uso de la fuerza han cambiado a lo largo del tiempo. Su tesis central es que “las creencias sobre los propósitos legítimos de intervención *constituyen* ciertas posibilidades de comportamiento y, en ese sentido, las *causan*”⁴³. La explicación de Finnemore de cómo los actores diseminan las ideas para legitimar las intervenciones nos remite a la que nos describía Skinner. La autora aduce que “cuando los estados justifican sus intervenciones, recurren a y articulan expectativas y valores compartidos que sean sostenidos por otros tomadores de decisiones y por otras opiniones públicas en otros estados. La justificación es, literalmente, un intento de conectar la acción de uno con los estándares de justicia, o quizás de forma más genérica, con los estándares de comportamiento apropiado y aceptable”⁴⁴. El proyecto de Heather Rae es explicar por qué el genocidio, la limpieza étnica y las expulsiones forzosas, prácticas que ella atribuye al proceso de

⁴⁰ *Ibidem*, ps. 140-50.

⁴¹ *Ibid.*, p. 156.

⁴² *Ibid.*, p. 154; énfasis en el original.

⁴³ FINNEMORE, Martha, *The Purpose of Intervention: Changing Beliefs about the Use of Force*, Cornell University Press, Ithaca, 2003, p. 15; énfasis en el original.

⁴⁴ *Ibidem*.

construcción estatal, han sido rasgos tan recurrentes de la historia internacional. Para reafirmar su poder y su autoridad, las élites políticas se han autoproclamado como los campeones de las comunidades homogéneas religiosas o nacionales, una estrategia que, normalmente, ha conllevado definir a los que son diferentes como “otros” y a expulsarlos del cuerpo político⁴⁵. Una vez más remitiéndonos a Skinner, Rae argumenta que “los constructores del estado no pueden sino recurrir a los recursos culturales dominantes que estén disponibles para ellos mientras tratan de construir una identidad colectiva unificada, y al hacer esto, delimitan los límites del estado soberano como los límites de la comunidad moral... Al aprovecharse de los recursos culturales disponibles, los constructores del estado contribuyen a cambiar el propio marco al que recurren”⁴⁶.

2.5. Grandes estructuras, procesos largos, enormes comparaciones⁴⁷

En la historiografía de Skinner encontramos articulados los principales elementos del enfoque constructivista de la historia. Pero hay una diferencia crucial entre ambos. Para Skinner el requerimiento de que las ideas deben ser estudiadas en contexto prioriza la investigación histórica nítidamente localizada, en la que los límites culturales y políticos de una época son extraídos del entendimiento profundo de los textos y de los ámbitos culturales y lingüísticos en los que sus autores los redactaron. El extraordinario estudio de Skinner sobre los frescos de Ambroglio Lorenzetti que celebran las virtudes civiles y políticas de Siena son el ejemplo paradigmático⁴⁸. Por el contrario, los constructivistas hacen “gran historia”; esto es, buscan entender “el cambio en el uso de la fuerza”, “la repetición de prácticas genocidas”, “la evolución de la institución de la soberanía”, “la genealogía de las normas de control de armas”, etc.; y su enfoque preferido es una mezcla de macrohistoria y de análisis comparativo de casos de estudio.

Es importante señalar aquí que los constructivistas se adhieren a la “gran historia” no para demostrar la uniformidad de la historia internacional, como ha sido demasiado habitual entre los académicos de Relaciones Internacionales, sino para mostrar la variación: la variación en el entendimiento de la soberanía, la variación en las ideas del uso legítimo de la fuerza, la variación de las concepciones de la legítima estatalidad. En todas las historias, la diferencia y la particularidad cultural e histórica importan. A pesar de haber dicho esto en la búsqueda de respuesta a las grandes preguntas sobre los orígenes y cambios en los límites de los órdenes sociales internacionales y habiéndolo hecho con referencia a prácticas e ideas vinculadas al contexto, los constructivistas se mueven entre la visión a vista de pájaro de la macrohistoria y los análisis de casos específicos de las políticas de legitimidad. Pero en este juego, la estricta lealtad a las premisas de Skinner

⁴⁵ RAE, Heather, *State Identities and the Homogenisation of People*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, p. 11.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 3.

⁴⁷ Para este epígrafe tomo prestado el título del libro de Charles TILLY, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Russell Sage Foundation, Nueva York, 1984.

⁴⁸ SKINNER, Quentin, “Ambroglio Lorenzetti: The Artist as Political Philosopher” en *Proceedings of the British Academy*, 72, 1986, ps. 1-56.

se ven comprometidas: la historia constructivista explora frecuentemente varias ideas en varios contextos históricos, obteniendo respuestas para un conjunto de preguntas de gran envergadura al mismo tiempo que sacrificando el tipo de análisis pormenorizado de los casos individuales que Skinner sí reconocía.

3. Leyendo el caso español

Antes de terminar, me gustaría ilustrar brevemente cómo los constructivistas leen la historia con un caso particularmente clarividente, el de la crisis constitucional que acaeció en el Imperio español después de 1808, una crisis catalizadora del colapso del imperio. En mayo de 1808, Napoleón se hizo con el poder de la corona española, forzando a abdicar a Carlos IV y a su hijo Fernando VII e instalando a su hermano José I en su lugar. La reacción a lo largo del imperio fue rápida y hostil, proliferando juntas insurgentes en la península y en las Américas. La insurgencia americana se convirtió con el tiempo en una serie de movimientos revolucionarios de independencia que, llegado el momento, engendraron diecisiete nuevos estados soberanos. A finales de los años 1820 el sistema internacional se había transformado radicalmente: había sumado a una nueva región americana y ahora estaba integrado tanto por repúblicas como por monarquías.

Sin embargo, nada de esto fue una consecuencia inevitable de la invasión napoleónica: los españoles de América podían haber reaccionado de muchas maneras distintas. A finales del siglo XVIII, las revueltas habían estallado frente a las reformas borbónicas para un mejor gobierno imperial, reformas que entre otras cosas habían “descriollizado” la burocracia colonial. Pero el grito de guerra de aquellas revueltas era “Larga vida al rey y muerte al mal gobierno”; así pues, la monarquía y el imperio no estaban en entredicho. ¿Por qué entonces la invasión napoleónica fue el catalizador de la independencia americana? Una amplia respuesta constructivista a esta cuestión está más allá del ámbito de este artículo. Sin embargo, sus elementos principales incluirían los siguientes. Los españoles, a lo largo y ancho del imperio, interpretaron la invasión a través de las lentes de las tradicionales teorías españolas de la soberanía, teorías que sostenían que la soberanía del monarca provenía de Dios, pero no directamente: Dios aseguraba la soberanía al pueblo, quien por necesidad se la investía entonces al monarca. Esto significaba que, en ausencia de un legítimo monarca, la soberanía volvía al pueblo. Pero, con posterioridad a la invasión, esto puso sobre el tapete dos cuestiones: ¿Quién era el pueblo, o pueblos, en el imperio y cómo deberían ser representados en un nuevo orden político? Aquí es donde aparecieron las fracturas en el imperio. Los españoles peninsulares sostenían que el imperio englobaba a un solo pueblo, una visión que alentaba la reafirmación de una autoridad central. Por el contrario, los americanos alegaban que eran pueblos distintos y apelaban a la bula papal de 1493, una bula que entregaba las Américas a las coronas de Castilla y León, no al Estado español. Por tanto, en ausencia de un legítimo monarca español, la península no tenía una autoridad natural sobre las Américas. No obstante, los americanos se dividieron entre reformadores y revolucionarios. Los primeros querían seguir perteneciendo al imperio obteniendo una representación igualitaria en cualquier nueva institución política, mientras que los segundos pedían la

inmediata independencia.

El punto de inflexión determinante fueron las negociaciones para la Constitución de Cádiz de 1812. Este documento, delineado por las insurgentes "*Cortes Generales*", fue la primera constitución española postabsolutista y una de las más liberales ya promulgadas en Europa. El asunto determinante en las negociaciones fue cómo el "pueblo" del imperio iba a ser representado⁴⁹. Las *Cortes* estaban dominadas por los liberales, todos ellos (peninsulares y españoles americanos) creían que eran los individuos los que necesitaban representación política, no los estados feudales. Sin embargo, en lo que no pudieron ponerse de acuerdo fue en quiénes de entre los pueblos del imperio constituían individuos, esto es, adultos racionales merecedores de representación política. Los americanos insistieron en que los criollos, los indios y los esclavos liberados eran todos individuos en sí, pero sus homólogos peninsulares intentaron primero excluir a los indios y a los esclavos liberados, pero acabaron estableciendo una distinción para estos últimos dado que los indios tenían derechos promulgados en constituciones preexistentes en el imperio⁵⁰. El debate sobre este asunto fue tenso y complejo, pero el resultado fue la victoria de los peninsulares. Los americanos, dado que estaban infra-representados en las *Cortes*, perdieron en todas las decisiones cruciales.

La consiguiente Constitución de 1812 incluyó a los indios y a los esclavos libres como "españoles" (artículo 5), pero les negaba la posterior ciudadanía salvo que pudieran demostrar como individuos "servicios meritorios a la madre patria" (artículo 18). Para empeorar las cosas, los esclavos liberados estaban también excluidos del recuento electoral que determinaría el aporte de representantes (artículo 29). El efecto real de este proceso fue la radicalización de la opinión americana; la estrategia de la representación a través de reformas daba paso a otra de representación por la vía de la revolución. Cuando Fernando VII volvió al trono de España en 1814, abolió las *Cortes*, derogó la Constitución, reinstaló la regla absolutista y arengó salvajes guerras contra-revolucionarias en las Américas⁵¹. Aunque al principio se revirtieron algunas de las secesiones, en el fondo esto sólo acentuó el sentimiento de independencia. En el lapso de seis años la corriente se había vuelto contra las fuerzas españolas en las Américas y la "revolución española" en la península había forzado a Fernando VII a reinstaurar las *Cortes* y la constitución de 1812, dejando a España sin capacidad militar ni el celo absolutista para retener las Américas mediante la coerción.

Esta esquemática respuesta constructivista a la cuestión de por qué la invasión napoleónica sirvió de catalizador para la independencia de la América española incluye todos y cada uno de los sellos distintivos del enfoque

⁴⁹ GUERRA, Francois-Xavier, "The Spanish American Tradition of Representation and Its European Roots" en *Journal of Latin American Studies*, vol. 26, nº 1, 1994, ps. 1-35.

⁵⁰ KING, James F., "The Colored Castes and American Representation in the Cortes of Cadiz" en *Hispanic American Historical Review*, vol. 33, nº 1, 1953, ps. 33-64.

⁵¹ *The Political Constitution of the Spanish Monarchy: Promulgated in Cadiz, the Nineteenth Day of March 1812*, www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12159396448091522976624/p0000001.htm#I_1_. (Último acceso el 15 de julio de 2008).

constructivista de la historia. Responde a la gran pregunta sobre el desarrollo del orden social internacional; explora las prácticas y procesos sociales y políticos "debajo" del nivel del "sistema internacional" para entender su evolución; enfatiza el modo en que las ideas delimitan la acción política en el sentido no simplista de que constituyen identidades sociales y de que permiten una forma de acción política en detrimento de otra; y muestra cómo, en momentos de cambios sociales y políticos, las viejas y las nuevas ideas se entrelazan en complejos procesos de justificación y argumentación. En estos sentidos, el enfoque constructivista contrasta con otras formas de leer la historia internacional. Por un lado, difiere de las tradicionales explicaciones realistas-materialistas de la historia internacional que cuentan historias como la del colapso del Imperio español con referencia a las dinámicas sistémicas de la competición entre las grandes potencias, obviando totalmente los fenómenos en el nivel de las unidades, tales como los debates sobre la representación en las convenciones constituyentes. Por otro lado, su tratamiento de las ideas en la historia difiere notablemente de los enfoques de historia de las ideas.

En estos enfoques, los escritos de Vitoria y Suárez son importantes en tanto que textos filosóficos, como reflexiones sobre lo "internacional". Pero los constructivistas están interesados en cómo estos textos y reflexiones influyeron históricamente en moldear la política, en este caso, mucho después de que los autores lo enunciaran por primera vez. Además, los constructivistas están interesados en cómo, en periodos de cambios, ideas diferentes con historias diferentes pueden llegar a fundirse gracias a argumentaciones para hacer posibles nuevas modalidades de política. En el caso que nos ocupa sería el entrelazamiento de la tradicional teoría española de soberanía con las modernas nociones liberales de representación política.

4. Conclusión

Hubo un tiempo en que era axiomático que el estudio de las ideas, creencias y normas sociales requería de una metodología "interpretativa" particular, una que habilitara a los académicos a entender los significados que los actores atribuían a un fenómeno y los modos en los que constituían a los agentes y la acción a través de la justificación y la argumentación⁵². Sin embargo, hoy en día es un lugar común para los constructivistas negar que su foco ontológico en las ideas, creencias y normas necesite de una metodología específica: se dice que los constructivistas son "convencionalistas metodológicos". No obstante, tal afirmación es refutada por la forma en que los constructivistas "hacen" historia. Es cierto que los constructivistas utilizan a menudo casos de estudio comparados para estructurar sus historias y sus razones para hacerlo son, en última instancia, convencionales.

Pero cuando uno investiga lo que están haciendo con cada uno de sus casos,

⁵² BULL, Hedley, "International Theory: The Case for a Classical Approach" en KNORR, Klaus y ROSENAU, James (eds.), *Contending Approaches to International Relations*, Princeton University Press, Princeton, 1969, ps. 20-38; y KRATOCHWIL, Friedrich y RUGGIE, John Gerard, "International Organization: A State of the Art on the Art of the State" en *International Organization*, vol. 40, n° 4, 1986, ps. 753-75.

uno descubre un particular enfoque “skinneriano” para entender el papel de las ideas en la historia, un enfoque (arriba detallado) que rechaza que una sola historia de las relaciones internacionales sea posible, que admite el papel del académico en la construcción de la historia, y que reconoce que el explicar cómo las ideas constituyen a los agentes y a la acción requiere que los situemos dentro de sus contextos culturales e históricos de argumentación y de justificación específicos. Si observamos lo que hacen los constructivistas, ningún otro método será suficiente para entender cómo las ideas condicionan la historia y, mucho menos, los métodos históricos convencionales desplegados en Relaciones Internacionales.

*Traducido por **Sergio CABALLERO**, Doctor en Ciencia Política y Relaciones Internacionales por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM).

LA INTERNACIONALIDAD CONTEMPORÁNEA A LA LUZ DE LA HISTORIA GLOBAL

HUGO FAZIO VENGOA*

RESUMEN:

A partir de una reflexión que invita a la historización del presente, procedimiento que permite descubrir algunas de las claves fundamentales de la contemporaneidad, el autor del artículo apela a los avances de la historiografía contemporánea para proponer una nueva forma de abordar el estudio de lo internacional en los inicios de este nuevo siglo. Con base en lo anterior, el artículo concluye con una reflexión sobre la historia global, novedosa perspectiva historiográfica que permite refrescar los estudios internacionales en nuestro presente.

PALABRAS CLAVE:

Historia global, globalización, presente histórico, relaciones internacionales.

TITLE:

Contemporary intentionality in the light of World History.

ABSTRACT:

The papers refers to the advances of the current historiography in order to suggest a new road to study the international topics at the beginning of this new century. Indeed, based in an analysis of the present historization, the author points out the existence of some key elements to study current times. In this way, the main conclusion of the paper is about the importance of global history, an original historiographical perspective to study the international affairs in our present.

KEYWORDS:

Global history, globalization, historical present, international relations.

*Hugo FAZIO VENGOA es historiador y Doctor en Ciencia Política de la Universidad Católica de Lovaina. Profesor Titular y Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, Colombia. hfazio@uniandes.edu.co

Es conocida la fascinación de los historiadores por la conmemoración. Es habitual que, en momentos en que se celebra el aniversario de algún acontecimiento importante, los historiadores aprovechen la oportunidad y ofrezcan interpretaciones sobre el fenómeno que es objeto de evocación. Ello obedece a que en esas coyunturas crece la demanda de conocimiento histórico, además de que constituye una oportunidad ideal para que los historiadores rompan con su relativo ostracismo e interactúen de manera más fluida con la opinión pública. Así ocurrió en 1989, cuando se celebraron con gran pompa los doscientos años de la Revolución Francesa, y en 1992, con los 500 años del “descubrimiento” de América y en 2010, con los dos siglos de vida republicana en la mayor parte de América Latina.

Pero no sólo los acontecimientos convocan. Una situación parecida se presenta cuando un período se acerca a su final. En cercanías al año 2000, numerosos científicos sociales se dieron a la tarea de ofrecer visiones de conjunto sobre el sentido del siglo que se acercaba a su fin. Sin embargo, la mayor parte de los trabajos de síntesis sobre el siglo XX comportaron una extraordinaria particularidad: resultaba que el final de siglo había quedado signado por un “macro acontecimiento”, la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989, circunstancia que imprimió un sentido explicativo muy particular a la mayoría de estas síntesis.

Como buena parte de la centuria se había estructurado en torno a la competencia entre dos sistemas socioeconómicos y políticos —el capitalismo y el comunismo—, cuando sobrevino el derrumbe del segundo, cuya encarnación más elocuente tuvo lugar en ese trascendental año 1989, y creció exponencialmente la demanda de conocimiento sobre los factores que habían conducido a dicha situación, fue bastante usual que los estudiosos organizaran sus trabajos a partir del epílogo, a través de una mirada retrospectiva sobre el conjunto del período, y que sirviera, además, para explicar el respectivo desenlace. Eric Hobsbawm, quien escribió una de las más importantes historias del siglo XX, expresó claramente esta disposición, cuando escribió: “En una palabra, la historia del siglo XX escrita en el decenio de 1990” tuvo “que ser cualitativamente distinta” a la que se “hubiera escrito antes [...] En el plano de uno o dos años se hizo claramente necesario replantear [...] el siglo XX”¹.

Como sostuve hace algunos años², esta situación le imprimió un sello muy particular a la mayor parte de estas síntesis históricas: fue tal la importancia asignada al acontecimiento que sellaba el final del respectivo período, que toda la centuria pareció quedar contenida en su simbología; fue así cómo el acontecimiento se convirtió en un evento con capacidad de prescribir un determinado inicio y un correspondiente desarrollo de aquello que, en la contemporaneidad de finales de siglo, irremediamente concluía. No fue extraño que, en los noventa, se popularizara la tesis de que el siglo había sido corto o breve, con un inicio tardío

¹ HOBSBAWM, Eric, *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, p. 237.

² FAZIO VENGOA, Hugo, *La historia y el presente en el espejo de la globalización*, Uniandes-CESO, Bogotá, 2008.

(1914 o 1917) y un temprano y abrupto final (1989).

He querido iniciar este escrito con esta recordación porque esta situación dejó gravitando un problema que, a la fecha, se mantiene abierto: si un período se cerraba, si un pasado se clausuraba, la historia dejaba a la deriva la valoración del después de 1989, o sea, aquel nuevo ciclo que se inauguraba, es decir, dejaba en suspenso la comprensión de la actualidad más inmediata. El post 1989, de esta manera, quedaba encerrado dentro de un paréntesis, incomunicada con el antes, en el cual no podía reconocerse, y divorciada del porvenir, por que carecía de extensión. Lo único que en esos años se sabía a ciencia cierta era que una era de la historia había llegado a su fin, con lo cual el presente quedaba destronado de la explicación histórica.

Esta deshistorización del presente constituye uno de los factores que más ayuda a entender la dificultad que se ha experimentado en los inicios del siglo XXI, cuando se ha querido brindar una visión panorámica de las principales coordenadas del mundo actual. Como resultado del desconcierto que este incomprendido presente ha suscitado entre los estudiosos, no ha sido extraño toparse con trabajos, en los cuales el mundo contemporáneo es definido como un caótico y desordenado "ordenamiento"³, o como un mundo carente de sentido⁴. En suma, como concluyera Eric Hobsbawm, "el siglo finalizó con un desorden global de naturaleza poco clara, y sin ningún mecanismo para poner fin al desorden o mantenerlo controlado"⁵.

El problema, empero, no radica en el desorden o en la anomia que experimenta el mundo; más bien, el asunto consiste en que las ciencias sociales y, en particular, la historia, no han dilucidado las claves que permitan dar cuenta de la naturaleza de nuestro presente, no han podido esclarecer la historicidad que reviste nuestra contemporaneidad, el sentido que comporta, así como las principales coordenadas en las cuales se forja nuestra existencia.

En efecto, no se requiere de grandes esfuerzos para encontrar memorias del tiempo presente, pero difícil es hallar historias encaminadas a dilucidar esta contemporaneidad. Seguramente, el paso del tiempo terminará por subsumir las memorias dentro de la historia, sin embargo, la necesidad de acometer esta historización del presente y de las memorias constituye un ejercicio legítimo y necesario para conferirle a este mismo presente una densidad, de la cual todavía se encuentra privado. Por ello, en este trabajo me propongo brindar algunas indicaciones que permitan comprender el presente desde un punto de vista histórico, lo que implica reintegrar el presente dentro de las preocupaciones historiográficas, al tiempo que, puntualizar el sentido que entraña la contemporaneidad.

³ TODOROV, Tzvetan, *El nuevo desorden mundial*, Paidós, Barcelona, 2003.

⁴ LAÏDI, Zaki, *Un mundo sin sentido*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

⁵ HOBBSAWM, Eric, *Historia del Siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1997, p. 555.

La contemporaneidad como presente histórico

Es bien sabido que en la historia, la periodización constituye una práctica compleja. Periodizar no consiste sencillamente en inscribir un lapso temporal dentro de unos determinados marcos cronológicos o entre un par de acontecimientos. No. Periodizar representa una valiosa herramienta heurística que, de un solo golpe, debe permitir capturar lo medular de un fenómeno, ya que tiene que reflejar las fuerzas estructurantes del asunto bajo observación. Si bien la periodización se expresa cronológicamente, lo que en realidad indica es una cadencia de tiempos históricos. Periodizar puede ser un asunto relativamente sencillo cuando se trabaja sobre períodos antiguos, pero otra es la situación cuando la pregunta que se formula es: ¿cómo se periodiza el presente? La complejidad puede ser mayor si se tiene en cuenta que este procedimiento consiste en inscribir las distintas fases y temporalidades, así como la totalidad de acontecimientos que sus fronteras cronológicas recubre, dentro de una cierta duración, la cual debe conferirle un sentido a todos ellos.

Para avanzar en la respuesta a este asunto, quiero recordar de entrada que, hace más de cuatro décadas, el historiador británico Geoffrey Barraclough, en un libro atrevido para los cánones académicos de la Europa de aquellos años, porque ponía en duda los ejes básicos de aquello que se entendía por historia mundial, argumentaba que el presente (al cual, él denominaba la historia contemporánea) emerge cuando los procesos que caracterizan el momento en el que se encuentra el observador, o sea, la actualidad más inmediata, asumen por primera vez una fisonomía más o menos clara⁶.

De la tesis sugerida por Barraclough se pueden realizar varias inferencias: primero, que el presente comporta una duración y no representa un intervalo de tiempo breve, condenado a ser devorado por el pasado. Segundo, que la densidad y la extensión temporal del presente se desprende de aquellas dinámicas que singularizan la coyuntura histórica en la que se encuentra situado el observador. Tercero, el presente no es coextensivo al de la vigencia de una generación, tal como usualmente ha sido entendida la historia del presente⁷, sino que se proyecta por el intervalo de tiempo que cubre un período desde el momento en que cobran forma aquellos problemas o dinámicas que son propios, inherentes y particulares de una determinada contemporaneidad con ella misma. Cuarto, el presente es duración, pero no constituye un lapso de tiempo determinado, rígido, convencional, como podrían ser los últimos cincuenta años, sino que su composición es variable y será cambiante en la medida que se vaya modificando la naturaleza de la actualidad más inmediata. Todo lo anterior me ha llevado a concluir que el presente dispone de una extensión de tiempo y que puede representarse como un presente histórico.

Para hacer inteligible la especificidad de este presente, se debe seguir el siguiente procedimiento: la explicación de la contemporaneidad arranca con el

⁶ BARRACLOUGH, Geoffrey, *Guida alla storia contemporanea*, Laterza, Bari, 2005.

⁷ ARÓSTEGUI, Julio, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Alianza, Madrid, 2004.

discernimiento de las regularidades de la coyuntura más actual. Enseguida, se realiza un reconocimiento retrospectivo de estas dinámicas hasta llegar a su fuente original (un futuro pasado) y, a partir de esas constataciones, se reconstruye la proyección temporal de estos procesos (un pasado futuro) hasta volver a la coyuntura en la que se encuentra situado el observador. Es decir, el presente histórico reconoce relaciones dinámicas entre aquellos procesos que la actualidad distingue como propios con unos orígenes, con un “ayer” germinal, que, con sus fulgores, catalizan la configuración de la contemporaneidad.

Valga señalar que el historiador Jean-François Sirinelli ha avanzado en la misma dirección que hemos venido sugiriendo, aun cuando su análisis se articula en torno a otro tipo de presupuestos. En un interesante artículo, Sirinelli sostenía que la trama del tiempo presente se diseña ejerciendo una actividad heurística sobre un segmento cronológico en continua extensión. Al igual que un campesino holandés, que arrebató terreno pantanoso al mar para una vez desecado dedicarlo al cultivo, el historiador debe *polderizar* las décadas recientes, las cuales el tiempo libera como tantas playas temporales nuevas para invertir. La historia del tiempo presente representa, de esta manera, la afirmación de un principio —la historia cercana no escapa al perímetro de investigación de la disciplina histórica—, y que este presente se ubica en una escala móvil de tiempo⁸.

Una vez que hemos llegado a este punto, podemos plantearnos un par de interrogantes: ¿cuándo surgió el presente histórico? y ¿en qué elementos se fundamenta?

El presente histórico y sus determinantes

En aras de la brevedad, la primera pregunta la responderé de manera escueta: el presente que nos ha correspondido vivir representa un intervalo de tiempo que se ha extendido a lo largo de las últimas cuatro décadas. Sus orígenes se remontan a finales de la década de los sesenta —simbolizado en el “año-acontecimiento” de 1968— y se prolonga hasta el momento más actual⁹. Para los propósitos de este trabajo, más importante resulta explicar el problema principal que plantea el segundo interrogante, es decir, la determinación de los elementos que validan la existencia del presente histórico y le confieren coherencia e identidad de tiempo. A nuestro modo de ver, este intervalo de tiempo conforma un período porque se conforma a partir de un conjunto de grandes procesos, los cuales, en su conjunto, han transformado la fisonomía del mundo contemporáneo.

El primero de estos elementos consiste en que durante estas décadas se ha asistido a una excepcional fase de globalización¹⁰, mucho más intensa y penetrante

⁸ SIRINELLI, Jean-François, “Réflexion sur l’histoire et l’historiographie du XX siècle français” en *Revue historique*, n° 3, 2005, p. 620.

⁹ Para una explicación detallada de este argumento, véase, FAZIO VENGOA, Hugo, *Los caracteres fundamentales del presente histórico (1968-2009)*, Uniandes, Bogotá, 2009.

¹⁰ FERGUSON, Nial, *The Shock of the Global. The 1970s in perspective*, Harvard University Press, Massachusetts, 2010; SASSEN, Saskia, *Una sociología de la globalización*, Katz Editores, Buenos Aires,

que la experimentada en décadas anteriores. En efecto, si bien la globalización dispone seguramente de una dilatada densidad histórica¹¹, ha sido propio de este período presente que este fenómeno se desenvuelva bajo tres modalidades, las cuales se retroalimentan entre sí: de una parte, la globalización se ha convertido en un proceso central que ha entrado a definir el contexto histórico en el cual tienen lugar las actividades humanas contemporáneas. Se expresa como un telón de fondo porque un rasgo distintivo de la época que nos ha correspondido vivir consiste en que toda la población del planeta ha empezado a compartir un mismo horizonte espacio temporal, lo cual sugiere, además, que el mundo por vez primera se ha transformado en una categoría histórica. De la otra, la globalización se ha convertido en un conjunto de dinámicas y prácticas, en las cuales se expresan y realizan muchos de los cambios que se despliegan en los distintos ámbitos sociales¹². Por último, pero no por ello menos importante, la globalización se ha convertido en una valiosa forma de representación y de entendimiento del mundo; para un número cada vez mayor de personas, es un referente para su actuación, orientación y pensamiento¹³.

La intensificación de este tipo de tendencias tuvo como corolario el desfogue de dinámicas que han transformado las formas usuales de actuación de los estados-nación y, consecuentemente, promovió y destacó novedosas formas de interpenetración, varias de las cuales trascienden las dimensiones estatales y nacionales. Donde mejor se ha podido visualizar esta actuación ha sido en el campo de lo internacional, puesto que la globalización ha entrañado la degradación, mas no la desaparición, de aquel anillo intermedio (la dimensión estatal) que antes mantenía a distancia lo global de lo local y viceversa¹⁴. Hoy por hoy, ha ido ganando fuerza la idea de que la globalización se expresa de manera *glocalizada*¹⁵, incluso en el ámbito internacional, pues constituye un proceso que realiza la compenetración transversal entre distintos factores.

El segundo elemento, en parte propiciado por el anterior, es que estas décadas comparten un mismo régimen de historicidad. Este régimen puede entenderse como la expresión de un orden dominante de tiempo de acuerdo con la estructura sociocultural preponderante en un momento en cuestión. El historiador François Hartog, quien ha trabajado prolíficamente sobre el tema y que puede ser considerado como uno de los principales intérpretes de este concepto, ha sugerido que este régimen debe entenderse como “los diferentes modos de articulación de las categorías del pasado, el presente y el futuro. Según se ponga el acento principal en el pasado, el futuro o el presente, el orden del tiempo será distinto”.

2007.

¹¹ OSTERHAMMEL, Jürgen y PETERSSON, Niels, *Storia della globalizzazione*, Il Mulino, Boloña, 2005; STEARNS, Peter N., *Globalization in World History*, Routledge, Londres, 2010.

¹² FAZIO VENGOA, Hugo, *La globalización. Contenido, explicación y representación*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2011.

¹³ LAÏDI, Zaki, *La grande perturbation*, Flammarion, París, 2004.

¹⁴ MARRAMAIO, Giacomo, *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*, Katz, Buenos Aires, 2006.

¹⁵ ROBERTSON, Roland, *Globalization*, Sage, Londres, 1992.

Señala el mencionado académico que el régimen de historicidad no constituye una realidad totalmente realizada, ni tampoco es en un esquema teórico; más bien debe entenderse como una herramienta heurística¹⁶ para indagar la actitud de las sociedades o individuos frente al tiempo y a la historia. Digamos de pasada que el hecho de definirlo como un régimen obedece a que el tiempo histórico es heterogéneo, comporta gradaciones, entraña contestaciones y es susceptible de numerosas gradaciones¹⁷.

El régimen de historicidad actual, a juicio del mencionado historiador, se caracteriza, en sus rasgos fundamentales, por una mayor ascendencia y densidad del presente sobre los otros registros temporales¹⁸. Es decir, durante este presente se ha asistido a un inédito esquema de tiempo bajo el predominio de la condición presente, con un porvenir cerrado y un pasado que es revisitado en función del mismo presente.

A esta categoría hartogiana quisiéramos agregarle el adjetivo global, debido a que sólo durante este presente se ha asistido a la emergencia de un horizonte espacio temporal compartido, razón por la cual puede sostenerse que se ha convertido en un fenómeno mundial, el cual, en tanto que régimen, incluye una amplia gama de elementos de sincronía y diacronía, con dilatados encadenamientos temporales en torno al presente. Para evitar posibles equívocos digamos que cuando se afirma que el presente actúa como fuerza gravitacional, ello es muy distinto del presentismo, aquella ideología que, en su momento, intentó popularizar Francis Fukuyama con su polémica tesis sobre el fin de la historia.

El tercer elemento sistémico de este presente histórico se puede visualizar en el siguiente hecho: cada vez es menor el número de analistas que emplea el concepto de modernidad a secas, es decir, sin algún tipo de adjetivos o acompañamientos. Un rápido repaso de la literatura especializada demuestra que se ha vuelto corriente encontrarse con expresiones tales como múltiples modernidades, segunda modernidad, modernidad clásica, modernidad global, modernidad-mundo, modernidad *entangled*, etcétera.

Todo parece indicar que fue Shalini Randeria quien, por primera vez, utilizó la expresión *entangled history of modernities*, proposición de la cual se valió para sostener la tesis de que la creación y el desarrollo del mundo moderno debía ser conceptualizado como una historia compartida. En una *entangled history*, las diferentes culturas y sociedades comparten un número de experiencias y, a través de sus interacciones e interdependencias habituales, fueron forjando el mundo

¹⁶ HARTOG, François, "Tiempo(s) e historia(s): de la historia universal a la historia global" en *Revista Anthropos*, n° 223, 2009.

¹⁷ LENCLUND, Gérard, "Traversées dans le temps" en *Annales. Histoire et Sciences Sociales*, n° 5, 2006, p. 1069.

¹⁸ HARTOG, François, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Seuil, París, 2003.

moderno¹⁹.

En analogía con la tesis de Hartog, podríamos decir que una de las grandes transformaciones de este presente histórico se ha presentado en el régimen de modernidad, a través de la transmutación de la anterior modernidad clásica por unas modernidades entramadas (*entangled*), situación nueva que ratifica la existencia de numerosos entrecruzamientos que registran las diferentes experiencias históricas, con variadas superposiciones, las que, en su conjunto, van definiendo el sentido y la direccionalidad que ha venido adquiriendo la modernidad global en el mundo. No está de más reiterar que, en su naturaleza intrínseca, unas modernidades entramadas no pueden realizarse en la localidad ni pueden ser regionales o nacionales, pues no se encuentran territorializadas de manera unívoca; por el contrario, sólo pueden realizarse en la globalidad. Ello, empero, no significa que todas participen por igual y que dispongan del mismo peso y trayectoria. Algunas siguen ceñidas a una dimensión espacial, mientras que otras se reproducen en la temporalidad, lo que permite la mayor expansión de las segundas que las primeras.

Por último, como expresión de todo lo anterior, se puede sostener que la historia universal de corte tradicional ha cedido el terreno a una naciente historia global. Por historia global entiendo la sincronización y el encadenamiento que registran las disímiles trayectorias históricas, las cuales entran en sincronidad, resonancia y retroalimentación. No ahondaremos por el momento sobre este punto, pues tendremos ocasión de exponerlo con cierto detalle más adelante.

En síntesis, estas tendencias inherentes a nuestra inmediatez, entre las cuales destacan la dilatación del presente, la transformación del mundo en una categoría histórica, la renegociación de los vínculos de las sociedades actuales con el tiempo, el advenimiento de un nuevo régimen de historicidad, la intensificación de las sincronías y de las diacronías dentro de los confines de una historia global, establecen la filiación entre un ayer, momento en el cual emergieron estas tendencias (finales de la década de los sesenta), y la actualidad más inmediata.

Un elemento que conviene destacar es que, en el fondo, todas estas dinámicas comparten el hecho de evidenciar importantes recomposiciones que han tenido lugar en las coordenadas temporales y espaciales. En efecto, se observa que una nueva métrica se encuentra en el trasfondo de todas ellas. Es bien sabido que la globalización, en cualquiera de las acepciones corrientes del término, entraña superación de las fronteras, mayor proximidad, conectividad y simultaneidad. Es decir, la globalización ha puesto al descubierto nuevas experiencias espaciales (acercamiento, dilatación, recomposición de los espacios) y temporales (sincronidad, simultaneidad y acentuación e intensificación de las experiencias diacrónicas, aquello que Reinhart Koselleck ha denominado los espacios de

¹⁹ RANDERIA, Shalini, "Entangled histories of uneven modernities. Civil society, caste councils, and legal pluralism in postcolonial India" en HAUPT, Heinz-Gerhard y KOCKA, Jürgen (eds.), *Comparative and Transnational History. Central European Approaches and New Perspectives*, Berghahn Books, Nueva York, 2009, p. 80.

experiencia²⁰). El régimen de historicidad vigente, por su parte, tiende a subsumir el pasado y el futuro dentro de un dilatado presente, intervalo de tiempo en el cual tiene lugar además una sucesión de eventos locales singulares y una simultaneidad de múltiples acontecimientos cercanos y lejanos. Las modernidades entramadas destacan la existencia de numerosas superposiciones de experiencias entre los distintos colectivos humanos, así como la parcial desvalorización del referente espacio temporal nacional y territorial, el cual hasta hace poco era claramente predominante. En condiciones de modernidades entramadas se potencian las experiencias diacrónicas (tiempo) y las sincrónicas (simultaneidades espaciales). La historia global, por último, destaca los variados procesos que tienden a un mundo cada vez menos occidental pero más contemporáneo, con procesos que se despliegan a lo largo y ancho del mundo, y situaciones que siendo muy locales y particulares, ejercen impacto en todo el mundo y se retroalimentan de eventos ocurridos en lugares distantes.

Si todas estas situaciones mundiales son expresiones de que nos encontramos frente a profundas transformaciones espaciales y temporales, entonces, se puede inferir que estas métricas —espaciales y temporales— deben ser entendidas como vectores explicativos del acontecer actual y no simplemente como contextos donde se desenvuelven los asuntos sociales.

Lo anterior me lleva al siguiente punto: si los componentes espacio temporales han experimentado grandes cambios, entonces, la condición presente ha derivado en una matriz espaciotemporal, de la que puede reconocérsele una historia que le es inherente. Como producto de diversos fenómenos y situaciones particulares, ha habido momentos en los cuales los énfasis y las expresividades de las coordenadas de tiempo y espacio han experimentado sensibles cambios. A partir de estos resultados se puede observar que durante estas décadas el mundo en su conjunto ha transitado fundamentalmente por cuatro fases.

Un primer momento, que recubre el período que se extiende entre el “año acontecimiento de 1968” y 1989, simbolizado por la caída del muro de Berlín, se asistió a una fase de planetarización del mundo. Con planetarización queremos destacar el advenimiento de una serie de tendencias tecnológicas (tercera revolución industrial), económicas (modelos flexibles de acumulación), sociales (emergencia de nuevos grupos y declive de ciertas clases sociales tradicionales), políticas (debilitamiento de la política institucionalizada) y culturales (ampliación de los derechos culturales) que se expandieron a lo largo y ancho del mundo, aun cuando fuera con ritmos diferenciados en las distintas regiones, y han servido de explicación del sentido de la fase, así como de la radicalidad de su desenlace (la caída del muro de Berlín).

Buena parte de la década de los años noventa conformó otra etapa que se

²⁰ KOSELLECK, Reinhart, *Futuros pasados: por una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993.

caracterizó por una fuerte sincronización, proceso en el cual un lugar central le correspondió a la dimensión económica, que puso a todo el mundo a hablar un mismo lenguaje y a propender por esquemas análogos de acumulación, modernización y desarrollo. Los demás ámbitos sociales quedaron momentáneamente ensombrecidos por el poder sacrosanto del mercado y del papel hegemónico de los agentes del globalismo del mercado.

Al despuntar el nuevo milenio se ingresó en una fase que puede caracterizarse como colisión de temporalidades, debido a que lo económico perdió la capacidad para realizar la convergencia entre el sentido, la direccionalidad y el poder, motivo por el cual las distintas tendencias comenzaron avanzar por senderos diferenciados, lo que ha entrañado que el nuevo siglo haya sido testigo de innumerables choques y crisis y a que se hayan repotenciado otros actores y agentes (v.gr., los estados y los movimientos sociales).

Esta colisión empero, no debe entenderse como un estadio de anormalidad en tanto que, en condiciones como las prevaecientes desde aquel momento, cuando se incrementó la propagación de múltiples temporalidades de los itinerarios sociales que concurren en este escenario de globalidad, las crisis o las convulsiones planetarias no sólo han dejado de reconocer un centro, sino que se han empezado a instalar desde un inicio en todas partes, desde donde siguen repartiendo sus influencias, de manera directa o indirecta, y, además, con distintas intensidades, por todas las latitudes. Es decir, a partir de esta coyuntura el presente histórico se ha convertido en un escenario distante de los equilibrios, y en dicho contexto la complejidad de las disímiles temporalidades se ha vuelto más activa.

Por último, es probable, y digo probable, porque nada hay más difícil que caracterizar la inmediatez, que desde finales de la primera década del nuevo siglo se haya comenzado a bosquejar una nueva fase, en la cual la colisión ha empezado a quedar subsumida dentro de una resonancia de temporalidades, tal como puede observarse en situaciones tan distantes como la Primavera Árabe²¹ o el advenimiento de una generación global²², que pese a sus diferencias indican nuevas métricas de tiempo y de espacio. De la manera como se resuelva esta tensión, entre colisión y resonancia, dependerá si el presente histórico actual transmuta o no hacia una nueva época, un presente histórico distinto al que hasta el momento hemos conocido.

La historia del tiempo presente

Cuando se reconoce que el presente comporta una densidad temporal, y que los fenómenos transversales de nuestra contemporaneidad constituyen expresiones de grandes cambios que tienen lugar a nivel de las condiciones espaciales y temporales, entonces, se reafirma la tesis de que el presente puede ser historizado. La perspectiva que permite dar cuenta de esta realidad es la historia del tiempo

²¹ BADIE, Bertrand, "Printemps arabe: un commencement" en *Études*, n° 7, 2011.

²² BECK, Ulrich y BECK-GERSHEIM, Elizabeth, *Generación global*, Paidós, Barcelona, 2008.

presente. Es historia porque constituye un enfoque que pone énfasis en las dinámicas de desenvolvimiento de los acontecimientos, situaciones y procesos sobre los cuales trabaja. Es tiempo, y no simple secuencia cronológica, en la medida en que se interesa por comprender la cadencia y la extensión diacrónica y sincrónica de los fenómenos analizados. Es presente, entendido como duración espacializada, porque retrotrae a la inmediatez ciertos elementos de pasado e incluye el devenir en el sentido de expectativas o futuros presentes. Es, como sugiere Barraclough, una narrativa que arranca con la determinación de un punto de partida, un lugar (espacial y temporal) en el presente, que indefectiblemente debe comportar un horizonte de expectativa sobre la contemporaneidad, perspectiva de futuro que permite tomar la distancia necesaria, para enseguida realizar la inmersión en la duración del tiempo de las cosas, o sea, de los fenómenos históricos, que están siendo observados.

En razón de ello podemos colegir que la historia del tiempo presente constituye una cartografía topológica de las coordenadas fundamentales de la contemporaneidad. Es un procedimiento que facilita una aproximación para la comprensión del lugar, el contenido y el sentido de los acontecimientos y las situaciones contemporáneas. A ello se suma el hecho de que como todos estos fenómenos transversales se originan por variaciones que tienen lugar en las condiciones de espacio y de tiempo, esta historia tiene que ser altamente sensible a la variabilidad de espacialidades y temporalidades, y a las cadencias, alcances, extensiones, sincronizaciones y encadenamientos de los fenómenos analizados. En pocas palabras, la historia del tiempo presente representa la ruta cartográfica que permite la realización de la historia global²³.

La historia global

En páginas anteriores hicimos un rápido repaso de los procesos transversales de la contemporaneidad e hicimos una breve alusión a la historia global. A continuación, se ofrecerá una breve descripción de su contenido porque consideramos que esta historia constituye una forma más sutil y rica para la comprensión de lo internacional en el mundo contemporáneo.

Como punto de partida, vale recordar que uno de los tópicos que más ha interesado a muchos especialistas en las ciencias sociales guarda relación con el papel central que se le ha asignado al estado-nación, aquella presunta comunidad unitaria autoconsciente política y culturalmente que vive bajo un orden legal y constitucional, pero que, hoy por hoy, más parece "una escultura"²⁴. El sociólogo Ulrich Beck ha sido uno de los académicos más incisivos en torno a este asunto al abogar por la necesidad de trascender el viejo "nacionalismo metodológico" por un

²³ FAZIO VENGOA, Hugo, *La historia del tiempo presente: historiografía, problemas y métodos*, Universidad de los Andes, Bogotá, 2010, p. 148.

²⁴ ROSS DICKINSON, Edward, "The German Empire: an Empire?" en *History Workshop Journal*, vol. 66, 2008, p. 146.

“cosmopolitismo metodológico”²⁵.

Como bien sugiere el mencionado sociólogo alemán no es en el viejo humanismo en donde se pueden encontrar las indicaciones que ayuden a reinterpretar la contemporaneidad con el fin de reencantarla. Debe ser un enfoque nuevo que debe comportar ciertas particularidades. De entrada, se requiere de la inclusión de nuevos tipos de referentes. El primero consiste en una inspiración historicista, y el segundo en su apertura hacia una dimensión transnacional de los fenómenos sociales. Por transnacionalidad, entendemos la necesidad de acometer estudios que trasciendan las perspectivas habituales a que nos ha acostumbrado el nacionalismo metodológico, que reconozca la multiplicación de dinámicas de mundialidad de los fenómenos, y el descentramiento parcial de la concepción tradicional de la nación y del estado-nación como ejes básicos en los análisis contemporáneos.

Por historicista, entendemos la necesidad de trascender la inmediatez de las situaciones y de los acontecimientos contemporáneos, así como el entendimiento de estos fenómenos en su propia duración, como fenómenos que comportan su propio régimen interno de tiempo. El sentido de la mayor parte de ellos sólo pueden ser comprendidos cuando son ubicados dentro de una perspectiva temporal más amplia, que revele la cadencia de tiempo y de sentido que sí comportan. André Glucksmann recordaba recientemente que, según Nietzsche, los grandes acontecimientos avanzan con pies de paloma²⁶, son silenciosos, imperceptibles. Sólo cuando se acomete un análisis que distingue la dimensión temporal de la actualidad se puede discernir el valor que encierran este tipo de situaciones.

Es indudable que este reconocimiento de la historicidad y de la transnacionalidad han sido situaciones motivadas por la intensificación que ha registrado el fenómeno de la globalización. Esta última, si bien comporta un alto valor heurístico, dista enormemente de constituir ser omnicomprendivo. A nuestro modo de ver, su importancia consiste en ser un buen punto de partida para problematizar los principales temas de nuestra contemporaneidad e incluso para reinterpretar muchos de los supuestos habituales que siguen gravitando sobre el pasado lejano y cercano. La globalización, empero, no representa un buen punto de llegada, porque no sirve para explicar la condición de ser de la contemporaneidad actual, y porque constituye un fenómeno que esconde tanto como descubre, dado que tiende a reducir el espectro de problemas del presente sólo a aquellos que pueden ser enunciados y explicados en sus propios términos.

Es decir, el problema que representa la globalización cuando se le quiere convertir en una finalidad en sí, consiste en que fácilmente se corre el riesgo de quedar atrapado en un enfoque autorreferencial, pues sólo concibe y explica aquello que se desarrolla dentro de sus fronteras, en el interior de sus cadencias

²⁵ BECK, Ulrich, *Poder y contrapoder en la era global*, Paidós, Barcelona, 2004.

²⁶ GLUCKSMANN, André, “Rusia, el final de la embriaguez” en *El País*, 13 de diciembre de 2011.

temporales o alcances. Todo aquello que no se ajusta a su dinámica termina siendo minusvalorado, desdeñado o simplemente se decodifica desconociendo sus propias particularidades.

Distinta es la inferencia que puede hacer de la historia global, la cual toma como fundamento la globalización, las reflexiones a que ha dado lugar y las dinámicas que comporta, pero se ubica en un observatorio distinto. Como sostuvimos antes, por historia global se puede entender la sincronización y el encadenamiento que registran las disímiles trayectorias históricas, las cuales entran en sincronidad, resonancia y retroalimentación.

Con esta definición queremos señalar varias cosas: primero, ninguna región o país puede ser pensado como una categoría analítica aislada, más bien constituye un segmento de una totalidad mayor²⁷. Segundo, en una historia global se fortalece el entrelazamiento de la diacronía de los entramados históricos particulares con la sincronía de la contemporaneidad globalizada, lo que da lugar a fuertes entrecruzamientos entre un sinfín de temporalidades relativas, fenómeno que prueba el carácter plural y no singular del mundo. Tercero, en un contexto de historia global se transforman pero no desaparecen las trayectorias de las sociedades, sino que realza y redimensiona la dimensión diacrónica, porque, en condiciones de intensificación de la globalización, las sociedades quedan más expuestas, exteriorizando sus fortalezas y debilidades, lo cual exacerba la competición y redimensiona las especificidades de sus trayectorias históricas. Por eso nada es más lejano a la historia global que imaginar que se avanza en el sentido de la homogeneidad y la uniformidad.

Tiempo, espacio y relaciones internacionales

El historiador Charles Maier²⁸ sostenía hace algunos años que la periodización no se refiere a fechas o acontecimientos, sino que se interesa por la mutación social, política, económica o cultural que le subyace. Argumentaba en dicho escrito que a finales de los sesenta del siglo XX se asistió a un momento de ruptura porque fue en torno a esos años cuando finalizó el siglo largo, que tuvo como pivote la organización territorial de la humanidad. Esta tendencia consistía en el esfuerzo por determinar la territorialidad de los estados, lo que implicaba activar el espacio nacional dentro de unos confines determinados, a lo que se sumaba la obsesión por demarcar fronteras de todo tipo, entre las cuales sobresalían las nacionales.

Fue a finales de la década de los sesenta del siglo pasado cuando empezó el ocaso de dicha tendencia, una de cuyas expresiones más evidentes consistió en la pérdida de centralidad del estado-nación y de la soberanía, al tiempo que se

²⁷ BENDER, Thomas, *A Nation among Nations: America's place in world history*, Hill and Wang, Nueva York, 2006.

²⁸ MAIER, Charles S., "Secolo corto o epoca lunga? L'unità storica dell'età industriale e le trasformazioni della territorialità" en PAVONE, Claudio (ed.) *Novecento. I tempi della storia*, Donzelli Editore, Roma, 2008.

fortalecían ciertas prácticas que intensificaban la compresión espacio-temporal²⁹ y la globalización.

Ahora bien, las relaciones internacionales, en tanto que producto de los estudios políticos, ha sido un campo del saber organizado en torno a consideraciones territoriales, dado que arranca del presupuesto de que lo político se entiende como una espacialización geométrica, que se extiende uniformemente a través de un escenario (el mundo), representación a partir de la cual han sido concebidas sus referentes habituales: lo interno y lo externo, lo universal y lo particular, lo público y lo privado, lo nacional y lo internacional³⁰. Empero, como desde finales de los sesenta en el mundo se vienen conformando unas formas no territorializadas de espacialidad, estos presupuestos han empezado a quedar en entredicho, porque muchos de los cambios actuales apuntan en el sentido de nuevas formas de temporalización y de espacialización de las relaciones sociales.

Con base en estas disquisiciones hemos llegado a argumentar que la unicidad de la historia global obedece a que se está ingresando en un escenario donde prima un tiempo de mundo particular, el cual, para los efectos de este escrito, podríamos definir como un tiempo global. Este tiempo, no alude a una convergencia de husos horarios, tipo meridiano de Greenwich, sino a un encadenamiento de momentos, eventos y situaciones, a la combinación de continuidades y discontinuidades, evoluciones lentas y aceleraciones, a través de coyunturas de permanencia, mutación y crisis. En razón de ello, este tiempo debilita las contraposiciones, como aquella que se presenta entre adentro y afuera, en la medida en que, al comprimirse el tiempo, las duraciones nacionales, estructuradas diacrónicamente en torno al crecimiento, el estado, la modernización y la historia nacional, que se contraponía con el repetitivo tiempo internacional, empiezan a quedar subsumidas, sin desaparecer, en una temporalidad sincrónica que, desde lo global reubica y les otorga un sentido a las expresiones regionales, nacionales y locales. En este sentido, consideramos que con el advenimiento del tiempo global se asiste a una articulación distinta entre lo nacional y lo internacional, puesto que se despliegan dentro de un contexto sincrónico que fortalece unas relaciones internas del mundo.

Estas nuevas formas de espacialización y de temporalización nos han llevado a sostener que, durante el presente histórico, la figuración de lo social debe ser entendida como una composición topológica, y que su representación debe dar cuenta de sus variados relieves, con disímiles extensiones espaciales, desiguales protuberancias temporales y distintas densidades diacrónicas y de destino. Topológico significa que el valor histórico de los eventos no viene determinado por su relieve mediático o por su cercanía a un determinado centro, sino por la resonancia, reverberación y encadenamiento que dicha situación es capaz de producir. Indica igualmente, la existencia de disímiles temporalidades,

²⁹ HARVEY, David, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 1998.

³⁰ GALLI, Carlos, *Spazi politici. L'età moderna e l'età globale*, Il Mulino, Boloña, 2001.

que no interactúan de una manera jerárquica, sino que disponen de una cobertura heterogénea dentro del horizonte de destino.

Concepciones nuevas de la historia y del estudio de lo internacional

Hasta aquí nuestro análisis ha ofrecido una cartografía de la condición del mundo en la actualidad, empero, se puede analizar el presente en condiciones en que el espacio y el tiempo se han convertido en vectores explicativos de los fenómenos sociales. No es fácil brindar una respuesta sobre este particular, sin embargo, podemos encontrar ciertos indicios en algunos desarrollos que ha experimentado la historiografía contemporánea. Christopher A. Bayly ha sostenido que muchas de las nuevas miradas que ha venido desplegando la historia obedecen a la necesidad de realizar analogías y comparaciones y encontrar vínculos, puesto que los profesionales se dieron cuenta de que era necesario encontrar explicaciones más vastas que las historias nacionales o internacionales³¹.

En efecto, varias concepciones históricas son útiles para el estudio de lo internacional en la contemporaneidad. La primera es la historia comparada. Jürgen Kocka, ha sostenido la pertinencia del método comparado, ya que heurísticamente identifica cuestiones que no pueden ser concebidas de otra manera; descriptivamente permite esclarecer lógicas de desarrollo a través del contraste con otras experiencias; analíticamente, contribuye al establecimiento de causalidades históricas, facilitando la demostración de las hipótesis; y paradigmáticamente, porque tiene un efecto liberador y desprovincializador³². Para los efectos de los estudios internacionales, un enfoque tal tiene el gran mérito de permitir comparar disímiles experiencias y reconocer las particularidades societales a través de la contraposición.

Empero, el mismo historiador alemán nos previene que esta es una propuesta metodológica que comporta dificultades, dado que presupone la separación de las unidades de comparación, con lo cual rompe con las diacronías e interrumpe los flujos de narración. Además, peca de selectividad dado que las totalidades históricas no pueden ser objeto de comparación y el método sólo aplica a objetos o a situaciones parciales, lo que entraña selección, abstracción y un cierto grado de descontextualización. Serge Gruzinski fue aún más enfático al sostener que:

“Las perspectivas que se derivan de la historia comparada a veces son engañosas; la elección de los objetos a comparar, los marcos aceptados, los criterios y los determinismos seleccionados, las grillas de interpretación, las problemáticas subyacentes son tributarias de filosofías o de teorías de la historia que esconden generalmente ellas mismas las respuestas a las cuestiones planteadas³³.”

³¹ BAYLY, Christopher A., *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*, Siglo XXI, Madrid, 2010, p. 552.

³² KOCKA, Jürgen, “Comparison and Beyond” en *History and Theory*, vol. 42, n° 1, febrero de 2003.

³³ GRUZINSKI, Serge, “Les mondes mêlés de la monarchie catholique et autres *connected histories*” en *Annales. Histoire. Sciences Sociales*, n° 1, 2001, p. 86.

Un proceder distinto realiza la historia conectada. El historiador Sanjai Subrahmanyam puso los cimientos de este enfoque histórico³⁴ al sostener que el historiador debe desempeñar el papel de electricista que restablece las conexiones continentales e intercontinentales, aquellas que las historiografías nacionales se han ingeniado para desconectar o para escamotear al impermeabilizar sus fronteras.

La historia conectada rompe con los compartimientos a que nos ha habituado la historia nacional o de las civilizaciones al poner énfasis en las interacciones. Una de las tesis más sugestivas de esta propuesta consiste en que se interesa por las interacciones múltiples en diferentes escalas. De aquí se infiere su segundo aporte: la historia conectada se interconecta con la microhistoria porque convergen “en la voluntad de aunar articulando lo social, lo económico y lo político y coinciden en la preocupación por restituir el espesor del juego social y la globalidad de los intercambios que los animan”³⁵.

Otra perspectiva muy interesante es la historia *croisée*. Werner y Zimmermann la han definido como una historia relacional, que interroga los vínculos entre diferentes formaciones constituidas históricamente y que se preocupa por reflexionar sobre cuestiones generales como las escalas y las categorías de análisis, la relación entre diacronía y sincronía, los regímenes de historicidad y la reflexividad. La historia *croisée* tiene como fundamento la intersección que se produce entre distintos cruces, encuentros donde pueden producirse acontecimientos susceptibles de afectar en diversos grados los elementos de presencia, en función de su resistencia, permeabilidad, maleabilidad, y de su medio. De la intersección se derivan varias consecuencias: es una noción que excluye el razonamiento a partir de entidades individuales, rompe con una perspectiva unidimensional puesto que:

“Las entidades o los objetos de investigación no son considerados simplemente unos en relación con los otros, sino que también unos a través de los otros, en términos de relaciones, interacciones, circulación y, además, la intersección permite comprender el entrelazamiento de temporalidades múltiples. Las entidades, personas, prácticas u objetos cruzados o afectados por el encuentro no permanecen ni idénticos a cómo eran antes de los respectivos contactos.”³⁶

Por último, encontramos la historia transnacional. Jürgen Osterhammel sostiene que el deslizamiento de lo internacional a lo transnacional obedece a que abarca todo tipo de relaciones interdependientes en la política mundial, además de que pone énfasis en actores claramente identificables o grupos de actores que

³⁴ SUBRAHMANYAM, Sanjai, “Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia” en LIEBERMAN, Victor, *Beyond Binary Histories. Re-imagining Eurasia to c. 1830*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1997.

³⁵ DOUKI, Caroline y MINARD, Philippe, “Pour un changement d’échelle historiographique” en TESTOT, Laurent (ed.) *Histoire globale. Un autre regard sur le monde*, Sciences Humaines Éditions, Paris, 2008, p. 21.

³⁶ WERNER, Michal y ZIMMERMANN, Bénédicte, “Penser l’histoire : entre empirie et réflexivité” en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, n° 1, 2003.

vinculan por lo menos a un par de sociedades. Lo transnacional alude a una categoría especial de relaciones sociales que se despliega en tensión y en contradicción con la afirmación de las soberanías nacionales.

La historia transnacional ha surgido como un cuestionamiento y como una forma de trascendencia de la importancia que le ha sido conferida a la categoría nación. Se particulariza por el entendimiento de esta, pero no como algo fijo, sino como una entidad que desarrolla interpenetraciones e influencias mutuas con otras sociedades. Sus intereses centrales se focalizan en la manera en que las ideas, las personas, las instituciones y bienes circulan entre las distintas sociedades. No dispone de ninguna teoría ni enfoque conceptual particular ni se refiere a un campo de la historia en particular. Es más bien una manera más comprensiva y distinta de entender la historia nacional³⁷.

A juicio de Jürgen Osterhammel, los contornos de una historia social transnacional se refieren preferentemente a los siguientes asuntos: la nueva definición de problemas y prioridades en una era de continua globalización; constituye una respuesta al agotamiento de un paradigma de historia social; el desencanto con la coloración nacional o regional habitual en los análisis sociales; adiciona a los estudios en términos de estructuras y configuraciones la idea de los intercambios, los flujos y corrientes; presta atención a los límites y a las fronteras y a todo tipo de ordenamientos espaciales; todo ello sin renegar, obviamente, de la categoría del estado-nación como importante unidad de análisis³⁸.

Son indiscutibles los grandes beneficios que estos desarrollos han aportado a la disciplina histórica. Primero, porque proponen unas perspectivas más inclusivas. Segundo, porque constituyen adecuados antídotos contra el exceso de occidentalización que comporta el pensamiento histórico. Tercero, porque relativiza algunos hechos históricamente establecidos y desvirtúa algunas fronteras que artificialmente se han alzado entre lo económico, lo político, lo cultural, etc. Por último, porque permiten superar el vicio teleológico de considerar el presente como un estadio más avanzado del pasado.

La historia global y el estudio de las relaciones internacionales en el presente

Todos estos enfoques sirven de nutriente para poder acometer una historia global. Esta no es una historia de la globalización, aun cuando la incluya, ni una historia total de las civilizaciones, sino que representa una historia del tiempo presente³⁹, porque sólo hoy todos los individuos comparten un horizonte espacio-temporal

³⁷ KLAUS PATEL, Kiran, «"Transnations" among "transnations"? The debate on Transnational History in USA and Germany», *Working Papers* n° 158, 2008, Center For European Studies, European University Institut, p. 4.

³⁸ OSTERHAMMEL, Jürgen, "A "transnational" History of society. Continuity or new departure?" en HAUPT, Heinz-Gerhard y KOCKA, Jürgen (eds.), *Comparative and Transnational History... op. cit.*, ps. 45-47.

³⁹ SCHÄFER, Wolf, "Global history and the present time", disponible en: <http://www.stonybrook.edu/globalhistory/PDF/GHAndThePresentTime.pdf>, 21 de agosto de 2011, ps. 110 y 116.

sincrónico, sin que por ello la contemporaneidad sea un fenómeno único.

Para comprender el sentido que comporta una historia global es muy pertinente la tesis del filósofo Ernst Bloch cuando se refería a la contemporaneidad de lo no contemporáneo, porque el hecho de que se comparta un mismo horizonte temporal no significa que todos los colectivos se encuentren en el mismo ahora, ni que esta historia se realice de manera lineal; más bien reconoce la existencia de protuberancias temporales desiguales, debido a que se compactan de diferentes maneras las experiencias diacrónicas con la sincronía del mundo globalizado. La historia global, de tal suerte, se refiere a la concordancia de un sinnúmero de temporalidades relativas. La historia global es un registro propio de nuestra contemporaneidad y es inherente a las generaciones que han interiorizado lo global en sus propias biografías⁴⁰, porque por vez primera el mundo se ha convertido en un posible objeto de investigación histórica⁴¹.

Desde este ángulo, la historia global constituye la puesta en escena y la convergencia de las historias locales con propósitos globales, pero situados dentro de un mismo horizonte espacio temporal. Muchas de sus particularidades pueden visualizarse mejor cuando se contrasta con las formas anteriores de organización del mundo y, particularmente con lo que generalmente se ha entendido como internacional y con la historia mundial. Esta última apuntaba a formas específicas de universalización, de superación de las miradas nacionales y locales, actuaba como una especie de superestructura que recubría y organizaba el conjunto (v.gr., la Guerra Fría); lo global, en cambio, conjuga homogeneidad con heterogeneidad y por ello no puede presuponer ninguna pretensión normativa de universalidad o de organización del "conjunto".

La global difiere de formas de organización anteriores porque carece de un centro organizador fuerte, función que le correspondió a Europa durante cuatro siglos y a Estados Unidos en el XX. Es un tipo de configuración histórica débil, pero no por ello menos efectiva, que carece de un núcleo territorial y/o espacial con capacidad para organizar y proveer de sentido al conjunto. Es débil igualmente porque la historia se ha convertido en un entramado que deja de ordenarse exclusivamente por los grandes poderes del ayer: la religión, los imperios y los estados.

En una historia global se radicaliza la tensión entre lo global y lo universal, porque lo global consiste "en *compartir códigos instrumentales*", mientras que lo universal y lo mundial es mucho más exigente: "implica *compartir sentido*. Compartir códigos revela la necesidad de un *mundo en común*. Compartir sentido se inscribe en la lógica de un *mundo común*"⁴². La historia global es el reconocimiento del inicio

⁴⁰ MAUREL, Chloé, "La World/Global history. Questions et débats" en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 104, 2009, p. 159.

⁴¹ GIOVAGNOLI, Agostino, *Storia e globalizzazione*, Laterza, Bari, 2005, p. 240.

⁴² LAÏDI, Zaki, *La grande perturbation. op. cit.*, p. 406 (cursiva en el original).

de un mundo en común y no de un hipotético mundo común.

Difieren también en el tipo de representación que componen: la historia mundial contraponía lo mundial y lo local, porque se organizaba a través de un anillo intermedio de tipo interestatal, de lo cual se derivaba una representación geométrica que perseveraba en la distancia uniforme entre las dos primeras dimensiones y, a lo sumo, podía recabar en la existencia de mediaciones culturales, religiosas, políticas y territoriales. La historia global, por su parte, es más de naturaleza topológica; no es una pieza monótona, sino que se organiza como un poliedro, en tanto que consiste en interposiciones no lineales entre los diferentes conjuntos. Es decir, son mediaciones que se producen bajo la forma de resonancias y no simplemente de interacciones.

Una historia global se distingue también de la mundial en otro sentido. Esta última se construía principalmente a partir de determinados centros, mientras que la primera se concibe desde los pliegues que ponen en contacto las distintas trayectorias localizadas.

De lo anterior, se infiere que la historia mundial y la global difieren igualmente en tanto que en la primera, las situaciones, por ejemplo de crisis o convulsiones que alcanzaran resonancia planetaria, se originaban en un determinado centro y luego se dispersaban por el resto del mundo. Así fue como ocurrió con la Gran Depresión de 1929 que se inició en Nueva York y se diseminó posteriormente por todo el planeta, o con la Segunda Guerra Mundial, la cual, en su vertiente europea, arrancó con la invasión alemana a Polonia el 1 de septiembre de 1939. En una historia global, las crisis o las convulsiones planetarias no sólo no reconocen ningún centro, sino que se instalan desde un inicio en todas partes, de donde siguen repartiendo sus influencias, de manera directa o indirecta, y, además, con distintos grados, por todas las latitudes.

Éste es el escenario que se presenta en la actualidad con las situaciones de crisis o de convulsiones. Éstas dejan de reconocerse en torno a un centro y dejan de inscribirse invariablemente dentro de una determinada causalidad diacrónica, pues es muy fuerte el encadenamiento sincrónico que comportan. En rigor, puede argumentarse que estas situaciones se reproducen como hongos por toda la faz de la tierra y se convierten en regularidades, porque como colisionan de manera persistente (la materia se vuelve más activa⁴³), se encuentran más distantes del equilibrio e inducen a la permanente reconstrucción de contornos, obligando a nuevas definiciones y arreglos. A diferencia de la historia mundial, en un entramado global la crisis ya no constituye un accidente o un elemento circunstancial, sino una de sus más características regularidades.

La historia global, por último, es menos europea u occidental y más contemporánea, situación que explica la dilatación que ha experimentado el

⁴³ PRIGORINE, Ilya, *El fin de las certidumbres*, Taurus, Madrid, 1996.

presente y el ingreso a un régimen de historicidad presentista y global. Ello significa que en esta globalidad histórica concurren múltiples experiencias históricas, y que lo que une unos colectivos con otros son elementos de sincronidad que ubican a todos los individuos a compartir un mismo horizonte espacio temporal.

La integración de los distintos colectivos en torno a una unidad —la historia global— nos lleva a pensar las distintas experiencias sociales no como cosas dadas, sino como un proceso cosmopolita de diálogo intercultural, como la concreción de un paisaje global, escenario que produce inéditas modulaciones a partir de las contradicciones y de la diversidad.

Bibliografía:

- ARÓSTEGUI, Julio, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Alianza, Madrid, 2004.
- BADIE, Bertrand, "Printemps arabe: un commencement" en *Études*, nº 7, 2011.
- BARRACLOUGH, Geoffrey, *Guida alla storia contemporanea*, Laterza, Bari, 2005.
- BAYLY, Christopher A., *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914, Siglo XXI*, Madrid, 2010.
- BECK, Ulrich y BECK-GERSHEIM, Elizabeth, *Generación global*, Paidós, Barcelona, 2008.
- BECK, Ulrich, *Poder y contrapoder en la era global*, Paidós, Barcelona, 2004.
- BENDER, Thomas, *A Nation among Nations: America's place in world history*, Hill and Wang, Nueva York, 2006.
- DOUKI, Caroline y MINARD, Philippe, "Pour un changement d'échelle historiographique" en TESTOT, Laurent (ed.) *Histoire globale. Un autre regard sur le monde*, Sciences Humaines Éditions, París, 2008.
- FAZIO VENGOA, Hugo, *La globalización. Contenido, explicación y representación*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2011.
- FAZIO VENGOA, Hugo, *La historia del tiempo presente: historiografía, problemas y métodos*, Universidad de los Andes, Bogotá, 2010.
- FAZIO VENGOA, Hugo, *Los caracteres fundamentales del presente histórico (1968-2009)*, Uniandes, Bogotá, 2009.
- FERGUSON, Nial, *The Shock of the Global. The 1970s in perspective*, Harvard University Press, Massachusetts, 2010.
- GALLI, Carlos, *Spazi politici. L'età moderna e l'età globale*, Il Mulino, Boloña, 2001.
- GIOVAGNOLI, Agostino, *Storia e globalizzazione*, Laterza, Bari, 2005.
- GLUCKSMANN, André, "Rusia, el final de la embriaguez" en *El País*, 13 de diciembre de 2011.
- GRUZINSKI, Serge, "Les mondes mêlés de la monarchie catholique et autres *connected histories*" en *Annales. Histoire. Sciences Sociales*, nº 1, 2001.
- HARTOG, François, "Tiempo(s) e historia(s): de la historia universal a la historia global" en *Revista Anthropos*, nº 223, 2009.
- HARTOG, François, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Seuil, París, 2003.
- HARVEY, David, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 1998.
- HOBSBAWM, Eric, *Historia del Siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1997.
- HOBSBAWM, Eric, *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998.
- KLAUS PATEL, Kiran, «"Transnations" among "transnations"? The debate on Transnational History in USA and Germany», *Working Papers* nº 158, 2008, Center For European Studies, European University Institut.
- KOCKA, Jürgen, "Comparison and Beyond" en *History and Theory*, vol. 42, nº 1, febrero de 2003.
- KOSELLECK, Reinhart, *Futuros pasados: por una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993.
- LAÏDI, Zaki, *La grande perturbation*, Flammarion, París, 2004.
- LAÏDI, Zaki, *Un mundo sin sentido*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- LENCLUND, Gérard, "Traversées dans le temps" en *Annales. Histoire et Sciences Sociales*, nº 5, 2006.
- MAIER, Charles S., "Secolo corto o epoca lunga? L'unità storica dell'età industriale e le

- trasformazioni della territorialità” en PAVONE, Claudio (ed.) *Novecento. I tempi della storia*, Donzelli Editore, Roma, 2008.
- MARRAMAO, Giacomo, *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*, Katz, Buenos Aires, 2006.
- MAUREL, Chloé, “La World/Global history. Questions et débats” en *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, nº 104, 2009.
- OSTERHAMMEL, Jürgen y PETERSSON, Niels, *Storia della globalizzazione*, Il Mulino, Boloña, 2005.
- OSTERHAMMEL, Jürgen, “A “transnational” History of society. Continuity or new departure?” en HAUPT, Heinz-Gerhard y KOCKA, Jürgen (eds.), *Comparative and Transnational History. Central European Approaches and New Perspectives*, Berghahn Books, Nueva York, 2009.
- PRIGORINE, Ilya, *El fin de las certidumbres*, Taurus, Madrid, 1996.
- RANDERIA, Shalini, “Entangled histories of uneven modernities. Civil society, caste councils, and legal pluralism in postcolonial India” en HAUPT, Heinz-Gerhard y KOCKA, Jürgen (eds.), *Comparative and Transnational History. Central European Approaches and New Perspectives*, Berghahn Books, Nueva York, 2009.
- ROBERTSON, Roland, *Globalization*, Sage, Londres, 1992.
- ROSS DICKINSON, Edward, “The German Empire: an Empire?” en *History Workshop Journal*, vol. 66, 2008.
- SASSEN, Saskia, *Una sociología de la globalización*, Katz Editores, Buenos Aires, 2007.
- SCHÄFER, Wolf, “Global history and the present time”, disponible en: <http://www.stonybrook.edu/globalhistory/PDF/GHAndThePresentTime.pdf>, consultado el 21 de agosto de 2011.
- SIRINELLI, Jean-François, “Réflexion sùr l’histoire et l’historiographie du XX siècle français” en *Revue historique*, nº 3, 2005.
- STEARNS, Peter N., *Globalization in World History*, Routledge, Londres, 2010.
- SUBRAHMANYAM, Sanjai, “Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia” en LIEBERMAN, Victor, *Beyond Binary Histories. Re-imagining Eurasia to c. 1830*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1997.
- TODOROV, Tzvetan, *El nuevo desorden mundial*, Paidós, Barcelona, 2003.
- WERNER, Michal y ZIMMERMANN, Bénédicte, “Penser l’histoire : entre empirie et réflexivité” en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, nº 1, 2003.

CHINA Y ARGENTINA: "OPORTUNIDADES Y DESAFÍOS" O CRISTALIZACIÓN DE UNA ASOCIACIÓN DEPENDIENTE

PABLO ALEJANDRO NACHT*

RESUMEN:

El presente artículo tiene como objetivo central realizar un análisis del proceso de vinculación y articulación de los diferentes actores argentinos con la República Popular China. Se busca entender el rol de las fracciones del bloque en el poder (burguesía rural, burguesía industrial nacional) relevantes en la vinculación con China en el período planteado. El trabajo abarca desde 2002 hasta 2007 y da cuenta del cambio del régimen de acumulación capitalista, evidenciando una nueva configuración de fuerzas dentro del bloque y que encuentra, en la relación argentina con el gigante asiático, un socio destacado. Los sectores agroexportadores y las petroleras se erigen como las más beneficiadas en esta vinculación, al tiempo que la burguesía mercado internista menos competitiva presiona para frenar la entrada de manufacturas chinas. El estado argentino, lejos de ser un actor neutral, recibe importantes recursos por lo recaudado como derechos de exportación y es utilizado por el Gobierno; plasmándose de esta manera un escenario de tensiones y pujas entre los sectores, al tiempo que se cristaliza un modelo neo-extractivista con el monocultivo de soja transgénica como *commoditie* de exportación.

PALABRAS CLAVE:

China, Argentina, burguesía rural, burguesía industrial, soja.

TITLE:

China and Argentina: opportunities and challenges or the result of a dependent association

ABSTRACT:

This research article focus on the process of vinculation and coordination between different argentinian actors and China. It seeks to understand the role of the fractions of the power bloc (rural bourgeoisie, national industrial bourgeoisie, etc.) relevant to the relationship with China in the period stated. The work ranges from 2002 to 2007 and shows the capitalist accumulation regime's change, showing a new configuration of forces within the bloc and the relationship with the asian giant as leading partner. The agro-exporters and oil sectors stand as the main beneficiaries in this relationship, while the national industrial bourgeoisie pressed to stem the flow of Chinese products. The argentine state far from being a neutral actor, receives substantial resources from the proceeds as export duties and is used by the Government, shaping itself in this way scenario tensions and struggles between sectors, crystallizes as a neo extractive model with transgenic soybean monoculture and export commodities.

KEYWORDS:

China, Argentina, rural bourgeoisie, industrial bourgeois, soybean.

* Pablo Alejandro NACHT es licenciado en ciencia política y magíster en relaciones económicas internacionales. Becario CONICET, investigador del IIHES-IDEHESI y Doctorando en FLACSO Argentina

1. Nuevo régimen de acumulación y reconfiguración de fuerzas al interior del bloque

A inicios del siglo XXI Argentina sufrió una de sus más profundas crisis económicas y sociales, que derivó en un cambio de gobierno¹ y en la configuración de un nuevo patrón de acumulación², a partir de la salida de la convertibilidad³ y de la devaluación de la moneda nacional (peso argentino). Con la quiebra del modelo de convertibilidad y con la salida hacia una política de dólar alto de flotación, administrada por parte del Banco Central de la República Argentina (BCRA), se regresó a los saldos positivos de la balanza comercial con China. De esta manera, con la devaluación competitiva de 2002 se revertió el déficit sistemático en la balanza comercial con el gigante asiático registrado durante los noventa⁴.

Es de remarcar que las relaciones que mantuvieron los Gobiernos de Argentina y China no fueron afectadas por la coyuntura económica. En palabras de Eduardo Oviedo:

“La crisis de diciembre de 2001 y la cesación de pagos de la deuda externa, perturbó la relación con Japón durante el gobierno provisional de Duhalde, pero no así con China, quién apoyó las gestiones diplomáticas argentinas ante el FMI y el Banco Mundial”⁵.

¹ En las elecciones legislativas de octubre del 2001 se produce un masivo voto en blanco y nulo, con un alto grado de abstencionismo, lo cual evidenciaba el importante rechazo de la población a las políticas llevadas a cabo por el Gobierno, junto con una apatía y descreimiento en la dirigencia política. Luego de los lamentables sucesos del 19 y 20 de diciembre —con una feroz represión por parte del Gobierno, dejando varias decenas de muertos— y con la renuncia del presidente Fernando De la Rúa, escapándose en helicóptero desde la Casa Rosada, hubo una serie de remplazos para este cargo. El fugaz paso de Adolfo Rodríguez Saá, dejó como marca la declaración de cesación de pagos de la deuda externa pública, es decir que la Argentina entraba en *default*. A la salida de Rodríguez Saá, asumió el cargo de presidente el senador y ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde. Prontamente, se sancionó la Ley de Emergencia Pública y Reforma del Régimen Cambiario, las cuales establecieron el marco, sobre las cuales se ejercerían las presiones, tanto de actores políticos como económicos (Mario Rapoport, 2010: 457). Como Ministro de Economía asumió Jorge Remes Lenicov.

² El concepto de régimen de acumulación hace referencia al conjunto de regularidades que aseguran la acumulación de capital, que a su vez dependen de la estructura económico social, de las luchas sociales y políticas y de la composición del bloque dominante, cuya fracción hegemónica impone un camino de acumulación en función de sus intereses (Enrique Arceo, 2003: 19).

³ A partir del 1 de enero de 1992 se estableció la nueva paridad cambiaria de un peso argentino por dólar estadounidense, entrando en lo que se conoce —dentro de la literatura económica— como Ciclo Frenkel-Neftci. El modelo de la convertibilidad que fue sostenido durante toda la década del noventa ocupó los dos gobiernos de Carlos S. Menem y lo que duró el de De la Rúa. El tipo de cambio apreciado artificialmente estableció un régimen de acumulación que benefició a los sectores de bienes no transables (bancos y servicios) en desmedro de aquellos transables, que debieron hacer frente a los productos importados a muy bajo costo. Se produjo un fuerte proceso de desindustrialización y extranjerización de la economía (Rapoport, 2010: 394 a 409; Arceo y Basualdo, 2002: 46ss.), junto con una desarticulación del entramado fabril y un retroceso del tejido industrial más complejo. Para el desarrollo de la temática “Ciclo Frenkel-Neftci” ver LIBMAN, Emiliano, *La Fragilidad Financiera en el Centro y la Periferia*, Congreso Anual de AEDA, Buenos Aires, 2009. Disponible (28/06/2010) en: <http://www.ppage.ufrgs.br/akb/encontros/2009/12.pdf>

⁴ Así, la balanza comenzó a marcar en positivo para Argentina desde 2001, año que cayeron abruptamente las importaciones provenientes desde China, y del resto del mundo en general.

⁵ OVIEDO, Eduardo D., *Crisis del Multilateralismo y Auge de la diplomacia bilateral en la relación Mercosur-China*, VI Reunión de la Red de Estudios de Estudios de América Latina y el Caribe sobre Asia-Pacífico (REDEALAP-BID), 2005, p. 6.

Con el cambio en el régimen de acumulación, se presenta una nueva configuración de fuerzas en el interior del bloque en el poder⁶, donde se erige como hegemónica⁷ la fracción del capital vinculada a los bienes transables —tanto empresas nacionales como transnacionales— y en situación de subordinación aquella fracción ligada a los capitales financieros y privatizadas.

El proceso de recomposición de esta nueva hegemonía⁸ se sostuvo bajo un discurso que se nutría de varias imágenes policlasistas y de “unión” entre capital nacional y sector trabajador, bajo la bandera de lo “nacional y popular”. Dichos apoyos se alimentaron desde los más variados sectores, como del movimiento sindical, la banca pública y cooperativa, hasta la apelación simbólica y discursiva del sentimiento *nacional* y el *sentir peronista*, evocado desde la figura de Duhalde al asumir la presidencia⁹.

En el nuevo bloque en el poder que se consolidó como hegemónico, se encontraba la burguesía rural exportadora, que bajo un nuevo esquema de “ganadores” y “perdedores”, se posicionaba claramente en el primer grupo. Con el nuevo régimen de acumulación y la devaluación del peso, se otorgó mayor competitividad a la fracción exportadora del sector agropecuario, transformando al complejo sojero¹⁰ en el motor de dicho impulso, donde pasó de representar el

⁶ Dentro del pensamiento gramsciano el bloque en el poder es un todo complejo y contradictorio que reunifica y da sentido de homogeneidad a la articulación entre superestructura-estructura, reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción. GRAMSCI, Antonio, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984 p. 46. Nicos Poulantzas (1973: 303) retoma el concepto al caracterizar al conjunto de las clases dominantes y fracciones de clase que adquieren unidad en el estado capitalista, bajo la égida de una de ellas que se erige como hegemónica. La “unidad” u “homogeneidad” dentro del bloque en el poder no es tal, pero la correlación de fuerzas entre las clases o fracciones de clase —y dado un determinado régimen de acumulación— posibilita que una de ellas, o una alianza, se posicione como hegemónica frente a las restantes (subordinadas). Las disputas por intereses económico-corporativos existen en la medida que cada clase o fracción de clase está vinculada con una particular forma de explotación (comercial, financiera, industrial) o una variante compuesta por ellas; y procurará obtener la mayor tasa de beneficio posible. La unidad que adquieren en el bloque en el poder, donde se erige una —o una articulación de varias— como hegemónica, le permite al estado capitalista marcar una dirección política que asegure los intereses económicos —y la realización de las clases dominantes como tal— en el mediano y largo plazo, más allá de las luchas corporativas que puedan tener lugar dentro del bloque. POULANTZAS, Nicos, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, Siglo XXI, México D. F., 1973, p. 303.

⁷ Gramsci define a una clase hegemónica como aquella que trata de establecer un orden determinando, formulando una ideología universal donde confluyen los intereses de la clase subordinada dentro de los objetivos buscados por la clase dominante. La hegemonía tiene un gran componente de consenso, desde el momento que aquellos que detentan el poder (la clase dominante), lo ejercen haciendo parecer sus intereses particulares como beneficioso para el resto. La clase dominante o fracción de clase que se erija como hegemónica dentro del bloque en el poder, cumple una doble función hegemónica; al ser la que le dé dirección política-ideológica al Bloque y mantenga el consenso y apoyo de la sociedad civil.

⁸ Pero la hegemonía —tanto al interior del bloque en el poder, como la hegemonía ejercida en la sociedad civil— no descansa únicamente en aspectos discursivos e ideológicos, sino que también se vale de la entrega de beneficios materiales. En el caso de la sociedad civil, el Gobierno de Duhalde implementó varios planes de asistencia social para contener de manera paliativa los altos índices de pobreza y otorgó por decreto algunos aumentos al sector asalariado registrado, cuando los márgenes de ganancia del capital industrial ya se habían recuperado.

⁹ WAINER, Andrés G., *Clase dominante, hegemonía y modos de acumulación. La reconfiguración de las relaciones de fuerza en el interior de la burguesía durante la crisis y salida de la convertibilidad (1998-2003)*. Tesis de doctorado inédita. FLACSO Argentina, Buenos Aires, 2010, p. 155.

¹⁰ Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de la República Argentina (1999, p. 11)

17,7% en el 2001 al 24,4% del total exportado desde Argentina en 2007¹¹. En otras palabras, uno de cada cuatro dólares que ingresaba al país, correspondían al complejo sojero. Hecho que marca claramente el poder de fuego que adquiriría esta fracción si se toma en cuenta las raquíticas reservas del BCRA durante varios años, luego de pasada la crisis económica y la situación de *default* que alejaba a Argentina de poder acceder al financiamiento externo¹².

2. La “nueva” política exterior de Argentina y su relación con China

Desde la óptica de Miranda se subraya que:

“... la política exterior de la administración interina estuvo muy atada a la coyuntura argentina, es decir, fue una política exterior en situación. No obstante, el canciller Carlos Ruckauf intentó innovar y habló de llevar a cabo una política exterior de poligamia con los distintos continentes. Esta extraña expresión diplomática que buscó identificar al MERCOSUR, Europa, Asia y África como los objetivos de la política exterior del gobierno nacional, se utilizó, ante todo, para diferenciarse de las relaciones carnales que se habían propiciado con Estados Unidos durante el gobierno de Menem”¹³.

Evidentemente el peso específico de China continental se había expandido a nivel regional y mundial, aspecto que la dirigencia política argentina no podía esquivar, tanto por la relevancia que había adquirido como socio comercial, como por su valor de aliado político para que Argentina obtuviera apoyo en las diferentes instituciones internacionales y, así, estar lo mejor posicionada posible en lo que iba a ser la negociación de la mayor deuda externa en *default* de una nación periférica.

A pesar de que China se constituía como el segundo país con mayor reservas a nivel internacional, la dirigencia política argentina no encontró forma de seducir a los funcionarios chinos para comprar títulos públicos argentinos, previo acercamiento por parte del Canciller Bielsa con el ministro de Comercio Bo Xi Lai, y de la Ministra de Economía Felisa Micelli con Zhou Xiao Chuan, Presidente del

un complejo exportador (por ejemplo el sojero, el automotriz, etc.) es el conjunto de productos que están vinculados a una misma cadena productiva. Los productos que compone el complejo exportador sojero son los porotos de soja, el aceite de soja, los pellets y la harina derivada del mismo.

¹¹ VARESI, Gastón Á., “El circuito productivo sojero argentino en el modelo posconvertibilidad: Una aproximación desde el enfoque de análisis regional” en *revista CDC*, vol. 27, n°74, 2010, p. 22.

¹² Hacia finales del 2001 Argentina y las reservas en el Banco Central habían sufrido un sistemático drenaje y fuga de capitales, lo que derivó en poco tiempo en una corrida bancaria y en peticiones de ayuda reiterados al Fondo Monetario Internacional. Finalmente las reservas en tenencia del Banco Central a comienzos del 2002 eran menos de 11 mil millones de dólares. Siendo que Argentina había entrado en cesación de pagos con los tenedores internacionales privados de su deuda, la única manera viable para obtener moneda fuerte, era a través de los sectores exportadores en Argentina. De ahí el gran poder de negociación que adquirirá esta fracción.

¹³ Citado en: LECHINI, Gladys, “La cooperación Sur-Sur como herramienta de inserción internacional” en Oviedo, Eduardo D. (comp.) *Pensar las relaciones argentino-chinas en el Bicentenario de la República Argentina*, Ed. De la Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2010, ps. 29-47.

Banco Central de China. Solamente se obtuvo el apoyo de esta nación dentro del FMI y demás organismos internacionales. Un gesto de importante valor simbólico a nivel internacional, pero de escasa “materialidad” dentro del FMI debido a la pequeña cuota de participación.

En este marco se puede entender el cambio de posicionamiento de Argentina en torno a la cuestión de Taiwán, pasando del principio de no intervención en asuntos internos, a reconocer el principio de “una sola China”; posición que lo aleja de Taiwán y que posiciona favorablemente a la RPCh¹⁴, siendo la única de las dos partes que persiste con este principio¹⁵. De esta manera, el Gobierno de Eduardo Duhalde marca una política de acercamiento que será sostenida por las siguientes administraciones, pero que también puede ser entendido como una “sobreactuación” de Argentina. A este gesto político se suma el apoyo a la RPCh. en las Naciones Unidas sobre la cuestión del Tíbet y los derechos humanos. Por el lado del país asiático, se expresó el apoyo a la reivindicación argentina de la soberanía sobre las islas Malvinas.

La muy buena relación que había establecido la dirigencia política de Argentina en su vinculación con China, permitió estar en excelentes condiciones con este comprador de *commodities*. Hay que recordar que una buena parte de los productos que “inundaron” el mercado interno argentino eran de origen chino. Junto a esto, se transformó en un proveedor muy barato de glifosato, usado para los cultivos de la soja RR¹⁶, a precio de *dumping* (se había iniciado una investigación por *dumping* por parte del Gobierno argentino que luego se cerraría por presión del sector rural).

Como condición necesaria para el gran salto exportador del complejo sojero —junto con la demanda china— se profundizaron las políticas gubernamentales que dieron marco a un dinámico proceso de sojización. En este sentido se puede afirmar que, frente a una demanda externa del gigante asiático, se empalmó con las políticas públicas de Duhalde y el siguiente presidente, Néstor Kirchner, quién continuó con el proceso instaurado en el período neoliberal de los noventa.

Con esta nueva y compleja configuración se presenta el fenómeno del neo-extractivismo agrícola, basado fundamentalmente en un marco de la explotación de un recurso natural, en este caso el monocultivo de soja que tiene como principal

¹⁴ Taiwán ha cambiado de estrategia a principios de los noventa, permitiendo el “doble reconocimiento”, mientras que la RPCh. se mantiene con el principio de “una sola China”. Por lo general aquellas naciones que quieren mantener lazos comerciales con Taiwán, recurren al “modelo japonés” que consta de mantener el vínculo a través de una Oficina Económica y Cultural, sin reconocer oficialmente a Taipei como estado soberano

¹⁵ El embajador argentino frente a las Naciones Unidas en 1972 sostiene que el asunto de Taiwán está dentro de la esfera de política interna del estado chino y no requería una expresión por parte de Argentina.

¹⁶ La soja RR (*Soja Round up Ready*) es el nombre comercial de una soja genéticamente modificada y cuya patente está en manos de la transnacional Monsanto. Para este tema ver PIERRI, José y ABRAMOVSKY, Marcelo, “Legislaciones de patentes de semilla y uso de insumos en la producción de soja en la Argentina y en Estados Unidos 1990/2006” en *Revista Realidad Económica* n° 244, 2009.

destino —más del 95%— los mercados externos¹⁷.

Extractivismo en el sentido que remueve importantes volúmenes de materia prima o escasamente procesada, con destino a la exportación, constituyendo uno de los pilares de la estrategia de desarrollo de los gobiernos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández de Kirchner. Si bien estos gobiernos son “herederos” de un proceso iniciado en los noventa, no se encuentra evidencia empírica que indique que se ha iniciado un camino para desandararlo.

Este tipo de explotación posee fuerte vinculación con los actores transnacionales, desde el mismo momento que la tierra se ultra-mercantiliza, la explotación tiene un fuerte componente de actores extra-agrarios (*pools*, fondos de inversión, sociedades anónimas, contratistas), el “paquete tecnológico” es provisto por transnacionales (semillas, herbicidas, fertilizantes, maquinarias) y su comercialización se encuentra profundamente transnacionalizada y concentrada¹⁸, por medio de subsidiarias de éstas últimas. Todos estos elementos ponen sobre relieve el carácter dependiente de la vinculación de esta explotación en el ámbito internacional.

Aspecto que por otra parte deriva en considerar el importante poder que emerge de China como gran comprador de esta explotación agrícola que posee la fracción agro-exportadora al interior de Argentina. El poder del gigante asiático como principal comprador de este *commoditie* en escala mundial pone en evidencia el carácter oligopsónico¹⁹, y la capacidad para marcar ciertos márgenes de negociación, a pesar que eventualmente las ventas de la soja pueden ser canalizadas hacia otros demandantes, pero asumiendo costos de triangulación o una baja del precio del mismo.

3. China, la OMC y la antesala al reconocimiento como “economía de mercado”

En 2002 la devaluación del peso argentino hizo de barrera proteccionista —frente

¹⁷ GUDYNAS, Eduardo “Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual” en Varios autores, *Extractivismo, política y sociedad*, CAAP y CLAES, Quito, 2009, p. 188.

¹⁸ Andrés López y Daniela Ramos destacan que “Por otra parte, la escasa diversificación de las exportaciones a China también se traslada al plano de las empresas. Solamente 20 firmas explican casi el 90% de las ventas al gigante asiático, mientras que a nivel del comercio total de la Argentina el porcentaje respectivo es 50%”. En LÓPEZ, A. y RAMOS, D., *A la sombra del gigante chino: ¿hay lugar para la Argentina en el nuevo mundo?* En Boletín Techint Nro. Mayo-Agosto. 326, 2008. Disponible en [http://www.boletintechint.com/boin/OpenFile.asp?file=\\virtualfs1\datos1\\$\BOIN\pdf\AR788.pdf](http://www.boletintechint.com/boin/OpenFile.asp?file=\\virtualfs1\datos1$\BOIN\pdf\AR788.pdf)

¹⁹ La Real Academia Española define oligopsonio como: “Situación comercial en que es muy reducido el número de compradores de determinado producto o servicio”. El caso extremo es el monopsonio donde sólo hay un único comprador. Roberto Bouzas destaca que “En el caso de los porotos y del aceite de soja, en 2006 el mercado chino absorbió, respectivamente, el 80.4% y el 23.1% de las exportaciones argentinas totales de esos productos (en comparación con el 68.6% y el 2.9% registrados en 2000)”. BOUZAS, Roberto, “China y Argentina: relaciones económicas bilaterales e interacciones globales” en Arturo Oropeza García (Coord.) *China-Latinoamérica: una visión sobre el nuevo papel de China en la región*, DF: Universidad Autónoma de México, 2008, p. 285. Disponible (14/10/2010) en: <http://www.bibliojuridica.org/libros/6/2702/15.pdf>

a los productos importados— para la alicaída industria volcada al mercado interno, y que había tenido que resistir la competencia de los productos extranjeros en la década del noventa, muchos de ellos de origen chino. Pese a esta barrera natural propia de una gran devaluación, las manufacturas chinas que lograban ingresar al mercado interno comenzaron a sufrir las medidas *antidumping*.

La opción de aplicar medidas *antidumping*²⁰ frente a la entrada de productos chinos fue una herramienta por la que la Unión Industrial Argentina (UIA)²¹ presionaba a la dirigencia política para que fuese aplicada con mayor asiduidad. Pero este tipo de medidas eran “peligrosas” para los intereses de la burguesía exportadora (rural, industrial y sector petrolero) en la medida que podrían ver frenadas sus exportaciones en la fronteras chinas, como represalia por las medidas *antidumping*.

Desde el 2001 hasta el 2004 inclusive, en promedio, del total de medidas *antidumping* utilizadas, el 37% fueron dirigidas a manufacturas chinas. Desde el 2005 hasta el año 2010 inclusive, el promedio de medidas *antidumping* dirigidas a las importaciones desde China representaron un 66,4%.

²⁰ Carla Oliva subraya que: “Si a partir de una investigación se verifica la existencia de dumping y se demuestra que éste daña o amenaza con dañar a una industria nacional, el país en cuestión puede aplicar medidas antidumping equivalente al margen del dumping calculado, que se suma al arancel de importación a ser abonado para ingresar la mercadería en el territorio aduanero”. OLIVA, Carla V., “China y América Latina. Las posibilidades de un desarrollo armónico” en *Res Diplomática* (RD) en *Revista del Instituto del Servicio Exterior de la Nación*, Segunda Época, n° 3, 2009, p. 60.

²¹ Los sectores argentinos que pueden ser incluidos, son los productores de textiles, juguetes y calzado. Y los productos como ciclomotores, bicicletas, elementos pirotécnicos, máquinas-herramientas, lápices, candados, cubiertos, naipes, hornos microondas, grifería, termos, cañería/tubería y acondicionadores de aire entre otros. José Luis León-Manríquez advierte que: “En los países sudamericanos que han logrado beneficiarse del crecimiento chino existen altas expectativas sobre el futuro de la relación. Con excepción de asociaciones empresariales como la Unión Industrial Argentina o la Federación de Industrias del Estado de San Pablo, importantes sectores de la sociedad civil y el Estado perciben a China como un elemento clave para el desarrollo nacional y la diversificación de sus vínculos con el exterior. Tanto los titulares de los periódicos como los pronunciamientos *on* y *off the record* de diplomáticos y funcionarios públicos tienden a mostrar un gran optimismo sobre el futuro de los vínculos bilaterales”. En LEÓN-MANRÍQUEZ, José L., “China-América Latina: una relación económica diferenciada” en *El desafío chino. Revista Nueva Sociedad*, n° 203, Mayo/Junio 2006, p. 40.

Tabla 1. Cantidad de medidas antidumping y salvaguardias de Argentina ante la República Popular China y mundo

	M. anti-dumping	M. antidumping	% aplicadas a RPCh. Frente al total	Salvaguardias	Salvaguardias
Año	ante RPCh.	ante Mundo		ante RPCh.	ante Mundo
2001	8	15	53,3		
2002	1	3	33,3		
2003	2	9	22,2		
2004	6	15	40,0		
2005	6	13	46,2		
2006	9	13	69,2	Todos menos Mercosur	Todos menos Mercosur
2007	12	19	63,2		
2008	6	12	50,0	1	
2009	15	18	83,3		
2010	2	10	20,0		

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Comisión Nacional de Comercio Exterior de Argentina.

El Gobierno chino entendió que la manera de frenar o por lo menos dificultar la aplicación de este tipo de bloqueo a sus productos era que fuese reconocida como economía de mercado, en reemplazo del entonces economía en transición²². Ésta última consideración le permitía al país importador evitar tomar los precios internos de la economía china para comprobar el *dumping* en la metodología de la investigación.

La estrategia china no solamente beneficiaría a los intereses de esta nación sino que se abría una puerta de mayores posibilidades de exportación por parte de la burguesía argentina vinculada a este mercado, al tiempo que ponía un *corsé* a la burguesía industrial vinculada al mercado interno²³.

²² Diana Tussie (2006:13) expresa que "El Protocolo prevé que los países miembros de la OMC pueden utilizar la condición de economía que no es de mercado por un período de 15 años, esto es, hasta el año 2017. La comparación entre los precios (bajos) de exportación de China y los "valores normales" determinados a partir de países sustitutos, tiene como consecuencia la obtención de un margen de dumping más elevado que el que resulta de aplicar los precios y costos vigentes en China.". En TUSSIE, Diana, *La Organización Mundial de Comercio: ¿cuál es la gravitación de sus restricciones y exigencias?* En Plan Fenix, Documentos de trabajo, Buenos Aires, 2006, p. 13. Disponible (20/03/2011) en: <http://www.econ.uba.ar/planfenix/docnews/II/Condicionalidades%20de%20la%20OMC/Tussie.pdf> en pág 1 a 18.

²³ Los intereses de China en este tema son atendidos por primera vez en un documento oficial por parte de la dirigencia política argentina en el Palacio San Martín el 18 de octubre de 2002, por parte del Ministro de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, Carlos Ruckauf, con su homólogo Tang Jia Xuan. Ver: Comunicado de Prensa conjunto con motivo de la visita del Ministro de Relaciones Exteriores de la República Popular China.

Disponible (25/06/2011) en: <http://www.mrecic.gov.ar/portal/prensa/comunicado.php?buscar=339>

4. Asunción de Kirchner y mantenimiento de las relaciones con China

Luego del adelantamiento del llamado a elección presidencial por parte de Eduardo Duhalde como presidente interino²⁴, gana en segunda vuelta el gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner con el 22% de los votos, tras quedar como único candidato en el *ballotage*, luego que el ex-presidente Menem da un paso al costado en esta segunda vuelta. De esta manera Kirchner se convierte en presidente con ejercicio de su mandato entre el 25 de mayo de 2003 y el 10 de diciembre de 2007.

Tras la asunción el flamante gobierno de Néstor Kirchner despliega una importante política con China para reforzar el buen vínculo, al punto tal que este país será el único destino de visita de toda Asia en su mandato. En dicho viaje se firmaron los protocolos fitosanitarios para la exportación de cítricos como naranjas, mandarinas y pomelos, excluyendo los limones que quedaron sujetos a un estudio. Miguel Velloso, cónsul argentino en Shanghái²⁵, afirmaba que desde la visita del Presidente Néstor Kirchner cerca de mil hombres de negocios viajaron a la Argentina desde Julio²⁶.

Por otro lado, la parte Argentina y China reafirmaron apoyos mutuos en el tema de Malvinas y la cuestión de Taiwán; así como el compromiso chino de continuar acompañando al Gobierno argentino en sus negociaciones en los organismos internacionales de créditos. La dirigencia política de Argentina comprometió su voluntad para evaluar de manera positiva el reconocimiento de China como economía de mercado.

5. Avance del complejo sojero y la fracción agro-exportadora

Junto a la demanda china y con el aumento de los precios de la soja, el ordenamiento jurídico institucional dio paso al raudo avance del complejo sojero de mano de la fracción agrícola-exportadora²⁷. Pese a la aplicación de retenciones²⁸ desde los inicios mismos de la salida de la convertibilidad, el sector agro-exportador continuó apropiándose de buena parte de la renta. Mientras que los márgenes de renta

²⁴ Junto con los pedidos de adelantamiento de las elecciones presidenciales por parte de la burguesía rural, se sumaron las voces de los gobernadores y legisladores. El gobierno provisional venía haciendo equilibrio en el medio de un convulsionado ambiente social. El dramático desenlace de los asesinatos de dos piqueteros —Kostecki y Santillán— en el marco de una fuerte represión por parte de la policía federal en una movilización hacia el Puente Pueyrredón el 26 de julio, precipitó los tiempos políticos. Las elecciones se adelantaron para marzo, con la entrega del poder en mayo del 2003.

²⁵ El consulado con jurisdicción en Shanghái comprende a Shanghái, Zhejiang, Jiangsu y Anhui.

²⁶ *Diario La Nación*, edición del 19-07-2005.

²⁷ Nicolás Arceo (2011:1) afirma que con el nuevo esquema de la posconvertibilidad "... se profundizó dicho proceso pasando la superficie destinada a la producción de cereales y oleaginosas desde las 26,3 millones de hectáreas en la campaña 2000/01 a casi 30 millones de hectáreas en la campaña 2009/10. Este proceso se sustentó en un notorio incremento en la rentabilidad de la producción agrícola y, en particular, de la sojera que pasó a representar casi el 62% del área sembrada en la última campaña mencionada". En ARCEO, Nicolás, "La consolidación de la expansión agraria en la posconvertibilidad" en *Revista Realidad Económica*, 2011, p. 1. Disponible (25/1/2011) en: <http://www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=3302>

²⁸ Derechos de exportación que cobra el estado a los exportadores de ciertos productos con bajo nivel de elaboración

promedio rondaban los 209 dólares por hectárea en la época de la convertibilidad, luego de la devaluación y hasta el 2010 se llegó hasta los 272 dólares constantes por hectárea. De todas maneras, estas cifras no hacen palmaria el gran poder adquisitivo local que adquirió esta fracción. Así, mientras que la ganancia extraordinaria promedio por hectárea era de 581 pesos durante el régimen de convertibilidad, el mismo trepó a los 1432 pesos durante 2002-2010²⁹. Este dato revela que la alta rentabilidad del sector se explica por la política económica impulsada por el Gobierno, primero en manos de Duhalde, luego de Néstor Kirchner y seguido por Cristina Fernández de Kirchner, sustentado en un dólar alto.

Junto a este fenómeno, existió un proceso de valorización de las tierras agrícolas y una reconversión a este cultivo en detrimento de otras actividades agrícolas-ganaderas, afectando notablemente el ambiente —por el desmonte sufrido— y la expulsión de campesinos originarios de las tierras. Por otra parte debe tenerse en cuenta que el rendimiento del monocultivo se incrementó de manera notable, gracias al paquete tecnológico aplicado, pasando de promediar las dos toneladas por hectárea sembrada hasta llegar a un piso de tres toneladas por hectárea y con picos de rendimiento de 4tn/ha.

En cuanto al rol de la fracción agro-exportadora, Varesi describe que:

“...en la configuración del modelo posconvertibilidad el impulso que ha cobrado esta orientación exportadora ha permitido alcanzar un considerable superávit comercial que junto al superávit fiscal, favorecido vía retenciones a las exportaciones, configuran los dos pilares de estabilidad del modelo. Otro factor relevante es que esta fracción productora de bienes transables fue, en términos globales, la principal beneficiaria del proceso inflacionario en tanto sus precios presentan aumentos por sobre los precios exhibidos por el resto de las fracciones dominantes y subalternas”³⁰.

Este aspecto merece dos consideraciones adicionales. Por un lado, esta fracción tiene la apropiación de la renta vinculada a los ciclos externos —exportación principalmente concentrada a China— que a los ciclos internos relacionados con los procesos de acumulación en el mercado local. Y por otra parte, y complementario con esto último, este factor lo va a alejar cada vez más de la fracción mercado internista que tiene sus intereses fuertemente volcados a la dinámica interna y de una expansión del consumo bajo cierto control de la inflación local.

La relación de la burguesía rural se comenzaba a tensar con la burguesía industrial y el Gobierno. El retraso o la negativa por parte de los agro-exportadores para liquidar divisas se fue convirtiendo en una medida extorsiva o de veto, que se consolidó fuertemente con China como socio comercial.

²⁹ ARCEO, Nicolás, “La consolidación...”, *op. cit.*, p. 2.

³⁰ VARESI, Gastón Á., “El circuito productivo...”, *op. cit.*, p. 11.

6. Reconocimiento como “economía de mercado”

A fines de 2001 la RPCh. logra la adhesión a la Organización Mundial de Comercio, motivo por el cual el presidente Hu-Jintao comenzará en 2004 una larga visita por América Latina en aras de conseguir el reconocimiento como economía de mercado. En una reunión del más alto nivel entre el Presidente Kirchner y Hu, se negoció bilateralmente —como también lo hizo Brasil— el reconocimiento de China como economía de mercado. Quedó plasmado el 17 de noviembre de 2004 por el Memorándum de Entendimiento sobre la Cooperación en Materia de Comercio e Inversiones firmado por el Canciller Rafael Bielsa y su homólogo, Li Zhao Xing. Esto limitaba al estado nacional en defender al sector industrial menos competitivo, en la medida que desde el reconocimiento, las investigaciones por *dumping* debían tomar como precio de referencia los precios internos de china y no los de un tercer país³¹.

En dicho acuerdo y junto con los beneficios materiales para la fracción exportadora, surgieron las promesas de futuras inversiones, especialmente volcadas a infraestructuras para mejorar y hacer más eficientes los procesos extractivos y de flete de los *commodities* que compraba China. Aquí se manifestaba la estrategia de los dirigentes chinos de “vender futuro”. Es decir, conseguir en la negociación bilateral beneficios concretos a cambio de promesas. Y desde lo declarativo, esta nación elevó el rango de vinculación con Argentina al de “relación estratégica”³². Calificación que forma parte de las imágenes chinas y que sirven para reforzar el consenso y construir el discurso, funcionales a los sectores del capital directamente beneficiados – fracciones exportadoras -, pero que apelan a estos elementos discursivos.

7. Flujos comerciales e inconsistencia con los acuerdos firmados

Luego del pico de superávit en 2003 del orden de los 1.758 millones de dólares, comenzó a disminuir a media que crecieron las importaciones chinas con destino a suelo argentino. En sólo dos años (entre 2002 y 2004) la variación del crecimiento fue de más del 212%; y entre 2005 y 2007 lo hicieron a más del 167%. Como se observa en el cuadro con las variaciones porcentuales, las exportaciones argentinas también han crecido a un ritmo más que interesante, pero no lo suficiente como para evitar que la balanza entre las naciones marcara nuevamente rojo para Argentina en 2008 con 749 millones de dólares. Este abrupto pasaje de 74 millones de saldo positivo a saldo negativo de 749 millones (variación de 1.112,16 %) dejó en evidencia la gran volatilidad presente en los flujos comerciales entre ambas naciones, pero especialmente en la canasta exportadora de Argentina.

³¹ En este sentido, a pesar que el Protocolo de Adhesión habilitaba a otorgar un reconocimiento como “economía de mercado” de manera sectorial, como lo hizo Canadá en su negociación con China; en el caso de Argentina el reconocimiento fue pleno, exponiendo a todos los sectores.

³² Para un desarrollo sobre el concepto de “asociación estratégica ver ROCHA PINO, Manuel de Jesús, “China en transformación: la doctrina del desarrollo pacífico” en *Foro Internacional*, C. 46, n° 4 (186) (oct.-dic. 2006). Disponible (10/02/2011) en: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/D5FFP5M3RGSVSEPS8BVBMBHI7LESGR6.pdf p. 704 y sgtes.

Tabla 2. Balanza comercial con República Popular China y variaciones porcentuales - Expresado en millones de dólares estadounidenses

Período	Exportaciones FOB	Variación % anual expo	Importaciones CIF	Variación % anual impo	Balance	Variación % balance anual
2001	1.122	40,95%	1066	-7,79%	56	-115,56%
2002	1.092	-2,67%	330	-69,04%	762	1260,71%
2003	2.478	126,92%	720	118,18%	1758	130,71%
2004	2.630	6,13%	1400	94,44%	1230	-30,03%
2005	3.154	19,92%	1528	9,14%	1626	32,20%
2006	3.475	10,18%	3121	104,25%	354	-78,23%
2007	5.166	48,66%	5092	63,15%	74	-79,10%
2008	6.354	23,00%	7103	39,49%	-749	-1112,16%
2009	3.668	-42,27%	5384	-24,20%	-1716	129,11%
2010	6.076	65,65%	6949	29,07%	-873	-49,13%

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC y Base de datos de estadísticas de comercio de Bienes (COMTRADE), Naciones Unidas.

Los datos aportados por el INDEC y COMTRADE dan cuenta del incumplimiento de lo acordado entre la República Argentina y la República Popular China, en el artículo 2 del Memorándum de Entendimiento, donde se estipula que:

“Ambas partes expresan su satisfacción por el fuerte crecimiento del comercio bilateral en los últimos años y acuerdan continuar trabajando para crear condiciones favorables para la competencia leal de empresas chinas y argentinas, a fin de que, en base al mantenimiento de las buenas tendencias del desarrollo de las dos economías, el valor anual de las exportaciones argentinas se incremente sobre el nivel actual, al menos en cuatro mil millones de dólares en un período de cinco años”.

El Gobierno de Kirchner comenzó a sentir las presiones por parte de la burguesía mercado internista para que se iniciaran investigaciones por *dumping* sobre 19 productos provenientes de China, mientras que la fracción agro-exportadora veía que el volumen de ventas al gigante no estaba en consonancia con lo acordado. Esta realidad se reflejaba en los números donde en el año 2005 las exportaciones con destino a China habían aumentado un 19,92% y al año siguiente un poco más del 10%. Este crecimiento contrasta con los porcentajes en que crecieron las importaciones de origen chino, donde en el 2005 lo hicieron en un 9,14% para luego pegar un salto y crecer el 104,25%.

En octubre de 2006 viaja el Canciller Taiana y el Vicepresidente Daniel Scioli en búsqueda de reforzar los vínculos políticos y poder lograr que se respeten los acuerdos firmados en el Memorándum de entendimiento en 2004. Sin embargo no se llegó a ningún acuerdo, al punto que Alfredo Chiaradía, Secretario de Relaciones

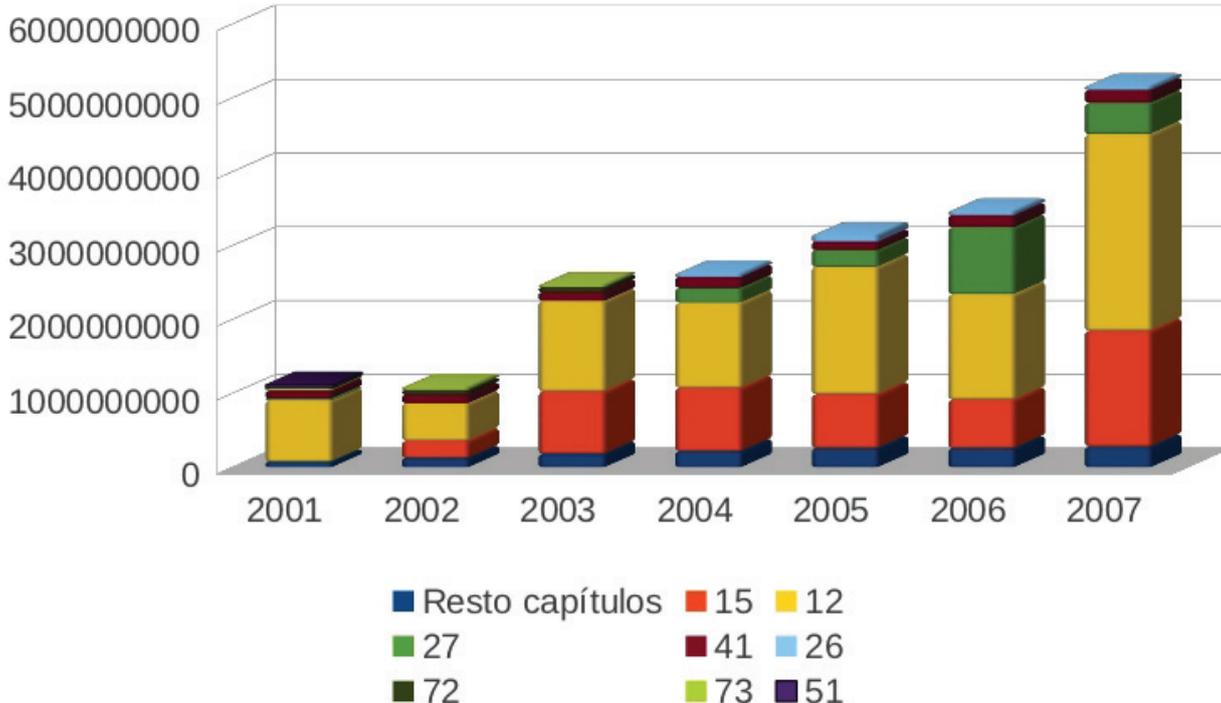
Económicas Internacionales de la cancillería, manifestó que la relación estaba en “punto de colisión”. Y a ello se sumaba la discrepancia que existía entre los datos que se manejan desde Argentina y el Ministerio de Comercio de China.

8. Complejo sojero como piedra angular de las exportaciones a China

En el período 2001–2009 se puede observar en el gráfico que la concentración de las exportaciones es mayor. Es decir, por un lado hay un aumento del flujo exportador, pero el mayor monto de lo exportado se concentra en menos productos

Los capítulos 12, 15 y 27 en el período 2001–2009 representan el 66% de todo lo exportado. Esto significa que porotos y aceite de soja, junto con petróleo crudo representan 2/3 de las exportaciones argentinas a China. En este sentido, se puede aseverar que existió un aumento de lo exportado que se fue concentrando en menos productos, especialmente *commodities*. Detrás de estos números se encuentra la fracción agro-exportadora y las empresas petroleras, que pudieron vehicular sus intereses para que fueran tomados en cuenta cuando la dirigencia política argentina se sentó a negociar en 2004 el reconocimiento de China como economía de mercado.

Gráfico 1. Exportaciones a China. Cinco principales productos por año (en US\$) 2001-2007



Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC y Base de datos de estadísticas de comercio de Bienes (COMTRADE), Naciones Unidas.

Tabla 3. Nomenclatura del sistema armonizado

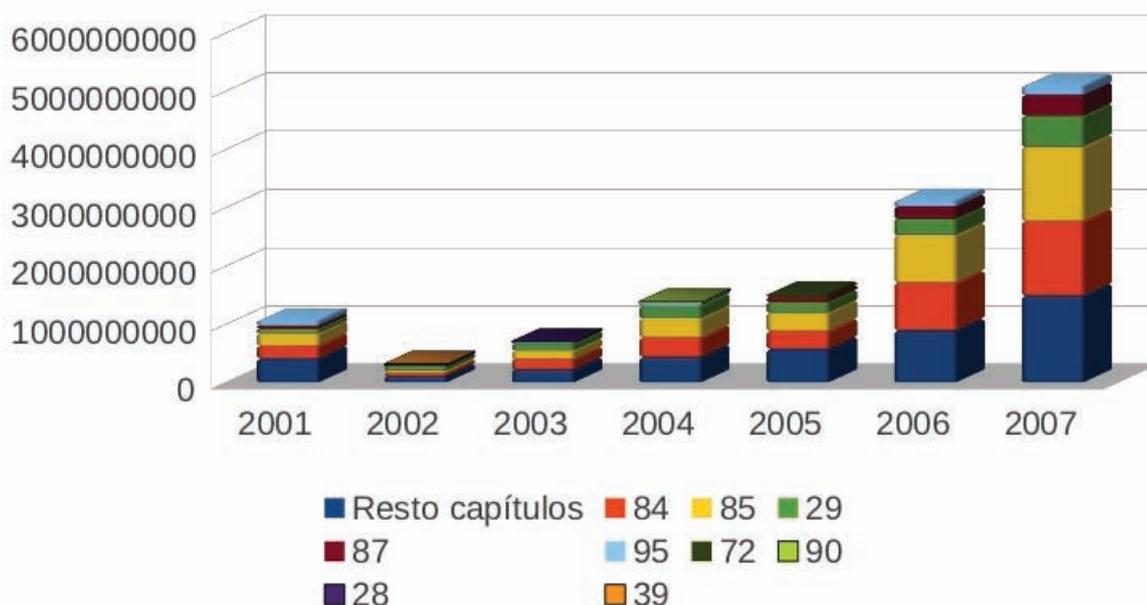
Capítulo	Descripción
15	Grasas y aceites animales o vegetales; productos de su desdoblamiento; grasas alimenticias elaboradas; ceras de origen animal o vegetal.
12	Semillas y frutos oleaginosos, semillas y frutos diversos; plantas industriales o medicinales; paja y forrajes.
27	Combustibles minerales, aceites minerales y productos de su destilación; materias bituminosas; ceras minerales
41	Pieles (excepto la peletería) y cueros
26	Minerales metalíferos, escorias y cenizas
72	Fundición, hierro y acero
73	Manufacturas de fundición, hierro o acero
51	Lana y pelo fino u ordinario; hilados y tejidos de crin
23	Residuos y desperdicios de las industrias alimentarias; alimentos preparados para animales
3	Pescados y crustáceos, moluscos y otros invertebrados acuáticos
52	Algodón
10	Cereales

9. Penetración de importaciones chinas y tensiones con la burguesía mercado internista

Las importaciones de origen chino corresponden en su mayoría a manufacturas industriales, ocupando un lugar considerable el Glifosato y su sal representado por el capítulo 29.

Para el período 2001–2009 hay una mayor concentración por capítulo, siendo el 84, 85 y 29 los preponderantes por sobre el resto. Teniendo en cuenta esto, se destaca el alto porcentaje que ocupa “el resto” de los capítulos, comparativamente con lo que ocupa en las exportaciones.

Gráfico 2. Importaciones desde China. Cinco principales productos por año (en US\$) 2001-2007



Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC y Base de datos de estadísticas de comercio de Bienes (COMTRADE), Naciones Unidas.

Tabla 4. Nomenclatura del sistema armonizado

Capítulo	Descripción
84	Reactores nucleares, calderas, máquinas, aparatos y artefactos mecánicos; partes de estas máquinas o aparatos
85	Máquinas, aparatos y material eléctrico y sus partes; aparatos de grabación o de reproducción del sonido, aparatos de grabación o de reproducción de imágenes.
29	Productos químicos orgánicos (Glifosato y su sal de monoisopropilamina)
87	Vehículos automóviles, tractores, velocípedos y demás vehículos terrestres, sus partes y accesorios
95	Juguetes, juegos y artículos para recreo o deporte; sus partes y accesorios
72	Fundición, hierro y acero
90	Instrumentos y aparatos de óptica, fotografía o cinematografía, de medida, de control o precisión; instrumentos y aparatos médico-quirúrgicos; partes y accesorios de estos instrumentos o aparatos
28	Productos químicos inorgánicos; compuestos inorgánicos u orgánicos de metales preciosos, de elementos radioactivos, de metales de las tierras raras o de isótopos
39	Plástico y sus manufacturas
64	Calzados, polainas y artículos análogos; partes de estos artículos
62	Prendas y complementos (accesorios) de vestir, excepto los de punto
55	Las demás fibras textiles vegetales; hilados de papel y tejidos de hilados de papel

10. Agudización de las tensiones China-Argentina y presión de la burguesía industrial

Las tensiones que se expresaron con la firma del Memorándum de entendimiento en 2004 fueron adquiriendo “densidad” en los siguientes años, a medida que se iba acortando el superávit comercial a favor de Argentina y las manufacturas locales encontraban mayor competencia por parte de las importaciones de manufacturas chinas.

Roberto Bouzas remarca que:

“... el gobierno argentino recurrió a una batería de medidas para restringir las importaciones desde China (y otros países asiáticos) para diez sectores de actividad. Entre estas medidas destacan: a) la aplicación de licencias no automáticas de importación para productos de maquinaria de plástico y textil y capelladas para calzado; b) nuevos requisitos técnicos para los neumáticos y las llantas; c) la creación de “aduanas especializadas” para calzado, textiles, juguetes, bicicletas y sus partes, informática y electrónica, relojes, ferretería y herramientas; y d) mayores requisitos documentales y procedimientos aduaneros más rigurosos para las importaciones provenientes de China y otros países de Asia”³³.

Estas medidas trajeron consigo el descontento de las autoridades chinas que, a fines del mismo mes, recriminaron por la ausencia de notificación previa, la falta de transparencia y el carácter discriminatorio de las acciones tomadas. Aunque los roces no fueron en escalada, evidenciaron las tensiones inherentes en el tipo de vinculación entre Argentina y China.

La política cambiaria de un dólar alto no era suficiente barrera para contener la entrada de productos chinos, inclusive del principal socio comercial, Brasil. Es por ello que la burguesía comercial argentina, vinculada al mercado interno, pidió al Gobierno la aplicación de trabas a la entrada de varias manufacturas chinas, sobre todo en el rubro de calzado, textiles y juguetes.

Andrés López y Daniela Ramos destacaban que desde 2003 a 2008:

“... hay indicios que sugieren que el comercio con China fue, en promedio, destructor de empleo. Este resultado no sorprende si se tiene en cuenta que: i) China ha venido ganando lugar en las importaciones argentinas, a expensas del resto de los países y de la producción doméstica (especialmente en industrias trabajo-intensivas); ii) las exportaciones argentinas a China están concentradas en sectores relativamente poco

³³ BOUZAS, Roberto, “China y Argentina...”, *op. cit.*, p. 300.

intensivos en factor trabajo”³⁴.

En los años de la aplicación de un dólar alto, a la fracción industrial mercado internista, que logró recuperarse del anterior esquema de acumulación, no le fue posible hacerse competitiva en ese breve lapso. Este aspecto fue aprovechado por las manufacturas chinas para desplazar a Argentina como segundo proveedor del Brasil. Este aspecto también evidenció la falta de coordinación en el interior de MERCOSUR, de no llegar a acuerdos entre las dirigencias políticas que le permitieran políticas macroeconómicas, para negociar en conjunto el reconocimiento como “economía de mercado”. O por ejemplo con el manejo del tipo de cambio, o con el movimiento de los capitales “golondrina” y la variación de la tasa de interés. En cambio, se pusieron de acuerdo para resguardarse de una entrada indiscriminada de manufacturas, motivo por el cual subieron el AEC (arancel externo común) a varios productos. Esta medida fue rápidamente subida a la página del Ministerio de Comercio de la RPCh.

Por otra parte, algunos sectores o cámaras empresarias como la UIA y la Federacao das Indústrias do Estado de Sao Paulo (FIESP) acordaron establecer un monitoreo conjunto de los textiles provenientes de China.

11. Consideraciones finales

El cambio en la correlación de fuerzas dentro del bloque en el poder, ha permitido marcar un nuevo régimen de acumulación, beneficiando a los sectores de bienes transables, especialmente a los exportadores. Dentro de éste último sector, se encuentra la fracción agro-exportadora y las empresas petroleras que han encontrado en la vinculación con China un socio estratégico.

En este tipo de vinculación, las exportaciones del complejo sojero ocuparon un rol destacado al tiempo que fueron desplazando a otras actividades del rubro y de la canasta exportadora hacia China, tomando características de un modelo neo-extractivista y planteando dos cuestiones de gran sensibilidad —una de índole interna y otra externa— para Argentina. La interna deriva del hecho que el proceso de sojización como modelo neo-extractivista va camino de poner en riesgo la soberanía alimentaria y la salvaguarda de los recursos naturales y sociales, como son las poblaciones cercanas al mismo. El hecho de que este tipo de monocultivo de exportación se encuentre altamente concentrado en pocos actores económicos, y la mayoría de ellos transnacionalizados, marca el grado de asociación-dependiente en el que se encuentra Argentina. El riesgo externo se encuentra desde el mismo momento en que la soja transgénica es comprada en su gran mayoría por China (esto deja a la luz el proceso de *commoditización* en el que se encuentra el vínculo comercial con China) el principal demandante a nivel planetario. Y si bien

³⁴ LÓPEZ, Andrés y RAMOS, Daniela, “A la sombra del gigante chino: ¿hay lugar para la Argentina en el nuevo mundo?” en *Boletín Techint*, n° 226, 2008, p. 109. Disponible en: [http://www.boletintechint.com/boin/OpenFile.asp?file=\\virtualfs1\datos1\\$\BOIN\pdf\AR788.pdf](http://www.boletintechint.com/boin/OpenFile.asp?file=\\virtualfs1\datos1$\BOIN\pdf\AR788.pdf)

Argentina es un “gran jugador” en el mercado mundial de la soja, el poder de carácter oligopsonico de China marca los márgenes de negociación en los cuales se encuentra encerrada Argentina.

Una tercera reflexión —y como derivación del patrón de vinculación comercial con China— es la real fragilidad en la que se encuentra expuesta Argentina con este tipo de relación. Tanto por los vaivenes de las buenas y malas cosechas, como por la volatilidad y el deterioro de los precios de intercambio de los *commodities* agrícolas³⁵.

Como cuarto aspecto, se observa que el tipo de vinculación económica-comercial a partir de los productos importados y exportados entre ambas naciones, reproducen un patrón de comercio norte-sur; donde Argentina hace de proveedora de productos primarios (y su elaboración) y China coloca sus manufacturas.

En quinto lugar, el estatus de economía de mercado otorgado a China lleva a varias consideraciones necesarias. Así, demuestra un claro beneficio para las fracciones exportadoras argentinas, sobre todo para las vinculadas a las actividades agrícolas y sus derivados. Y relega a un lugar de subordinación —o de menor importancia— a la fracción burguesa mercado internista que debe enfrentar las manufacturas chinas en el mercado local con más limitaciones en las medidas *antidumping*. Asimismo, las medidas que el Gobierno argentino dispone para proteger los intereses de esta fracción se encuentran mucho más acotadas y con un coto temporal. Esto último deriva del hecho de que el memorándum de entendimiento contempla el período de vigencia y término, a partir del cual China puede ejercer —en caso que se mantuvieran las medidas de protección por parte de Argentina— medidas retorsivas³⁶.

³⁵ A pesar del alza de los precios de los *commodities*, sigue estando sólido el argumento del deterioro de los términos de intercambio. Consultar Freitas Barbosa (2011), Schvarzer y Tavosnanska (2007), Bolsa de Comercio de Rosario (2008), Massot (2008) y Furtado (2000). Para la perspectiva clásica ver Prebisch (1949) y Prebisch (1978). Un argumento más reciente del por qué seguirían subiendo los precios de los *commodities* es el *shock* de oferta por la demanda de China e India. Una respuesta que relativiza esta aseveración se basa en un informe de la FAO donde se revela que el consumo de granos a nivel mundial durante todo el 2010 creció algo menos del 2%. Como contrapartida, se apunta a una posible burbuja de los *commodities* generada por la especulación financiera a través de los mercados a futuro (Lukin, 2011:6 y 7). Otra explicación que se presenta como explicación al aumento de precios, es el auge de los biocombustibles. Tesis contestada desde el Informativo Semanal de la Bolsa de Comercio de Rosario (2008:5) donde se afirma que debido al alto porcentaje de subproductos, luego de la obtención del biocombustible, que son utilizados para la alimentación animal: “No se puede sostener con fundamento que el fuerte aumento que registraron la *commodities* agrícolas se deba, fundamentalmente, al incremento por la mencionada demanda extra para biocombustibles”

³⁶ Oviedo aclara que: “El decreto 1859 establece que el mecanismo de salvaguardias expirará doce años después de la entrada en vigor del protocolo. Sin embargo, salvo que exista acuerdo específico entre las partes, China dispondrá de medidas retorsivas si las salvaguardias aplicadas por la Argentina se mantienen en vigor más de dos años (en caso de adoptarse como resultado del aumento relativo de las importaciones) y tres años (en caso de aumento absoluto de las importaciones). El Protocolo de Adhesión en su artículo 16, inciso 6, faculta a China a suspender las concesiones u obligaciones equivalentes a las exportaciones argentinas. Por lo tanto, si bien el mecanismo expirará el 12 de diciembre de 2013, en término máximo, China podrá ejercer retorsión sobre productos argentinos a partir del año 2008. Por eso, el decreto 1860, que reglamenta las limitaciones a textiles y vestimentas provenientes de China, adopta la restricción cuantitativa de las importaciones con vigencia hasta el 31 de diciembre de 2008. Refiere a la aplicación de

Como séptimo aspecto, y bajo este marco de situación, el estado argentino no es árbitro neutral entre sectores exportadores e industriales, sino un actor que se encuentra en una relación compleja y contradictoria. Por un lado se beneficia en la recaudación por derechos de exportación (retenciones) con destino a China, que le permite implementar ciertos planes sociales de modo de mantener el consenso en la sociedad civil, sin necesidad de discutir en profundidad el modelo neo-extractivista; y como segunda cuestión —al tener una entrada de divisas importante— le permite mantener una política cambiaria de dólar alto, buscando que las exportaciones sean más competitivas. Si bien esto último se encuentra en consonancia con los intereses de la burguesía industrial mercado internista —y al Gobierno le interesa mantener o aumentar la demanda de trabajo dinamizando el mercado interno de consumo— el reconocimiento de China como economía de mercado coloca en situación de subordinación a este sector y pone en riesgo el mantenimiento de los puestos de trabajo que, desde lo retórico, dice defender.

El Gobierno ha implementado mayores medidas antidumping frente a la entrada de manufacturas chinas —por presión de los industriales nacionales— al tiempo que los sectores exportadores temen una acción por parte de la RPCh. por este tipo de medidas implementadas desde Argentina (temor que se confirmó en 2010 cuando el Gobierno de Pekín frenó por varios meses la compra de aceite de soja aduciendo un exceso de residuo de solvente).

En este contexto, los lazos comerciales chino-argentinos y la articulación con los sectores dirigentes y empresariales, plasman las presentes alianzas entre el gigantesco socio comercial y Argentina. La particularidad del discurso chino en esta materia se refleja en que ellos mismos se definen como una nación en vías de desarrollo, incluyéndose como un país del llamado Sur (*Global South*) y por lo tanto capaz de establecer relaciones Sur-Sur. Pero evidentemente la relación no es de pares. China se encuentra en posición superlativa para poder ejercer su influencia a través de diferentes canales.

Es así que se puede concluir que en este período, el comercio bilateral entre China y Argentina ha acentuado los rasgos de una relación de tipo norte-sur, con un fuerte protagonismo del complejo sojero. Frente a una lectura simplista donde se pone el foco únicamente en el “beneficio” de Argentina por el aumento de sus exportaciones, en este estudio se hicieron palmarias las tensiones internas desde los diferentes sectores económicos, así como la posición compleja y contradictoria que ocupa el Gobierno.

Aún quedan planteados muchos interrogantes sobre cómo, frente a la realidad de la emergencia de China, se podrán resolver las tensiones dentro de

licencias no automáticas para ambos sectores estipuladas en la Resolución 486/05 del Ministerio de Economía y Producción”. OVIEDO, Eduardo D., “Crisis del Multilateralismo...”, *op. cit.*, p. 13.

Argentina, sin que se vuelva a reeditar una vinculación asociada y dependiente en el orden económico internacional, pero con un nuevo socio.

Bibliografía

- ARCEO, Enrique y Basualdo, Eduardo M. "Las privatizaciones y la consolidación del capital en la economía argentina" en Azpiazu, Daniel (comp.) *Privatizaciones y poder económico. La consolidación de una sociedad excluyente*, Ed. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2002.
- ARCEO, Enrique, *Argentina en la periferia próspera. Renta internacional, dominación oligárquica y modo de acumulación*, Universidad Nacional de Quilmes, FLACSO/ IDEP, Buenos Aires, 2003.
- ARCEO, Nicolás, *Excedente. "La consolidación de la expansión agraria en la posconvertibilidad" en Revista Realidad Económica*, Ed. IADE, Buenos Aires, 2011. Disponible el 25/1/2011 en: <http://www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=3302>
- BOLSA DE COMERCIO DE ROSARIO, *La crisis financiera y las commodities agrícolas*. En Informativo Semanal, Año XXVI, nº 1.342, 2008.
- BOUZAS, Roberto, "China y Argentina: relaciones económicas bilaterales e interacciones globales" en Oropeza García, Arturo (Cord.) *China-Latinoamérica: una visión sobre el nuevo papel de China en la región*, DF: Universidad Autónoma de México, 2008, Disponible el 14/10/2010 en: <http://www.bibliojuridica.org/libros/6/2702/15.pdf>
- COMISIÓN NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR DE ARGENTINA, en http://www.cnce.gov.ar/Investigaciones/pw_investigacionesprincipal.php
- COMTRADE, United Nations Commodity Trade Statistics Database. <http://comtrade.un.org/>
- COMUNICADO DE PRENSA CONJUNTO CON MOTIVO DE LA VISITA DEL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE LA REPUBLICA POPULAR CHINA, SR. TANG JIAXUAN, A LA REPUBLICA ARGENTINA Disponible el 25/06/2011 en: <http://www.mrecic.gov.ar/portal/prensa/comunicado.php?buscar=339>
- DIARIO LA NACIÓN, Edición del 19-07-2005.
- FREITAS BARBOSA, Alexandre de, "China e América Latina na Nova Divisão Internacional do Trabalho" en Rodrigo Pimentel Ferreira Leão, Eduardo Costa Pinto" en Luciana Acioly (comp.) *A China na nova configuração global: impactos políticos e econômicos*, Ipea, Brasilia, 2011.
- FURTADO, Celso., *Introdução ao desenvolvimento: enfoque histórico-estrutural*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 2000
- GRAMSCI, Antonio, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.
- GUDYNAS, Eduardo "Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual" en *Extractivismo, política y sociedad* (varios autores), CAAP (Centro Andino Acción Popular) y CLAES, Quito, 2009.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA; Anuario de comercio exterior, Varios números, Buenos Aires
- LECHINI, Gladys, "La cooperación Sur-Sur como herramienta de inserción internacional" en Oviedo, Eduardo D. (comp.) *Pensar las relaciones argentino-chinas en el Bicentenario de la República Argentina*, Ed. de la Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2010.
- LEÓN-MANRÍQUEZ, José L., "China-América Latina: una relación económica diferenciada" en *El desafío chino. Revista Nueva Sociedad* nº 203, 2006.
- LIBMAN, Emiliano, *La Fragilidad Financiera en el Centro y la Periferia*, Congreso Anual de AEDA, 2009, Buenos Aires, 2009. Disponible el 28/06/2010 en: <http://www.ppge.>

- ufrgs.br/akb/encontros/2009/12.pdf
- LÓPEZ, Andrés y RAMOS, Daniela, "A la sombra del gigante chino: ¿hay lugar para la Argentina en el nuevo mundo?" en *Boletín Techint*, n° 326, 2008. Disponible en [http://www.boletintechint.com/boin/OpenFile.asp?file=\\virtualfs1\datos1\\$\BOIN\pdf\AR788.pdf](http://www.boletintechint.com/boin/OpenFile.asp?file=\\virtualfs1\datos1$\BOIN\pdf\AR788.pdf)
- MASSOT, Juan M., "Economía y Comercio" en Báez, G., Regúnaga, M., G., Ganduglia, F. Massot, J. M., *Diagnóstico y estrategias para la mejora de la competitividad de la agricultura argentina*, Ed. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), Buenos Aires, 2008.
- MEMORANDO de entendimiento entre la República Argentina y la República China.
- OLIVA, Carla V., "China y América Latina. Las posibilidades de un desarrollo armónico" en *Res Diplomática* (RD), Revista del Instituto del Servicio Exterior de la Nación, n° 3, 2009.
- OVIDO, Eduardo D. "El desafío de la República Argentina ante el crecimiento Asiático", Simposio Oportunidades y Desafíos de América Latina para un acercamiento con Asia. Banco Interamericano de Desarrollo, Fundación Okita, Woodrow Wilson Center e Instituto de Investigación Gino Germani, Buenos Aires, Octubre de 2004.
- OVIDO, Eduardo D., "Crisis del Multilateralismo y Auge de la diplomacia bilateral en la relación Mercosur-China", VI Reunión de la Red de Estudios de América Latina y el Caribe sobre Asia-Pacífico (REDEALAP-BID), 12 y 13 de octubre, 2005. Disponible el 12/06/2006 en: www.iadb.org/intal/aplicaciones/uploads/ponencias/Foro_REDEALAP_2005_16_Oviedo.pdf
- PIERRI, José y ABRAMOVSKY, "Marcelo, Legislaciones de patentes de semilla y uso de insumos en la producción de soja en la Argentina y en Estados Unidos 1990/2006" en *Revista Realidad Económica*, n° 244, 2009.
- POULANTZAS, Nicos, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, Siglo XXI, México D. F., 1973.
- PREBISCH, Raúl, "El desarrollo de América Latina y sus principales problemas" en *Revista CEPAL*, Santiago de Chile, 1949.
- PREBISCH, Raúl, "Estructuras socioeconómicas y crisis del sistema. Reflexiones al cumplirse nuestros primeros 30 años" en *Revista CEPAL*, Santiago de Chile, 1978.
- RAPOPORT, Mario Daniel *Las políticas económicas de la Argentina. Una breve historia*, Editorial Planeta, Buenos Aires, 2010.
- ROCHA PINO, Manuel de Jesús, "China en transformación: la doctrina del desarrollo pacífico" en *Foro Internacional*, C. 46, no. 4 (186) (oct.-dic. 2006). Disponible el 10/02/2011 en: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/D5FFP5M3RGSVSEPS8BVMBH17LESGR6.pdf
- SCHVARZER, Jorge y TAVOSNANSKA, Andrés, "Productividad y progreso técnico y económico. Términos de intercambio en el agro argentino, 1980-2007". En CESPA, *Documento de Trabajo* n° 12, Buenos Aires, 2007.
- TUSSIE, Diana, "La Organización Mundial de Comercio: ¿cuál es la gravitación de sus restricciones y exigencias?", en *Plan Fénix, Documentos de trabajo*, Buenos Aires, 2006. Disponible el 20/03/2011 en: <http://www.econ.uba.ar/planfenix/docnews/II/Condicionales%20de%20la%20OMC/Tussie.pdf> en pág 1 a 18.
- VARESI, Gastón Á., "El circuito productivo sojero argentino en el modelo posconvertibilidad: Una aproximación desde el enfoque de análisis regional" en *revista CDC*, vol. 27, n° 74, Buenos Aires, 2010. Disponible el 25/05/2011 en: http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-25082010000200006&lng=es&nrm=iso pp.107-137.
- WAINER, Andrés G., *Clase dominante, hegemonía y modos de acumulación. La reconfiguración*

de las relaciones de fuerza en el interior de la burguesía durante la crisis y salida de la convertibilidad (1998-2003). Tesis de doctorado inédita. FLACSO Argentina, Buenos Aires, 2010.

INTERPRETACIÓN WHIG¹ DE LA HISTORIA

HERBERT BUTTERFIELD*

RESUMEN:

Esta selección de capítulos ofrece al lector dos argumentos centrales en la crítica de Herbert Butterfield a la denominada "historia whig". El autor presenta la historia whig como una interpretación del pasado como una sucesión de eventos que necesariamente han conducido al presente. Dicha interpretación, argumenta Butterfield, tiene dos problemas: 1) Lleva al historiador a estudiar el pasado por el presente, lo cual conlleva una historia compendiada, que incluye solo aquellos acontecimientos que el historiador considera relevantes para explicar el presente; 2) Al emprender el estudio histórico tomando como referente sus propios valores, el historiador whig resuelve con demasiada facilidad quiénes son los buenos y los villanos de la historia, lo cual nos divorcia del pasado, pues evita que podamos realmente comprender por qué la gente del pasado actuó de la manera en que lo hizo.

PALABRAS CLAVE:

Historia whig, progreso, juicio moral.

TITLE:

The Whig Interpretation of History

ABSTRACT:

This selection of chapters offers the reader two central arguments in Herbert Butterfield's critique of what has been coined "whig history". He presents whig history as an interpretation of the past as a succession of events that have necessarily lead to the present. Such interpretation, he argues has two problems: 1) It leads the historian to study the past for the sake of the present, which in turn leads to an abridged history, including only those events the historian assesses significant to explain the present; 2) By engaging in historical study with reference to his own set of values, the whig historian is quick to decide which men and parties were right/good and wrong/evil, a consequence that divorces us from the past, for it prevents us from really understanding why people acted the way they did.

KEYWORDS:

Whig history, progress, moral judgment.

*Herbert BUTTERFIELD (1900 – 1979) fue un historiador y filósofo de la historia británico. Profesor de historia moderna en la Universidad de Cambridge, Reino Unido.

El presente fragmento pertenece a BUTTERFIELD, Herbert, *The Whig Interpretation of History*, G. Bell and Sons, Londres, 1951 (1ª ed. 1931).

¹ N.d.T.: el término whig se ha mantenido en su versión inglesa por ser una forma particular de referirse a los liberales protestantes y progresistas británicos que, a partir del siglo XIX, serían calificados con la actual denominación de "Partido Liberal".

Introducción

Se ha dicho que el historiador es el vengador y que, como juez entre las partes, rivalidades y causas de generaciones pasadas, puede levantar al caído y abatir al orgulloso; y que a través de sus denuncias y veredictos, su sátira y su indignación moral, puede castigar la iniquidad, vengar al herido o premiar al inocente. Uno podría ser fácilmente perdonado por no mostrar entusiasmo ante la división de la humanidad entre el bien y el mal, lo progresista y lo reaccionario, lo blanco y lo negro; y no está claro que la indignación moral no sea una dispersión de las energías que redundan en la confusión del propio juicio.

No puede haber queja contra el historiador que, de manera personal y privada, tenga sus preferencias y antipatías y que, como ser humano, se incline a tomar parte en el juego que describe. Resulta placentero verle ceder a sus prejuicios y asumirlos emocionalmente, para que salpiquen a color mientras escribe; ello a condición de que, al entrar en materia, reconozca que está entrando en un mundo de juicios parciales y apreciaciones puramente personales, y no se imagine que está haciendo una declaración *ex cathedra*. Pero si el historiador puede elevarse como dios y juez, o erigirse como el vengador oficial de los crímenes del pasado, puede pedírsele que sea aún más divino, y que se conciba más como el reconciliador que como el vengador; que persiga el objetivo de comprender a los hombres, a las partes y a las causas del pasado, y que de esta comprensión –de lograrse cabalmente– resulte la reconciliación final de todas las cosas.

Parece asumirse que en la historia nos resulta posible hacer afirmaciones que trascienden los puntos de vista privados del historiador particular: que hay “veredictos de la historia” y que la historia en sí misma, considerada de manera impersonal, tiene algo que decir a los hombres. Parece aceptarse que cada historiador hace algo más que desvelar sus pensamientos privados y sus caprichos, que todos ellos tratan de obtener una verdad y que quizá, al combinar sus diferentes maneras imperfectas de expresar una verdad, si pudiésemos lograrlo perfectamente, se hallaría la voz de la Historia misma. Pero si la historia es tal, una suerte de memoria de la humanidad, y representa el espíritu del hombre ponderando su pasado, debemos imaginarla trabajando, no para acentuar antagonismos o ratificar causas de viejos partidos, sino en la búsqueda de los vínculos que subyacen a las diferencias, entendiendo que todas las vidas son parte del tejido de la vida.

Tal vez, el historiador que procede de esta forma intente asemejarse a un dios pero quizá sea menos insensato que el que se considera el dios vengador. Al estudiar las disputas de antaño, aquél al menos intenta entender a ambas partes de la lucha, y ha de intentar comprenderlas mejor de lo que ellas mismas lo hicieron; al observarlos enmarañados en la red del tiempo y la vicisitud, puede apiadarse de ellos –hombres que, tal vez, no sintieron piedad el uno por el otro. Y, si bien nunca podrá ser perfecto, resulta difícil entender por qué este habría de conformarse con cualquier cosa que no sea llevar a estos hombres y sus luchas a un mundo donde todo alcance sentido y los pecados sean perdonados.

Resulta sorprendente hasta qué punto el historiador ha sido protestante, progresista y *whig*, así como el modelo de caballero del siglo XIX. Mucho después de haberse convertido en un determinista, mantuvo su rol divino como emisor de juicios morales y, como los discípulos de Calvino, no renunció a su derecho a la indignación moral. E incluso cuando ha sido reacio a los movimientos de su propia generación –como en el caso de Hallam, quien implacablemente se opuso al Acta de Reformas de 1832 y temía por las prácticas revolucionarias hacia las que derivaba el país–, algo le inclina aún hacia lo que podría llamarse la interpretación *whig* de la historia, negando comprensión histórica a los hombres cuya actitud frente al cambio y la innovación fuese análoga a la suya.

Podría argumentarse que nuestra visión general de la narración histórica tiene aún la impronta de los grandes patriarcas de la disciplina, muchos de ellos aparentemente *whigs* y caballeros, cuando no americanos; tal vez sea de ellos de quienes nuestros historiadores clásicos han heredado la chistera, el estilo pontifical y la gracia con que otorgan el premio de consolación al hombre que “aunque reaccionario, fue intachable en su vida privada”. Pero si tomamos la contienda de Lutero contra los papas, o aquella entre Felipe II e Isabel, o entre los hugonotes con Catalina de Médici; así tomemos el caso de Carlos I frente a sus parlamentos o el del joven Pitt contra Charles James Fox, el historiador parece tender a adoptar, en primer lugar, el punto de vista *whig* o protestante, y muy pronto se ocupa de dividir el mundo entre amigos y enemigos del progreso.

Es cierto que esta tendencia ha sido corregida, hasta cierto punto, por el concentrado esfuerzo de los especialistas en historia. Pero es notable que en todos los ejemplos dados anteriormente, así como en muchos otros, el resultado de la investigación histórica ha sido corregir de manera muy material lo que había sido una aceptada interpretación protestante o *whig*. Además, esta tendencia está tan arraigada, que incluso cuando la investigación ha corregido la historia en detalle, somos lentos para reevaluar el todo y reorganizar las grandes líneas del tema a la luz de estos descubrimientos. Y lo que M. Romier ha deplorado de los historiadores de los hugonotes, podría imputarse a aquellos en otros campos de la historia; a saber, la tendencia a remendar la vieja narración con la nueva investigación, incluso cuando esta, en detalle, ha alterado la orientación de la materia en su totalidad.

Nos aferramos a cierta organización del conocimiento histórico que termina siendo una interpretación *whig* de la historia, y toda nuestra deferencia por la investigación nos lleva únicamente a admitir que esta necesita salvedades de detalle. Pero las excepciones al detalle no nos impiden trazar la historia general sobre el mismo patrón en cada ocasión. Dichas excepciones, en efecto, se pierden en el combinado proceso de organización y compendio a través del cual alcanzamos nuestro estudio de la historia general. Así que a través de largos periodos y referencias a grandes transiciones en la historia europea, el punto de vista *whig* se valida con mayor fuerza y por más tiempo; es aquí donde observamos los resultados de una discrepancia seria entre el especialista de la disciplina y lo que

podría llamarse el historiador general. Lo cierto es que hay una tendencia a que toda la historia vire hacia la interpretación *whig*; lo cual no está suficientemente explicado si solo atribuimos este hecho a la prevalencia y persistencia de la interpretación tradicional. Hay un imán que siempre atrae nuestras mentes, a menos que hallemos la manera de contrarrestarlo. Y puede decirse que, si tan solo somos honestos y no somos también cuidadosamente autocríticos, tenderemos fácilmente a desviarnos por una primera falacia fundamental. Y si bien lo anterior puede darse sutilmente en el pormenorizado trabajo del especialista en historia, entra en acción con un efecto mayor en el momento en que un asunto se escapa de las manos del investigador; pues, cuanto más se discuta, en lugar de indagar, cuanto más se infiera en lugar de investigar, más *whig* se torna la historia si no hemos respondido con rotundidad al error original: hacer la historia más *whig* a medida que es compendiada.

Además, no puede afirmarse que todos los errores resultantes de un sesgo pueden quedar equilibrados mediante un trabajo que deliberadamente se escriba con el sesgo contrario. No ganamos verdad en historia por sumar el discurso de la parte acusadora al de la defensa. Y, aunque ha habido historias partidistas de los *tory* –así como las ha habido de los católicos–, sigue siendo cierto que no hay una tendencia en sí para que el asunto se incline en esta dirección. Los datos no pueden ser trucados secretamente en virtud del mismo tipo de falacia inconsciente original. Por esta razón, ha resultado fácil creer que la misma Clio está del lado de los *whigs*.

II. La premisa subyacente

La premisa principal de todo intento por comprender a los hombres del pasado debe basarse en la creencia de que podemos, en cierto grado, penetrar en mentes distintas a las nuestras. Si esta creencia estuviese infundada, parecería que los hombres deben estar siempre aislados entre sí, y que todas las generaciones deben ser concebidas como un mundo y una ley para sí mismos. Si no pudiésemos en ningún sentido entrar, por ejemplo, en la mente de un sacerdote católico o, de forma similar, en la de un orador ateo en el Hyde Park, resultaría difícil mostrar cómo podemos saber algo de los aún más extraños hombres del siglo XVI o pretender entender el proceso histórico a través del cual se ha moldeado el mundo contemporáneo. En realidad, el historiador postula que el mundo es en cierto sentido el mismo mundo, y que incluso los hombres más disímiles jamás son absolutamente distintos. Y aunque una afirmación de Tomás de Aquino pueda sonar extraña a oídos modernos, hasta el punto de rechazarlo por ridículo o por tratarse de una mente absolutamente ajena, considero que rechazar a un hombre de esta manera es un método para bloquear la mente contra él y contra algo importante para la naturaleza humana y su historia: es la negación del esfuerzo de comprensión histórica a un personaje histórico.

Justamente, debido a la diferencia respecto a nosotros, Tomás de Aquino es un objeto de estudio más atractivo para la imaginación histórica; pues, el objetivo principal del historiador es la elucidación de las diferencias entre el pasado y el pre-

sente, y su función principal es actuar como el mediador entre otras generaciones y la nuestra. No le corresponde resaltar y magnificar las similitudes entre una época y otra, y estará cabalgando tras una bandada de malentendidos si sale a cazar el presente en el pasado. Su trabajo es más bien destruir esas analogías que hemos imaginado que existen. Cuando nos muestra que la Carta Magna es un documento feudal en un contexto feudal, con unas implicaciones distintas de las que habíamos presupuesto, nos está desilusionando en la medida en que habíamos asumido que algo del pasado era muy similar a algo del presente.

Es parte y competencia de la interpretación *whig* de la historia estudiar el pasado con referencia al presente; y si bien puede haber un sentido en el que ello sea inobjetable si sus implicaciones son consideradas cuidadosamente, y puede haber un sentido en el que sea ineludible, con frecuencia ha sido un obstáculo para la comprensión histórica, puesto que ha sido interpretado como el estudio del pasado con referencia directa y perpetua al presente. A través de este sistema de referencia inmediata al tiempo presente, los personajes históricos pueden fácil e irresistiblemente ser clasificados en los hombres que promovieron el progreso y aquellos que trataron de impedirlo; existe así una regla general útil gracias a la cual el historiador puede seleccionar y rechazar, así como decidir qué puntos enfatizar. En este sistema, el historiador interpreta su función como el resultado de una demanda por que esté vigilante ante las similitudes entre el pasado y el presente, en vez de estar pendiente de las disimilitudes; de este modo, le resultará fácil afirmar que ha visto el presente en el pasado, imaginará que ha descubierto una "raíz" o una "anticipación" del siglo XX cuando, en realidad, se halla en un mundo de connotaciones muy diferentes y tan solo ha tropezado con lo que podría parecer una analogía engañosa.

Trabajando sobre el mismo sistema, el historiador *whig* puede trazar líneas entre ciertos hechos, tal como aquélla que va de Martín Lutero y una larga de sucesión de *whigs* a la libertad moderna; y de no tener cuidado, comienza a olvidar que dicha línea es apenas un truco mental suyo: llega a imaginarse que representa una suerte de línea de causalidad. El resultado final de este método es la imposición de una determinada forma sobre la totalidad de la narración histórica, y la producción de un esquema general de historia llamado a converger hermosamente en un presente –uno como muestra del efecto a través de los tiempos de un principio de progreso evidente, del cual protestantes y *whigs* han sido aliados perennes mientras que católicos y *tory* han sido perpetuos detractores. Un ejemplo de la caricatura de este resultado puede encontrarse en una opinión popular aún no eliminada del todo: aquélla de que la Edad Media representó un periodo de oscuridad cuando el hombre tuvo su lengua anclada por la autoridad –un periodo contra el cual el Renacimiento constituyó una reacción y la Reforma Protestante la gran rebelión. Esta se ilustra a la perfección en el argumento de un hombre denunciando el catolicismo en una esquina, quien dijo: "cuando el Papa reinaba Inglaterra, aquella fue la Edad Oscura".

El historiador *whig* se detiene en la cumbre del siglo XX y organiza su esquema de la historia desde el punto de vista de su presente; y es sutil para volcarse de su cima, donde puede fortificarse con argumentos plausibles. Puede afirmar que los hechos adquieren sus debidas proporciones al ser observados a través del paso del tiempo. Puede decir que los hechos deben ser juzgados por sus efectos últimos, a los cuales, dado que no pueden ser rastreados más allá, debemos hacerles seguimiento al menos hasta el presente. Puede decir que solo en relación con el siglo XX, un acontecimiento u otro del pasado tiene relevancia o significatividad para nosotros. Pueden usar todos los argumentos útiles para los hombres cuando la discusión es arrastrada a la plaza y la filosofía queda destronada por el sentido común; así que no es tarea sencilla demostrar cómo el historiador *whig*, desde su cima, sólo ve el curso de la historia invertido y oblicuamente. La falacia reposa en el hecho de que, si el historiador que trabaja en el siglo XVI mantiene el siglo XX en mente, hará una referencia directa a través de todos los periodos implicados entre Lutero o los Papas y nuestro mundo presente. Y esta yuxtaposición inmediata del presente y el pasado, aún cuando lo facilita todo y hace algunas inferencias peligrosamente obvias, está condenada a provocar una sobresimplificación de las relaciones entre hechos y un equívoco respecto a las relaciones entre presente y pasado.

Esta actitud hacia la historia no es, de ningún modo, la que adopta el historiador especialista cuando está dedicado a su investigación particular. Y, en efecto, conforme nos acercamos más al pasado, más difícil resulta seguir estos principios de forma consistente, aunque los hayamos aceptado verbalmente. Pese a nosotros y nuestras teorías, olvidamos nuestra predisposición a estudiar el pasado por el presente; no podemos librarnos de tropezar de cabeza contra él y de estar inmersos en el pasado por el pasado mismo. Muy pronto nos concentraremos en las cosas más inútiles del mundo –el pendiente de María Antonieta o las aventuras de los jacobitas. Pero esta es una actitud que tendemos a adoptar al visualizar el curso general de la historia o al comentar sobre él, y es una actitud hacia la que el especialista, a veces, se desliza cuando intenta relacionar su trabajo específico con la narración histórica en que se enmarca. En otras palabras, esta actitud representa una falacia y un hábito mental no examinado en el que caemos cuando abordamos la historia a gran escala. Es algo que interviene entre el trabajo del especialista en historia y el trabajo, en parte de organización y en parte de compilación, que el historiador general lleva a cabo: se inserta en el cambio de enfoque que realizamos al pasar de la visión microscópica de un periodo particular a nuestra vista de pájaro sobre el todo; este sistema de historia trae consigo una interpretación *whig* de la historia, muy diferente de aquella que el investigador tiene por contar.

Hay un presupuesto alternativo en el que el historiador puede basarse al estudiar el pasado, una asunción sobre la que parece actuar y dirigir su mente de manera más o menos consciente cuando está concentrado en una investigación. Desde esta visión, inicia su trabajo consciente del hecho de que está tratando de entender el pasado por el pasado mismo, y si bien es cierto que jamás podrá

abstraerse completamente de su propia época, ser consciente de su propósito lo diferencia del historiador *whig*, quien se dice que estudia el pasado por el presente. La verdadera comprensión histórica no se alcanza por la subordinación del pasado al presente, sino al convertir el pasado en nuestro presente e intentar ver la vida con los ojos de un siglo distinto al nuestro. Dicha comprensión no se alcanza asumiendo que nuestra época es el absoluto para el que Lutero o Calvino y su generación son apenas relativos; sólo es alcanzada aceptando el hecho de que su generación fue tan válida como la nuestra, sus asuntos tan trascendentales como los nuestros y su tiempo tan lleno y vital como lo es el nuestro para nosotros. El siglo XX que tiene sus propias complejidades, podrá tener poca paciencia con Arrío y Atanasio, quienes afligieron al mundo con su disputa sobre un diptongo. Pero el historiador no habrá logrado comprensión histórica, no habrá alcanzado ese tiempo de comprensión con el que la mente puede hallar tranquilidad, hasta que haya comprendido que el diptongo era un asunto de la mayor urgencia en el universo de aquellas personas.

Cuando se enfatiza esta vía en el intento del historiador por comprender el pasado, es cuando se evidencia cuál es su verdadera preocupación por elucidar las disimilitudes entre el pasado y el presente. En lugar de indignarse por algo del pasado que, en principio, parece ajeno e incluso perjudicial para nuestros tiempos, en lugar de dejarlo en la lejana oscuridad, intenta llevar el tema a su contexto natural, y elucidarlo al mostrar su relación con otras cosas que nosotros sí entendemos. Si el hombre que mantiene su mirada en el presente tiende a preguntarse cosas tales como, ¿cómo surgió la libertad religiosa?, mientras que el historiador *whig* -gracias a una sutil organización de sus simpatías- tiende a leer esta pregunta como ¿a quién debemos agradecer por nuestra libertad religiosa?, el historiador comprometido con el estudio del siglo XVI probablemente se preguntará por qué los hombres en aquellos días eran tan dados a la opresión. Esta es, en un sentido especial, la pregunta del historiador, una pregunta sobre el pasado y no sobre el presente; y al responderla, el historiador está en su propio terreno haciendo el tipo de contribución para la que es apto. En este sentido, está siempre absolviendo pecados por el simple hecho de estar averiguando por qué ocurrieron. Las cosas que nos resultan más ajenas son el objeto de su exposición; y hasta que no haya explicado las causas de la opresión de los hombres en el siglo XVI, se puede dudar de su competencia para discutir la pregunta adicional sobre cómo se ha llegado a la libertad religiosa en el siglo XX.

Pero tras este intento por comprender el pasado, el historiador intenta estudiar el cambio que acontece en el pasado, con el propósito de comprender los procesos de transición y analizar cómo las cosas ocurren en este mundo. Si pudiésemos juntar a todos los historiadores y observar el logro de su trabajo conjunto, observaríamos que están estudiando el proceso de cambio que ha convertido el pasado en nuestro presente. Y del trabajo de cualquier historiador que haya centrado sus investigaciones en cualquier cambio o transición emerge una verdad de la historia que parece combinarse con una verdad de la filosofía. Es nada menos que el pasado en su totalidad, con la complejidad de su movimiento, el

enredo de sus asuntos, y sus intrincadas interacciones, lo que produjo la totalidad del complejo presente; y esto, que de por sí es una premisa y no una conclusión del estudio de la historia, es la única causalidad de la que el historiador puede fiarse, lo único que puede afirmar sobre la relación entre el pasado y el presente. Cuando surge la necesidad de organizar y desenredar del presente un hecho o característica que debe rastrearse en la historia, el historiador se enfrenta a una explicación que supera la capacidad de cualquier mente, y encuentra la red de interacciones tan intrincada que resulta imposible señalar una particularidad del siglo XVI como causa de algo del XX.

A lo sumo, el historiador puede rastrear con cierta probabilidad la secuencia de hechos de una generación a otra, sin intentar dibujar el incalculablemente complejo diagrama de causas y efectos que se entrelazan en las tercera y cuarta generaciones. Cualquier acción realizada por un hombre es parte del conjunto de circunstancias que, en un momento dado, condiciona el conjunto completo de cosas por ocurrir a continuación. Comprender esa acción es recuperar miles de hilos que la conectan con otras cosas, es establecerla en un sistema de relaciones. En otras palabras, es ubicarla en su contexto histórico. Pero no es sencillo determinar sus consecuencias, ya que están fusionadas en los resultados de todo lo demás que conspiraba para producir cambio en aquel momento. No sabemos dónde habría estado Lutero si su movimiento no hubiese resonado en las ambiciones de los príncipes. No sabemos qué hubiese pasado con los príncipes si Lutero no hubiese llegado en su ayuda.

El volumen y complejidad de la investigación histórica son, al mismo tiempo, resultado y demostración del hecho de que, cuanto más examinamos la forma en que ocurren las cosas, más nos dirigimos de lo simple a lo complejo. Sólo al emprender una investigación y mirar un punto de la historia a través del microscopio, podemos realmente visualizar los complicados movimientos que esconde cualquier cambio histórico. Sólo mediante este método descubrimos los trucos que el tiempo le juega a los propósitos humanos al convertirlos en fines no alcanzados; o comprendemos el complejo proceso a través del cual el mundo pasa por una transición que, en retrospectiva, parece natural y fácil, en progreso hacia nosotros. Sólo mediante este método observamos las curiosas meditaciones provistas por las circunstancias para que los hombres puedan superar complejos o abrir sus mentes a algo nuevo. Tal vez, la mayor de todas las lecciones de la historia es demostrar la complejidad del cambio humano y el carácter impredecible de las consecuencias últimas de cualquier acto o decisión humana; a primera vista, una lección que sólo puede aprenderse en el detalle. Es una lección destinada a perderse en la labor de compendiar que realiza el historiador, y es por ello que los compendios de la historia son a veces calculados para propagar lo contrario a la verdad histórica. El historiador pretende explicar cómo el pasado se convirtió en el presente, pero la única explicación que puede ofrecer es exponer la narración completa y revelar su complejidad al contarla en detalle. En realidad, el proceso de cambio que llevó al presente es tan largo y complicado como todos los voluminosos y complicados trabajos de investigación histórica, dispuestos de extremo a extremo,

y entretejidos y concebidos como un todo.

La falacia del historiador *whig* yace en la manera en que toma un atajo en esta complejidad. La dificultad del historiador, en general, es que debe compendiar y debe hacerlo sin alterar el sentido y el mensaje peculiar de la historia. El peligro en cualquier estudio del pasado es el riesgo de argumentar de manera circular y atribuir lecciones a la historia que esta nunca ha enseñado y que la investigación histórica jamás ha descubierto –lecciones que realmente son inferencias a partir de la particular organización que damos a nuestro conocimiento. Aunque creamos en alguna doctrina de evolución o idea de progreso, y hagamos uso de ella en nuestra interpretación histórica de los siglos, nuestra historia no contribuye a la comprensión de lo torcidos y perversos que son los caminos del progreso, con cuán voluntad y desperdicio serpentea y gira, tomando cualquier curso excepto el del carril rectilíneo para alcanzar su meta, y cuánto parece extraviarse y desviarse por cualquier conjetura, para volver a nosotros –si es que regresa– por una puerta trasera. Tal vez creamos en alguna providencia que guía el destino de los hombres, y tengamos licencia de leer así nuestra historia; pero lo que nuestra historia nos trae es, no prueba de la providencia, sino más bien la comprensión de que su proceder es misterioso, de lo extraños que son sus caprichos –aprender que esta providencia se vale de cualquier medio para alcanzar su fin y que suele trabajar en propósitos que le interfieren, y es curiosamente rebelde. Nuestras suposiciones no tienen importancia si somos conscientes de que son suposiciones, pero no hay nada más falaz en el mundo que organizar nuestro conocimiento histórico sobre un supuesto sin darnos cuenta de lo que estamos haciendo, y luego hacer inferencias de dicha organización y afirmar que estas son la voz de la historia. Es aquí donde tendemos a caer en lo que he llamado la falacia *whig*.

La aproximación metodológica *whig* está muy asociada a la tendencia a resumir la historia, pues tanto el método como el tipo de historia resultante de él serían imposibles si los hechos se contasen en toda su extensión. La teoría que subyace a la interpretación *whig* –la teoría de que estudiamos el pasado por el presente– se introduce realmente con el propósito de facilitar el compendio de la historia, y su efecto consiste en proveernos de una regla general útil para descubrir con facilidad qué fue importante en el pasado, por la sencilla razón de que, por definición, nos referimos a lo importante “desde nuestro punto de vista.” Nadie podría confundir la aptitud de esta teoría para una escuela de escritores que mostrase la más mínima inclinación por subvalorar un lado de la narración histórica; y en efecto, no tendría sentido sostenerla si no fuera porque sirve para simplificar el estudio de la historia, al ofrecer una excusa para excluir elementos. La teoría es importante porque nos brinda, a largo plazo, un camino a través de la complejidad de la historia; realmente, nos ofrece un atajo a través del laberinto de interacciones por el cual el pasado se convirtió en nuestro presente; nos permite evitar el verdadero problema del estudio histórico. Si podemos excluir algunos elementos por no tener relación directa con el presente, habremos extraído los más problemáticos de la complejidad y así lo torcido se endereza. No cabe duda de que la aplicación de este principio produce un sesgo en la historia a favor de

los *whig*, y resulta desfavorable para los católicos y los *tory*. La historia *whig*, en otras palabras, no es un compendio genuino, pues está basada en un principio de selección implícito.

La adopción de este principio y de este método compromete a determinada organización de toda la narración histórica. Muy diferente es el caso en el que historiador, estudiando el siglo XVI, emprende el descubrimiento de cosas que fueron importantes para aquella época o influyentes en aquel tiempo. Y si pudiésemos imaginar un estudio general de los siglos que fuese un compendio de todos los trabajos de investigación histórica, y si comparásemos aquel con un estudio de todo el periodo compendiado de acuerdo con el principio *whig* -es decir, "desde el punto de vista del presente"-, no sólo encontraremos una sobresimplificación excesiva de las complicaciones sino también la narración reestructurada y las más importantes valoraciones corregidas; en otras palabras, encontraremos una historia compendiada que presenta una narración completamente diferente. De acuerdo con la consistencia con que hemos aplicado el principio de referencia directa al presente, seremos conducidos a esa versión de la historia llamada interpretación *whig*.

Al observar a los protestantes luchando contra los católicos en el siglo XVI, revivimos nuestro sentimiento sobre la libertad en el siglo XX, y mantenemos frente a nuestros ojos las posiciones relativas de los católicos y protestantes hoy en día. Se abre a nosotros todo un espectro de inferencia escondida, basada en esta yuxtaposición mental del siglo XVI al presente; e incluso antes de haber examinado el asunto con detenimiento, nuestra narración habrá ya asumido una forma general: los protestantes son vistos como aquellos que pelearon por el futuro, mientras será obvio que los católicos pelearon por el pasado. Dado este sesgo original, podemos seguir un procedimiento técnico destinado a confirmar y aprisionarnos en él, ya que cuando estudiemos, por ejemplo, a Martín Lutero con detenimiento, tendremos un imán que puede sacar de la historia justamente aquello que buscamos y, por medio de cien citas arrancadas de su contexto y despojadas de su relevancia para una conjetura histórica particular, podremos probar que hay una analogía entre las ideas de Lutero y el mundo del presente; podremos ver en Lutero una anticipación del presente. La historia es un saber sutil y puede apresarnos en el más largo argumento circular que pueda imaginarse. Es muy importante cómo iniciamos nuestro trabajo -ya sea, por ejemplo, tomando a los protestantes del siglo XVI como hombres luchando por el surgimiento del mundo moderno, mientras los católicos luchaban por preservar el mundo medieval, o bien tomando el mundo moderno como resultado del choque entre católicos y protestantes. Si usamos el presente como referencia perpetua, podremos dividir con facilidad a los hombres del siglo XVI en progresistas y reaccionarios, pero probablemente nos haremos menos preguntas; y estamos mejor capacitados para comprender cómo el pasado se convirtió en presente si adoptamos la mirada del siglo XVI sobre sí mismo, o si observamos el encadenamiento de hechos como emerge al examinar los movimientos de nuestra propia generación. Y, en este caso, tenderemos a ver no tanto a los progresistas luchando contra los reaccionarios,

sino dos partes que difieren en la pregunta sobre cuál debe ser el siguiente paso en el progreso. En lugar de entender el surgimiento del mundo moderno como la victoria de los hijos de la luz sobre los hijos de las sombras en cualquier generación, es mejor comprenderlo como el resultado del choque de voluntades, un resultado que con frecuencia ninguna de las partes esperaba o soñaba; un resultado que, en efecto, en algunos casos ambas partes hubiesen odiado por igual, pero un resultado para cuya consecución ambas partes y su choque fueron necesarios.

El historiador *whig* tiene frente a sí el camino más fácil y más expedito para juicios históricos pesados y magistrales, al estar en posesión de un principio de exclusión que le permite excluir los elementos más difíciles de la complejidad. Al tomar los personajes y partes del pasado cuyas ideas resultan más análogas a las nuestras, y ponerlos en contraste con el resto de la historia, confecciona su organización y compendio histórico, teniendo vía libre respecto a la complejidad. Esta organización de la historia podrá responder a todas las preguntas con más claridad de lo que cualquier investigación histórica jamás podrá. Le permitirá, incluso antes de estudiar cualquier hecho en profundidad, llegar a lo que parecen ser juiciosos autoevidentes sobre acontecimientos históricos. Le permitirá decidir de manera irrevocable y con antelación, antes de que la investigación histórica se haya pronunciado y de cara a cualquier cosa que pueda afirmar, que Fox, sin importar sus pecados, luchó por salvar la libertad de las manos de Pitt, mientras Pitt, sin importar sus virtudes, no podrá entenderse como aquel que luchaba por salvar la libertad de las manos de Fox. Mas, la tesis de este ensayo es que cuando organizamos la historia general con el presente como referente, estamos creando lo que, en realidad, es una gigantesca ilusión óptica; y que un gran número de asuntos que la historia ha de conceptualizar con aire de certeza no son inferencias hechas desde el pasado sino a partir de una serie de abstracciones del pasado – abstracciones que, por el principio mismo de su origen, presuponen las preguntas mismas que el historiador pretende responder.

La tesis de este ensayo es que la interpretación protestante y *whig* de la historia es el resultado de algo mucho más sutil que el sesgo protestante o de partido; el caso importante surge cuando los mismos hombres que se opusieron al voto de las mujeres hasta que no pudo negarse por más tiempo, son incapaces de ver en los oponentes del Acta de Reforma de 1832 algo más que corruptos defensores de abusos rentables. Y, es este tipo de limitación en el esfuerzo de comprensión histórica el que necesita de una explicación. La interpretación *whig* de la historia no es sólo propiedad de los *whig* y es mucho más que un sutil sesgo mental: introduce un truco de organización, un hábito mental no examinado en el cual cualquier historiador puede caer. Puede llamársele la “falacia patética” del historiador. Es el resultado de la práctica de abstraer las cosas de su contexto histórico y juzgarlas al margen de su contexto –estimando y organizando la narración por un sistema de referencia directa al presente.

Podríamos argumentar que este principio *whig* es aplicado esporádicamente por cualquier historiador con una consistencia prolongada, e incluso uno podría ir

más lejos y afirmar que no es concebible que sea aplicado de manera perfectamente consciente. Su conclusión lógica, de tener una, sería el estudio del presente sin ninguna referencia al pasado; una consumación a la que, en efecto, se llega a aproximar, a juzgar por algunos de los especímenes de la falacia –el caso, por ejemplo, de algunas opiniones populares sobre la Edad Oscura. El principio *whig* explica muchos de los malentendidos con respecto al pasado, pero su aplicación no se limita al ámbito del error popular; atestígüese que puede ser empleado como teoría definitiva por los historiadores. Representa un tipo de error en el que es muy difícil no caer. Pero más que ello, es la suma misma y definición de todos los errores de inferencia histórica. El estudio de la historia con un ojo, por así decirlo, sobre el presente, es la fuente de todos los pecados y sofismas en la historia, empezando por el más sencillo de ellos, el anacronismo. Es la falacia en la que caemos cuando damos los argumentos que parecen más autoevidentes. Y es la esencia de lo que denotamos con la palabra “antihistórico”. Describe la actitud con la que los hombres del Renacimiento parecen haberse aproximado a la Edad Media; describe la actitud del siglo XVIII hacia muchos de los periodos del pasado; explica buena parte de la plausibilidad de aquella versión especial de interpretación *whig* que expuso la historia de Inglaterra a la luz de la teoría de la libertad germánica primitiva; explica cien versiones *whig* y protestantes de la historia que han sido revisadas por el trabajo de especialistas.

Y, aunque se diga que en cualquier circunstancia todos los errores se pueden corregir con estudios más detallados, cabe recordar que la tesis misma tiene el efecto de detener la investigación. Y, contra el argumento de que estudiamos el pasado por el pasado mismo, esta se presenta como una limitación a nuestras metas e investigaciones; es la teoría de que la historia es muy útil si la tomamos con moderación; y puede convertirse en una apología para cualquier cosa que no sea compatible con la investigación histórica. Un estudio más riguroso sólo puede emprenderse, como se ha visto, a partir del abandono de esta tesis. Y aún así, aún en el último recurso, aunque una investigación ulterior hubiese corregido muchos de los más manifiestos errores resultantes de esta falacia, hay un sentido en el que, de mantener la tesis *whig*, la investigación científica jamás podrá ponerse al día, pues nunca podrá penetrar el círculo en el que estamos argumentando. El propio especialista resulta engañado y nos grita sin ningún propósito si reformulamos su trabajo a partir de lo que llamamos el punto de vista del presente –todavía seleccionado aquello conforme a nuestro principio, todavía remendando la vieja narración con la nueva investigación.

VI. Los juicios morales en la historia

El resultado natural de los hábitos mentales del historiador *whig* –aunque no es una consecuencia necesaria de su método– es un interés por la promulgación de juicios morales, y la concepción de la misma como una parte importante de su quehacer. Su preocupación es comprensible si se recuerda que se concibe a sí mismo como algo más que el investigador; por la finalidad y carácter absoluto con que ha dotado el presente, ha elevado su propia posición. Para él, la voz de la posteridad es la voz de Dios, y el historiador es la voz de la posteridad. Y es típico

de él tender a considerarse el juez cuando, por sus métodos y sus herramientas, es apto únicamente para ser el detective. Su interés por la esfera de los juicios morales es en efecto su deseo, llevado al extremo, de hacer juicios morales, y de incluirlos como veredictos de la historia. Por medio de un curioso ejemplo de la transferencia de ideas, él, como muchos otros, ha llegado a confundir la importancia que deben tener las cortes de justicia y la finalidad que deben tener, por razones prácticas, en la sociedad, con las más inútiles e improductivas formas de reflexión -la formulación de juicios morales sobre gente o sobre acciones en retrospectiva.

Y es interesante observar que la misma mente y temperamento resultantes del primer acto de ensalzamiento tienden rápidamente a llevar a otro, el cual es discreto, indefinido, subrepticio. La firmeza que en principio exigían las prerrogativas de justicia eterna ahora procede, por una lógica similar, a una forma más sutil de intrusión, pues los historiadores *whig* han tendido a elevar el colorido de sus narraciones históricas al aferrarse a alguna diferencia de opiniones o algún conflicto de políticas y afirmando que se trata de asuntos morales. Y en efecto es una propensión que exige mucha autodisciplina para que la podamos resistir. Debemos recordar que hay algunas cosas en el pasado que el *whig* está muy ansioso por condenar, y que algunas de sus opiniones logran convertirse en una suerte de código moral. Es al menos probable que la verdadera carga de su indignación recaiga sobre cosas que son anatema exclusivamente para los *whig*. No es coincidencia que se haya mostrado reacio a aislar los juicios morales de la historia.

Puede ser cierto que, en la figura de Lord Acton, el historiador *whig* ha alcanzado su mayor conciencia; y es cierto, y no es mera coincidencia que, en sus escritos, los juicios morales se consignaron en su forma más mordaz e intransigente, mientras que en su apreciación global de la materia, magnificó la función moral de la historia. Se puede concluir de su afirmación al respecto que concibió este aspecto de su pensamiento como la consecuencia de su catolicismo; mas es posible cuestionar su autoanálisis en este punto, pues es difícil observar cómo el contenido de su código moral (tal como puede ser inferido de lo que podría llamarse su decisión judicial) o la particular manera en que aplicaba sus principios a cualquier caso bajo consideración, podrían representar un sistema específicamente católico o cristiano.

No es malicioso atribuirlos más bien a su sesgo de historiador *whig*. Cuando, al defender su posición, afirmó que "el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente", tal vez haya él afirmado la más sabia de las verdades, pero podemos sospechar que se trataba de una verdad más afín al corazón del liberal que había en él que a la mente del católico romano. Y si bien su tesis puede servir tanto para excusar y explicar como para condenar a un personaje histórico, esta es formulada con una hostil insinuación, es ofrecida como la razón por la cual no debe permitírsele a hombres ocupar cargos de alto poder. Acton remite con aprobación implícita a una visión de la historia que sus teorías elaboran cabalmente, y la describe así: "considera la canonización del pasado histórico más

peligrosa que la ignorancia o la negación, pues perpetuaría el reino del pecado y el reconocimiento de la soberanía del error". Es curioso aunque comprensible, que un profesor considerase necesario advertir a los jóvenes historiadores sobre el exceso de simpatía o aprecio por el pasado histórico; pero aún más interesante es el absoluto sesgo *whig* que está presente de manera obvia pero latente en este comentario. Resultaría muy iluminador rastrear –si tal cosa fuese posible– las connotaciones en la mente del historiador *whig* de las palabras "el reino del pecado (...) la soberanía del error " con referencia a la "canonización del pasado". Finalmente, en esta, como en muchas otras de las tesis de Acton, encontramos alguna señal de lo que es una característica común de los historiadores *whig*: una indicación de que todo ese deseo por pasar juicio moral sobre varios asuntos del pasado obedece realmente a algo del presente sobre lo cual el historiador está ansioso.

Hay otra afirmación de Acton muy interesante y tal vez aguda, acerca de que es mayor el mal que deriva del pecado consciente que del error inconsciente; a pesar del valor que esta pueda tener, escasamente puede considerársela una lección de la historia, pues es un ejemplo extremo del tipo de verdad que solo puede ser alcanzada a través del autoanálisis. Asociada con otra afirmación, se hace extremadamente peligrosa; pues en su conferencia inaugural, Acton da razones de por qué es mejor que el pecado sea presumido a que nos extendamos demasiado en otras explicaciones. "Hay un dicho popular de Madame Staël", escribe, "de que perdonamos todo aquello que entendamos realmente. La paradoja ha sido juiciosamente reducida por su descendiente, el Duque de Broglie, con las palabras: «cuidado con explicar demasiado, si no terminaremos excusando en exceso»". Una vez más, la teoría *whig* de la historia tiene el efecto práctico de reducir el esfuerzo por la comprensión histórica; una región indefinida es dejada a la decisión subjetiva del historiador, quien decide no explicar, sino simplemente declarar que hay pecado. Uno sólo puede sentir que, si un historiador sostiene dicha combinación de teorías, ha debido haber algo en el pasado o en el presente que él muy vehementemente quiso condenar. De hecho, hay demasiado entusiasmo en la afirmación: "no permitir que ningún hombre o causa escape el castigo que la historia tiene para infligir el mal." El historiador *whig*, como Aquino –si en efecto fue Aquino– puede tal vez encontrar demasiada comodidad en la contemplación de cierta forma de tormento para el condenado.

Pero sería injusto para con Lord Acton obviar el hecho de que, detrás de sus opiniones sobre los juicios morales yace una tesis más fundamental. Acton sostuvo una muy atractiva teoría acerca de la función moral de la historia. Tal vez sea esta la más elevada forma de la tendencia *whig* de exaltar el estudio histórico. Acton le escribió al Obispo Creighton que cuando el historiador se compromete con la cuestión de los principios morales, la historia deja de ser un "árbitro en la controversia, el defensor de ese estándar moral que el poder de la tierra y de la religión misma tienden constantemente a paralizar". Cuando la historia se entromete con el código moral, "presta sus servicios donde debería reinar". Es una exaltación atractiva de la historia, la cual le da el poder de tirar y aflojar, de ser

el árbitro de la controversia, de reinar y no de servir; pero uno podría creer que es una teoría que toma un atajo demasiado corto hacia el absoluto. Es la historia invadiendo como el estado hegeliano, hasta que lo abarca todo y se erige como la finalidad en un mundo moral, tomando custodia de ese estándar moral que “la religión misma tiende constantemente a paralizar”. Es la historia elevada a algo así como la mente de Dios, emitiendo juicios últimos sobre las cosas que están ocurriendo en el tiempo.

He aquí el verdadero Papa, que no será *servus servorum Dei* [siervo de los siervos de Dios]; es este el único absolutismo que el *whig* está dispuesto a defender; el derecho divino y la falta de resistencia, pues (si se me permite una palabra maliciosa), ¿no está acaso la historia del lado de los *whig*? No es fácil resistir la tentación por personificar e idealizar la historia, y no hay duda de que esta especie de fantasía tiene efectos en la postura del historiador. Como consecuencia práctica, resulta en la exaltación de las opiniones del historiador. Alcanza su punto más elevado en la concepción de la historia como árbitro, la historia como el lugar del juicio, en particular sobre asuntos morales. Lord Acton desarrolló esto al extremo de su conclusión lógica: “es el oficio de la ciencia histórica mantener la moralidad como el criterio único e imparcial del hombre y de las cosas”. “Haber desarrollado y perfeccionado y armado la conciencia es el gran logro de la historia”.

Acton, sin embargo, no tuvo exactamente como finalidad defender la función moral del historiador contra el no creyente. Más bien se ocupó de la manera en que dicha función debía ser interpretada y por la seriedad con la que este estudio debía realizarse. Él atacaba al historiador que, mientras daba por hecho que los juicios morales hacían parte de sus competencias, usaba sus prerrogativas para hacer exoneraciones sencillas y tratar con ligereza el código moral. Buena parte de su doctrina es una protesta válida contra la descuidada naturaleza de las excusas que puede aducir el historiador, en particular cuando estas son aplicadas mecánicamente a cualquier caso. Y él propone la seria pregunta por qué tanto pueden las explicaciones del historiador –tales como la referencia a la crianza de un hombre o al “espíritu de la época”– exonerar realmente a un transgresor, por ejemplo, a un Papa del siglo XV de la era cristiana. Una vez se han agotado todas las explicaciones históricas de carácter y conducta, debe recordarse que la verdadera pregunta moral aún responderse; y, ¿qué puede hacer el historiador con los nichos secretos de la personalidad en los que reside la responsabilidad moral final de los hombres? Acton ve el problema, pero se limita a afirmar que en los casos de duda debemos inclinarnos hacia la severidad. Es este el significado de su declaración de que, pese a lo que la gente cree, es mayor el mal que deriva del pecado consciente que del error inconsciente. Y es por ello que él puede afirmar “cuidado con explicar demasiado, si no terminaremos excusando en exceso”. Una vez concedido que el historiador ha formulado la pregunta moral y que ha aceptado los supuestos que ello debe implicar, no puede entonces deslizarse de su cómoda esfera moral y recurrir a los términos de su propio mundo histórico, entrando así ligeramente a un conjunto de supuestos del todo diferente. Y en particular, una vez haya ofrecido lo que realmente es la única explicación histórica del carácter o conducta, no puede

imaginarse que con ello ha hecho algo por justificar la responsabilidad moral. Acton identifica el problema central de los juicios morales en la historia, pero es insatisfactorio pues no logra responderlo; en el momento crucial tan solo puede decirnos que nos inclinemos hacia la severidad.

Su actitud hacia esta pregunta especial, por tanto, realmente involucra una tesis fundamental: “mejor ser injusto con los muertos que dar crédito a ideas sueltas sobre asuntos morales”. Se trata de la *reductio ad absurdum* [reducción al absurdo] de los juicios morales en la historia. Al centrar su atención en el verdadero problema de estos juicios morales, Acton estuvo muy cerca de darnos el argumento para no tenerlos del todo. Nuestro único refugio contra el imposible dilema y el ideal inalcanzable que nos presentan sus teorías, yace en el franco reconocimiento del hecho de que hay límites a lo que la historia y el historiador pueden hacer; pues, se ocupan de la explicación histórica del carácter y conducta; y si desconfiamos o desalentamos este tipo de explicación, como incluso Acton estuvo inclinado a hacer, nos estaremos acercando peligrosamente a la tesis: “mejor no ser históricos que hacer algo que pueda bajar la dignidad moral de la historia”. La verdad es que esta explicación histórica no condena, ni tampoco excusa. Ni siquiera toca el reino en el que palabras como estas tienen sentido o relevancia. Es un compuesto de observaciones hechas sobre acontecimientos del mundo concreto; no es ni más ni menos que el proceso de observar las cosas en su contexto. Ciertamente no es menester del historiador exonerar; pero tampoco lo es condenar. Le aclara mucho la mente poder perdonar todos los pecados sin negar que hay pecados por perdonar; mas recordar el problema de su naturaleza pecaminosa no es un problema histórico para nada. Y aunque no sea su competencia declarar que la responsabilidad moral no existe, podemos afirmar que esta responsabilidad yace del todo por fuera del mundo particular en el que el historiador hace su labor. Enfrentará dificultades insuperables si trata de pararse con un solo pie en un mundo que no es el suyo.

Concediendo –lo cual es menos sencillo de lo que parece– un acuerdo sobre asuntos de moralidad, es una cuestión sutil hallar su incidencia sobre un caso particular. Y debe recordarse que, por naturaleza, los juicios morales son absolutos; en el sentido de que es inútil hacerlos si uno no puede de manera definitiva afirmar tener la razón. Podrá ser fácil para el moralista del siglo XX discutir la ética de la persecución, decir tal vez que la persecución religiosa estaría mal hoy en día, tal vez que estuvo mal en todas las épocas. Podrá ser fácil juzgar la cosa, condenar el acto, pero ¿cómo deberá el historiador pasar a la condena de personas, y aplicar sus estándares en el juicio de un incidente especial en un momento particular? ¿Deberá absolver desde su presente a todos los hombres del siglo XVI porque la época dio por sentada la persecución y la asumía como un deber; o deberá condenar a los hombres por no ser lo suficientemente originales en sus ideas para sublevarse contra las reglas y los estándares de su propio tiempo? ¿Deberá condenar a María Tudor como perseguidora y alabar a Catalina de Médici por buscar la tolerancia, o es más cierto afirmar que María fue ferviente y consistente en su catolicismo, mientras que Catalina fue más mundana e indiferente? La función del historiador

es, en primer lugar, describir las persecuciones por las cuales la reina de Inglaterra fue responsable, y de narrar los intentos de la reina francesa por asegurar la tolerancia. Pero poseer el arte de examinar fuentes y ponderar evidencia no lo faculta con la sutileza para decidir la incidencia de la culpa o el alabo moral. Será menos historiador si por un juicio moral pone en alto su esfuerzo imaginativo, y si por indignación moral disminuye su esfuerzo por la comprensión histórica. Frente al envenenamiento del que Alejandro VI es acusado, el historiador debe estar ligeramente interesado, sentir una leve curiosidad por saber cómo llegaron a ocurrir dichas cosas.

Es deber suyo mostrar por qué María persiguió y por qué Catalina no lo hizo, hasta que nos parezca natural por qué cada una actuó de la manera en que lo hizo. Tal vez sea proporcional a su tarea de mostrar por qué un acontecimiento tuvo lugar, la manera en que él desarma nuestros juicios morales y le pone punto final al impulso mismo hacia la indignación moral. Al ponerse la tarea de explicar cómo María Tudor llegó a ser lo que fue, logra hacer irrelevantes los juicios morales. La verdad es que el historiador, cuyo arte es descriptivo, no se mueve en este mundo de ideas morales. Sus insumos y sus procesos y todas sus herramientas, existen para permitirle mostrar cómo un acontecimiento particular llegó a tener lugar. ¿Quién es él para salirse de su verdadero oficio y anunciarnos que dicho acontecimiento no debió haber ocurrido? El caso de Napoleón Bonaparte ilustra las complicaciones que pueden derivar del ejercicio del juicio moral. Napoleón afirmaba que gracias a su genialidad y a su destino se encontraba separado del mundo moral. Se consideraba una excepción a las usuales reglas sobre el bien y el mal, y parece haber sido consciente de que él era una extraña criatura entre los hombres, una persona completamente amoral trabajando con la indiferencia de una ciega fuerza de la naturaleza –algo así como una avalancha que aplastó el mundo. Es cierto que no fue indiferente a la moralidad de otras personas. Fue casi su vocación de restaurar el orden moral que había colapsado en la Revolución, disciplinar nuevamente a la sociedad, y traer de vuelta las decencias de la vida. Pero lo anterior es consistente con su afirmación de estar por fuera del orden moral, pues se reconocía como autorizado para referirse al fin moral, tal como el Estado hegeliano afirma serlo. Él creía que al servirle, otros hombres obtenían su propio bien.

Todo lo que hizo por interés propio podía contarlo como hecho por la gloria de Francia. Todo aquello que hiciera peligrar su posición era una amenaza para el Estado. Su situación y su poder se combinaron con su instinto, convirtiéndolo declaradamente en el hombre amoral. Cuando una persona ha declarado de manera tan tajante ser forajida del orden moral, es una tautología para el historiador hacer otra cosa más que describir la visión de sí misma de dicha persona. Es redundante o extremadamente sutil discutir la moralidad de un hombre que no admite el orden moral, o que se considera la excepción a sus leyes. Y cuando un hombre ha declarado de manera tan completa su posición, no es muy útil continuar discutiendo si una obra particular suya debe ser considerada inmoral. Si él afirma estar por fuera de la moralidad, es mucho más relevante estudiar sus errores, pues cuando

un hombre dice que él mismo es el Estado, es esencial que no cometa errores. Si la ejecución del Duque de Enghien fue necesaria para la preservación del gobierno de Napoleón, uno podría argumentar que fue necesaria para la estabilidad y la paz de Francia; y en este caso surge la complicada pregunta qué haría uno por garantizar la seguridad del Estado. Pero, si Napoleón hubiese estado equivocado y si la ejecución no era necesaria para tal propósito, entonces el error mismo fue inmoralidad, y no es meramente insensible indiferencia afirmar que el error fue peor que un crimen.

Pero los juicios morales son inútiles si no se puede pensar que implican la comparación de un hombre con otro. De lo contrario, el historiador tendría que caer en el lugar común de que todos los hombres son a veces pecadores. Al mismo tiempo, es imposible hacer comparaciones de este tipo si no comparamos también la situación en la que se encuentran los hombres –la urgencia de su posición, el propósito por el que trabajaron, las exigencias que estaban dispuestos a imponerse en el momento de hacer sus reclamos a otros. Es difícil juzgar a un hombre como Napoleón, quien se paró, por así decirlo, al aire libre y tuvo el poder para hacer lo que quisiera: ningún gobierno controló sus acciones; ninguna ley o política lo mantuvo a raya; ninguna institución definió las condiciones limitantes para su comportamiento moral; no lo contuvo ningún miedo a la desaprobación social. Todas las fuerzas que controlan nuestro egoísmo y todas las circunstancias que incluso ponen límite a nuestros deseos estaban, por así decirlo, bajo su mano, y lo dejaban libre e incondicionado. Es imposible para nosotros siquiera imaginar a un hombre cuya situación y poder le dan libertad para elegir su conducta y dar rienda suelta a su deseo –libre de hacer lo que le plazca con los demás hombres. No sabemos si el rey de Prusia habría sido más moderado en sus ambiciones si hubiera tenido el poder para realizarlas y la oportunidad de hacer a voluntad. Y no sabemos si nosotros, quienes a causa de nuestras circunstancias tenemos pequeños deseos y mil represiones del deseo, habríamos sido más respetables que él, de haber estado en una posición que nos permitiese gobernar por todo el universo del deseo. Sabemos, en efecto, que este hombre, cuya mente careció en tantos sentidos de restricción, no vivió sin imponerse lo que fueron maravillas de la autodisciplina. Esto no es una defensa de Napoleón, quien sabía que su empresa azotó el continente entero, y ello no elimina la responsabilidad moral que Lord Acton tanto valoró; pero sí muestran que Napoleón no es para historiador un objeto de juicios morales sencillos y absolutos. Ello hace necesario que traduzcamos todo el asunto a términos acordes con la competencia del historiador. Estaremos en el mundo propio del historiador si afirmamos que la figura de Napoleón es para él objeto de descripción.

No es función suya molestarse con preguntas relativas al lugar en el que reside la responsabilidad moral; al punto hasta el que los fines justifican los medios y las buenas causas cubren las malas obras; o relativas al grado en el cual el hombre puede recurrir al maquiavelismo para, tal vez, salvar la existencia misma del Estado. Pero sí puede dar evidencia de que Napoleón mintió, de que Alejandro VI envenenó personas y de que María Tudor realizó persecuciones. Y decir que tal

hombre fue un cobarde, o que otro fue un fanático, o que cierta persona era una borracha habitual, puede ser tan válido como cualquier otra generalización histórica. La descripción de las características de un hombre, el análisis de una mente y personalidad son –sujetas a ciertos límites– parte del reino de la interpretación histórica; pues el estudio histórico presume que la simpatía, la perspicacia y la imaginación nos permiten avanzar al menos un poco hacia la comprensión de personas distintas a nosotros y de tiempos diferentes a los nuestros.

Además, el historiador se puede ocupar del problema que parece haber ocupado a Lord Acton: el efecto que la promulgación de ideas descuidadas sobre asuntos morales hubiese podido tener, en cualquier época, en la conducta humana. El historiador se encuentra nuevamente en su territorio cuando investiga las consecuencias en ciertos periodos del pasado de la doctrina de que el fin justifica los medios, o cuando muestra la importancia histórica de varias teorías éticas que atañen al estado. Cuando Acton afirma que ha habido poco “progreso en la ética [...] entre San Juan y la era victoriana”, puede estar en lo cierto o no, pero está haciendo lo que podríamos llamar una afirmación histórica. Las preguntas de la ética atañen al historiador en la medida en que son parte del mundo que tiene que describir; los principios e ideales éticos le atañen respecto al efecto que han tenido sobre los seres humanos. En otras palabras, estudia la moralidad en la medida en la que esta haga parte de la historia. Si la moralidad es el producto de la historia, el historiador podría ser llamado para describir su desarrollo. Si es un sistema absoluto, igual de vinculante en todos los lugares y tiempos, entonces no le atañe, pues sus herramientas solo le permiten examinar los cambios de las cosas que cambian. Pero aun en este caso, sólo se debe reformular la pregunta; ahora él será llevado a observar el desarrollo de la consciencia de los hombres de dicho orden moral, o su gradual descubrimiento del mismo. La moralidad, aunque pueda ser absoluta, no es absoluta para él.

Tomando la historia amplia de los siglos, es posible observar la evolución del gobierno constitucional y la libertad religiosa, y es posible pensar dicha evolución como un logro de cooperación de toda la humanidad, al cual asistieron, a pesar suyo, los *whig* y los *tory*; siendo necesarios en el proceso tanto los protestantes como los católicos; interactuando perpetuamente los principios de orden y libertad; y, a ambos lados de las grandes controversias, hombres peleando entre sí, los cuales fueron considerados buenos en sus días y que, para el historiador, son en cualquier caso “irreprochables en sus vidas privadas”. Pero si el historiador está preparado para discriminar entre el propósito por el cual estos hombres bien intencionados lucharon entre sí, y si está preparado para ver el asunto como moral y convertirlo en cuestión de juicio absoluto, si insiste en que es de su incumbencia tratar su tema en el reino de las ideas morales, ciertamente hallará un camino más corto hacia aquello por lo cual trabaja, y su historia se habrá escrito con líneas más fuertes, pues será una versión de la sobredramatización *whig*. Podrá entonces tener la libertad y el gobierno constitucional como asunto del perenne choque entre los principios del bien y el mal.

Puede apropiarse de las disputas de antaño y separar por siempre la humanidad y, al juzgar el pasado por el presente, mantener a todas las generaciones separadas por siempre. Y ha ocurrido que él ha sido capaz de admitir que hubo hombres buenos en ambos lados del conflicto, y de hacerlo sin hacer el menor sacrificio de lo que debe ser concebido como el lujo y la placentera sensualidad de la indignación moral. Detrás de todo, y a pesar de una suerte de plan cósmico del bien y el mal en conflicto, el historiador *whig* ha logrado reservarse una última pieza de sutileza. Puede incluso elegir perdonar la vida privada de Fox y salvar su condena moral de la “represiva política de Pitt”; pues Lord Acton mismo nos informa que “él tenía poco deseo de inmiscuirse en la moralidad privada de reyes y políticos”, y fue Acton quien le dijo a los historiadores que deben “sospechar poder más que vicio”. El *whig* parece preferir asumir una postura moral sobre lo que llama las grandes preguntas de la política pública. Así que con base en la interpretación *whig* de la historia, hemos impuesto la peculiar ética del historiador, con la cual podemos obviar el hecho de que un rey es un derrochador y un calavera, pero no podemos contener nuestras pasiones morales si un rey está demasiado exaltado por su visión de su oficio. La sentencia de Burke, que Acton suscribe, de que “los principios de la verdadera política son aquellos de la moralidad ampliados”, podrá tener un mundo de verdad, pero puede ser peligrosa en las manos del historiador. Y el no menor de sus peligros yace en el hecho de que puede ser invertida con tanta facilidad.

El historiador nos presenta una visión del mundo tal como es en la historia. Nos describe el proceso total que subyace a los cambios de las cosas que cambian. Nos ofrece esto como su explicación, su peculiar contribución a nuestro conocimiento de nosotros mismo y de los asuntos humanos. Esta representa su especial modo de pensamiento, que tiene leyes propias y está limitada por sus herramientas. Si pone al bien contra el mal, si habla “del reino del pecado, la soberanía del mal”, entonces dispone los ángulos de su visión de manera distinta, pues los dispone de acuerdo con medidas que realmente vienen de otra esfera. Si trabaja con juicios morales está tratando de asumir una nueva dimensión, y está abandonando el reino de la explicación histórica, el cual es el único que puede considerar suyo. Así que debemos decir de él, que es su labor mostrar cómo los hombres llegaron a disputas, en vez hacer una narración con la finalidad de revelar quién tiene la razón. Debe recordarse que, con sólo investigar y explicar, está incrementando el entendimiento humano, extendiéndolo a todas las edades, y uniendo el mundo. Y es en ello, en vez de en el trabajo por “perfeccionar y armar la conciencia”, donde debemos buscar el logro y la función y la defensa de la historia.

Finalmente, contra la opinión de Acton de que la historia es el árbitro de la controversia, el monarca de todo lo que estudia, puede sugerirse que ella es la sierva misma de los siervos de Dios, el sirviente de todos los sirvientes. El historiador atiende al economista, al político, al diplomático, al músico; está por igual al servicio del estratega y del eclesiástico y del administrador. Debe aprender mucho de ellos antes de siquiera poder empezar su labor de explicación histórica; y nunca puede imponerse sobre ellos. No es ni juez ni jurado; está en la posición

de un hombre llamado al estrado a dar evidencia, y aun así pude abusar de su función y requerir de la más minuciosa repregunta, pues él es uno de esos “testigos expertos” que persisten en ofrecer sus opiniones escondidas dentro de su evidencia. Tal vez todos los libros de historia representan un peligro para todo aquel que no sepa, previamente, bastante de historia. En todo caso, nunca es seguro olvidar la verdad que realmente subyace a la investigación histórica: la verdad de que toda la historia requiere perpetuamente de una corrección por parte de la propia historia. Cuando todo se ha dicho, si no tenemos comprensión, la historia de todas las edades no nos traerá ningún beneficio, pues sólo podrá darnos un lienzo más grande para nuestros manchones, un mundo más ancho para nuestra terquedad.

La historia es la totalidad de las cosas para todos los hombres. Está al servicio de las buenas y las malas causas. En otras palabras, es una ramera y un mercenario, y por tal motivo sirve mejor a quien más sospeche de ella. Debemos, entonces, incluso tener cuidado de decir “la historia dice [...]” o “la historia prueba [...]”, como si ella misma fuera el oráculo; como si, en efecto, una vez se ha manifestado, la historia ha puesto el asunto más allá del campo de la investigación humana. Debemos más bien decirnos: “Ella nos mentirá hasta el final de la última repregunta”. Esta es la diosa que el *whig* adora al pretender convertirla en el árbitro de la controversia. Nos engaña con ilusión óptica, prestidigitación y fraseología equívoca. Si debemos confundir las recomendaciones al personificar la historia, es mejor tratarla como un viejo réprobo, cuyos trucos y malabares son cosas de las que debemos guardarnos. En otras palabras, la verdad de la historia no es cosa sencilla, ya empacada y parcelada, lista para ser tramitada en el mercado. Y la comprensión del pasado no es tan fácil como a veces se la hace parecer.

* Traducido por Simón **GÓMEZ UPEGUI**, licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Colombia, estudiante de magister en Economía en la Universidad de los Andes (Colombia) y miembro del Centro de Estudios Internacionales (CEI) de la misma universidad. s.gomez83@uniandes.edu.co.

HISTORIA MUNDIAL Y PERSPECTIVA MUNDIAL

MARSHALL G. S. HODGSON*

RESUMEN:

La historia mundial es una forma particularmente adecuada para hacer frente al etnocentrismo. Los textos sobre historia general existentes hasta la fecha mencionan a China en uno o dos capítulos, mientras que dedican el resto de su tiempo a Europa. ¿Es esto debido a que solo Europa ha cambiado, a que solo han tenido lugar acontecimientos en Europa? Cualquiera que haya estudiado la historia de China le dirá que esto no es cierto. La historia de la cultura china es para la humanidad mundial moderna prácticamente tan importante, desde un punto de vista internacional, como lo es la historia de Europa. Sin embargo, cuando leemos "historia mundial", leemos principalmente sobre Europa.

PALABRAS CLAVE:

Historia mundial, etnocentrismo.

TITLE:

World History and World Perspective.

ABSTRACT:

World history has a value in breaking down our ethnocentrism. The up-to-date general histories mention China in one or two chapters, whereas they spend all the rest of their time on Europe. Is this because only Europe has changed, only Europe has had things happen? Anyone who has studied the history of China will tell you this is not true. The history of Chinese culture is as important, from an international point of view, to modern world humanity as is the history of Europe. Yet when we read "world history" we read chiefly of Europe.

KEYWORDS:

History, ethnocentrism.

***Marshall G. S. HODGSON** (1922-1968) fue un historiador especializado en el mundo islámico y en la historia mundial, y profesor de la Universidad de Chicago donde presidió el Comité sobre el Pensamiento Social.

Fragmento traducido con permiso de la editorial Cambridge University Press, publicado originalmente en BURKE, Edmund, *Rethinking World History. Essays on Europe, Islam and World History*, 1993.

Según una aproximación comúnmente aceptada, existe tanta población en China como en Europa continental; y más habitantes en China y Japón juntos que en Europa con Gran Bretaña. Es más, probablemente esta situación ha existido desde hace mucho tiempo, ya que todo el mundo reconocerá que China era una tierra civilizada incluso antes que Europa. El destino de China, pues, desde el punto de vista de los seres humanos, es en general tan importante como lo es el de Europa.

No obstante, existe una situación incongruente en nuestras ciencias sociales, y en particular en nuestros escritos históricos, que ha sido señalada alguna vez, pero sobre la que, hasta donde yo sé, nunca se ha hecho nada de manera eficaz. Los textos sobre historia general existentes hasta la fecha mencionan a China en uno o dos capítulos, mientras que dedican el resto de su tiempo a Europa. ¿Es esto debido a que solo Europa ha cambiado, a que solo han tenido lugar acontecimientos en Europa? Cualquiera que haya estudiado la historia de China le dirá que esto no es cierto. ¿Se debe a que la mayor parte de la humanidad vive ahora en una cultura europea, y que los patrones culturales chinos se han terminado?

Es cierto que Europa ha colonizado grandes áreas; pero la única población densa a la que dio lugar ha sido en Estados Unidos. Con todas sus colonias, Europa no posee mucha más población que China y Japón, cuya antigua cultura claramente no ha terminado. La historia de la cultura china, por tanto, es para la humanidad mundial moderna prácticamente tan importante, desde un punto de vista internacional, como lo es la historia de Europa. Sin embargo, cuando leemos “historia mundial”, leemos principalmente sobre Europa.

¿A qué se debe esto? A mi parecer, existen tres razones principales. La primera resultará evidente cuando recordamos que los historiadores del “Reino Medio” consideraban a *China* como prácticamente el único actor en la historia mundial. El motivo de la exclusividad tanto china como europea es el mismo: un desacuerdo esnobista.

La segunda razón es más justificable: Europa ha tenido más influencia en China desde la Revolución Industrial de la que China ha tenido en Europa. De acuerdo. Pero, ¿lograremos una imagen real del mundo si estudiamos únicamente la potencia dominante y no los dominados? Al fin y al cabo, hasta hace muy poco —considerando lo que es la historia de la civilización—existía probablemente una influencia mayor en la otra dirección; y comenzamos a darnos cuenta de que esto volverá a ser así nuevamente.

El tercer motivo va al centro de la cuestión: nuestra civilización es europea, y por tanto estamos interesados exclusivamente en aquella historia que pueda decirnos cómo llegamos hasta aquí. En este caso, seamos honestos al respecto y dejemos de hablar de historia *mundial* o historia *general*, cuando en realidad queremos decir historia de los países europeos y sus colonias (en la que se han incluido algunas observaciones sobre el resto del mundo). Algunos historiadores

modernos, en efecto, hacen esto, pero no una persona corriente. Sin embargo, considero que no es cierto en absoluto que la historia *mundial* no sea de gran importancia para nosotros.

¿Cuáles son los propósitos de la historia? Existen muchos. Indudablemente, un propósito principal de la historia general, ya sea de toda Europa o de la civilización mundial, es ayudarnos a comprender la civilización de hoy, y a colocarla en su marco histórico —de la misma forma en la que un trabajador social, cuando asume un caso, primero se encarga de elaborar un historial lo más completo posible, que pueda servirle como guía—.

Sin embargo, ahora debemos darnos cuenta, aunque no lo hayamos hecho nunca antes, de que los europeos no estamos solos en el mundo: China, Japón, India, Egipto, Irán estas tierras desempeñan ahora un rol importante en las vidas de europeos y americanos, y quizás desempeñen un rol aún mayor en la época de nuestros hijos. Si hemos de remediar los infortunios de un país, hemos aprendido que debemos tomar al mundo entero en consideración. ¿Acaso no somos más bien ridículos cuando afirmamos que no nos hace falta una historia del mundo en su totalidad?

La crisis en los imperios europeos muestra una necesidad especialmente urgente de confeccionar una historia mundial. Un conocido autor analiza las causas del imperialismo europeo exclusivamente en términos de factores europeos internos. Pero, ¿podemos entender por qué Europa podía gobernar sin averiguar por qué el resto del mundo podía ser gobernado? ¿Qué éxito tendrá en estos momentos dicho escritor a la hora de comprender los resurgimientos generales pero diversos de las tierras dominadas, sin tan solo poseer un trasfondo europeo para su análisis?

Más aún, ¿es cierto que podemos entender incluso nuestra propia historia de Europa y de los europeos sin comprender su contexto en el mundo en su totalidad? Por mucho que los chinos estudiaran la historia de China, ¿podrían realmente comprenderla antes de darse cuenta de que no era el centro de la Tierra? ¿No podría decirse lo mismo sobre nosotros?

Hemos sabido desde hace mucho tiempo que “las Cruzadas trajeron a Europa el conocimiento de una cultura más avanzada” que la suya propia. ¿Basta con señalar los aspectos específicos que Europa aprendió, sin tratar de colocar las culturas europeas y de Oriente Próximo objetivamente una al lado de la otra en una única historia, en la que pudiéramos observar no solo qué detalles Europa adquirió, sino también aquellos que no supo aceptar, y lo que es más importante, en qué puntos coincidieron ambas culturas en su desarrollo? Al estudiar un país, existe el peligro de analizar todos sus acontecimientos en términos de ese país aisladamente, mientras que si miramos alrededor, contemplamos acontecimientos evidentemente relacionados en otros lugares, lo que demuestra que las causas y desarrollo no

pueden ser puramente nacionales, sino que deben ser internacionales. Asimismo, al estudiar Europa, ¿deberíamos asumir que no es arriesgado buscar las causas de los acontecimientos europeos únicamente dentro de Europa?

Me aventuraría incluso a pensar que si comenzáramos a estudiar la historia del mundo en su totalidad, y no del modo desequilibrado en que nos hemos empeñado en estudiarla, descubriríamos que la historia europea —en todas sus fases, social, económica, artística, religiosa— ha sido por lo general, al menos hasta hace poco, una parte *dependiente* del desarrollo general de la civilización. Al estudiarla bajo esa perspectiva obtendremos una nueva interpretación tanto de Europa como de la raza humana. No es aceptable negar categóricamente esta premisa; el único modo de demostrar su falsedad es estudiando la historia mundial desde este punto de vista, y observar.

Existe aún otra razón para estudiar la historia mundial como tal, incluso aparte de su valor como historia: su valor para derribar nuestro etnocentrismo. Lo que tengo que decir a este respecto podría ser dicho igualmente sobre la mayoría de las ciencias sociales, pero la historia mundial es una forma particularmente adecuada de hacer frente al problema. Los americanos hoy en día necesitamos casi tanto como cualquier otra cosa adquirir una comprensión razonable sobre la posición que ocupamos en el mundo moderno. Nuestra posición es sólida, sin lugar a dudas, pero precaria. Representamos tan solo alrededor del 6% de la población mundial. Hasta ahora, hemos alcanzado un mayor grado de industrialización que la mayor parte del resto del mundo. Pero India y China se están volviendo más industrializadas, y hemos descubierto, para nuestra tristeza, que Japón ya lo está.

Considere que la población del mundo puede ser dividida en cuatro partes aproximadamente iguales: 554.000.000 en China y Japón; 526.000.000 en India Anterior y Ulterior; 534.000.000 en Europa con Gran Bretaña; y 556.000.000 en el resto del mundo¹. Incluso todos los europeos y sus descendientes fuera de Europa suponen como mucho alrededor de un tercio de la población mundial. Los europeos hemos estado gobernando despóticamente al resto del mundo; las otras naciones ya están mostrando su objeción, y parece que sus objeciones probablemente aumentarán. ¿No va siendo ya hora de que abramos los ojos al hecho de que no somos las únicas personas del mundo que importan?

Los profesores y escritores de las ciencias sociales, especialmente los historiadores, pueden hacer mucho por proporcionarnos la perspectiva mundial que es necesaria. Y ahora es el momento de dirigir todos los esfuerzos hacia esta meta. Hay un mapa publicado creo que por el *New Yorker* que muestra a Estados Unidos tal y como es visto por esa ciudad. En dicho mapa, Manhattan es más grande que Illinois. Los habitantes de Chicago se ríen de eso, pero Chiang Kai-shek no se ríe cuando ve que los americanos poseen esta visión del mundo: América y Europa son muy grandes, y el resto es insignificante. ¡Tenemos que cambiar ese

¹ Estadísticas de la Liga de Naciones de 1941.

mapa!

No estoy sugiriendo, por supuesto, que a América y Europa les sea concedida menos atención en nuestras escuelas y bibliotecas que a China e India. Historias particulares de fases especialmente significativas para el lector son muy importantes. Pero, al igual que no escribimos libros de historia del Occidente moderno en los que Estados Unidos acapare tres cuartas partes de su contenido, de la misma manera no deberíamos permitir que nuestra demanda especial de historia americana destruya la oportunidad de que aprendamos historia mundial. Una historia general —ya sea un pequeño volumen destinado al público, o bien un curso cuatrimestral o semestral para el estudiante— es también necesaria para proporcionar un marco no distorsionado en el que se pueda encajar una historia particular como elaboración de alguna parte en concreto de la historia general.

Ahora bien, si es de suma importancia que nuestros historiadores y científicos sociales en general construyan una perspectiva mundial, “global”, entonces hay muchas cosas que podemos hacer al respecto. En concreto, deberíamos hacer dos tipos de cosas: primero, alentar la elaboración de una historia *mundial*. Considero que estoy en lo cierto al afirmar que no existe ni un solo libro de historia que intente presentar de modo unitario, sin una prominencia indebida de Europa, el desarrollo de la civilización por todo el Viejo Mundo². En segundo lugar, incluso si no puede llevarse a cabo en este momento, no deberíamos sabotear la posibilidad de que la gente piense en términos de un mundo “global” empeñándonos en seguir hablando en unos términos que proporcionan a las mentes no expertas una visión distorsionada del mundo, y que por tanto contribuyen a conservar las ideas desastrosamente provincianas que ya poseemos.

Las cuestiones que voy a mencionar a este respecto pueden parecer de escasa relevancia; y no serían importantes si el prejuicio que confirman no estuviera entre nosotros. Pero desafortunadamente lo está, y sin duda no resulta muy inteligente mimarlo y alimentarlo, aunque sea en aspectos menores.

Por ejemplo, el mapamundi de Mercator literalmente tiene el mismo efecto en nuestra distorsionada visión del mundo que el que el mapa del *New Yorker* tiene sobre los neoyorkinos. En la proyección de Mercator, Inglaterra, que en realidad es más pequeña que el estado indio de Hyderabad, aparece casi tres veces mayor que dicha región. Ello es debido a que Mercator exagera el norte —Norteamérica, Europa, Rusia— a expensas de áreas más al sur, como India u Oriente Próximo. Y son nuestros propios ya exagerados países los que tienden a estar en el norte. Puesto que existen otros mapas del mundo disponibles, basados en mejores escalas y que ofrecen la misma utilidad que el mapa de Mercator, parece una seria negligencia continuar utilizando un mapa tan distorsionado, en las aulas o en

² Quizás las cartas informales de Nehru deberían ser consideradas como historia regular, y por tanto una excepción más bien inadecuada. La obra de Toynbee es, por supuesto, un estudio, y no una historia narrativa.

cualquier otro lugar.

Existen, por lo tanto, tres tipos generales de expresiones que insto a evitar. En primer lugar aparecen aquellas relativas a la naturaleza geográfica de Europa, que elevan a esta península al estatus de continente. Geológicamente hablando, dividir Eurasia en dos continentes a partir de los Urales es absurdo. La península de la India es tan solo un poco menor que Europa, y presenta una división mucho más real con respecto al resto del continente. Si existe una división histórica entre Europa y el resto de Eurasia, es la línea que los griegos empleaban, aproximadamente en el centro de la “Rusia europea”, donde la península deja de ser peninsular: puesto que ahí se ha encontrado, si es que puede encontrarse en algún sitio, la línea divisoria entre eslavo y “asiático central”. Pero esta no es una división continental.

La razón por la que recomiendo que se abandone esta elevación de Europa a un estatus continental debería ser evidente. Un ejemplo divertido de cómo esto confundió a un escritor inteligente nos ayudará a aclararlo. Van Loon (tras señalar que resultaba absurdo emplear el término continente para referirse a Europa, pero sin querer negarle dicho estatus para no añadir más confusión), intenta comparar las posiciones históricas de “Asia” y Europa³. El autor sostiene que, mientras que los ríos de “Asia” fluyen “en cualquier antigua dirección”, los de Europa discurrían todos directos hacia el mar —de ahí que Europa se expandiera y “Asia” no—. Esta afirmación podía haber tenido sentido si se hubiesen comparado áreas y poblaciones comparables —Europa con India o China, por ejemplo—, pero en ese caso toda la cuestión respecto a los ríos se habría evaporado. Van Loon podría ser alabado por no querer “añadir más confusión a la ya existente”, si no fuera porque la confusión existente no resultara ya tan grande que difícilmente habría algo más que se le pudiera añadir.

Por lo tanto, con el objeto de evitar fomentar la idea de que Europa es un continente equiparable al resto de Eurasia, deberíamos: (1) no referirnos a “todo el continente” de Europa, sino más bien a “Europa continental” o “toda la península” de Europa; (2) evitar el uso de mapas que contengan una línea sin sentido a lo largo del centro de Rusia; (3) no hablar de “asiático” como si caracterizara algo especialmente concreto como sí lo hace “europeo” o “americano”; (4) escudriñar todo lo que decimos sobre “Asia” o sus subdivisiones para asegurarnos de que no estamos estableciendo comparaciones inaplicables a Europa o sus subdivisiones.

El segundo tipo de expresión que hay que evitar es la que habla de “oriente” y “occidente” como *mitades* complementarias de la civilización mundial. ¿Hay algo más absurdo que nuestro uso de la palabra “oriental”? La empleamos para referirnos a cualquier región, desde Argelia y Rusia hasta Java y Japón —es decir, prácticamente cualquier cosa no europea—. No obstante, parece evidente que no se trata de una única civilización, comparable a la “occidental”, que sí muestra una

³ VAN LOON, Hendrik W., *Geography: The story of the world*, Garden City Publishing, Nueva York, 1940.

clara unidad.

Un breve estudio mostrará al menos tres grandes civilizaciones en “oriente”, tan distintas entre sí como lo son con respecto a Europa. Por ejemplo, mientras que Europa utiliza el alfabeto griego (y romano), Oriente Próximo emplea la escritura árabe, las Indias usan característicamente las letras hindúes y el lejano oriente utiliza caracteres chinos. Europa es cristiana, Oriente Próximo musulmán, las Indias hindúes y budistas hinayana, y el lejano oriente budista mahayana. Las culturas subyacentes son igualmente diversas en otros aspectos. La ecuación de “oriente” y “occidente” no solo supone que *nuestra* cultura es igual a la suma de las otras, sino que además ignora el hecho muy importante de que todos los no europeos no son en absoluto iguales. Probablemente sería mucho más razonable dividir el mundo en civilizaciones celestiales y bárbaras, como hacían los chinos, dado que la cultura china es quizá la más característica de todas.

Obviamente, determinadas cuestiones pueden atribuirse a Europa, y no a otras regiones; pero de la misma manera existen ciertos aspectos que pueden ser atribuidos a Islandia y no a cualquier otro lugar. Esto no implica que sea razonable dividir la cultura mundial en dos ramas: islandesa y no islandesa. La cultura de Noruega, por ejemplo, es mucho más cercana a la de Islandia que a la de Brasil. Es igualmente poco sensato crear una dicotomía entre occidental y no occidental. La cultura egipcia, por ejemplo, posee afinidades mucho mayores con la polaca que con la japonesa. Dicha dicotomía podría ser útil para unos pocos propósitos; pero su simplificación excesiva resulta tremendamente peligrosa si estamos intentando construir una perspectiva mundial.

Prácticamente cualquier ejemplo del empleo de las palabras “del este” y “oriental” muestran los peligros subyacentes, ya sea, como en un popular libro sobre estrategia reciente, en una argumentación para ignorar a Japón; o en caracterizaciones generales tales como “el aislamiento oriental de las mujeres” (¿es esto más aplicable a China que a Europa?); “la fatiga vital de oriente” (¿nadie ha oído hablar de Mahoma?), o cualquier otro rasgo oriental. Es asombroso contemplar cuánta gente realmente cree que “oriente es oriente y occidente es occidente” y que nunca se encontrarán. El General Gordon y C. F. Andrews no realizaron ningún milagro cuando se adaptaron a China o India; simplemente llevaron un poco más lejos el proceso por el cual un artista americano puede llegar a ser “más parisino que París”. La dificultad de un americano o un francés en comprender India es tan solo relativamente mayor que la de un americano comprendiendo Francia.

Por tanto, la necesidad no estriba solo en señalar que “oriente es tan bueno como nosotros”; sino más bien en deshacerse de la idea de que “oriente” es de algún modo una entidad cultural complementaria a la de Europa. De ahí que deberíamos, entre otras cosas: (1) negarnos a referirnos a estas o aquellas características como “orientales” —incluso cuando algún estudio meticuloso llegue a mostrar que esto es cierto en relación con todas las tierras “orientales” y con

ninguna tierra “occidental” (una situación infrecuente)— debido al peligro de apoyar la idea de que “occidente” es una realidad paralela a la suma de todo “oriente”; (2) evitar cualquier empleo de los términos “oriental” o “del este” de forma ambigua, y utilizar en su lugar del Lejano Oriente, Hindú, de Oriente Medio, africano, chino, etc.; (3) ser extremadamente cautelosos con el uso de los términos “del oeste”, “occidental”, etc.; (4) dejar de hablar sobre la “incomprensibilidad de oriente”, y referirnos, si es necesario, a la “incomprensibilidad de las culturas distintas a la nuestra”.

El tercer tipo de expresión que espero que evitemos es la que habla de Europa —o de los más directos predecesores de la cultura europea— como si siempre estuviera “en el centro del escenario de la historia mundial”. Así, he visto un mapa histórico, con fechas en la parte superior; barras en el espacio inferior dispuestas en paralelo a las fechas, colocadas para mostrar “el periodo de tiempo en que un pueblo es importante en la historia”; y puntos precediendo y siguiendo a las barras “para recordarnos que esas tierras estaban aún habitadas antes y después de que fueran el centro del escenario”. Egipto y Babilonia parten de la esquina superior izquierda, y se convierten antes del año 500 A.C en flechas y puntos que se extienden hasta el presente. Más abajo y a la derecha aparecen los hebreos y los griegos, luego Roma, después todavía más abajo y a la derecha, una barra doble de los musulmanes y las culturas europeas medievales, y en el punto más bajo de la esquina derecha, el occidente moderno. Puesto que las tierras al este del Indo constituyen más de la mitad de la población del viejo mundo, si el “centro del escenario” tuviera que situarse con algún grupo, ¿cómo podría ser nunca posible que estuviera al oeste del Indo? Es más razonable decir que *Europa* “estaba aislada de la corriente principal de la historia”, que decir que era India la que lo estaba.

En realidad, por supuesto, el mapa es una invención deliberada para ilustrar lo que el autor piensa que es el “lento camino de la civilización hacia occidente”—una ficción que ha resultado ser útil para algunos nacionalistas americanos—. La falta de solidez de la impresión que causa puede mostrarse señalando que la civilización musulmana, a la que gentilmente pone en el mismo nivel que la civilización europea medieval, puede encontrarse realmente en las mismas tierras que los babilonios y el antiguo Egipto (que en el mapa aparecen todavía como puntos) y por tanto no continúa, como el mapa intenta insinuar, el camino hacia “occidente”.

La insolencia de este mapa es increíble. A excepción de Grecia, que en el mapa parece más en Oriente Próximo que en Europa, y cuyos lazos han ido siempre, hasta el siglo pasado, hacia oriente más que hacia occidente, puede decirse que Europa ha producido muy pocas cosas de relevancia mundial antes de la Baja Edad Media; hasta entonces no existe el más mínimo rastro de civilización moviéndose hacia occidente. Incluso la vanagloriada Roma dependía de Egipto y del Mediterráneo oriental no solo para su trigo, sino para sus profesores y modelos.

Las ciudades más grandes y prósperas del Imperio se encontraban en el este, donde la civilización había estado siempre, y fue ahí donde la mayor parte de la ciencia y la cultura continuaba produciéndose.

No obstante, es más fácil de comprender el motivo de este mapa que su insolencia. Cuando hemos estudiado historia, siempre hemos estudiado cualquier cultura que estuviese más hacia el oeste —más cerca de nuestra Europa del noroeste—. Por tanto, cuando Grecia aparece en escena, centramos toda nuestra atención en Grecia, y después nos sorprendemos cuando, bajo el helenismo, otras regiones distintas a Grecia tienen mucho que aportar. Mientras tanto, cuando Italia había comenzado a civilizarse, trasladamos nuestra atención allí, sin volver nunca más al este del Adriático, sino más bien girando lo más rápidamente posible hacia los bosques de Bretaña, Galia y Germania (y se asombran de nuevo en la época de las Cruzadas al descubrir que oriente está más desarrollado que ellos).

Cuando la cultura cristiana al oeste del Adriático parece tardar en ponerse en marcha a pesar de su momento de brillantez inicial, decidimos entonces que una época oscura cayó sobre el mundo entero. Incluso osamos a afirmar que un caudillo que intenta superar dificultades locales es el personaje principal del mundo, en la época de Geber en Bagdad y la dinastía T'ang en China. El mismo Carlomagno no se hubiera atrevido a hacerlo.

Para evitar que se fomente la idea de que "Babilonia, luego Grecia, después Roma y más tarde la Europa del noroeste han ocupado el centro del escenario de la historia", los historiadores deberían, entre otras cosas: (1) dejar de hablar sobre el "mundo conocido", expresión que generalmente se emplea —conocido para la Europa provinciana—; (2) dejar de hablar de "Roma como dueña y señora del mundo civilizado" —o de "su mundo"—, puesto que una persona corriente no notará la diferencia sutilmente reconocida entre estas expresiones; (3) dejar de hablar de la caída del Imperio Romano, dado que solo se refiere a la pérdida de tres o cuatro provincias occidentales —recordemos que Roma se hallaba en manos del Imperio siglos después del tradicional 476, como lo estaba también la mayor parte de la costa mediterránea occidental hasta la invasión musulmana—; y (4) dejar de hablar sobre la Alta Edad Media como si fuera un periodo histórico.

Existen otros muchos puntos sobre los que debemos evitar alentar nuestro provincialismo, pero espero que tengamos en cuenta al menos estos a la hora de escribir o de enseñar. Mi deseo fundamental sigue siendo que alguien emprenda la redacción de un verdadero libro sobre historia, aportándonos una perspectiva sobre nosotros mismos, un marco no distorsionado en el que encajen nuestra propia civilización y nuestros tiempos.

*Traducido por **Rodrigo NÚÑEZ**, licenciado en Psicología por la Universidad Autónoma de Madrid, ha cursado el título en Estudios Internacionales y Europeos del Birkbeck College en Londres y, el Máster en Relaciones Internacionales y

Estudios Africanos de la UAM.

DOCUMENTOS

LA MODERNIDAD, LA PROMESA DEL PROGRESO Y SUS DESESPERANZAS

La modernidad —esos miles de procesos, contingencias, cambios, continuidades, avatares, que llamamos *modernidad*— se fue imponiendo, no sobre una hoja en blanco, sino sobre estructuras profundas de larga duración o para utilizar (mal) la idea de Koselleck sobre diferentes estratos del tiempo. Tal y como se formula el concepto de modernidad la mayoría de las veces, y sobre todo en el mundo académico, no designa una realidad actual sino un horizonte normativo. La realidad es más caótica, confusa, inaprensible, etc. de tal manera que hay numerosas realidades, o, si queremos, numerosas modernidades. Ciertamente ese horizonte normativo es deudor de una filosofía de la historia teleológica: el progreso avanza por líneas de ferrocarril, la verdad derrota al tiempo, el tren forma parte del paisaje... y esa concepción queda reflejada en los textos cultos y en la iconografía de los tiempos. Pero nunca hubo avance sin retroceso, ni liberación sin sufrimiento, y las mejores intenciones trajeron las peores consecuencias. Benjamin lo expresa magistralmente, Munch de forma mucho más personal y los testimonios gráficos actuales nos lo señalan inequívocamente.

documentos



Imagen I

Paul Klee, *Angelus Novus*, 1920
Museo de Israel, Jerusalén

“Hay un cuadro de Klee (1920) que se titula *Angelus Novus*. Se ve en él a un ángel al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava su mirada. Tiene los ojos desenchajados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la Historia debe tener ese aspecto. Su cara está vuelta hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que acumula sin cesar ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero una tormenta desciende del Paraíso y se arremolina en sus alas y es tan fuerte que el ángel no puede plegarlas... Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas mientras el cúmulo de ruinas sube ante él hacia el cielo. Tal tempestad es lo que llamamos progreso”.

BENJAMIN, Walter, “Tesis de Filosofía de la Historia” en *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1971, párrafo 9.



Imagen 2

Francisco de Goya, *Alegoría de la Verdad, el Tiempo y la Historia*, ca. 1800
Museo Nacional, Estocolmo

“La Verdad está en pie, con los brazos abiertos, llevando un pequeño cetro en su mano izquierda; al lado, el Tiempo, en su figuración típica de anciano empuñando un reloj de arena; ante ellos y sentada de perfil, casi desnuda, la Historia escribe afanosamente en un libro. Las tres figuras simbólicas están situadas en un ámbito casi abstracto, en el que apenas se insinúa una lejanía de paisaje. Una línea oblicua parte rotundamente el fondo en claro y oscuro. Lo portentoso de este cuadro es su realización sin líneas y casi sin materia, esfumando las formas y diluyéndolas en una atmósfera entre gris y amarillenta. Goya ha querido dar la sensación de irrealidad que corresponde a una alegoría.”

Disponible en: <http://museodelarte.blogspot.pt/2010/10/alegoria-de-la-verdad->



[el-tiempo-y-la.html](#)

Imagen 3

John Gast, *American Progress*, 1872

Cromolitografía publicada por George A. Crofutt; Librería del Congreso de los Estados Unidos de América, Prints and Photographs Division

“Cuando los estudiantes empiezan a describir lo que ven, pronto caen en la cuenta de que están mirando a una suerte de enciclopedia histórica de las tecnologías del transporte. El transporte de los indios arrastrado por caballos precede al *pony express*, la diligencia y las líneas de ferrocarril. La pintura estática trasmite de esta manera un vivo sentido del paso del tiempo y de la inevitabilidad del progreso. Las figuras —de Este a Oeste— transmiten la misma idea. El progreso que viene del Este y va hacia el Oeste y la noción de que la frontera se corre por la llegada de sucesivas olas de gente”.

Martha A. Sandweiss, Amherst College, disponible en: <http://picturinghistory.gc.cuny.edu/item.php?itemid=180>.



Imagen 4

Joseph M. W. Turner, *Rain, steam and speed. The great Western railway*, 1844
Galería Nacional, Londres

Para Turner el tren se había convertido en parte del paisaje de la Inglaterra de su tiempo. Este cuadro de ninguna manera reniega de la afición del pintor por los paisajes. Algunos críticos señalan como significativo que un fenómeno natural sea la primera palabra del título. Otros hablan de que Turner pretendía denunciar que la tecnología moderna destruía el mundo *conocido*. No sabemos. Lo cierto es que el GWR, que conectaba Bristol con Londres, estaba ahí para quedarse.



Imagen 5

En el discurso anual al Congreso (29-01-02), Bush reafirmó que “la historia ha llamado a Estados Unidos y sus aliados a la acción”. Frente al Eje del Mal, dijo, “la gran esperanza de nuestros tiempos, y la gran esperanza de todos los tiempos, depende de nosotros”. Y ante la Asociación de Emisoras Religiosas, declaró: “Debemos recordar nuestro llamado, como nación que ha sido bendecida, a crear un mundo mejor... y derrotar los designios de hombres malvados”. “La libertad —insistió—, no es un don de Estados Unidos al mundo; es don de Dios a toda la humanidad”. Por eso, la nación que encarna la libertad debe llevar ese don divino “a cada ser humano en todo el mundo”.



Imagen 6

Cárcel de Abu Jiad, Irak

“La ferocidad con la que las sociedades liberales han tratado a sus enemigos no puede ser explicada sólo en términos de defensa propia. Las liberales son sociedades que vale la pena defender, ya que encarnan un tipo de vida civilizada en el que las creencias rivales pueden coexistir pacíficamente. Pero cuando se convierten en regímenes misioneros, ese logro corre el riesgo de dejar de ser tal. Las sociedades liberales realmente existentes se corrompen cuando van a la guerra para promover sus valores. Eso es lo que ha sucedido cuando la tortura —cuya prohibición fue el resultado de una campaña ilustrada originada en el siglo XVIII— ha sido recuperada en pleno comienzo del siglo XXI como arma en una cruzada ilustrada por la democracia universal. Conservar las restricciones propias de la civilización que tanto nos costó adquirir es menos emocionante que arrojarlas a la basura para tratar de hacer realidad sueños imposibles. La barbarie tiene cierto encanto, sobre todo cuando viene revestida de virtud”.

GRAY, John, *Misa Negra: religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2008, ps.256-257.

Foto disponible en: <http://www.antiwar.com/news/?articleid=8560>.

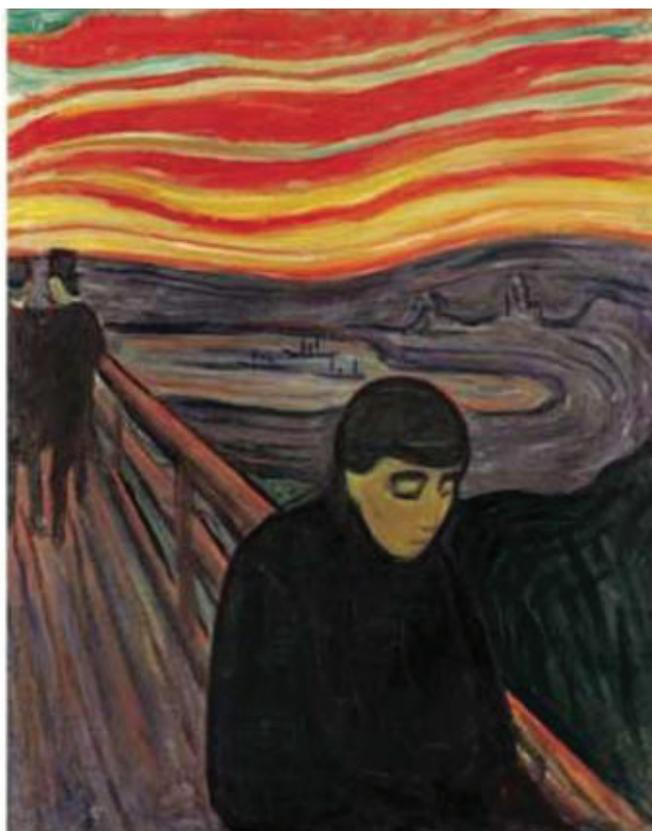


Imagen 7

Edward Munch, *Desesperanza*, 1893-1894
Museo de Munch, Oslo

“Uno tiene la angustia, la desesperación de no saber qué hacer con la vida, de no tener un plan, de encontrarse perdido. Andrés se inclinaba a creer que el pesimismo de Schopenhauer era una verdad casi matemática. El mundo le parecía una mezcla de manicomio y de hospital; ser inteligente constituía una desgracia, y sólo la felicidad podía venir de la inconsciencia y de la locura.”

BAROJA, Pío, *El árbol de la ciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESPACIO DE RESISTENCIA URBANO. CREAR Y RE-CREAR FORMAS DE CONTESTAR AL PODER

ENTREVISTA CON MADRILONIA*

Madrilonia es un portal de información alternativa madrileño que profundiza en los procesos sociales y políticas que suceden en esta ciudad. Algunos de estos procesos como la emergencia del movimiento 15M, la actual crisis económica o la construcción del neoliberalismo son tratados a lo largo de esta entrevista. Las respuestas de Madrilonia nos sitúan dentro de una reflexión crítica sobre cómo las luchas locales innovan, continúan o re-crean las formas de contestación al poder. Desde la Ventana Social creemos que Madrilonia nos ofrece una mirada a estos procesos en tensión con otras formas de resistencia al poder que contribuye a la temática de este número de la Revista de Relaciones Internacionales.

Pregunta: Nos podéis presentar el proyecto de Madrilonia, el momento en el que comenzáis, el tipo de gentes que lo integran, vuestra forma de trabajo. ¿Cómo decidís los temas que aparecen en vuestra red? ¿Qué características comunes y diferentes tiene con otros espacios de información alternativa que pueda haber en la red?

Respuesta: Madrilonia surge como herramienta de comunicación de cara a las elecciones autonómicas de 2011 por iniciativa de varias personas que participaban en distintos espacios de intervención política en Madrid. El objetivo era socializar todo un trabajo previo de investigación y de desarrollo de hipótesis políticas sobre la metrópolis madrileña que venían trabajando el Observatorio Metropolitano de Madrid, El Patio Maravillas, Ecologistas en Acción o el Ferrocarril Clandestino. Nos parecía que era un buen momento para poner en circulación una crítica al modelo neoliberal de ciudad, a la vez que introducíamos ciertos debates, por ejemplo, cómo afrontar el desmantelamiento de lo público de otra forma que no fuera sólo la defensa de lo que había, sino pensar formas de gestión ni privadas, ni estatales, que aseguren su disfrute y sostenimiento.

En todo esto llegó el 15 de mayo y Madrilonia se convirtió en un medio útil para el movimiento, en el sentido de que era un espacio de narración y debate sobre lo que estaba pasando. Nos sentíamos dentro de los acontecimientos y podíamos publicar cosas que no encajaban en los blogs de las acampadas porque en ese momento los consensos estaban muy poco definidos. Desde este momento hemos seguido trabajando pegados a la realidad de Madrid, porque es desde donde hablamos, pero hemos desarrollado una línea de publicaciones sobre la crisis de la deuda, la vivienda o el sentido europeo que en nuestra opinión debe tener cualquier

movimiento que quiera poner en aprietos a las elites financieras y la casta política. Digamos que nos hemos ligado al movimiento y a la actualidad, pero tratando de que ambas cuestiones no nos engullan, en el sentido no perder nuestros ritmos, tonos y posicionamiento en diferentes cuestiones que siempre trata de alimentarse de lo que va sucediendo.

Pensamos que nos diferenciamos de otros medios porque tenemos un punto de vista singular sobre la realidad, es decir, trabajamos cuestiones de una manera original y eso se refleja en nuestro discurso. Seguimos investigando y pensando para poder alimentar ese discurso, que no se quede en una lectura ideológica de lo que está pasando, sino que plantee problemas y lance hipótesis de intervención política. Hay gente que nos define como un medio de contrainformación, algo que nos parece aburrido. Nosotros, desde nuestra capacidad, comunicamos, es decir, informamos y ponemos en relación a personas, ideas, análisis, imaginarios y relatos. A veces, cuestiones que nosotros u otros grupos de activistas ponemos encima de la mesa se socializan hasta el punto de que las grandes empresas de comunicación no tienen más remedio que hacerse eco de ellas. Hay muchos métodos para socializar información, la "contrainformación" es una de ellas, pero nosotras preferimos jugar con la comunicación, hacer de ella algo serio en el sentido de fundamentar lo que se dice, pero divertida y alegre, siempre que se pueda, a la hora de escribir o crear imágenes.

P.: Hay distintas respuestas sociales que emergen en la ciudad relacionadas con, por ejemplo: las hipotecas y los desahucios, la privatización de los servicios públicos, el aumento de la vigilancia policial y el control social, la falta de control ciudadano sobre la deuda pública... ¿Creéis que estas luchas tienden a recuperar ciertos derechos ciudadanos surgidos durante el siglo anterior o también despliegan prácticas, estrategias y espacios de reflexión para la emergencia de nuevos derechos sociales? Desde vuestro punto de vista, ¿qué características generales tendrían estos nuevos derechos característicos a nuestra actualidad histórica?

R.: El 15M ha supuesto para una metrópolis como Madrid varias cosas importantes. Digamos que con el 15M emerge una composición social que estaba oculta y dispersa, lo cual resultaba en impotencia política. El PP de Madrid se ha consolidado en los últimos quince años, creando un modelo de ciudad hostil y muy competitiva en términos sociales. Pero en Madrid había cosas que estaban pasando a nivel micro, proyectos sociales previos al 15M, y en mayor escala un gran número de gente que estaba al margen de la política partidista pero que no es indiferente a lo que pasa, algo que remite a momentos como el "No a la guerra", la respuesta social el 13 de marzo de 2004 ante la gestión política de los atentados o V de vivienda.

Está claro que el 15M ha sido una máquina de conexión frente a la dispersión existente y esto abre muchas posibilidades a distintos niveles. En los barrios han surgido tejidos nuevos que han provocado aperturas en lo que ya había. Aquí se

abren espacios de solidaridad e intervención política sobre los problemas actuales para muchas personas. Esto es un laboratorio social, donde surgen alianzas imprevistas y se pueden alcanzar ciertas victorias que tienen que ver en una reconfiguración del barrio como territorio donde intervenir: gestión de los servicios públicos, toma de viviendas, redes de apoyo, rechazo de la presencia policial, etc. Entre los diferentes barrios hay nuevas conexiones que seguramente pueden aportar mucho a bloquear ciertas respuestas securitarias, racistas o de guerra entre pobres que se puedan dar en zonas muy golpeadas por la crisis.

Está claro que la defensa de lo que había, tratar de parar los recortes, es la primera respuesta ante los ataques que vienen de arriba. Pero con el tiempo las respuestas sociales que planteas van a ir perfilando un programa donde aparezcan nuevas cuestiones, como ya está pasando. Por ejemplo, si abor das los recortes en sanidad es muy fácil que acabes planteándote el tema de los cuidados con el resto de gente con la que tratas de construir una respuesta a la falta de respuesta a tus demandas. Recordemos que los derechos sociales surgidos del pacto social de postguerra estaban ligados al empleo, dejando al margen al trabajo de reproducción social realizada por las mujeres, y a la nacionalidad, marginando a toda la gente que llega de otros lugares para aportar sus saberes y esfuerzos. A su vez, el Estado de bienestar ha sido un proceso histórico que monopolizaba, burocratizaba y tecnificaba la educación o la sanidad, apartando de su gestión a las personas y a las comunidades. Algo que hay que pensar es cómo volvemos a recuperar los bienes comunes en un contexto de retirada del Estado y privatización. Se pueden experimentar nuevas formas de gestión que partan de las luchas en defensa de lo público.

P.: En relación con la pregunta anterior y dentro de la emergencia de estrategias de contestación social encontramos el 15M. ¿Qué supone el 15M para Madrilonia? ¿Su existencia ha transformado algo de vuestra forma de trabajar, de vuestros contenidos? Durante unos meses fue común escuchar en tertulias radiofónicas, en la calle o en el bar comentarios que relacionaban la inmadurez del movimiento y la incapacidad de institucionalizarse. ¿Cuál es vuestra opinión sobre esas críticas en relación con la extensión a través del 15M de las asambleas de barrios? Y una última pregunta en relación al 15 M ¿Cuál es vuestra opinión sobre la repercusión que ha tenido a nivel internacional como referente de movilización social y ciudadana en una época de crisis política y económica que afecta a gran parte del mundo?

R.: Madrilonia fue y sigue estando atravesado por el 15M de forma bastante natural. Nunca nos hemos sentido un medio externo y a la vez hemos podido aportar debates u opiniones que iban más allá del consenso, lo cual es justo lo que nos apetecía. Claro que ha cambiado la intensidad de nuestro trabajo y nos ha conectado con mucha gente. En cuanto a contenidos, siempre tratamos de adelantar ciertas visiones sobre lo que pueda ocurrir a nivel económico y político, tratando de invitar a la reflexión y animar a abordar los retos. Esto es algo que

te animas a hacer cuando algo está pasando, y ahí hemos aprendido mucho para conectar con los códigos que han surgido a partir del 15M.

Sobre la creación de asambleas en barrios, no tenemos una postura completamente consensuada. Por un lado vemos su importancia por lo que supone en cuanto a agregación social e intervención política en el territorio más cercano. Pero a su vez vemos que hay un error al pensar que el 15M son las asambleas de barrio, porque hay mucha gente para la que su barrio es un lugar donde duerme, pero sus trayectos vitales pasan por otros sitios y sus pasiones también. Pero no sólo está la cuestión vital, si aceptamos que la Red es otro lugar de debate, participación y agregación, vemos que la cosa se hace más compleja. De hecho lo importante es que la gente haga cosas que serán replicadas si son útiles y potentes. Digamos que el 15M no ha construido una institución, sino que ha creado un clima, una disposición a hacer cosas de forma diaria que mejoren nuestras vidas y al mismo tiempo abre una puerta a desafiar la lógica del expolio. Para tomar decisiones no hay un lugar construido a través de pequeños lugares, sino conexiones que se ponen a funcionar y que deberían trabajar con la escala más cercana sin olvidarse de lo que pasa en un contexto general de crisis política y estafa económica.

En cuanto a la dimensión internacional es bastante obvio que el poder de la toma de las plazas se ha expandido desde Tahrir al resto del mundo. A partir de aquí, si que hay algo que aporta el 15M, que es aquello de la apertura a la participación masiva de gente común o no activista en el norte global, que rompe el encasillamiento del movimiento. Esto ha transformado los lenguajes, las formas y las aspiraciones de la gente que sigue participando o confiando en el movimiento. Este salto cualitativo ocurrió en EEUU después de varios días, pero en Europa no ha sido así, salvo en Grecia, con un ciclo de luchas muy intenso que desborda los cauces previos de participación, y en Portugal, de forma puntual durante aquella manifestación de marzo de 2011 convocada por *Generação da Rasça* que atrajo una gran diversidad social. Ahora, el movimiento de los indignados sigue siendo un referente a nivel europeo y España es el próximo país en la mira de los mercados y las elites financieras, así que hay posibilidades para que aquí se produzca algo capaz de remover a la ciudadanía europea. La partida sobre el futuro de la UE se juega al sur de los Pirineos.

P.: Además de nuevas formas de contestación social nos encontramos también con otras herramientas históricas que tiene gran validez, por ejemplo la huelga. ¿Qué evaluación hacéis del desarrollo y del seguimiento de la huelga general del 29M? Durante esa jornada de huelga hubo manifestaciones y piquetes informativos distintos a los promovidos por los sindicatos mayoritarios. Igualmente se promovió una huelga de consumo. ¿Qué posibilidad y qué límites ofrece una huelga general como herramienta de lucha en nuestro momento histórico?

R.: Nosotros hemos trabajado mucho el concepto de huelga, su significado

histórico y su utilidad actual, siempre en relación con la composición de la fuerza de trabajo, el contexto político actual, el papel de lo financiero en la economía y la importancia de las ciudades como lugares en el que se conectan espacios de producción dispersos¹. Y hemos tratado de complejizar el asunto hablando de la dimensión social de la huelga y de los límites del marco nacional de las convocatorias de huelga general².

Sobre la del 29M, pensamos que lo que hizo de ese día algo importante fue el gran número de afluencia en la calle, más que el seguimiento de la huelga en los centros de trabajo. Es decir, que la gente salió a mostrar su rechazo a la reforma laboral aprovechando la convocatoria de huelga, pero sin demasiadas esperanzas en los grandes sindicatos. Más bien, podríamos encuadrar la huelga en el largo proceso de movilizaciones que se dan desde mayo, en el que la gente sale a rechazar las políticas que vienen de arriba y a sentir que hay mucha gente a su lado más allá de si cree o no en las cúpulas sindicales.

En cuanto a las nuevas maneras de participar en la huelga, nos parece muy interesante destacar que la gente se ha planteado claramente preguntas como ¿cuál es mi huelga? o ¿cómo voy a participar? A partir de aquí surgieron iniciativas con más o menos seguimiento, pero que apuntan al carácter social de la huelga en un momento en que las grandes fábricas son pocas y la precariedad laboral no hace fácil que se puedan articular respuestas en el ámbito laboral.

P.: En el “Manifiesto por Madrid· Crítica y crisis del Modelos Metropolitano” de Traficantes de Sueños se denuncia que un modelo neoliberal aplicado en la última década a Madrid ha supuesto un crecimiento económico de la región acompañado de un aumento de las desigualdades sociales y la privatización de bienes comunes como: la sanidad, la educación, los espacios públicos, el territorio, el medio ambiente, el agua. Seguramente este modelo político neoliberal no haya sido exclusivo a Madrid. En todo caso; ¿Hasta qué punto Madrid es un modelo característico de una economía capitalista global o refleja un tipo especial “neoliberalismo a la madrileña”?

R.: El libro que citas habla de la inserción de Madrid en la economía global a partir de una lógica neoliberal con adaptaciones propias del contexto local. Hay grandes líneas que caracterizan esa inserción, por un lado una fragmentación social en términos de renta y acceso a recursos que tienen que ver con un mercado laboral dual, en el que una gran parte de la población tiene empleos precarios en una economía de servicios que gira en torno a las grandes empresas conectadas a nivel global que desarrollan su actividades o tienen su sede en Madrid. A la par, el ciclo inmobiliario ha producido ciertas alianzas políticas en la región que le dan su propia

¹ Ver: <http://madrilonia.org/2012/03/erase-una-vez-la-huelga-general/> (Consultado el 5 de junio de 2012).

² Ver: <http://madrilonia.org/2011/08/we-have-a-dream-hacia-la-huelga-social-euromediterranea/> (Consultado el 5 de junio de 2012).

idiosincrasia. Por ejemplo, el poder de las constructoras tiene mucho que ver con la puesta en marcha de los nuevos hospitales de gestión privada con financiación pública o con las grandes obras auspiciadas por el ayuntamiento y la Comunidad de Madrid. En Madrid surge una tendencia neoconservadora muy potente, encabezada por Aguirre¹, que bajo un discurso liberal realiza una importante transmisión de recursos a esa misma elite, a través de bajos impuestos y de esta concesión y externalización de servicios, hacia grandes empresas pero también hacia colegios religiosos y otros grupos afines ideológicamente³.

La inserción de Madrid en la economía global y el predominio del sector servicios han hecho que la crisis del ladrillo haya sido menos evidente en términos de destrucción de empleo. Sin embargo, vemos cómo el supuesto crecimiento que nos vendieron la pasada década se convierte en deuda para la mayoría: detrás de la cifras, sólo los que ya tenían se enriquecieron. A los demás, a la deuda y al paro-precariedad se suma la degradación de los servicios públicos, atrapados entre los recortes y la externalización. Esperanza Aguirre⁴ y compañía tienen muy claro para quién gobiernan y sus mayorías electorales en el ayuntamiento y la Comunidad de Madrid permiten una política no sólo neoliberal sino también neoconservadora, por ejemplo, tachando a los trabajadores en huelga de insolidarios. Aquí es muy importante que no consigan separarnos en vagos y trabajadores y para ello, la fórmula del 99% de 15M es esencial.

* Entrevista realizada a través de correo electrónico por José Luis **DE LA FLOR**.

³ Ver: <http://www.traficantes.net/index.php/editorial/catalogo/utiles/Spanish-neocon> (Consultado el 5 de junio de 2012).

⁴ Esperanza Aguirre es miembro del Partido Popular y desde 2003 la Presidenta de la Comunidad de Madrid.

EL LIBRO, EL ENSAYISMO Y LAS CIENCIAS SOCIALES EN UN MUNDO GLOBAL Y POSCOLONIAL

RODOLFO MASÍAS NÚÑEZ*

FIERRO, Alfredo, *Humana ciencia. Del ensayo a la investigación en la Edad Moderna*, Anthropos, Barcelona, 2011.

PARDO, José, *El libro científico en la República de las Letras*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid, 2010.

Puede ser que ya esté del todo claro y sabido, aunque no lo vea así, que el libro como soporte material y como *obra*, y el ensayo como género literario, hayan perdido todo su valor en el mundo de las ciencias sociales. Tal vez el problema, por eso, ya no sea discutir sobre estos *hechos* ni sobre su significado; sino sobre si la situación es la deseable y si hay posibilidad alguna de intervención. No obstante, a mi entender, no parece estar lo suficientemente dilucidado por qué se llega a esta situación, como tampoco si es un desenlace inevitable o el fin de una historia, algo así como estar plantados sin más en una era *posensayo* y *poslibro* en este microcosmos del saber.

Más obediente del legado weberiano que del marxista, al menos para darle una respuesta a mi inquietud actual, he tendido a invertir la relación: entender lo que sucede con el libro y el ensayo, con la lectura y la escritura, como resultado de un cambio paulatino de mentalidad entre los miembros de las ciencias sociales. Un cambio que queda patentizado en la figura de lo que llamo *el investigador social eficiente*. Es un cambio de mentalidad que supone, por tanto, un cambio ético. Es un cambio tan crucial que merece una explicación, en la cual el acervo de investigación de las propias ciencias sociales, su *saber-hacer*, tiene un papel decisivo.

Cual “espíritu del capitalismo”, como proceso cultural, entiendo las circunstancias que hacen de caldo de cultivo a la modificación de prácticas que se observa entre los investigadores sociales y que a algunos nos causan tanta sorpresa. Tanto lo que sería el largo agotamiento del ensayo o el aceleramiento del ocaso de la virtud ensayante, durante los últimos años; como el raudo declive de la elección del libro como forma por excelencia para comunicar y como ideal supremo de realización intelectual, cobran para mi sentido dentro de un previo ambiente o atmósfera favorecedora. Es un cambio cultural profundo el que explicaría, o del cual derivarían, las tendencias señaladas. Cabe argüir, ciertamente, que se trata de unas tendencias globales, que no hay nada de misterioso ni digno de investigación en todo esto, mas, sin embargo, es enigmático el proceso particular que experimentan las ciencias sociales, más aún cuando se suponía que estaban resguardadas de la

llamada cultura-mundo, tal como la retrata Gilles Lipovetski.¹

Es cierto que el investigador social eficiente no está solo y también es cierto que, según las sociedades de que se trate, varía su presencia (población) y su gravitación en las correlaciones de poder académico. Lo que se ve, sin embargo, es su expansión, una presencia cada vez más avasalladora y triunfante. Es un fenómeno y proceso global, y además parte de la colonialidad del saber y del poder. Desde hace algunos años estoy tratando de caracterizar a este sujeto y procesos de manera integral, no solo como unas cuestiones de intelectuales o científicos, sino como la situación de unos sujetos y procesos económicos y políticos.

Podría decir, todavía de manera conjetural, que, respecto del libro y del ensayo, el investigador eficiente desarrolla, abriga y fomenta un discurso sobre la lectura y la escritura eficiente. Es una lectura racionalizante y administrativa, con fines instrumentales hacia unos réditos concretos. Lee masivamente porque esa es la fórmula de la mejor formación académica y del reconocimiento en su campo. Como cree que el conocimiento tiende a caducar cada vez más velozmente, se sumerge en la lectura actual que es sinónimo de lo más reciente. Deja de leer a los clásicos de las ciencias sociales, puesto que es presa de una lectura urgente para no quedar rezagado. Se puede deducir, pero también comprobar, que el representante de la lectura eficiente en ciencias sociales fomentará entre los estudiantes la lectura fragmentaria, el artículo, la fotocopia específica, la bibliografía flamante.

En su obsesión productiva, este investigador social encuentra en la docencia un obstáculo, pues preferiría ser un investigador puro. Todo parece indicar que, éticamente, tendió a valorar más la práctica de la investigación por la investigación, dejando atrás, o para otros, una proyección social. Congruente con todas las anteriores características, sería el investigador que opta por los métodos de producción intelectual más fructíferos, unos dispositivos y artilugios que reporten ágilmente “productos” y, sobre todo, sostengan una productividad ascendente o al menos constante. Es por ello, entre otras razones, que cuando escriba elegirá el lenguaje directo, una especie de lenguaje expeditivo y clónico, bastante previsible, escasamente literario, y el texto corto en extensión. Cae por su peso que sea el *artículo* el formato material y el género, si se puede llamar así, más propicio para todas sus esperanzas.

El investigador eficiente es un sujeto pragmático, pero poseído por unas máximas de conducta que constituirían un *ethos*: “quien no publica no existe”, “el fin de la investigación es la publicación”. Son unos mandatos definitorios y contundentes en su práctica intelectual y social como investigador, tanto que, a mi juicio, trastocan la relación entre conocer y difundir, entre descubrir y aportar. Es una nueva postura, respecto de unos medios y unos fines, desconocedora de ese

¹ LIPOVETSKI, Gilles y SERROY, Jean, *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*, Anagrama, Barcelona, 2010.

llamado de atención que hace muchos años hiciera Paul Feyerabend² acerca del espacio (*arena*) de la justificación de las iniciativas científicas: la investigación no podía justificarse en el cada vez más autopoietico campo de la ciencia. La ciencia pasa por el escrutinio de la sociedad.

De ser ciertas todas estas conjeturas sobre tal espíritu investigador, lo que estaría cuajando sería una relación instrumental, burocrática, no voluntaria y más contingente, con el texto escrito. Es decir, con la escritura y respecto de las plataformas posibles en que un texto pueda plasmar. Se estaría consolidando una relación diferente a la usual y hasta cierto punto canónica en las ciencias sociales, tendente a fomentar unas ciencias sociales más cercanas a las Humanidades y las Letras. Así, cómo no pensarlo: ¿Es este investigador un escritor? ¿Podría serlo? ¿Quisiera serlo? ¿Qué cambió, de modo que esto resultó así? ¿Qué le deparan a las ciencias sociales este tipo de desplazamientos y prácticas? ¿Qué ocurrió con el ensayo y el ensayista en las ciencias sociales? ¿No es posible una convivencia pacífica y más bien complementaria entre ensayo y ensayista, y entre ensayar e investigar científicamente?

Dos libros recientes han solidificado los fundamentos de varias de mis preguntas y reflexiones, pero también me han conducido a pertinentes dudas y retrocesos, un poco a matizar mis impresiones iniciales: *El libro científico en la Republica de las Letras* de José Pardo, y *Humana ciencia. Del ensayo a la investigación en la edad moderna*, de Alfredo Fierro. Son dos textos, sin ningún temor a decirlo, que enriquecen la discusión en cuestión. Ambos están escritos por académicos de dos lugares muy distintos de España, y además de especialidades diferentes. Pardo es historiador e historiador de la ciencia, mientras Fierro es psicólogo y filósofo. Además diría que conforman dos generaciones diversas.

Son dos libros de apariencia muy dispar, también. Uno es un libro muy pequeño en páginas y en tamaño, tiene apenas 13,5 cm. de largo y 10 cm. de ancho, y contiene tan solo 51 páginas. El otro es un libro voluminoso, de un formato familiar (19,5x12,5 cm.) y de 415 páginas. Vistos por su género literario, son magníficos ejemplos de ensayo aunque, tal vez, dentro de dos variantes diferentes del mismo. El de José Pardo es un texto narrativo con un lenguaje preciso, no adjetivado, nada lírico. Es un trabajo de historiador científico, pues tiene entre manos reconstruir un periodo largo de la ciencia europea, entre el siglo XVI y el XVIII (La Republica de las Letras) de la manera más objetiva y neutral posible. El de Alfredo Fierro es un ensayo denso, es una reflexión filosófica e histórica donde sigue al pie de la letra la propia definición y el propio canon que del ensayo propone. En efecto, es un libro sobre el ensayo pero, más que eso, sobre la escritura durante la conformación de la ciencia en la Edad Moderna. Se trata de un ensayo sin lugar a equivocación, tanto más cuanto que no es neutral sobre las conveniencias de este género entre intelectuales y científicos.

² FEYERABEND, Paul, *La ciencia en una sociedad libre* (1978), Siglo XXI Editores, México, 2008.

Si hubiera que indicar lo que a mi entender y debido a mis intereses hace comparables y complementarios estos dos trabajos, diría que es porque ambos autores tratan de las *vicisitudes de la comunicación*, de eso que se llama ciencia y científicos, durante la modernidad (una perspectiva de larga duración). Pero, al hacerlo, trascienden a una cuestión más general y compleja como son los *procesos permanentes de construcción del campo de la ciencia*, en los términos de Pierre Bourdieu³. El problema de la comunicación es el serio y esencial problema de la difusión del conocimiento, tanto de los medios predilectos y eficientes para hacerlo (libros o revistas o tratados, por ejemplo), como de la extensión de esa difusión (entre científicos u otros actores sociales). A lo que se añade una decisión sobre el tipo de lenguaje y la forma narrativa a adoptar. Si se ve todo esto con cuidado, en el asunto de la comunicación se juega agudamente el futuro de la ciencia, incluidas las ciencias sociales, ciertamente. *Futuro* aquí no solo es la supervivencia de la ciencia, sino en qué forma, a qué precio y bajo qué identidad se hace o se haría efectiva la misma.

De acuerdo con esta percepción, Pardo habla más del libro que de la escritura científica; del libro, según él, en su momento más glorioso. Y Fierro habla más del escribir, especialmente del lugar del ensayo, y de ese fenómeno complejo que es la actitud ensayante, durante la *cientifización* de la cultura y de los intelectuales. En un plano más general, ambos participan así del debate actual por esclarecer el porvenir del texto escrito ante el avance electrónico. Siendo dos libros históricos, están engarzados en el presente. Pensaría que un presente crítico y dudoso sobre el libro en general, pero más sobre el libro y la escritura en la ciencia, que es su gran acicate.

Pero a mí me interesaron y sorprendieron por unas razones más puntuales, relativas a mis reflexiones y conjeturas, como ya lo había expresado. De la lectura de Pardo obtuve la fuerte sospecha de que la historia del libro científico es más contingente y menos lineal de lo que se cree. La impresión, es que se trata de una historia *con* crisis, una historia cíclica en que, para mayor sorpresa, las cosas parecen repetirse. Pardo nos inmuniza, así lo veo, de una concepción absolutizada y naturalizada del libro en el campo de la ciencia. El libro nos lleva al campo y el campo a sus actores, los científicos.

El hecho es que, de una manera o de otra, todo empujaba a los miembros de la República de las Letras a frecuentar el cada vez más rico y variado mercado de la palabra escrita, en donde la letra impresa no era ni mucho menos la única forma de expresión, pero sí la que más había crecido en aceptación y eficacia comunicativa. Por supuesto, la participación más

³ BOURDIEU, Pierre, *Homo academicus*, Polity Press, Cambridge, 1988. BOURDIEU, Pierre, *Los usos sociales de la ciencia*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000. BOURDIEU, Pierre, *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Anagrama, 2003.

deseada en ese proceso era la de escribir y publicar libros; pero para aquellos cuya situación no lo hacía posible, también se podía participar comprando, regalando, prestando, pidiendo, heredando y hasta robando libros⁴.

Interpreté el periodo de La Republica de las Letras como el paraíso del llamado libro científico. Son tres siglos en que este soporte material de comunicación se impone entre estudiosos y sabios. A su paso, se constituye una serie cardinal de prácticas científicas, como son estilos de escritura, modos de lectura, formas de producción, circulación y formas de gozo, como dice este historiador. El libro está en el centro de lo que se conoce como cultura científica. No duda Pardo en decir que es un pilar básico en la construcción de la Republica de las Letras o que en la Edad Moderna europea el libro es la señal más clara de identidad de la ciencia en esa época.

Por eso, comunicar experiencias (y hacerlo de modo adecuado a las expectativas de los agentes implicados) se convirtió ahora en una práctica esencial para el triunfo y la visibilidad social de la filosofía experimental; y por eso cobraron tanta importancia los dos soportes fundamentales que aseguraban esta comunicación: las cartas y los libros⁵.

La historia del libro científico, según Pardo, hacia finales del siglo XVIII atraviesa el cierre de un ciclo. Ahora este libro tiene que aprender a convivir con otros formatos. Se parece a una crisis por agotamiento. Una especie de saturación como resultado del mayor contacto del campo de la ciencia con otros campos sociales, y debido también a unas exigencias nuevas de parte de la sociedad, interesada por seguir consumiendo y aprendiendo del saber especializado.

Esa es la razón fundamental por la que la aparición de la obra por fascículos, financiada a base de una suscripción previa, marcó el final de una era para el libro científico y el principio de otra distinta. En ella, el libro científico diversificará formas y formatos (revistas, tratados, libros de texto, manuales) que si, por un lado, competían entre sí, por otro lado, colaboraran en la captación de públicos cada vez más amplios y variados para la ciencia⁶.

El trabajo de Alfredo Fierro tiene también un gran poder clarificador, histórico

⁴ PARDO, José, *El libro científico...op. cit.*, pp. 30-31.

⁵ *Ibíd.*, p. 27.

⁶ *Ibíd.*, p. 48.

y conceptual. Correspondiente con lo que ahora busco, consigue desarrollar con profundidad cuatro asuntos capitales: una génesis de lo que denomina los tres géneros de la modernidad (la ciencia, el ensayo y la novela); una elucidación del espíritu de ensayista frente al de científico; una ponderación del papel y la importancia de la escritura, del escribir, entre estas dos figuras intelectuales; y, desde un punto de vista más ideológico y ético, una sólida argumentación a favor de una perspectiva de igualdad de condiciones entre las “tres prosas”, una postura de equivalencia e igualdad de virtudes entre estos tres géneros.

Al concebir tajantemente a la ciencia, el ensayo y la novela dentro de la estirpe de la modernidad, Fierro nos propone una lectura, a mi entender, menos conflictiva entre estas tres expresiones de la comunicación. Al tener un mismo origen comparten atributos, se parecen más de lo que creemos. No son unas entidades absolutamente diferenciadas y hasta pueden dialogar y complementarse.

Son sus prosas mayores, originales suyas, la ciencia, el ensayo y la novela, géneros textuales, los tres, de carácter laico, no religioso o mítico, y sin propósito directo –si acaso solo indirecto, connotado de enseñanza⁷.

Cada avance de la ciencia empírica ha traído consigo un forzoso retroceso del ensayo y de la filosofía. Desde que hay astronomía y astrofísica como ciencia, ¿qué pinta un filósofo disertando sobre asteroides jupiterinos o calculándole la edad a nuestro sistema solar?⁸.

Es cierto que en la modernidad se pronuncia una bifurcación y una tensión entre ciencia y humanidades. O entre lo que se ha denominado “dos culturas”, una más de corte realista desde un punto de vista epistemológico y otra más hermenéutica⁹. Como ya afirmé, no solo se estima una abismal diferencia, sino que además de ser posturas en el mundo antagónicas, una es, o sería, superior a la otra. Así, en este razonamiento e ideología, la ciencia sería superior al ensayo o viceversa, según se le vea. Pero en Fierro esto es más difícil de establecer, sea porque decanta tan prolijamente las virtudes del ensayo y del ensayante, como porque logra convencer de que el espíritu científico puede también realizarse a partir de o con un talante intuitivo y conjetural.

Ensayista o ensayante es entonces sencillamente el filósofo, estudioso, indagador, que,

⁷ FIERRO, Alfredo, *Humana ciencia...op. cit.*, p. 15.

⁸ *Ibíd.*, p. 309.

⁹ MARDONES, J.M, *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*, Anthropos, Barcelona, 1991.

a falta de argumentos y evidencias indudables, al tratar acerca de un asunto, acomete su tarea por vía de "ensayo", de reflexión e indagación de carácter tentativo y provisional, de manera un tanto informal y en discurso no dogmatizante ni sentenciador.¹⁰

El profesor doctrinario no modifica un ápice su lección jamás; no la modificaría a lo largo de cien vidas que le concedieran. El filósofo crítico, ensayante, por el contrario, varía sin fin, sin limitaciones, en breves o largos lapsos de tiempo¹¹.

El ensayista y el científico, sin embargo, constituirían dos *habitus* en la teoría de Bourdieu. Son dos sensibilidades identitarias, fenómenos de formas de apreciación y de percepción de las cosas. Son también apuestas de función y compromiso político. Del libro de Fierro, deduje que un factor diferenciador es el significado y la función de la escritura, o, mejor, del escribir en estas dos figuras sociales. Sobre la lectura también deduje lo mismo, porque mientras que para el ensayista leer es la conclusión de una exquisita selección de textos, en el científico procede como el resultado de un "estado de la cuestión", de una "literatura" acerca de unos temas en particular.

El escritor es, por entero, su propio oficio. El "escribo, luego soy" equivale a "existo porque escribo", "soy mientras escribo"; y constituye no solo justificación, sino fuente de significado, fundamento y sustancia de su existencia. La conciencia del escritor recaba realidad objetiva del "escribo": si no escribo, estoy muerto, estoy acabado¹².

Pero los ensayos de Pardo y Fierro nos dejan con la sensación de saber más sobre el desarrollo de esta misma historia y cuestiones que ellos nos reconstruyen, en los *otros lugares del mundo*. Mas, también, si lo que a mi entender viene ocurriendo en esos otros lugares del mundo, es lo que ocurre en el *centro* del sistema mundial del saber. ¿Cabe la posibilidad de una historia del libro, la lectura, el ensayo y las ciencias sociales en y desde la subalternidad, y otra en y desde el centro? Porque tampoco está del todo claro si la angustia, o quizá la prisa, por lograr ser un investigador social eficiente es la misma siempre, para todo el que investigue en ciencias sociales en la actualidad. Caben matices también respecto de la intensidad del conflicto entre ciencia y ensayo, y entre científico y ensayista, pues hay lugares del mundo donde predomina una tendencia a la hibridación y

¹⁰ FIERRO, Alfredo, *Humana ciencia...op. cit.*, pp. 85-86.

¹¹ *Ibíd.*, p. 283.

¹² *Ibíd.*, p. 226.

la fusión. Por eso decía que estos libros me hicieron retroceder y matizar. Sólo dentro de una concepción de lo histórico como necesidad, es que tendría lugar la desaparición definitiva e inevitable del libro y del ensayo, que llevaría a una especie de comunidad de las ciencias sociales más paradigmática en los términos de Thomas Kuhn. Es decir, homogénea, consensual, sin diferencias.

***Rodolfo MASÍ S NÚÑEZ** es profesor asociado del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes, con sede en Bogotá, Colombia.

MODERNIDAD, BÚSQUEDA DE SENTIDO Y RESISTENCIAS: MÁS ALLÁ DE LA HERMENÉUTICA DEL PODER

ANDREAS HACKER LOZAR*

Karatzogianni, Athina y Robinson, Andrew. *Power, Resistance and Conflict in the Contemporary World: Social movements, networks and hierarchies*. Nueva York: Routledge, 2010, 324 páginas.

Laïdi, Zaki. *Un monde privé de sens*. Paris : Fayard, 1994, 333 páginas.

Shilliam, Robbie (ed.). *International Relations and Non-Western Thought: Imperialism, colonialism and investigations of global modernity*. Nueva York: Routledge, 2011, 272 páginas.

*"Not all that glitters is gold,
Half the story has never been told"*¹

La narrativa hegemónica en el seno de la disciplina de las las Relaciones Internacionales está compuesta por una serie interrelacionada de conceptos, discursos y mitos que en su conjunto son presentados como recapitulación esencial de la historia de *lo internacional*. Resulta evidente, sin embargo, que estos conceptos clave tienen un origen predominantemente occidental: desde el mito fundacional de Westfalia, pasando por el propio constructo del Estado como actor elemental de la realidad internacional² hasta determinados valores centrales de la disciplina (soberanía, ciudadanía, derechos humanos etc.) son ininteligibles sin un conocimiento de la historia y la idiosincrasia histórico-cultural y sociopolítica occidental. Acierta a señalar esta contradicción Mustapha Kamal Pasha: "Uno de los rasgos más persistentes de las Relaciones Internacionales occidentales se encuentra

¹ MARLEY, Robert Nesta, citado en Shilliam, Robbie. "Non-Western thought and international relations" en SHILLIAM, Robbie (ed.), *International Relations and Non-Western Thought: Imperialism, colonialism and investigations of global modernity*, Routledge, Nueva York, 2011, p. 10.

² La centralidad del actor estatal, esa *megamáquina* que instaura un "régimen sobrecodificador [... que] opera a través de la estratificación, formando un agregado vertical jerárquizado" resultando en una "integración global (no local) que recorta o reduce la densidad de las conexiones horizontales" (Mumford, Lewis, citado en Karatzogianni, Athina y Robinson, Andrew, *Power, Resistance and Conflict in the Contemporary World: Social movements, networks and hierarchies*, Routledge, Nueva York, 2010, p. 58, traducción propia, igual que todas las siguientes), se traduce en un acercamiento predominante por parte de la disciplina de las Relaciones Internacionales a la realidad que estudia como campo del encuentro *interestatal*: "El tema investigado -la tradición de las Relaciones Internacionales- se define de manera más bien estrecha: se centra principalmente en las interacciones entre Estados soberanos." (KNUTSEN, Torbjørn L., *A History of International Relations Theory*, Manchester University Press, Manchester, 1992, p. 2) Sin embargo, la vigencia del estatocentrismo se ve (o al menos debería verse) más y más cuestionada tanto desde la vertiente espacial (la defensa exclusiva y excluyente de la validez del modelo del Estado-nación como forma de organización política del territorio resulta como poco complicado) como frente a la evolución de fenómenos históricos -la globalización- que invitan, al menos, a pensar el mundo y los espacios de encuentro que se dan en él en otras categorías que la del Estado y la nación.

en su rechazo a aceptar su propia peculiaridad”³. Pero mayores implicaciones para el desarrollo de la disciplina que las derivadas de esta incapacidad autoreflexiva se esconden detrás de la mirada reservada por parte de las Relaciones Internacionales al *Otro*: lo que Robbie Shilliam denomina “miopía del horizonte de investigación”⁴ se explicaría a través de la insistencia de la disciplina en dejar de lado relatos no-occidentales sobre los fenómenos globales, marginarlos o atribuirles la función —en la tradición *Orientalizadora*— de contribución exótica al canon establecido⁵. El autor identifica una necesidad de “provincializar el pensamiento sobre la forma occidental de vivir la modernidad, hasta ahora tomada como punto de referencia universal”⁶ para dar paso a discursos alternativos que complementen esta visión.

La visión aportada por la obra de Shilliam será complementada más adelante por dos obras que, a pesar de su aparente disparidad temática, pueden leerse de manera relacionada: La todavía actual *Un monde privé de sens* (1994), en la cual Zaki Laïdi ofrece una explicación de la “deslegitimación sin precedentes de las palabras susceptibles de constituir los puntos de partida simbólicos de la acción colectiva”⁷ sintomática de la incapacidad occidental de articulación de nuevos *horizontes de expectativas* (Koselleck); y finalmente *Power, Resistance and Conflict in the Contemporary World: Social movements, networks and hierarchies* (2010) de Athina Karatzogianni y Andrew Robinson, un análisis (principalmente) del potencial de las formas de organización política horizontales a las cuales — cerrando el círculo— los autores sí atribuyen la capacidad de erigirse en agentes de creación y transformación.

(Des)provincializando miradas y discursos

“By a gigantic act of faith we assume that the chronology in which we fit (with difficulty and distortion enough!), the events and changes of that tiny part of the earth [...] which we call Western Europe, is also the chronology of mankind”⁸

Para dar contenido universal a las Relaciones Internacionales sería indispensable tomar en cuenta voces que hasta ahora sólo han sido presentadas como objetos de estudio (pasivos), pero no como sujetos pensantes y activos. El “extraño pero revelador silencio”⁹ que rodea las experiencias (en primera persona) no-

³ PASHA, Mustapha Kamal, “*Untimely reflections*”, en Shilliam, Robbie (ed.), *Op. cit.*, p. 217.

⁴ SHILLIAM, Robbie, *Op. cit.*, p. 4.

⁵ “A pesar de que el excepcionalismo occidental está basado en el historicismo, también se fundamenta sobre la eliminación histórica, tanto de su propia genealogía como de las genealogías de otros. Lo no-occidental aparece en escena solamente para confirmar la legitimidad de su propia muerte o marginación [...]. Así, lo no-occidental sólo puede estar presente como ausencia. En cuanto reaparece, bien para establecer la legitimidad o la universalidad de Occidente y sus proyectos, bien como consecuencia de la generosidad occidental, a menudo toma la forma de la curiosidad antropológica o de la tolerancia nominal de la diferencia sin contemporaneidad. PASHA, Mustapha Kamal. *Op. cit.*, p. 218.

⁶ SHILLIAM, Robbie, *Op. cit.*, p. 3.

⁷ LAÏDI, Zaki, *Un monde privé de sens*, Fayard, Paris, 1994, p. 264.

⁸ NISBET, Robert, *Social Change and History: Aspects of the Western Theory of Development*, Oxford University Press, Oxford, 1969, p. 241.

⁹ SHILLIAM, Robbie, *Op. cit.*, p. 1.

occidentales no es fruto de la ignorancia, sino que sostiene una determinada visión —hasta ahora hegemónica— de entender el mundo desde la óptica de las Relaciones Internacionales: “Sepultado bajo el relato hegemónico de las Relaciones Internacionales se encuentra la historia torturada de ocultamiento y silencio de mundos extra-europeos”¹⁰. La finalidad de este silencio forzado es la perpetuación de un “diálogo” manipulado del que desaparecen experiencias (y consecuencias) incómodas, igual que su causa se encuentra en las evidentes disparidades en las relaciones de poder a ambos extremos del diálogo: sólo así cabe explicar la “remarcable [...] ausencia del reconocimiento sustantivo del nexo entre el poder y las reivindicaciones de universalidad”¹¹.

La principal aportación no-occidental a la disciplina de las Relaciones Internacionales —esta es la tesis principal de la obra editada por Robbie Shilliam— reside en señalar que si bien la modernidad *occidental* se fundamenta sobre los procesos de creación del sistema de Estados y del sistema capitalista global, este relato no es universal (sino que ha sido universalizado a la fuerza) ya que la modernidad *global*, es decir la vivida por la mayor parte de los pueblos del mundo, ha sido constituida precisamente por la experiencia del imperialismo y del colonialismo, producto de la modernidad *occidental*. El hecho de que “la condición colonial ha supuesto más bien el camino histórico normal que el excepcional hacia la modernidad”¹² rompe tanto los discursos del progreso histórico lineal como algunas de las dicotomías más relevantes de las Relaciones Internacionales occidentales: ¿qué decir y como tratar de incorporar, por ejemplo, la contraposición “sociedad-anarquía” ante la llegada de los conquistadores occidentales a las Américas? Ciertos conceptos y relatos centrales de la disciplina sólo se mantienen en su centro; los intentos de universalización/exportación a la periferia únicamente son posibles si se rechazan, marginan o acallan las voces del *Otro*, ignorando al mismo tiempo que “un compromiso con el terreno del pensamiento no-occidental no tiene porque abocar en un ejercicio de provincialismo, en la misma medida que un compromiso con el pensamiento crítico europeo tampoco tiene porque serlo”¹³.

Sin embargo, una de las consecuencias de la desaparición del conflicto determinante de la realidad internacional que representó durante medio siglo la Guerra Fría, así como del nuevo impulso a la globalización que supuso el fin de la era bipolar, es la “creciente dificultad de la civilización occidental de presentarse como contenedor geocultural de la experiencia universal de la modernidad”¹⁴. La modernidad como proyecto histórico está intrínsecamente ligada a la experiencia occidental:

¹⁰ PASHA, Mustapha Kamal, *Op. cit.*, p. 219.

¹¹ *Ibidem*, p. 222.

¹² SHILLIAM, Robbie, *Op. cit.*, p. 5.

¹³ *Ibidem*, p. 24.

¹⁴ *Ibid.*, p. 3.

“dos complejos organizativos distintivos son de particular importancia para el desarrollo de la modernidad: el Estado-nación y la producción capitalista sistemática. Ambos tienen sus raíces en las características específicas de la historia europea y encuentran pocos paralelismos en periodos anteriores o en otros escenarios culturales. Si, en estrecha conjunción, desde entonces se han propagado alrededor del mundo, esto se debe ante todo al poder que han generado. Ningunas otras estructuras sociales más tradicionales han sido capaces de contestar este poder y de mantener completa autonomía fuera de las tendencias del desarrollo global. Es la modernidad un proyecto distintivamente occidental en términos de los estilos de vida fomentados por estas grandes agencias transformadoras? A esta pregunta, la respuesta rotunda ha de ser sí”¹⁵.

Pero la recepción de esta experiencia evidentemente ha sido influenciada en gran medida por actores locales que se resistieron, amoldaron o utilizaron el legado occidental para perseguir su propia agenda¹⁶. Así, el significado mismo del concepto *modernidad* adquiere una multiplicidad de matices: la conclusión del capítulo de Sayed Khatab acerca del pensador islámico Sayyid Qutb es reveladora a este respecto: “ La cuestión [...] no es la palabra “modernidad” o “democracia” como tal, sino el verdadero significado de estos conceptos clave. Qutb cree que el Islam no se posiciona contra la modernidad o la democracia. El Islam puede modernizarse y aceptar lo nuevo proveniente incluso de fuera de su propia tradición. Qutb no entiende la modernidad en términos de una ruptura con el pasado. [...] A diferencia del pensamiento occidental, el pensamiento islámico sobre la modernidad también significa una renovación con el pasado, un retorno a los valores originales del Islam”¹⁷.

La identificación incondicional del sistema Westfaliano con el orden mundial moderno (y la implícita conclusión del nacimiento de la modernidad en los confines de una Europa que habría encontrado la solución —endógena pero extrapolable— a la volatilidad de sus equilibrios de poder) oculta no sólo las pertinentes preguntas acerca de la ética de un sistema en cuyo seno se produjeron los innumerables horrores (¡estos sí, extrapolados!) de las guerras europeas del S. XIX y XX, sino también la lógica violenta y opresiva de la expansión imperial/colonial de este sistema¹⁸; “en este relato se encuentra silenciado el dialecto de violencia y orden,

¹⁵ GIDDENS, Anthony, *The Consequences of Modernity*, Polity Press, Cambridge, 1990, p. 174s.

¹⁶ Las instituciones de los Estados coloniales [] no operaban de la manera intencionada por sus diseñadores, sino que fueron apropiadas, contestadas y transformadas durante el propio periodo colonial. COOPER, Frederick, *Africa since 1940: The Past of the Present*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009, p. 3.

¹⁷ KHATAB, Sayed, “International relations of modernity in Sayyid Qutb’s thoughts on sovereignty. The notion of democratic participation in the Islamic canon” en SHILLIAM, Robbie (ed.), *Op. cit.*, p. 106.

¹⁸ “Bajo el supuesto ascenso occidental se encuentran procesos de acumulación primitiva, el comercio de esclavos y la construcción de sistemas de plantaciones en las Américas, desarrollo del comercio global por parte de los poderes europeos y el lado más oscuro del Renacimiento. Estos procesos

de procesos de colonización y extinción cultural, o de dominación y resistencia”¹⁹.

Aunque “los términos de la incorporación a la historia o al tiempo moderno no son el resultado de la negociación, del diálogo o del intercambio, sino que están prefabricados”²⁰, la modernidad nace —para unos y otros— del encuentro. Este encuentro sentó las bases de todo sistema (sea político, económico o de otro orden) que se pretende *global* e inspiró discusiones doctrinales (ejemplarizadas por el debate entre Las Casas y Sepúlveda) que iban a marcar la realidad política no sólo de las colonias, sino también del *viejo continente*. El proceso de construcción de la identidad de la metrópolis se conformaba y retroalimentaba a través de la *comparación con* y la *exclusión del Otro*: “la clave de este proceso es el despliegue de la modernidad, originaria de Occidente que, a través de su obstetricia, se extendió a otro lugar. Ese otro lugar —un no-lugar— es lo no-occidental como exterior, distante en el tiempo o el espacio”²¹. Es precisamente en ese *no-lugar* lejano donde se produce la posibilidad del pensamiento utópico (*ou-topos*; no-lugar) cuya posibilidad ha sido enterrada en el mundo occidental, para autores como Zaki Laïdi, junto con el conflicto ideológico entre liberalismo de mercado y socialismo de Estado.

Occidente ante su crisis de sentido

*“The variety and dynamic of political ideas in the past [...] caution us not to take today’s political structures so much for granted that we blind ourselves to a fuller array of alternatives”*²²

El fin de la Guerra Fría ha supuesto —así una de las principales tesis del mencionado autor— el agotamiento de la vigencia de la era de la Ilustración y sus certezas creadoras de identidad. La resolución del conflicto bipolar (entendido como proyecto estructurante de la realidad) planta al mundo occidental frente a su propia crisis de finalidad y centralidad, ante la falta de perspectivas a nivel individual (“los individuos se encuentran privados de todo horizonte de expectativas”²³) como a nivel agregado. La intensificación de la globalización ha ampliado enormemente el espacio colectivo de referencia, pero nuestros instrumentos de lectura de ese mundo se han agotado enormemente también, han resultado en el mejor de los casos poco operativos, casi siempre ineficaces y a menudo estériles. Lo que Laïdi identifica como el gran drama de su tiempo resulta de la discrepancia entre la

abren paso al mundo moderno y sus proyectos.” PASHA, Mustafa Kamal, *Op. Cit.*, p. 221.

¹⁹ *Ibidem*, p. 220s.

²⁰ PASHA, Mustafa Kamal, *Op. cit.*, p. 217.

²¹ *Ibidem*.

²² COOPER, Frederick y BURBANK, Jane, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*, Princeton University Press, Princeton, 2010, p. 16.

²³ La falta de tal “horizonte de esperanzas” resultaría, según Laïdi, en una ausencia de proyectos, en una sequía absoluta de la imaginación política: “El fin de la Guerra Fría ha hecho desaparecer el horizonte de esperanzas. Por tanto como espacio disponible ya sólo nos quede el campo de la experiencia, del inmediato cotidiano, un campo en el que se entrelaza con la mayor confusión aquello que se es (identidad), aquello que se hace (acción), aquello que se desea (proyecto). Se deriva un inevitable desorden entre fines y medios [...] una discrepancia entre la acción y el sentido de la acción, entre la proyección y el proyecto.” LAÏDI, Zaki. *Op. cit.*, p. 170s.

ruptura histórica que identifica y nuestra incapacidad para interpretarla.

Un factor que estructura del imaginario social a ambos lados del telón de acero fue la propia noción de progreso teleológico: tanto los perdedores como los vencedores de la contienda, “compartían una necesidad de finalidad”²⁴ y eran grandes adeptos del “culto al progreso; ese cabo identificable, ese movimiento hacia un mundo mejor hacia el cual debían converger el movimiento, la memoria, la identidad y sobre todo la promesa de un mundo cualitativamente superior”²⁵. El autor señala, en este sentido, que una observación de Gramsci sobre el modo de producción fordista (“Es el mayor esfuerzo colectivo jamás realizado para crear a una velocidad inigualada y con una consciencia desconocida en la historia de sus objetivos un nuevo tipo de obrero, un nuevo hombre”²⁶), podría servir de definición igualmente acertada, del modelo económico soviético. La esencia misma del conflicto intersistémico²⁷, que “ata los micro-conflictos a la mega-historia”²⁸, deja una huella profunda que no se agota en el mero reconocimiento de la superioridad de un modelo sobre otro: “lo importante está en reconocer que el final de la Guerra Fría revela, acentúa —o coincide con— un profundo movimiento de cuestionamiento de toda concepción [...] lineal.”

El portador de esta concepción lineal y depositario de la promesa de progreso, era evidentemente el único actor capacitado para actuar en la escena internacional, el Estado. La fin de la Guerra Fría por tanto no sólo marca una ruptura histórica, sino que supone al mismo tiempo la crisis de los “sistemas teleológicos y la crisis del sistema internacional garantizado ante todo por los Estados”²⁹. Ya avanzaba Carl Schmitt que los mecanismos de inclusión/exclusión y, por tanto, la discriminación entre amigo y enemigo constituye la base de lo político y la razón de ser del Estado³⁰. “El agotamiento de la dinámica ideológica portaba en sí los gérmenes de una deslegitimación de la noción de proyecto —y *a fortiori* de proyecto colectivo—. Revelaba de esta manera el agotamiento histórico de la función de los Estados de

²⁴ *Ibidem*, p. 48.

²⁵ *Ibid.*, p. 16.

²⁶ GRAMSCI, Antonio, citado en *ibid.*, p. 51.

²⁷ “Un conflicto intersistémico [...] tiene lugar entre dos sociedades, o grupos de sociedades, basados en unas formas de organización social y política radicalmente diferentes e incompatibles [...], es una forma específica de conflicto interestatal e intersocietal, en el que a las formas convencionales de rivalidad -militar, económica y política- se les suma una discrepancia global de normas políticas y sociales, lo que suele prestarles legitimidad.” HALLIDAY, Fred, *Las Relaciones Internacionales en un mundo en transformación*, Catarata, Madrid, 2002, p. 209s.

²⁸ LAÏDI, Zaki, *Op. cit.*, p. 40.

²⁹ *Ibidem*, p. 56.

³⁰ “La diferenciación específicamente política a la cual se pueden retrotraer las actuaciones y motivaciones políticas es la diferenciación entre *amigo* y *enemigo*. [...] El enemigo político no deberá ser necesariamente malvado en lo moral o feo en lo estético; no tiene porqué actuar como competidor en el orden económico y tal vez incluso puede resultar ventajoso llevar a cabo negocios con él. Sencillamente es el otro, el extraño [...] y los conflictos con él no podrán ser resueltos ni por un conjunto de normas generales [...] ni por la sentencia de un tercero.” SCHMITT, Carl, *Der Begriff des Politischen: Text von 1932 mit einem Vorwort und drei Corollarien*, Duncker & Humblot, Berlín, 1996, p. 29.

encargarse en exclusiva del nuevo curso mundial³¹, el final, si se quiere, de la era hegeliana.

Resuelta la dialéctica a favor de la victoria del liberalismo de mercado, se pierde gran parte de las referencias para seguir el camino. Tras la *Aufhebung* del conflicto³², “desprovistos de timón y privados de *Telos*”³³, sin instrumentos de análisis tras el desmoronamiento de las viejas certezas se produce una indefensión ante un mundo en el cual se han divorciado el sentido (entendido como existencia de proyecto o finalidad) y el poder (es decir, la disposición de los recursos para la acción); un mundo en el cual mientras el poder se mundializa, el sentido se fragmenta. Dejando de lado ciertas previsiones erradas (o al menos cuestionables)³⁴ *Un monde privé de sens*, publicada en 1994, a pesar de suponer uno de los primeros intentos de análisis acerca del orden mundial en la post Guerra Fría, mantiene una más que notable vigencia, especialmente a la luz de la más absoluta falta de rumbo del agonizante proyecto europeo que ha aflorado en el contexto de la crisis económica (?) a partir de 2008. La descripción de un escenario en el cual “ningún actor puede tan siquiera imaginarse hablar de proyecto social. A partir de ahora se trata como mucho de conservar y ya no de conquistar”³⁵, resulta dolorosamente actual. La agonía del pensamiento político aplicado, la ausencia de proyecto más allá de la justificación del propio poder y la consecuencia que de este hecho se deriva —en el 2012 más, si cabe, que en 1994— para las sociedades occidentales, se traduce en un activismo estéril guiado por análisis de coste y beneficio a corto plazo y dictado por las exigencias de la inmediatez espectacular:

“[Los planes gubernamentales] a veces piensan en el futuro, pero nunca consiguen *pensar el futuro*. Existe por ejemplo una diferencia esencial entre el hecho de llevar a cabo una reducción más o menos planificada del tiempo de trabajo con el objetivo de contener el aumento del paro y el de inscribir este proceso en un proyecto que se esfuerce por pensar y simbolizar la posición de los individuos en una sociedad en la cual el trabajo ya no sería un ‘absoluto’”³⁶.

De esta manera el discurso liberal, el modelo que salió victorioso de la última gran contienda ideológica se presenta como un discurso de mínimos que huye de lo trascendental: atado al aquí y ahora de las exigencias del mercado, se propone gestionar atemporalmente. En esta limitada ambición encuentra tanto

³¹ LAÏDI, Zaki, *Op. cit.*, p. 57.

³² Según Laidi hay que tomar en serio las tesis de Fukuyama, tratándolas desde una perspectiva filosófica y no sólo política -o polémica-. En el fondo, “Fukuyama tiene razón: el fin de la Guerra Fría marca el fin de la Historia teleológica y hegeliana fundada sobre una promesa sostenida por el Estado”. *Ibidem*, p. 286.

³³ *Ibid.*, p. 20.

³⁴ Véase por ejemplo las afirmaciones de que Europa ha “agotado su necesidad de Imperio” (*ibidem*, p. 114) o que los conflictos interestatales clásicos “de dimensión estrictamente geoestratégica” serán “destronados por los conflictos sociales internacionalizados” (*ibid.*, p. 256).

³⁵ *Ibid.*, p. 167.

³⁶ *Ibid.*, p. 166.

su justificación como su modo de empleo: "La lógica liberal sugiere tocar la organización del poder sin tocar el sentido. Su hegemonía ideológica se apoya sobre el hecho de que rechaza paradójicamente toda idea de hegemonía total sobre la sociedad. El liberalismo se presenta como un estado natural y no como ideología, dificultando así la contestación de sus principios"³⁷.

Grietas bajo la superficie: el discurso hegemónico frente a la creciente deslegitimación de sus estructuras

*"Nothing is too small to be a site of social antagonism. Struggles over apparently inconsequential issues can be crucial because they are struggles about who makes the rules"*³⁸

Aún estamos lejos de poder vislumbrar las consecuencias de estas evoluciones para el sistema de Estados; lo que sin embargo ya es una evidencia es el creciente déficit de legitimación de las instituciones de gestión que han dominado la post Guerra Fría pero que cada vez se muestran menos capaces de reducir riesgos en estos tiempos de "pacificación imperfecta y seguridad inencontrable"³⁹. La crítica del discurso dominante en Occidente, articulado principalmente a través del binomio Estado-nación y capitalismo, no sólo aparece a través de las técnicas propuestas por Robbie Shilliam: *travelling theory*⁴⁰ y *translation*⁴¹, es decir, lejos de los confines del espacio y tiempo occidental, sino que bajo la uniformidad del pensamiento político impuesto por la democracia de mercado nunca se ha dejado del todo de experimentar con otras formas de entender las relaciones sociales, de entender lo político. El viejo eslogan-deseo antiglobalizador "Otra política es posible", que hace una década no era más que una promesa sin fundamento, comienza a convertirse en tangible incluso en las metrópolis del mundo occidental. Athina Karatzogianni y Andrew Robinson tratan de dotar de herramientas teóricas a los movimientos sociales y de resistencia que ya se están configurando y aquellos otros que están por venir: "No estamos fijando las normas del poder, sino que proponemos un modo de ver diferentemente, junto a una ética afirmativa de deseo afectivo"⁴², advierten desde el prefacio.

Lo que sigue es un complejo análisis de los movimientos de resistencia

³⁷ *Ibid.*, p. 222s.

³⁸ SCOTT, James, citado en KARATZOGIANNI, Athina y ROBINSON, Andrew, *Power, Resistance and Conflict in the Contemporary World: Social movements, networks and hierarchies*, Routledge, Nueva York, 2010, p. 13.

³⁹ ARON, Raymond, citado en Laïdi, Zaki, *Op. cit.*, p. 152.

⁴⁰ "Tanto en el pensamiento clásico griego e islámico el acto de la teorización se encontraba estrechamente asociado con el viaje y la dislocación de uno mismo de su propio contexto con el fin de ganar perspectiva crítica [...]. La producción de saber sobre diferencia cultural y social nunca supone una comparación de entidades diferenciadas; es en sí mismo una práctica -una producción- de inter-relaciones." SHILLIAM, Robbie (ed.), *Op. cit.*, p. 20.

⁴¹ "Y si las ideas viajan requieren traducción. La traducción también supone un acto generador de producción de saber y no simplemente un acto técnico de producción de fidelidad filológica de sentido a través de léxicos diferenciados. Las ideas no «viajan» solas sino que siempre son arrastradas a través de proyectos políticos." *Ibid.*

⁴² KARATZOGIANNI, Athina y ROBINSON, Andrew, *Op. cit.*, p. xi.

al hegemónico orden económico-político a través del estudio de las formas de organización de sus protagonistas para llegar a la conclusión que bajo la superficie uniforme siempre ha habido propuestas de modelos de vida radicalmente enfrentados al estatus quo y que, según los autores, los discursos en los que se apoyan estos modelos están ganando terreno. Aplicando las herramientas conceptuales desarrolladas por Deleuze y Guattari y bebiendo de las diversas fuentes del pensamiento político europeo más radical (desde el marxismo heterodoxo o la Escuela de Frankfurt pasando por las diversas variantes del anarquismo —el mutualismo de Kropotkin, el legado situacionista o el inmediateísmo de Hakim Bey— hasta textos puramente activistas rescatados de los archivos de los movimientos sociales autónomos) los autores analizan sublevaciones de mayor o menor importancia, (o incluso afirmaciones de inconformidad expresadas a través de un determinado estilo de vida)⁴³ tanto aquellas que con cierta frecuencia asolan las capitales occidentales —de Los Ángeles, pasando por Londres, hasta Atenas— como aquellas otras que tan lejanas se ven (desde un sentido territorial como conceptual), como la guerrilla en Afganistán.

Analizando el microcosmos de las relaciones entre los protagonistas de los diversos fenómenos contestatarios los autores diferencian entre estructuras, por un lado, rizomáticas (en lenguaje deleuziano) o horizontales (aplicando el vocabulario más convencional de los movimientos sociales) y las formas arborescentes/jerárquicas⁴⁴ por el otro. En el propio hecho de organizarse sin líderes, los autores identifican nuevas potencialidades de acción colectiva capaces de inspirar otros discursos: frente a las críticas de inoperancia y de dificultad manifiesta de articular un discurso coherente se sitúan innumerables ventajas prácticas (por ejemplo en el campo antirrepresivo) y conceptuales: allá donde los “postulados dogmáticos sirven para machacar el pensamiento bajo una imagen [...] de lo mismo y lo similar”⁴⁵ y la “representación media todo pero no moviliza ni mueve nada”⁴⁶, las nuevas reivindicaciones obtendrán su fuerza precisamente de la negación de la representación e incluso de la negación de la propia reivindicación:

“No pedir nada (ni siquiera derechos) pues la derrota está en la reivindicación misma. Se trataría entonces de romper sin pedir, reivindicar sin negociar... no hay formulas propositivas, es ridículo darlas. Tampoco quedarse en la resistencia: ninguna ruptura política puede ni debe definirse a través de la pura negatividad; no «resistimos», sino

⁴³ “No existe tarea más urgente que la reconstitución de un espacio simbólico entre el campo de la experiencia cotidiana y el trazado de un nuevo horizonte de esperanzas.” LAÏDI, Zaki, *Op. cit.*, p. 267

⁴⁴ “Se puede distinguir entre la *lógica del capital* como una máquina virtual de axiomización y el *capitalismo* o el *sistema-mundo* como ensamblaje o «acuerdo» específico. Cuando nos referimos al *sistema-mundo* o al *sistema dominante* nos estamos refiriendo a un ensamblaje específico en el cual priman las lógicas jerárquicas. Cuando nos referimos al *capital* o al *Estado*, nos estamos refiriendo a una lógica social. El capital y el Estado (articulados juntos) conducen el sistema dominante, pero no son idénticos a él.” KARATZOGIANNI, Athina y ROBINSON, Andrew, *Op. cit.*, p. 12.

⁴⁵ DELEUZE, Gilles, citado en *ibidem*, p. 7.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 8.

que creamos otra cosa, otro pensamiento, otra práctica, organizada y perdurable, que controla sus propios tiempos”⁴⁷.

De esta manera las “redes difusas”⁴⁸, informales, distribuidas de manera transversal”⁴⁹ se convierten tanto en una herramienta como en un fin en sí mismas: su articulación es al mismo tiempo método y programa. Arrancar zonas y momentos de encuentro e intercambio (léase, por ejemplo, centro social o asamblea de barrio...) es —lo adelanta Hakim Bey y lo recogen los autores— un logro importante en un contexto espacio-temporal en el que las megaciudades son configuradas como áreas jerarquizadas de paso y prestación de servicio.

Consideraciones finales

“Las ideas vuelven a ser peligrosas”⁵⁰

Desde el final de la Guerra Fría Occidente vive un “rechazo de la utopía”⁵¹ que se deriva del autorretrato dibujado por la democracia de mercado como fuerza cuya “validez ha sido demostrada por el fracaso del comunismo, [lo cual ha llevado] a rechazar implícitamente la tensión creadora entre el campo de la experiencia y el horizonte de expectativas. Dicho de otra manera, [la democracia de mercado] no aspira ni a alcanzar un nuevo objetivo ni a articular un nuevo horizonte de sentido. Simplemente busca reforzar la viabilidad de la realidad existente”⁵². Pero en el extrarradio de su vigencia incontestada —ya se trate de las regiones del mundo no-occidentalizado o en los extrarradios excluidos de las capitales occidentales— esta pretensión de “querer imponerse sin tener que justificarse genera tensiones políticas”⁵³. Las categorías centrales de la modernidad occidental, aquello que Giddens denominó “grandes agencias transformadoras”⁵⁴ el Estado-nación y el sistema capitalista, están fundamentadas sobre modelos de organización jerarquizados y especializados —“arborescentes”, retomando la terminología acuñada por Deleuze y Guattari— que se ven conceptualmente cuestionadas por una serie de episodios contestatarios que todavía no están en posición de suponer una alternativa real al modelo dominante, pero que lejos de buscar la confrontación directa han comenzado a dar la espalda a lo “mismo y lo similar” y han emprendido un viaje hacia otras direcciones. Lo que encuentren por el

⁴⁷ DOMINGUEZ, Mario, *Post-política y ciudadanía*, FEL, Madrid, 2010, p. 74.

⁴⁸ “El Estado puede incorporar cualquier identidad. Lo que no puede tolerar es que las singularidades formen una comunidad sin afirmar una identidad, que los seres humanos se encuentren sin condición representable de pertenencia alguna.” AGAMBEN, Giorgio, citado en KARATZOGIANNI, Athina y ROBINSON, Andrew, *Op. cit.*, p. 21

⁴⁹ *Ibidem*, p. 267.

⁵⁰ SEMPRUN, Jaime, *Précis de récupération*, Éditions Champ Libre, Paris, 1976.

⁵¹ LAÏDI, Zaki, *Op. cit.*, p. 64.

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ GIDDENS, Anthony, *Op. cit.*, p. 175.

camino va a configurar su futuro igual que va a influenciar el viejo mundo: "las concepciones diferentes de la humanidad, de la solidaridad [...] erradican la certeza de los constructos hegemónicos"⁵⁵. Erradicar determinadas "certezas" teóricas, contingentes a un determinado contexto espacio-temporal pero tratadas como axiomas universalmente aplicables⁵⁶, "aparece, entre las murallas protegidas de las Relaciones Internacionales, como una posibilidad radical"⁵⁷.

De esta manera las obras mencionadas coinciden, de manera más o menos explícita, en una crítica al discurso hegemónico⁵⁸ que hoy domina la disciplina de las Relaciones Internacionales. Sus autores abren la puerta a la posibilidad de contestar este orden en el campo ideacional, donde sitúan la mayor debilidad del entramado del Estado-nación-capitalismo: "las amenazas más desestabilizadoras probablemente no vendrán tanto de un Estado con pretensiones hegemónicas [...] sino más bien de la circulación rápida de determinados valores"⁵⁹ pronosticaba, a principios de la post Guerra Fría, Zaki Laïdi. En este sentido: *You can fool some people sometimes, but you can't fool all the people all the time...*

Andreas **HACKER LOZAR** es doctorando de Relaciones Internacionales en la UAM.

⁵⁵ PASHA, Mustapha Kamal, *Op. cit.*, p. 222.

⁵⁶ "Históricamente la dominación occidental del mundo se ha basado en la combinación del poder material y la pretensión de tener sentido. Incluso aunque tienda a difumarse, esta propensión a la universalidad no ha desaparecido del campo político occidental." LAÏDI, Zaki, *Op. cit.*, p. 195.

⁵⁷ PASHA, Mustapha Kamal, *Op. cit.*, p. 262."

⁵⁸ Athina Karatzogianni y Andrew Robinson enmarcan los límites del discurso hegemónico entre la legitimación directa del Estado/capital y sus *falsos críticos*: "El estrato de los incluidos [...] consiste de un registro de grupos que forman relaciones con el sistema dominante a través de la lógica de la suma de axiomas. Conforman el campo en el cual son creadas ideas como liberalismo, socialismo, derechos humanos, sociedad civil, cosmopolitanismo, sociedad civil global y la humanización del sistema dominante. [...] A menudo conforman lo que podría llamarse el «Estado blando» de las instituciones del bienestar y las estructuras representativas formales, que se distingue del "Estado profundo" que expresa la propia lógica estatal. Al teorizar aquellos vinculados a este estrato producen reformulaciones altamente inclusivas del sistema dominante que, de ser aplicadas, aliviarían muchos de sus aspectos más salvajes, pero sin superar su estructura básicamente jerárquica y alienada. [...] A pesar de la importancia de esta lógica social en un amplio abanico de literaturas académicas, la consideramos bastante marginal de cara a las luchas globales, porque aquellos que adoptan este punto de vista carecen del poder constitutivo para actuar como agentes de actualización de un proyecto distinguido. Su importancia estructural está decayendo." KARATZOGIANNI, Athina y ROBINSON, Andrew, *Op. cit.*, p. 23s.

⁵⁹ LAÏDI, Zaki, *Op. cit.*, p. 258s.

RESEÑAS

FAZIO VENGOA, Hugo, *¿Qué es la globalización? Contenido, explicación y representación*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2011.

Juan Sebastián BARRETO BARRETO*

Frente a la pregunta, ¿qué es la globalización? son muy pocas las personas que pueden dar una respuesta alternativa a las populares nociones de inmediatez en la comunicación, la gran accesibilidad a casi cualquier tipo de información, la conspicua reducción de las distancias al viajar o la expansión de los mercados y empresas transnacionales a lo largo y ancho del globo. Que estas nociones sean de conocimiento común y estén fuertemente arraigadas en la mayoría de los habitantes del planeta se debe a que contienen ciertas dosis de verdad sin embargo, ninguna encierra la totalidad de los elementos que el concepto de *globalización* abarca y mucho menos su verdadera naturaleza.

Por medio de esta breve pero enriquecedora obra, el historiador y politólogo Hugo Fazio Vengoa intenta ofrecer un marco de aproximación al concepto de la *globalización*, así como, indicar su relevancia como herramienta heurística para entender las rápidas y voraginosas transformaciones de la realidad social contemporánea. Según el autor, el desafío consiste en encontrar una manera para convertir a la *globalización* en una *categoría social*;

esto es, por un lado, lograr darle un significado preciso y útil que pueda ser operacionalizado en investigaciones empíricas y, por el otro, alcanzar un nivel conveniente de abstracción para ser generalizado y aplicado a las más diversas experiencias históricas.

Haciendo uso de una prosa entretenida y un vocabulario variado, el autor logra expresar sus ideas y argumentos de una manera fluida, aún cuando, el nivel de dificultad de los argumentos construidos puede resultar un tanto abrumador para alguien que se acerca por primera vez al tema. No obstante, a pesar del desasosiego que puede provocar intentar comprender la tesis principal del autor, la lectura de este libro puede generar cierto asombro en la manera como cambia nuestra perspectiva para observar lo global e indudablemente alimenta nuestra imaginación en aquellos momentos de reflexión donde sintetizamos posibles explicaciones sobre los fenómenos sociales del mundo.

El contenido principal de este escrito se puede encontrar en cuatro secciones que conforman el grueso del trabajo. Inicialmente, en *La globalización: entre la palabra y el con-*

Reseñas

cepto, Fazio explica el origen etimológico e idiomático de *globalización*. A continuación, el autor realiza un interesante ejercicio, siguiendo a Jan Aart Scholte, donde contrasta negativamente la palabra *globalización* con conceptos que poseen una connotación específica, pero que pueden ser descuidadamente usados como sinónimos de la palabra que ocupa nuestro estudio. Así, términos como: internacionalización, liberalización, universalización, occidentalización, norteamericanización, desterritorialización y supraterritorialización son explicados escueta pero profundamente, con tal de señalar que ninguno da cuenta de la amplia gama de contenidos que el concepto de *globalización* entraña.

La segunda parte titulada *La globalización y las ciencias sociales* expone la pluralidad de significados que existe en las diferentes disciplinas sociales y muestra cómo en la mayoría de campos se ha logrado cierto consenso y entendimiento compartido en cuanto al concepto de *globalización*. De esta manera, economistas, politólogos, internacionistas, filósofos, historiadores, sociólogos, antropólogos, comunicadores, geógrafos y juristas internacionales proponen la noción de *globalización* que han construido desde sus distintos campos de experiencia usando su propio enfoque, dándole así al concepto connotaciones particulares que no son extrapolables a los demás campos. Inmediatamente, Fazio, anota que la disparidad de ideas rinde diferentes consecuencias en los ámbitos de estudio y, por lo tanto, la representación del fenómeno se torna una tarea imposible. De cualquier modo, el autor reconoce el mérito

de esta multiplicidad de definiciones puesto que visibilizan las diferentes caras de este proceso.

A continuación, el autor plantea dos cuestionamientos vitales para entender la propuesta que expone posteriormente. En primer lugar, Fazio cuestiona la epistemología social en general, pues permanece influenciada por un fuerte *nacionalismo metodológico* donde priman las experiencias de las sociedades nacionales, dificultando así el desarrollo de nuevas miradas que trasciendan este axioma y "permitan conceptualizar lo global dentro de su misma globalidad"¹. La segunda crítica es que el fenómeno social de la globalización ha sido inscrito "dentro de la prolongada tradición intelectual de los desarrollos lineales dentro de un espíritu historicista"², reduciendo su interpretación a un estadio más de la humanidad en su avance progresivo hacia un mayor desarrollo.

Como consecuencia de estas críticas el autor anota que la globalización requiere "de una narrativa que dé cuenta de lo global desde la misma globalidad, que rompa con la concepción historicista predominante y, por último, que incluya eventualmente dentro de su misma narrativa a la totalidad de regiones donde estas dinámicas cobran vida y se expresan"³.

Luego de reconocer que más

¹ FAZIO VENGOA, Hugo, *¿Qué es la globalización? Contenido, explicación y representación*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2011, p. 85.

² *Ibidem* p. 85.

³ *Ibid.* p. 92.

bien han sido pocos los autores que han dirigido sus esfuerzos a desentrañar la verdadera esencia del fenómeno en sus respectivas disciplinas, Fazio comienza a desarrollar su visión de la *globalización* en el tercer acápite titulado *Globalización: representaciones, tiempo y espacio*.

Como dimensiones consustanciales del fenómeno de la *globalización* aparecen, (1) una representación novedosa del mundo y (2) la experimentación de diferentes realidades espaciales y temporales. Así, dirá Fazio, "*la globalización entraña la propagación de una nueva mentalidad, que incluye dentro de un mismo registro lo local y lo global*" donde cada individuo interioriza esta relación pues "puede localizarse en un plano de exterioridad frente a un hecho local y tiene que reconocerse como participante directo de una parte de esta ecuación debido a que se encuentra proyectado en el mundo"⁴. Según el autor, esta articulación afianza un cosmopolitismo novedoso que sólo puede ser global en oposición a los proyectos cosmopolitas del siglo XVIII y XIX que propendían por un cosmopolitismo universalista.

La *globalización* también es un tipo de proceso que se realiza en una pluralidad de tiempos y espacios. Sin embargo, el autor necesita explicar la noción que tiene sobre estas dos condiciones de existencia de lo social. En lo referente al tiempo, Fazio dirá que se refiere al "tiempo histórico", el cual "*no es un registro que se organice según una medida uniforme de espacio ni dispone de una cadencia*

⁴ *Ibid.* p. 109.

con intervalos equivalentes"⁵. Para ilustrar este concepto, Fazio apela al historiador alemán Reinhart Koselleck el cual explicará que: "*el tiempo histórico está conformado por una superposición de varios estratos temporales los cuales se construyen a partir de una amplia gama de experiencias*". Así mismo, el autor apela a Braudel quien dirá que el "*tiempo histórico se expresa como duración, o sea, constituye una cualidad intrínseca de los fenómenos sociales*".

Por lo tanto, en palabras de Fazio, el tiempo histórico no puede ser concebido como un registro único y genérico, puesto que su movimiento incluye múltiples indicaciones irregulares de tiempo. De esta premisa se desprende su carácter variable en términos de ritmos, velocidades, densidades y extensiones. El tiempo en la historia consiste, en el fondo, en un entrelazamiento de diferentes dimensiones, estratos y dinámicas temporales que entran en resonancia.

En cuanto al espacio, éste también se encuentra desvinculado del lugar como en la interacción entre "ausentes" separados por una gran distancia. Con respecto a esto, se explica que el territorio es distinto al espacio, pues el primero es un lugar geográfico específico, mientras que el segundo es un ámbito donde se desenvuelven determinados tipos de relaciones e interacciones sociales y por eso el espacio social puede tener diversas expresiones.

Especialmente en esta

⁵ *Ibid.* p. 111

parte de la obra, Fazio hace uso de términos tradicionalmente propios de la jerga de los matemáticos o físicos: topología, geometría, sincronía, espacialidad, temporalidad entre otros, facilitan al lector la creación de imágenes mentales que ayudan a comprender mejor los argumentos presentados. Recurriendo a estas palabras el autor nos dice que la *globalización* tiene una representación espacial topológica, esto significa "que las interpenetraciones se representan como una desordenada y desigual concatenación de disímiles espacialidades, las cuales son portadoras de distintos grados de intensidad, cobertura y radio de acción"⁶. En síntesis, Fazio afirma que los espacios en la actualidad, particularmente aquellos donde se realiza la *globalización*, son unos fenómenos de naturaleza más topológica que geométrica, donde concurren por igual ciertos elementos de homogeneidad y continuidad con heterogéneas discontinuidades y redes con flujos estrechos y laxamente vinculados.

La explicación sobre qué se entiende por "tiempo histórico" y "espacio social" está motivada por ver cómo estos términos pueden correlacionarse con la *globalización* y así brindar una propuesta conceptual del fenómeno. Según Fazio los conceptos kosellekianos de "espacio de experiencia" y "horizonte de expectativa" constituyen una de las propuestas más logradas para la comprensión de la naturaleza del tiempo y del espacio histórico en los distintos periodos del ser humano.

⁶ *Ibid.* p. 112

De esta manera dirá que el "espacio de experiencia" es un término de naturaleza espacial que entreteje el espacio con el tiempo y el pasado con el futuro, originado en las diversas trayectorias vividas por los individuos y colectivos, en resumidas cuentas, el pasado colectivo representa el pasado actual. Por su parte, el "horizonte de expectativa" es una categoría de tiempo y es allí donde se abren en el futuro nuevos espacios de experiencia, es decir, un futuro traído al presente.

Posteriormente el autor correlacionará estos dos conceptos y sostendrá que la *globalización* "comporta un espacio de experiencia que se realiza y representa como una espacialización del tiempo, lugar donde se reproducen síntesis de dinámicas diacrónicas—experiencias históricas específicas—con proyecciones sincrónicas—simultaneidades u horizontalidades espaciales—. Esta experiencia espacializada de temporalidades sustancia la *globalización* en la medida en que le confiere un relieve, unas protuberancias, ese carácter topológico, además de evidenciar el despliegue de su reproducción en una dimensión mundializada, que incluye la variedad de itinerarios históricos existentes y sus eventuales interacciones"⁷.

De ahí que, la *globalización* sea un fenómeno compartido, pues todos los individuos y colectivos la experimentan, pero, constituyendo vivencias diferentes debido a la cantidad de derroteros que concurren

⁷ *Ibid.* p. 117.

en ella. De la misma manera, las diferentes naciones, regiones y localidades se articulan en el interior de esta globalidad mundial sin perder su relevancia, más bien, se sincronizan excesivamente con diferentes ritmos e intensidades, en torno a un acervo de patrones globales.

Por último, en la cuarta parte que lleva por título *En torno a un mapa conceptual de la globalización*, el autor reitera que el conocimiento de “los espacios de experiencia” y los “horizontes de expectativa” se ha enfocado en las sociedades nacionales, por lo cual, es menester impulsar un nuevo aparato categorial, una nueva perspectiva que trascienda el nacionalismo metodológico y dé cuenta de lo global desde la esencia misma de la globalidad. Para lo anterior, es necesario emprender una renovación en la mirada de los asuntos sociales, un punto de vista desterritorializado que se libre de las restricciones locales y nacionales para comprender el flujo de los acontecimientos globales y la multidimensionalidad del fenómeno y finalmente, una metodología que permita integrar los distintos niveles y escalas de análisis que concurren en el desarrollo de situaciones locales.

Podemos ver en esta obra ese tipo de perspectivas y propuestas que intentan renovar los axiomas más arraigados en las ciencias sociales y que son esenciales para darle aire y posibles soluciones a los debates más importantes en el campo de las Relaciones Internacionales. Por ejemplo, pensando en el “Gran Debate de la Globalización” expuesto

por David Held y Anthony McGrew⁸ se podría disolver la oposición entre globalistas y escépticos ante el reconocimiento de la insuficiencia que presenta seguir tomando como unidad principal al Estado en el análisis de la *globalización*, ya sea para defender su predominio o para indicar la erosión de su poder y soberanía.

Podríamos afirmar que la importancia de este libro radica en la concepción filosófica de la historia que presenta y los desafíos metodológicos y epistemológicos que dirige hacia las corrientes predominantes de la disciplina de las Relaciones Internacionales. Tener en mente la simultaneidad de temporalidades en el mundo, no sólo permite visibilizar las diversas nociones de modernidad que existen, sino también superar la causalidad como explicación “científica” a las dinámicas y fenómenos del mundo internacional.

Ya para finalizar, me gustaría invitarlos a leer este pequeño libro. Siempre he pensado que los escritos breves, concisos y sustanciosos suponen bastantes ventajas frente a aquellos más extensos y lentos en ritmo, ya sea porque el valor nutricional es más concentrado o porque podemos continuar rápidamente con alguna otra obra que despierta nuestro interés. En cualquier caso, la lectura de este texto resulta imprescindible para todos aquellos que quieren saber más sobre la *globalización* como concepto y fenómeno; para

⁸ David Held y Anthony McGrew, “The Great Globalization Debate: An Introduction” en *The Global Transformations Reader*, Polity Press, 2003, 2ª edición.

aquellas personas que comienzan a explorar este fascinante tema y, en general, para cualquier estudiante de Relaciones Internacionales a quien muy probablemente algún profesor, amigo, familiar o conocido podrá preguntarle casualmente: ¿Qué es la globalización?

***Juan Sebastián Barreto Barreto** es Politólogo por la Universidad de los Andes de Bogotá. Actualmente se desempeña como asistente graduado en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes y adelanta estudios de maestría en esta misma institución.

GALLI, Carlo, *Political Spaces and Global War*, Minnesota University Press, Minneapolis, 2010, pp. 279.

Paolo COSSARINI*

Tras más de diez años desde su primera publicación en italiano¹, Minnesota University Press publica bajo el título de *Political Spaces and Global War* una traducción conjunta de dos obras de Carlo Galli, *Spazi Politici. L'età moderna e l'età globale* (Il Mulino, Bologna, 2001) y *La guerra globale* (Laterza, Roma, 2002). Gracias a la excelente traducción de Elisabeth Fay —que consigue en buena medida la difícil tarea de transmitir la complejidad de estilo y de razonamiento del autor italiano—, y gracias al amplio ensayo introductorio del editor Adam Sitze, parte de la obra de Galli resulta por fin accesible al público anglófono.

En una obra a la vez sintética y repleta de referencias teóricas y textuales, el autor italiano traza, con su estilo sutil y agudo, un horizonte de pensamiento genealógico que ofrece una estimulante respuesta al desafío que se plantea como objeto de investigación: dar cuenta de qué tipo de relación se instaura entre espacio y política en la edad global contemporánea; o lo que es lo mismo, explicitar la dimensión espacial que subyace en las categorías políticas modernas y contemporáneas —tales

como estado, soberanía, democracia, libertad, o Europa— y comprobar su valor heurístico a la luz de los cambios de la era global².

Para dar respuesta a su reto, Galli ve necesario proceder a través de un análisis genealógico de la relación entre espacio y política a lo largo de la historia del pensamiento. Solo así se podrá llegar a dilucidar las complejas y contingentes dinámicas de “espacialización de la política” y de “politización del espacio” que caracterizan la edad global. En este marco, la perspectiva abierta por la obra de Galli cobra importancia gracias a esta lectura histórico-crítica de la relación espacio-política, temática central para muchas ramas de las ciencias sociales y para las relaciones internacionales en particular.

Political Spaces and Global War se organiza según el intento “deconstructor” que se propone el autor. En los diferentes capítulos, Galli pasa en reseña crítica algunos paradigmas teóricos fundamentales desde la edad premoderna hasta la contemporaneidad global, en su especial relación con la dimensión espacial. Hay que destacar que, en su perspectiva, Galli apuesta claramente por una visión de largo y amplio

¹ Y a diez años exactos de su traducción en lengua castellana: GALLI, Carlo, *Espacios políticos. La edad moderna y la edad global*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2002.

² GALLI, Carlo, *Political Spaces and Global War*, Minnesota University Press, Minneapolis, 2010, p. 7.

alcance, más que por los detalles historiográficos o contextuales; pone de relieve más las directrices teóricas y los cambios estructurales o conceptuales de larga duración, que las referencias textuales o los análisis sociológicos particulares³.

En este contexto, Galli evidencia desde el principio las hipótesis que estructuran su análisis genealógico: el espacio es una dimensión intrínseca de la política; las representaciones espaciales derivan de una situación geográfica e institucional que varían según las épocas; la modernidad entretiene una relación particular con la espacialidad, lo cual hace que sus propias categorías políticas se configuren como elementos contingentes y “geometrías inestables”⁴. Además, otra intuición fundamental —que resulta ser, por otro lado, el punto de partida teórico de su investigación— es la idea de que las representaciones espaciales modernas que definen la política y, al revés, sus categorías políticas que construyen espacios, ya no son suficientes para describir y comprender nuestra época global. Por lo tanto, los esfuerzos de los teóricos-políticos deben de estar dirigidos a la formulación de nuevas categorías y nuevas formas de pensamiento sobre el espacio y su relación con la política.

³ Galli se coloca de esta manera en la senda de los análisis políticos sobre la comprensión de las dimensiones espaciales y temporales abierta por David Harvey. Véanse HARVEY, David, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Basil Blackwell, Oxford, 1989; INNERARITY, Daniel, *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*, Barcelona, Paidós, 2009.

⁴ GALLI, Carlo, *Political Spaces...op.cit.*, p. 6.

Sin la voluntad de recapitular en detalle el contenido de la obra, hay que remarcar una vez más algunas intuiciones de fondo: debido a que los espacios políticos modernos surgieron como respuesta a unas crisis —en concreto la crisis de las formas políticas clásicas y de la edad media⁵—, estos espacios se han configurado de forma precaria y contingente; o lo que es lo mismo, la peculiar espacialidad de la política moderna (el estado, la soberanía, las formas de representación, etc.) se ha dado de manera no necesaria y se ha constituido en tanto y en cuanto respuesta a unos desafíos precisos, puntuales, contingentes. Y si Galli se aventura en una genealogía de las lógicas y las dinámicas de la edad global, es porque, a ojos del autor, también las formas político-espaciales contemporáneas se caracterizan por su “innecesariedad” y su contingencia estructural.

Ahora bien, en este marco genealógico del orden teórico-espacial contemporáneo, es imprescindible tener en cuenta la profunda vinculación que existe entre Galli y Carl Schmitt (1888-1985). En este sentido, resulta particularmente útil el amplio ensayo introductorio a la obra aquí reseñada, del editor Adam Sitze, en el que el profesor norteamericano perfila el *iter* intelectual articulado y penetrante del autor italiano, con especial atención a la relación con Schmitt⁶. No cabe

⁵ Crisis y transformaciones político-espaciales causadas por diferentes fenómenos tales como la Reforma Protestante, la Revolución Copernicana y el descubrimiento de América, *Ibidem*, ps. 16-17.

⁶ Hay que destacar que Carlo Galli es uno

duda, de hecho, que la obra de Galli resultaría difícil de comprender sin una referencia al autor alemán.

La tesis general de Galli sobre Schmitt es que el alemán despliega un pensamiento profundamente genealógico y crítico de la modernidad, en la medida en que entrevé en el origen del pensamiento moderno sus propias contradicciones y su superación. En este sentido, del mismo modo que Schmitt hace una crítica genealógica de la modernidad, Galli se relaciona a la contemporaneidad global: lo que se propone el italiano es investigar la relación entre la capacidad intelectual, teórica y política del ser humano y su espacialidad intrínseca, destacando la contingencia estructural que caracteriza el mundo político.

De hecho —como subraya el autor— es a esta contingencia a la que la teoría y la práctica política han ido dando soluciones a lo largo de la historia. En este sentido, la respuesta de la modernidad —la filosofía política de Thomas Hobbes *in primis*— ha sido la construcción, a través de deducciones geométricas, de espacios estatales, divididos en una dimensión interna y una externa: fuera del

de los intérpretes más reconocidos en el contexto italiano e internacional de la obra de Carl Schmitt. Véase su obra *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno*, Bologna: Il Mulino, 1996. Además hay que subrayar que el autor ha sido a la vez espectador y actor de la vuelta de Schmitt al centro del interés del pensamiento político italiano e internacional. Galli se posicionó en gran medida en contra de la apropiación intelectual que la izquierda italiana hizo del pensador alemán, declarando que el pensamiento de Schmitt y sus categorías ya no nos sirven para comprender las dinámicas globales

estado están los extranjeros, los enemigos y el ejército; dentro están los ciudadanos, los delincuentes y la policía. Es la apuesta por el espacio liso, a la vez universal y excluyente, que garantiza la paz⁷.

Sin embargo, en cuanto respuesta a una crisis premoderna, la articulación político-espacial de la modernidad se define como sistema de precario equilibrio, “intrínsecamente inestable y profundamente indeterminado”⁸. Es más, resulta ser un sistema que contiene en sí mismo sus propias contradicciones, sus aporías y su negación: dentro de la espacialidad estatal se dan las condiciones para el surgir de “universales modernos” —de tipo social (la sociedad civil naciente), económico (el libre comercio mundial) y moral (el deber kantiano)— que se configuran como factores de ruptura de la espacialidad bien definida del estado y que, teóricamente y prácticamente, lo trascienden.

En este sentido, también el pensamiento dialéctico —con su teoría de la conflictualidad para ir más allá del estado liberal— y el pensamiento romántico y nacionalista —con su idea de pertenencia a una naturaleza concreta de un espacio nacional— encajan con esta visión de precario equilibrio espacial⁹. Es más: para Galli es propiamente la inestabilidad del sistema moderno que produce primero los totalitarismos y después la globalización. Por un

⁷ GALLI, Carlo, *Political Spaces... op.cit.*, ps. 36-46

⁸ *Ibidem*, p. 57. En inglés en el texto.

⁹ *Ibidem*, ps. 69-81. En inglés en el texto.

lado el totalitarismo es entendido como una implosión del sistema moderno, mientras que por el otro, la globalización no se puede sino ver que como una explosión de la modernidad¹⁰.

En este cuadro, con las últimas décadas del siglo XX, sobre todo a causa de los cambios económicos, políticos y tecnológicos —la desregulación de la circulación de los capitales, la caída del bloque comunista y la revolución digital— entramos en la época global en la que hay una pérdida del sentido de muchas de las categorías político-espaciales modernas. Interior/exterior, público/privado, y universal/particular, dejan de ser los vectores a través de los cuales se estructura la realidad contemporánea. Al revés, la edad global se caracteriza en primera instancia por ser “un espacio amorfo” que se define “en términos de crisis, contradicción, movilización global, y *glocalidad*”¹¹.

La globalización, es más, se caracteriza por su propia conflictualidad: la guerra global. Una conflictualidad que ya no responde a los principios schmittianos, sino que se caracteriza por ser una guerra sin espacios, “un guerra sin *espacialidad*”¹². Y si, en este sentido, los atentados terroristas del 11 de septiembre representan para el autor la primera manifestación de la guerra global, Galli penetra con radicalidad en las contradicciones del presente: a través del análisis de las actuales

¹⁰ *Ibidem*, ps. 87, 103, 114.

¹¹ *Ibidem*, p. 113 y 116. En inglés en el texto.

¹² *Ibidem*, p. 182. En inglés en el texto.

vaguedades entre guerra y paz, entre los enemigos y los criminales, entre conflictos territoriales y desinstitucionalización, en fin, entre poder político y poder económico, el autor italiano evidencia el carácter último de la contemporaneidad: “la globalización es, en sí misma, un mundo de guerra”¹³.

Así que, en línea con la relevancia schmittiana, la obra de Galli abre un horizonte de análisis teórico-genealógico de la edad global, que se presenta —a nuestro juicio— como absolutamente necesario para todo estudioso de la globalización y de sus dinámicas. Más bien, frente a la gran cantidad de estudios empíricos o de área que se producen en el ámbito de las Relaciones Internacionales, Galli nos deja entrever otra posibilidad de análisis y otra vía para entender no solo las dinámicas globales, sino en primer lugar nuestras maneras de acercarnos a ellas. El autor italiano, en otras palabras, aprovecha los cambios espaciales para someter a prueba también el orden teórico e intelectual de la edad moderna y contemporánea. A pesar de parecer un análisis meramente teórico, la obra de Galli nos ayuda a redireccionar nuestros implícitos sesgos hermenéuticos en el estudio político de las dinámicas globales, nuestros métodos y procesos científicos, aportando una amplitud de mira histórico-crítica.

En conclusión, hay que destacar la importancia de esta traducción a la lengua inglesa de unas obras escritas hace ya diez

¹³ *Ibidem*, p. 162.

años. Diez años dan para mucho, sí. Y sin embargo la actualidad de estas páginas va más allá de la contingencia del presente y se inscribe quizás —con similitudes y diferencias— en la senda de una serie de pensadores italianos de especial interés teórico-político, que a lo largo de estos últimos años han contribuido al desarrollo de una perspectiva crítica para las teorías de las relaciones internacionales¹⁴.

* **Paolo Cossarini** es doctorando en Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid.

¹⁴ NEGRI, Antonio, *Insurgencias: Constituent Power and the Modern State*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1999; AGAMBEN, Giorgio, *Means without End. Notes on Politics*, Minnesota University Press, Minneapolis, 2000; ESPOSITO, Roberto, *Biopolitics and Philosophy*, Minnesota University Press, Minneapolis, 2008.

R E L A C I O N E S I N T E R N A C I O N A L E S



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950